

Memorias insulares propone una navegación en y desde la diferencia, abierta e hipertextual. No se conforma con el itinerario lineal de un lector ideal y único, sino que goza con las destrezas de lectores que llegan a tornarse en autores. Por lo mismo, *memorias insulares* estimula una navegación sin principio ni fin, desordenada e hiperactiva. Una navegación de divagaciones aisladas... insularizadas.

El trabajo de Guillermo Brinck Pinsent no se encierra en las lógicas autorales que defienden la tradición antropológica-literaria. El valor de esta obra es activar devenires *escritolectores* autónomos. El autor es un lector más que recaba la información necesaria para invitar a otros (como los propios isleños) a que escriban sus memorias. Las islas se cuentan y relatan a sí mismas. Los protagonistas de las islas -al igual que Brinck- enhebran los contenidos (no así los continentes) que dan forma a este libro.

MEMORIAS INSULARES Archipiélago Juan Fernández

Guillermo Brinck Pinsent



Guillermo Brinck Pinsent

MEMORIAS INSULARES

Archipiélago Juan Fernández



MEMORIAS INSULARES

Archipiélago Juan Fernández

Guillermo Brinck Pinsent



EDITORIAL
PUNTÁNGELES
UNIVERSIDAD DE
PLAYA ANCHA



Embajada de
Suiza



CONSEJO NACIONAL
DE LA CULTURA Y LAS ARTES
FONDART



Corporación Cultural
Archipiélago Juan Fernández

MEMORIAS INSULARES

Archipiélago Juan Fernández

Dirección e investigación: Guillermo Brinck Pinsent

Productor general: Juan Torres De Rodt

Música original y diseño de sonido: Cristián Freund

Ingeniero de mezcla: Claudio Marín

Postproducción de sonido: Zoofilms

Todos los relatos fueron grabados por Guillermo Brinck Pinsent durante las entrevistas realizadas en las islas Robinson Crusoe y Marinero Alejandro Selkirk entre los meses de enero-mayo de 2003 y marzo de 2004.

Toda la música de este CD fue creada e interpretada por Cristián Freund, incluyendo la guitarra del track 20.

Todos los derechos reservados © Juan Torres De Rodt y
Guillermo Brinck Pinsent.

Registro de propiedad intelectual n° 2880



**MEMORIAS
INSULARES**
Archipiélago Juan Fernández



PORTADILLA 1

© 2005. Memorias Insulares Archipiélago Juan Fernández

© Guillermo Brinck Pinsent y Juan Torres De Rodt.

© del prólogo Amalia Ortiz de Zárate Fernández y Rodrigo Browne Sartori.

Producción Ejecutiva Juan Torres De Rodt.

Edición general Amalia Ortiz de Zárate Fernández y Rodrigo Browne Sartori.

Corrección y edición de textos Pablo Espinoza Concha.

Gráfica mapas Fiorella Cassaza.

Diseño gráfico Jaime Garnham

Inscripción n° 148281

ISBN

*A todos los isleños
del pasado,
del presente
y del futuro*



Agradecimientos

Quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a todos los que participaron directa e indirectamente en la realización de este trabajo.

Agradezco a Juan Torres De Rodt, Gastón Arredondo e Iván Sepúlveda, quienes también fueron gestores e impulsores de la idea original; a Gisilda Sánchez, Marcelo Rossi, Peter Hodum, Pedro Niada, Cristián Freund, Raimundo Bilbao, Viviana Manríquez, Victorio Bertullo, Francisco Klimscha, Florita De Rodt, Geraldine Pinsent, Eric van der Valk, Geraldine, Michelle, Dominique y Tomás Brinck, Gladys Retamal, Paula Cohen, Javier y Jorge Meyers, Juan Elissetche y la familia Skottberg, quienes apoyaron el proyecto desde un principio.

Agradezco a Clemencia González, Javiera Karmy y Carolina Sánchez, que apoyaron el trabajo de campo a través de su práctica profesional.

Estoy en permanente deuda con Amalia Ortiz de Zárate y Rodrigo Browne, por haber puesto toda su experiencia, sus conocimientos y su pasión en la revisión de cada una de las versiones del texto y por el generoso prólogo que le dedicaron; agradezco su paciencia, su sinceridad y su entrega; sin su criterio, este libro sería completamente diferente.

Agradezco, especialmente, el entusiasmo de todos los isleños que aportaron con su tiempo, sus recuerdos y fotografías, y nos permitieron tomar prestadas sus vidas para plasmarlas en este libro.

Agradezco, además, a todas las instituciones que ayudaron a la realización de este proyecto: Corporación de Desarrollo Cultural Archipiélago Juan Fernández, Ilustre Municipalidad de Juan Fernández, Corporación Nacional Forestal (CONAF V Región), Comité de Adelanto del Poblado de Las Casas de la Isla Marinero Alejandro Selkirk, Sindicato Artesanal de Pescadores del Archipiélago Juan Fernández, Juventud Robinsoniana, Zoofilms, Juan Guillermo Prado de la Biblioteca del Congreso Nacional, Editorial Puntángeles de la Universidad de Playa Ancha, Slowfood Chile, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (V Región) que, a través del Fondo para el Desarrollo de la Cultura y las Artes (FONDART), financió la producción del CD y la edición del texto del libro y, finalmente, a la Embajada de Suiza en Chile que, gracias al aporte y compromiso de su embajador Señor André Regli, hizo posible la presente publicación.



Índice

Palabras de Bienvenida	13
Prólogo	15
Introducción	17
1. La colonización del Barón De Rodt	23
El hundimiento del Dresden	29
El tiempo de la agricultura	32
2. Los otros habitantes de la isla	37
Tesoros y piratas	37
La Viuda, el Chancho de Villagra y otras apariciones	43
3. La fuerza de la naturaleza	47
4. En busca de la langosta	53
Remando al continente	53
Canción del Pescador	54
Pescando a puro pulso	55
Midiendo la langosta	58
Adiós a los remos	59
Del canasto a la trampa	61
Perdidos en el centro del mar	62
5. Tiempos difíciles	65
A "pata pelá"	65
La escuela	71
Esperando la goleta	73
6. El primer guardaparque	79
7. La Colonización de Masafuera (Isla Marinero Alejandro Selkirk)	83
Tiempo de los Reos	83
Colonia de pescadores	86
Vida comunitaria	90
Pesca	92
"Canción Isleña" (Joaquín Rojas Vera)	97
Planes, caza de chivos	98
Extraña compañía	103
La Finada de Toltén	104
Los duendes	106
Escasez en Masafuera	108
La salud en soledad	110
Infancia en Masafuera	112
La Abuelita del Tongo	114
Niños pescadores de Masafuera	115
La Historia del Perro Jazmín	118

8. Las Compañías langostas	121
Los abusos de siempre	121
No hay mal que dure cien años...	123
9. La Cooperativa de Pescadores de Juan Fernández	127
Archivo fotográfico	135
10. Fiestas en El Convento	153
11. Todo queda en Familia	155
12. En Nombre de Robinson (y Selkirk)	157
13. La pista de aterrizaje	159
El vuelo precario	161
14. Trabajando en las islas del norte (San Félix y San Ambrosio)	165
15. Abandonados en Masafuera	171
16. Golpe de Estado en Juan Fernández	177
17. La Corporación Nacional Forestal en Juan Fernández	181
Reviviendo la letra muerta	181
Rebelión en la granja	182
En busca del sándalo	188
Sándalo que vives	190
18. El pescador isleño	191
Igual que en la casa: la vida en el bote	195
El Nato Julio, pescador ingenioso y avariento	197
Una noche de terror	200
La piquero (canción de Joaquín Rojas Vera)	202
Naufragio en la isla Robinson Crusoe	203
Se perdieron en Santa Clara, lamentablemente	215
19. Tarda, pero llega	217
La electricidad	217
La televisión	218
El teléfono	221
20. Lo que la tele se llevó	223
La Fiesta de la Primavera	223
El Teatro	225
El Festival de la Langosta	226
No todo se ha perdido	227
21. Cambio de Milenio en Selkirk	229
Otros adelantos tardíos	229
El embrujo de Selkirk	231
Canción isleña (autor desconocido)	234
Anexo	235
Robinsonianos, colonos y endémicos. Procesos identitarios en la isla Robinson Crusoe.	237
	237

Robinsonianos	237
Colonos	239
Plástico/Endémico	240
Conclusión	242
Referencias bibliográficas	245
CD Memorias Insulares: Relatos y Canciones del Archipiélago	247
Juan Fernández	



Palabras de Bienvenida

Estimadas lectoras, estimados lectores

Me es muy grato invitarles a descubrir este valioso testimonio del patrimonio cultural del Archipiélago Juan Fernández, el que se desarrolla en medio del Océano Pacífico, muy lejos del continente, siendo prácticamente desconocido en Chile y en el mundo.

Mi primer viaje oficial como Embajador de Suiza en Chile me llevó, en julio de este año, a Robinson Crusoe; donde yo mismo fui testigo del extraordinario testimonio histórico de esta isla, que fue colonizada por el aventurero suizo Alfredo de Rodt en el siglo antepasado. Con esta inolvidable visita me di cuenta de lo importante que es mantener vivas las antiguas historias transmitidas oralmente, los mitos, las leyendas, poemas y canciones de Juan Fernández, para que se pueda asegurar a la actual generación y las futuras, el acceso a este precioso patrimonio cultural.

Este libro cumple exactamente con ese fin, y eso de manera muy lograda. En este sentido, me alegro de que la Embajada Suiza en Chile, gracias al financiamiento por la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE), haya hecho posible la publicación de este proyecto.

Espero sinceramente que este libro pueda alcanzar a un público amplio y transmitirle la fascinación por Juan Fernández.

Le deseo una lectura interesante e inspiradora.

André Regli
Embajador de Suiza en Chile

Santiago, septiembre de 2005



Prólogo

Voces desde la insularidad

*La escritura no es para repetirla de memoria
sino para hacerla voces en la memoria.*

A. R.

Lectoautores:

Las *memorias insulares* que están en sus manos son un proyecto editorial que puede leerse y escribirse tomando diversos rumbos. Las navegaciones que en este volumen se exponen son equivalentes a los distintos recorridos que cualquier embarcación ha realizado a alguna de las islas que componen el Archipiélago Juan Fernández; zarpando desde el supuesto de que la gran cantidad de viajes que se han ejecutado nunca han hecho exactamente el mismo recorrido.

Memorias insulares propone una navegación en y desde la diferencia, abierta e hipertextual. No se conforma con el itinerario lineal de un lector ideal y único, sino que goza con las destrezas de lectores que llegan a tornarse en autores. Por lo mismo, *memorias insulares* estimula una navegación sin principio ni fin, desordenada e hiperactiva. Una navegación de divagaciones aisladas... insularizadas.

El trabajo de Guillermo Brinck Pinsent no se encierra en las lógicas autorales que defienden la tradición antropológica-literaria. El valor de esta obra es activar devenires *escritolectores* autónomos. El autor es un lector más que recaba la información necesaria para invitar a otros (como los propios isleños) a que escriban sus memorias. Las islas se cuentan y relatan a sí mismas. Los protagonistas de las islas -al igual que Brinck- enhebran los contenidos (no así los continentes) que dan forma a este libro.

Como consecuencia del estudio de campo realizado en el transcurso del presente trabajo salen a relucir polifónicas opiniones no lineales, reivindicando remembranzas que se encontraban a la deriva y que habilitan -al hacer uso de diferentes cartas de navegación- un recorrido *otro* por la *neohistoria* de las islas de Juan Fernández. Islas rescatadas por la multiplicación de sus voces que conforman los recuerdos de los nuevos relatos de la insularidad.

En el transcurso de estas páginas se podrá observar que las islas de Juan Fernández, resplandecientes en las cartas de mar, se elevan entre las aguas dando el abrazo fraterno al navegante, al exiliado, al que busca auxilio y se hace náufrago por el puro amor, el flagrante deseo de sus costas.

Islas que siempre figuran en los márgenes de toda norma continental. Por ello, reconocen la voz de los que piensan en el afuera, la voz de los que están en el exilio. Las islas nunca han estado dentro de las fronteras de la tradición. Entonces, es pertinente revivir sus aventuras para no olvidarlas. Esa es la labor de este proyecto editorial.

Ellas enmudecen en la cartografía del siglo XX, baluarte de un Estado que hace años las entregó, como novia adolescente, a su anciano esposo: el Hombre. Sin embargo, en el siglo XXI el Estado reconoce la estratégica importancia de la ínsula. Y así como mutan las especies vegetales, adaptándose a su medio, así el hombre, especie introducida, ha ido mezclándose con la tierra, la sal, las nubes, la mar de las islas, diseminándose en su cuerpo hasta ser el esposo amante que construye en la pareja isla-hombre su propia *neohistoria*.

Los relatos que componen este volumen son el resultado de esa conjugación isla-hombre. Así las cosas, se debe confesar que Juan Fernández sin *hombre* nunca habría sido *islas* y menos *nombre*. De esta forma, se desvela la aventurada dualidad isla-nombre. Las islas son nombradas por los hombres que las habitan, que pasan, pasajeros, a través de sus nubes, sus mares, su llovizna y que recorren los trozos de sus vidas tejiendo espacios que asemejan el hilvanado de un espinel de memorias, dispersas, flotantes en las aguas de Juan Fernández.

Son los mismos colonos, herederos del esfuerzo y el tesón de sus antepasados, quienes ensamblan la nave del olvido y se niegan a ser silenciados, clamando, desde el margen insular, la necesidad de no ser excluidos. Labor que -a partir de la pujanza del primer colono, encarnado en uno de sus descendientes: Juan Torres De Rodt- interviene, por medio de las cartografías que ofrece Brinck Pinsent, la autoridad de la historia y transforma este grito mudo en voz: la voz de los isleños.

Se entiende la autoridad de la historia como la autoría de un libro cualquiera. *Memorias insulares* no es una historia autorizada ni tampoco se reduce a un autor. La insularidad de Juan Fernández logra romper con lo establecido y se da el lujo de recuperar su memoria a través de múltiples *lectoautores*.

Estimados *lectoautores*, a su disposición quedan el compás, la brújula y las estrellas que les conducirán rumbo al archipiélago. La navegación es libre...

Amalia Ortiz de Zárate Fernández
Rodrigo Browne Sartori

Introducción

Este libro es producto del constante trabajo y esfuerzo realizado en el marco del proyecto “Sonidos Culturales de Juan Fernández” de la Corporación de Desarrollo Cultural Archipiélago Juan Fernández. Es una idea original de Juan Torres De Rodt - quien además ha gestionado los diversos aportes institucionales coordinando cada una de las actividades del proyecto- y ha sido ejecutada por Guillermo Brinck Pinsent a partir de un intenso trabajo de terreno.

El objetivo del proyecto es fomentar y promover el fortalecimiento de las identidades isleñas a través de la manifestación concreta de sus memorias colectivas, tanto a través del libro que tiene usted en sus manos como del CD de audio que lo complementa. La idea es otorgar una imagen dinámica de las identidades isleñas y de los procesos culturales, de manera que incorporen una visión comprensiva de la cultura, la historia y la identidad, lo que sin duda aporta al diálogo intercultural, a la flexibilización de los discursos y a la aceptación de la diferencia. Para esto incluimos un apéndice sobre los procesos de construcción social en el archipiélago, texto que resume y expone los resultados de la investigación antropológica que realizamos paralelamente a la recopilación de las historias locales.

La idea es aportar una visión de la vida en el archipiélago emanada de sus propios habitantes, surgida de conversaciones naturales y cordiales al calor de sus hogares. Una memoria expuesta tanto a los mismos isleños como a los continentales, quienes generalmente conocemos muy poco sobre estas islas.

El común de las personas se contenta con saber que los isleños capturan langostas (¿sabrán que se trata de la especie endémica *Jasus frontalis*?) y muchas veces se sorprenden al enterarse que está ubicada a 680 kms. al Oeste del puerto de San Antonio, en la V Región del país. Son pocos los que tienen conocimiento de que el archipiélago está conformado por tres islas: Robinson Crusoe (ex Masatierra) que cuenta con alrededor de 700 habitantes, Marinero Alejandro Selkirk (ex Masafuera) habitada durante el período de pesca por 30 personas aproximadamente y Santa Clara, que no sostiene asentamiento humano. Menos aún son los que saben que algunos de los pescadores de Juan Fernández se trasladan esporádicamente a las islas San Félix y San Ambrosio (islas del Norte), el otro lugar donde se encuentra la especie de langosta que extraen. Sobre su historia se conoce vagamente que fue guarida de piratas; recuerdo que ha sido avivado por la

actual búsqueda del tesoro que supuestamente ocultó Lord Anson. Los nombres de las islas se han encargado de informar que Daniel Defoe se inspiró en la historia de abandono que vivió Alejandro Selkirk en Juan Fernández para escribir su novela más célebre. Se sabe que ha sido presidio (aunque pocos sospechan cuántas veces), que los patriotas fueron desterrados ahí después de la reconquista, que luego fue coto de caza de lobos marinos y que fue frecuentada por los barcos balleneros. También se está al tanto de la aventura del acorazado alemán Dresden que fue hundido en Bahía Cumberland durante la Primera Guerra Mundial. Pero pocos saben que el poblamiento actual se remonta a la colonización que llevó a cabo Alfred Von Rodt cuando arrendó la isla Robinson Crusoe (que en esos años se llamaba Masatierra) al gobierno de Chile para instalar una hacienda ganadera y maderera. De ahí descienden los isleños actuales y desde ellos se recuperan los 128 años que comprenden las memorias colectivas insulares de este libro. Memorias que han experimentado de manera particular el paso de una vida centrada en la ganadería, la agricultura y el trabajo de la madera, a una centrada en la captura de la langosta.

Dicha memoria revive los tiempos en que los trabajadores de las empresas (en este caso pesqueras) no tenían resguardados sus derechos mínimos, tiempos en que el Estado no se encargaba de mantener un contacto y abastecimiento regular desde el continente, registrando maneras de trabajar y de vivir ajenas a los desarrollos tecnológicos, los que llegaban con un retraso abrumador. Los recuerdos plasmados en este libro celebran y cantan tragedias y triunfos, como la conformación de la Cooperativa de Pescadores de Juan Fernández que abre las puertas al impacto que significa la instauración de un Parque Nacional y una Reserva Mundial de la Biosfera en un espacio habitado por una población que depende de una actividad artesanal. En el transcurso de estas páginas se desarrolla el registro de los conocimientos y las formas de sentir de los pescadores, de sus sufrimientos, sus alegrías y sacrificios, de su orgullo y los peligros que han pasado. Una memoria que nos abre los ojos para entender lo que es la vida en una isla, lo que es vivir en aislamiento, sufrir el abandono y el hambre, reaccionando y reflexionando ante los cambios que han introducido los avances tecnológicos.

Esta memoria colectiva se dibuja a través de relatos individuales que difieren en matices o detalles, pero que convergen en lo principal: la valoración y la motivación de los hechos. Relatos que han sido recogidos a partir de entrevistas en profundidad realizadas *in situ*, editadas y organizadas en un orden temático y cronológico, aunque pueden ser

leídos por separado o en desorden. Son historias contadas por personas desde su particular punto de vista y desde el presente; protagonistas que tienen ganas de expresarse, de darse a conocer para que se sepa en el continente cómo es la vida en Juan Fernández. Dichas personas son los autores indiscutidos de este libro.

Guillermo Brinck Pinsent

Autores de los relatos que componen este libro:

Hugo Arredondo Schiller (*Chocoyo*). Nació el 21/11/1941. Es pescador, empresario y Presidente del Sindicato Artesanal de Pescadores del Archipiélago Juan Fernández.

Victorio Bertullo Mancilla. Nació el 21/08/1934. Fue Director de la Escuela Municipal Dresden y hoy es el encargado de la Casa de la Cultura Alfredo De Rodt y de la Biblioteca Municipal Daniel Defoe.

Jorge Chamorro Arredondo (*Choche*). Nació el 15/04/1924. A sus 81 años está retirado de la pesca, labor que realizó durante toda su vida junto a la carpintería.

Oscar Chamorro Muena. Nació el 27/10/1954. Es carpintero y guardaparque de la Corporación Nacional Forestal.

Florentino Contreras Recabarren (*Florentín*). Nació el 13/10/33. A sus 72 años sigue capturando langostas en la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Flora De Rodt Arredondo (*Florita*). Nació el 10/07/1942. Es dueña del Restaurant *Barón De Rodt* que se caracteriza por mantener la tradición culinaria isleña.

Brunilda De Rodt Camacho. Nació el 25/10/1946. Cada año acompaña a su marido a la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Manuel De Rodt Camacho (*Chuan*). Nació el 01/02/1952. Es uno de los descendientes directos del primer colono y ejerce como pescador en la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Elena González Arredondo. Nació el 12/06/1930. Es dueña de casa en la isla Robinson Crusoe.

José González Arredondo (*Cocholo*). Nació el 25/10/1937. Es pescador de la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Wilson González Celedón. Nació el 15/11/1943. Es pescador de la isla Robinson Crusoe y de las islas del Norte.

Brenda González Chamorro. Nació el 07/04/1976. Poeta que reside en la isla Robinson Crusoe.

Nils González De Rodt (*El Pastilla*). Nació el 26/03/1964. Es pescador de la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Bruno González Mena (*Loco Bruno*). Nació el 26/07/1940. Es pescador y carpintero de la isla Robinson Crusoe.

Edice Green Vergara (*Heidi*). Nació el 26/07/1938. Es dueña de casa y vive en la isla Robinson Crusoe.

Ximena Green Vergara. Nació el 13/03/1951. Es concejala y vive en la isla Robinson Crusoe.

Constancia Kötzing Torrejón. Nació el 07/05/1924. Vive en la isla Robinson Crusoe.

Bernardo López Rivadeneira (*Loco Bernardo*). Nació el 19/09/1955. Es guardaparque de la Corporación Nacional Forestal.

Guillermo Martínez Recabarren (*Willy*). Nació el 21/03/1952. Es pescador de la isla Robinson Crusoe y de las islas del Norte.

Rolando Mena Schiller. Nació el 08/12/1919. Forma parte del Grupo Ganadero y está retirado de la pesca.

Manuel Paredes Kötzing (*Flaco Pito*). Nació el 15/10/1963. Ha sido guardaparque y pescador.

Daniel Paredes Recabarren (*Chico Daniel*). Nació el 19/12/1940. Es pescador de la isla Robinson Crusoe y compositor de canciones que hablan de la vida y la historia isleña.

Ernesto Paredes Recabarren (*Güagüi*). Nació el 22/09/1943. Es pescador y en la actualidad trabaja en las excavaciones para buscar el tesoro de Lord Anson.

Nicolás Paredes Recabarren (*Nico*). Nació el 05/11/1926 y murió el 21/04/2004. Fue pescador hasta que un accidente lo bajó definitivamente del bote.

Orlando Paredes Recabarren (*Tapita*). Nació el 29/04/1932. Está retirado de la pesca.

Rosario Recabarren Celedón. Nació el 10/09/1939. Es dueña de casa y vive en la isla Robinson Crusoe.

Elsa Recabarren Salomón. Nació el 16/09/1923. Vive en la isla Robinson Crusoe.

Mascimiliano Recabarren Solar (*Nano*). Nació el 28/08/1947. Durante mucho tiempo trabajó en la pista de aterrizaje y en la actualidad se desempeña en una empresa que comercializa langostas.

Maximiliano Recabarren Green (*Nino*). Nació el 06/04/1970. Es guardaparque y se caracteriza por su gran ingenio y habilidad inventiva.

Elsa Rivadeneira Arredondo. Nació el 28/09/1929. Actualmente reside en la isla Robinson Crusoe; sin embargo, vivió casi toda su vida en la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Yolanda Rivadeneira Arredondo. Nació el 08/06/1931. Reside en la isla Robinson Crusoe pero, al igual que su hermana Elsa, vivió gran parte de su vida en la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Luis Rivadeneira Recabarren (*Lucho Rico*). Nació el 11/04/1955. Es pescador de las islas Robinson Crusoe y Marinero Alejandro Selkirk.

Reynaldo Rojas Rivadeneira (*Rino, Chanco Blanco*). Nació el 26/03/58. Es pescador, poeta y pensador de la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Orlando Rojas Segalerva (*Orlandillo, Churraco, Churracaco*). Nació el 12/12/1929. Es carpintero y pescador de la isla Marinero Alejandro Selkirk.

Orlando Salas Paredes. Nació el 28/08/1926. Es pescador retirado y empresario en la isla Robinson Crusoe.

Ramón Schiller Recabarren (*Moncho*). Nació el 15/07/1955. Es guardaparque.

Marta Yáñez Marchant. Nació el 12/03/1912 y murió el 02/11/2004 a la edad de 92 años.

1. La colonización del Barón De Rodt

Victorio Bertullo M: "La actual población data de 1877, cuando llegó el suizo de ascendencia alemana Alfred Von Rodt, pero aquí le cambian el apellido a De Rodt; le gustó la isla y la arrendó en \$2.500 oro a la fecha. Para explotarla trajo gente, se encariñó tanto con la isla que la fortuna que hizo la invirtió en ella. Luego la pierde, porque fallece en 1905, no digo en la ruina, pero con poco dinero y trabajando mucho.

Dejó descendencia, cinco hombres y una mujer, todos los De Rodt que hay en la actualidad son descendientes directos del Barón De Rodt. Le llamaban Barón no porque tuviera un título nobiliario, sino porque tenía mucha plata y era preparado, sabía varios idiomas y era una persona culta. Trajo muebles europeos, le mandaban todo de Europa, era como un noble dentro de la isla. Tanto así que se creyó rey. En la primera carta que escribió le puso Robinson II, como título, como firma, como que era el segundo que había llegado a la isla y que ahora él mandaba. Después de las autoridades chilenas -porque la isla seguía siendo chilena- yo soy el rey aquí y todos los demás son mis súbditos, decía. Claro, lo hacía de una manera jocosas, pero en realidad se lo creía.

Eso sí, lamentablemente tuvo un gran descuido y se lo critican sus biógrafos: teniendo una biblioteca de primera, siendo tan culto y educado, de dominar varios idiomas, nunca se preocupó de la educación de sus hijos. Éstos se criaron a la buena de Dios y, al final, fueron pescadores. No por el hecho de ser pescadores vamos a decir que no fueron nada, sino que no se educaron, no aprovecharon la biblioteca, y ésta desapareció en un incendio, de lo que quedó de la casa de los De Rodt. Esa es la historia de los De Rodt y también es la de la isla. Lo importante que dejó la colonización actual.

Claro, De Rodt fue el colonizador, pero también llegaron familias dispuestas a trabajar aquí: los Charpentier, los Schiller, los Recabarren, los Chamorro y los González, que aquí son todos parientes. A fines del siglo XIX, en 1880, naufragó un buque velero y con él llegó Desiderio Charpentier, que todavía tiene descendencia. Éste se quedó como náufrago, se casó con una isleña y no volvió más. Eso ocurrió en esos años y sigue pasando hasta ahora; es muy normal que una persona se encariñe con esta isla y se case con alguien de aquí o llegue casado y establezca su residencia definitiva".

Flora De Rodt A: “Mi papá me contó la historia de mi bisabuelo, el Barón De Rodt. Me dijo que éste había llegado acá y que trajo gente de todas partes, mexicanos, españoles y franceses, entre otros. Él arrendó la isla, trabajó con esa misma gente y gastó todos sus bienes acá. De ahí nacen los que estamos, los descendientes de colonos, los Schiller, Andaur y Charpentier, todos esos apellidos nacen aquí.

El Barón se radicó, trajo la agricultura y empezaron a producir. También se comercializó mucho el lobo marino en ese tiempo. Se cultivó la tierra, salían al pescado, a la langosta e hicieron embarcaciones. Mi bisabuelo trajo su buque, que con un temporal se les hizo tira, y mandó a pedir otro a Suiza. Después le mandaron otro barco y hacían viajes al continente, a Valparaíso, y comercializaban pescado y langostas.

Además, hacían cosas en *chonta* [*Juania australis*, palma endémica de la isla Robinson Crusoe]; en ese tiempo no había restricción de nada, estaba el sándalo, que ahora se extinguió, porque antes los viejitos no sabían que se podía acabar y no lo cuidaron. Ahora la chonta es algo que no se puede sacar y antes hacían muebles con ella, cofrecitos, cajitas de música, candelabros, incluso, el caparazón para las radios que se usaban antes, todo era de chonta. Es preciosa su madera y ahora está totalmente prohibido cortarla. Por eso está acá la CONAF, para cuidar todo esto, pero antes no hubo restricción.

También estaba el sándalo, que no existe ahora, y ni siquiera se sabe cómo es. En realidad, se sabe que existió, pero lo terminaron. Esa es una madera de un olor exquisito, como perfume y que existe en la india, pero acá no han encontrado nunca un árbol vivo. Hay puros pedazos, tronquitos chiquititos y secos y la gente los cuida como oro, es un verdadero tesoro tener un pedazo de sándalo, es lo máximo.

Antes usaban el sándalo para hacer collares. Te ponías un collar y dejabas pasado con el olorcito, también hay un perfume. El collar lo hacían con sándalo, *michai*, que es una madera amarillita, y chonta. O sea, intercalaban la madera entre chonta, michai y sándalo. Eran preciosos y hay gente que todavía los tiene. Dicen que los conservan porque eran de su abuela o de su bisabuela, qué sé yo, son reliquias y las tienen guardaditas”.

Marta Yáñez: “Yo soy nacida y criada en la isla, pero mis papás no eran isleños. Mi papá vino aquí con el Barón De Rodt, a trabajar con la sierra -porque antes se hacía así, no con motosierra como ahora-, así que cortaban árboles y los aserraban. Tenían una parte especial para

eso. Se vino con mi mamá, se casaron y se fueron, se arrancaron a la isla. A mi mamá no le gustaba la isla, hasta que se fue, pero después de que nosotras ya estábamos grandes, casadas, y mis hermanos también. Éramos siete hermanos, así que se fue mi mamá, nos dijo "chao, no vuelvo más para la isla". Tengo casi toda mi familia en Valparaíso. Mi papá era agricultor y del campo, era de por allá de Dalmahue. Entonces, teníamos mucha familia pero no la conocía, porque había que tener mucha plata para poder salir.

Mi suegro se llamó Desiderio Charpentier y mi suegra Ana María Martínez. Ella era española y él francés. ¿Sabe cómo llegaron a esta isla? ¡Náufragos! Mi suegra me contó que se embarcaron para Argentina en el buque *Telegraph*, pero cuando venían en la mitad del camino se incendió el barco y la parte más cerca que les quedó fue esta isla. Así que arribaron. Estuvo mucho tiempo el escombros de la embarcación frente al estero *La Turbia*, yo lo conocí.

Se querían ir, pero estuvieron dos años porque no venía buque para llevárselos. Después se fueron y estuvieron tres años por allá, cuando mi suegro dijo: "Ya, alisten las cosas porque nos vamos a Juan Fernández". Mi suegra contestó: "¡No!, y se puso a llorar". No quería volver, a ella nunca le gustó la isla, pero a mi suegro sí. "¡Ya pues!, a alistar las cosas. Nos vamos", afirmó él. Y se vinieron y de aquí no se movieron más. Mi suegro iba a Valparaíso y todo, pero mi suegra no, le tenía miedo a los buques. Eso me contaba ella. Aquí fallecieron los dos, primero se fue mi suegro y después mi suegra".

Rolando Mena S: "Mi papá era colono y se llamó Vicente Mena Ponce. Era porteño, nació en el Cerro Toro. Mi abuelita, la mamá de mi mamá, fue la primera en llegar aquí, en el año 1878, con mi bisabuelo Alberto Sánchez, que lo hizo con Alfredo De Rodt, el Barón. Uno de los cinco primeros y mi bisabuela. A él lo tiraron atrás del *Centinela*, en *El Rabanal*, y vivió con sus niñas, porque trabajaba la madera, y el Barón hacía cajones.

En la madera se desempeñó mi bisabuelo. Él tiene que haber sido del sur, porque casi la mayoría de la gente que llegó aquí era de Constitución; los Recabarren son de allá y los González de Talca.

Otro colono fue un tal Martínez, un ingeniero naval que vino a hacer las primeras embarcaciones. El modelo que ahora se usa y otros que llegaron años atrás, en su mayoría eran del sur".

Elsa Recabarren S: “Mira, te voy a contar cuando mi papá llegó acá. Se llamó Moisés Recabarren Gutiérrez, era del sur, de Maule, y vino mandado por la Armada de Chile. Le gustó esta isla y cuando vinieron a colonizar llegó. Fue colono, no habían casas y los árboles estaban en la playa.

La primera vez que llegó fue en 1902 y en 1906 se radicó acá. Fue casado en primeras nupcias, pero enviudó, y luego se casó con mi mamá. Mi madre era de Valparaíso, tenía catorce años y mi padre cuarenta, ¿se imagina? Era hija única y la abuelita lloró mucho cuando se vino a la isla. Mi mamá no conocía nada, jamás había visto cómo se vestía una guagua y se casó. Y tanto acostumbrarse acá, pues. Si el papá tenía hijas de la edad de ella; entonces, jugaba a las comadres con las niñas, porque antes las chiquillas casadas jugaban a las comadres con las muñecas. Así que para ella, ¡qué tiempo de aburrirse!

Y se vinieron para acá, aquí salimos las raíces y ellos dejaron sus raíces. Acá tuvieron diez hijos. Siete hermanitas que nos criaron juntas, una infancia preciosa, porque mi padre no bebía y teníamos de todo. Después fue pescador para cazar la langosta y nunca nos faltó el alimento. Entre los hijos de la primera y la segunda esposa, éramos como dieciséis hermanos.

Así pues, mijito, así llegaron nuestros padres acá. Aquí nacimos, somos hijos e hijas de los colonos. A él le gustó tanto la isla cuanto la conoció, que cuando vinieron a colonizar se las arregló y dijo, “yo me voy a venir para la isla”. Con él llegó su hermano Antonio Recabarren Gutiérrez. Mi papito Moisés fue pescador, a él le gustó la pesca, mientras que mi tío agricultor y leñador, nunca trabajó en el mar. Él vendía leña a la población, porque teníamos yunta, y también verdura.

Ellos fueron los únicos Recabarren que vinieron a colonizar la isla, Antonio y Moisés Recabarren Gutiérrez; ahora hay muchos Recabarren, es cosa de levantar una piedra y encontrarse con uno”.

Victorio Bertullo M: “Se habla que se empezó a explotar la langosta ya antes de De Rodt. Esto tiene que haber sido, más o menos, en la mitad del siglo XIX, en 1850, por esa fecha el recurso ya era importante. Por eso que De Rodt, seguramente, se entusiasmó cuando vino a conocer la isla y vio que ya existía una compañía que trabajaba la langosta. Pero ésta estaba en decadencia. Él lo notó y, tal vez, se dio cuenta que no iba a durar mucho. Entonces, como tenía dinero, el capital, se vino para acá y se instaló en forma particular. Su idea era

envasar la langosta para conserva y poder mandarla fuera de Chile. Pero no le dio resultado.

Los primeros pescadores que llegaron en el siglo XIX trajeron botes de la región del Maule, de Constitución. Todos los que se ven aquí son de la misma 'hechura' de los de allá. Es una chalupa mucho más larga que el bote común que se usan en el centro de Chile, por ejemplo, esos son más chiquititos. Los de aquí son botes para resistir, para salir mar afuera como nada y pasar varios días afuera. Antiguamente, en las décadas del 20 y del 30 no existían los motores, y se salía a vela y remo. Los pescadores se iban el lunes y regresaban el sábado, estaban toda la semana afuera, y dormían en el bote. El viernes o el sábado llegaban, porque no podían estar saliendo tan lejos y regresando todos los días; de esa forma estarían todo el día navegando y no podían trabajar”.

Bruno González M: “La plantilla o forma de estos botes es ballenera y llegaron en el tiempo del Barón De Rodt. Esta historia la sé bien por los viejos, por los colonos, y se está perdiendo. En ese tiempo existían los buques madre que cazaban ballenas, eran a vela y no tenían comunicación, ni nada. Pero vamos a llegar a los botes actuales, a los que están fondeados en la bahía.

El buque madre andaba trayendo en cubierta, por ejemplo, ocho botes de los balleneros. Decían los viejos que antes había mucha ballena en estas alturas y las venían a arponear desde los botes chicos, que eran trasladados por una goleta. Ensartaban la ballena con un arpón, igual que en Moby Dick. Cuando la tempestad los sorprendía separaba a los pequeños, y como no existía comunicación, pues no había radio ni nada, algunos llegaban al barco madre y otros no. Pero sí sabían que en esta ruta quedaba la isla Juan Fernández y el patrón que iba a bordo de la ballenera y los de los botes chicos la buscaban para salvarse.

¡Si se perdieron de los buques, pues! Los viejos contaban que llegaron a puro remo aquí. Con las manos apretadas a los remos y tiesas. Quizás cuántas noches bogando para poder pescar la isla, y con hambre. Entonces, venía el Barón a ayudarlos. El viejo sabía, los sacaban con cuidadito y no les daban agua al tiro, primero leche a todos los de la tripulación y a los náufragos. Porque si les das agua los matas, si venían muertos de hambre y de sed, les iban dando leche, poco a poco, para no arrebatarlos, para no matarlos. Eran náufragos que se perdieron en alta mar. Así quedaron esos botes aquí en la isla, eran los que arponeaban ballenas; estoy hablando del 'año del ñauca'.

Esa plantilla o forma quedó aquí, son balleneros, de tres remeros por lado. A popa, gobernando iba el patrón, con un revólver para que no se amotinaran, y un barril con agua para las emergencias. El que arponeaba iba en la proa, también ahí se pone el trancañil, con una tina con agua y el material -que nosotros llamamos lienzo- con el cordel que arponeaban. Eso es para que no se caliente la sogá y no se corte. Esa es la historia de los botes, las plantillas quedaron aquí. Con el correr de los años la fuimos innovando, le pusimos motor y la transformamos para agrandarla; la enanchamos (la manga) y la estiramos (la eslora, el puntal), pero es lo mismo, tienen dos proas, y de ahí vienen.

Después, echaron las embarcaciones a pillar langostas y por eso las transformamos. En Constitución hay unas muy parecidas a éstas, pero llegaron después, ahora último. Se está perdiendo la historia que te cuento y, es más, viene un viejo que cuenta que estos botes son de esa ciudad, de Constitución.

Me acuerdo que llegó una compañía nueva que no los tenía y los trajo de allá, son parecidos a éstos, pero tuvieron que adaptarlos al sistema de trabajo de aquí. De eso, hace poquitos años, no más. Yo tenía como quince o veinte años [entre 1955 ó 1960] cuando llegaron esos tres botes, pero ahora son iguales a los de aquí, los adaptaron a las necesidades locales. Tienen cinco 'bancos' y les pusieron un cajón para el motor; el viejo se está 'cachimbeando' que él trajo esa plantilla para acá. Mentira, si está hace mucho tiempo. Eso es lo que no me gusta, que se va perdiendo la verdadera historia. Bueno, así llegaron los botes que estamos usando en las langostas, de las balleneras”.

Daniel Paredes R: “Mi viejo, Eduardo Paredes, fue el primer policía que llegó, en 1919, a la isla, era de Santa Cruz, de Colchagua. El Barón De Rodt los pidió para poner orden entre los colonos que habitaban acá. Junto a él vinieron Angulo y Rubí. Así se hicieron tres familias, porque llegaron solteros y se casaron acá. Como puedes ver, los tres se emparentaron y son familia Recabarren. De ahí nacieron los Paredes Recabarren”.

Nicolás Paredes R: “Cuando mi papá llegó era guardián. Después de ser policía fue pescador. A los tres les gustó la isla y se vinieron de pescadores, mi papá, Angulo y otro más.

Mi papá era huasito y sembraba la tierra. Él venía de Santa Cruz, allá tenía sembrados y animales. Era bueno para el caballo el viejo y

montaba muy bien. Tenían hartos vacunos y bueyes, antes aquí se trabajaba mucho con 'yuntas', pero ahora que llegó el Jeep... Me acuerdo cuando los vacunos bajaban del Centinela, la cabeza venía acá abajo y la cola no se cortaba arriba. ¡Tantos animales y todos gorditos!”.

Constancia Kötzing T: “La vida de los primeros colonos era buena, porque todos tenían muchos animales. En sus casas criaban cabros domésticos, muchas ovejas y cualquier cantidad de vacunos, esto era un peladero y libre. Mi mamá dice que la vida aquí era muy buena, de los animales hacían queso y mantequilla, o sacrificaban uno, en fin.

Mi abuelito era albañil y mi abuelita sureña. Él sembraba cualquier cantidad y tenía muchos árboles frutales, de los que hacían mermeladas que les duraban todo el año. También criaban chanchos. La harina faltaba, porque venían los barcos cada dos o tres meses, pero él siempre se preparaba, era metódico. A otros sí les escaseaba, porque eran tomadores, aquí se tomaba mucho.

Después llegó la compañía Recart y Doniez, me contaban que esa persona se vino porque había mucha langosta, no había medida y las sacaban por montones. Había un fondo donde las cocían y las hacían conserva. Sacaban langostas chicas y también las hembras con huevos, no como ahora, que tienen la medida y está protegida. Esa empresa llegó después que el Barón”.

El hundimiento del Dresden

Elsa Recabarren S: “Esa vez, cuando hubo el combate del Dresden, los barcos ingleses entraron disparando; mi papá pensó que saludaban, pero venían a echar abajo el barco. Fue el quince de marzo de 1914. Todos los de la población, los colonos, bajaron a donde está la escuela nueva, esos eran puros maizales que sembraba mi tío. Dicen que mucha gente se tiró de guatita entre medio de los choclos. La ignorancia de la gente, en vez de arrancar para el cerro se quedó ahí mismo, cuando ahí los hubieran baleado. Si hay una bala en el cementerio, atrás, enterrada en la roca”.

Constancia Kötzing T: “En ese tiempo, *El Palillo* era cóncavo y en la isla no había tanta gente o poblaciones. Cuando fue el combate del Dresden los buques ingleses le tiraban al palillo y cayeron rocas, así se hizo el socavón. Antes el palillo era recto y las balas le hicieron el

hoyo. Eso es lo que me contaba mi mami, en esa época ella ya tendría 14 ó 15 años y vivían arriba. Ella se crió sola, porque era hija única, y salió a mirar. Creo que mi abuelito tenía un caballo amarrado en uno de esos palos de luma y que cortó el cordel. Dice que las gallinas y los chanchos arrancaron por la sonajera y los tuvieron que ir a buscar por allá arriba”.

Elsa Recabarren S: “Fue a las ocho de la mañana, pero estuvieron peleando hasta la tarde. Mi papi dice que eran más de la una y todavía estaban. A ese barco lo pillaron desarmado, pero hizo mucha maldad; el Dresden era una isla flotante, pues oiga. Lo llenaban de árboles y cuando pasaban los enemigos por su lado creían que era un islote. Ese barco tenía muchas hazañas y aquí se le terminó el petróleo. Lo encontraron por un Capitán que venía para acá, él avisó que estaba el barco. Un Capitán que llegó, pero así como vienen los de los barquitos chicos, y avisó que estaba fondeado el Dresden. Y como los ingleses andaban por ahí tomaron la comunicación. Así supieron que estaba el barco acá”.

Constancia Kötzing T: “Ese buque anduvo muchos meses por los canales del sur, cerca de un año. Porque se vino sacándole la mugre a todos los ingleses y se refugió los canales del sur, pero ahí se le acabó el combustible y llegó para la isla. Mi mamá dice que lo vio y que venían otros buques, ella los nombraba, pero no me acuerdo cómo se llamaban. La cosa es que llegaron dos buques, un por un lado y otro por el otro. Mi mamá cuenta que habían unas lanchitas pequeñas y que el Dresden quedó con los cañones para acá, hacia la costa, y que ellos trataron de virarlo, pero no pudieron. Ahí le disparaban. Pero el Capitán alemán no se rindió, hundió su barco y murió. Creo que en el cementerio de acá están enterrados dos alemanes, están las lápidas y todo”.

Elsa Recabarren S: “Los ingleses vinieron para la población a pagar daños y perjuicios. Mi mami estaba haciendo pan, se fue a hacer sopaipillas al monte y toda la gente arrancó al monte. Mi tío, que murió a los 115 años, iba con un balde con agua de toronjil para darle a la gente que estaba desmayada. El toronjil es la que llaman melisa, no sé si tú la has escuchado, sale en los libros de naturismo. Él iba con un balde, con agüita azucarada y toronjil, para darle a las personas. La gente que arrancó estaba cocinando arriba también y después de que hundieron el barco, de que pasó todo, bajaron a la población”.

Constancia Kötzing T: “Mi abuelito bajó, pero mi abuelita no. Él me contó que fue un desastre y muy terrible ver los heridos. Pero los ingleses se portaron muy bien, después ellos mismos curaron a los alemanes y se los llevaron. De todas maneras eso fue un desastre muy grande, impactante, al menos para ellos. En ese tiempo había poca población”.

Elsa Recabarren S: “En ese tiempo había habido una trilla y mi papi estaba quemando lo que quedó. Él se llevó como a diez alemanes a alojarse arriba a la casa, eran unos marinos, unos gringuitos. Esa noche habían hecho fogata con la trilla y estuvieron en la casa de mi padre. Se llevó a varios y así otras personas también. Mi papi les hablaba en inglés. Dicen que andaban flotando los cuerpos de los caídos y otros les cantaron el himno alemán ahí en el fuerte, donde actualmente está aeronáutica, ahí le cantaron el himno cuando se estaba hundiendo el barco”.

Constancia Kötzing T: “Mi abuelito abasteció a la tripulación de los buques ingleses con animalitos y ahí le regalaron un poncho, fue un alemán herido. Luego me lo regaló cuando yo vivía en el continente. Después me casé y me lo traje para acá, se lo ponía a los niños en la cama, decía Dresden, era negro con letras blancas y con el tiempo se despedazó. Porque criando 6 niños, el poncho andaba por aquí y por allá, si hubiese sabido lo cuidó y lo guardó. Después mi marido ocupaba los pedacitos para ensillar los caballos”.

Elsa Recabarren S: “Los ingleses querían llevarse a los alemanes, a lo mejor para dejarlos en otra parte, no sé, pero ellos no quisieron. Sí, incluso, el telegrafista que peleó en el combate del barco llegó a vivir acá. Estuvo muchos años y se llamó Hugo Weber. Lo sacaron de acá porque le encontraron que tenía un transmisor entre los árboles allá arriba, en el *Yunque*. No se sabía por qué, pensaron que podía ser espía. No se fue por su propio gusto o porque se quisiera ir. Estuvo harto tiempo acá, era casado y su señora se llamaba Anita, era gringuita, y no tenían hijos. Después se inventó la canción del Dresden, la hicieron aquí en la isla, pero la persona que la compuso ya está fallecida. Te la voy a cantar, dice así:

Juan Fernández tú fuiste testigo
de ese heroico crucero alemán

Juan Fernández tú fuiste testigo
de ese grande crucero alemán

de esa nave que estaba fondeada
que se hundió con la bandera izada

A las cinco de la mañana
asomaron los barcos ingleses
el Glasgow, el Kent y el Oramma
que venían en busca de su presa

Es inútil olvidar
es inútil olvidar
ese día catorce de marzo
cuando vino el combate naval”.

El tiempo de la agricultura

Rolando Mena S: “En el tiempo de los colonos había personas que se dedicaban a distintas cosas. Por ejemplo, mi padre no trabajaba en la pesca, él era mayordomo en una empresa, entonces, en las tardes tenía tiempo, también los sábados y domingos, para las labores agrícolas, porque nuestra propiedad era muy grande.

En ese terreno sembrábamos hartos con mi padre, era un cementerio y había una gran cantidad de sepulturas, nosotros lo sembrábamos, lo arábamos y hacíamos cercos. Acá abajo, donde están las casas, también. Al principio él sembraba por su cuenta, era muy trabajador y le gustaba mucho la agricultura, eso sí, para la casa no más; cosechaba papas, cebollas para el invierno, maíz para las gallinas y porotos, también. Había otras personas que sembraban donde le llaman *El Pozo Rey*, porque ahí hay un pozo muy rico de agua; el abuelo de los Paredes trabajaba todo ese plan y cosechaba maíz, papas, cebolla, zapallo, de todo. Mi papá ponía zapallo, que se da muy bien aquí, ellos tenían tiempo para eso.

Don Antonio Recabarren, uno de los que llegó de Constitución, se dedicó a leñador solamente, tenía bueyes y traía leña para los que le encargaban en la población, en ese tiempo había puras cocinas económicas de leña aquí. Él se encargaba de trabajar el maqui y la luma para la leña, a eso se dedicaba. Había otros también, pero no tantos pescadores.

Otros no trabajaban la tierra pero tenían pequeños huertos y así tener algo en la casa. Uno que sembró bastante fue Federico Schiller, un tío

mío que vivió donde esta el sitio de la CONAF, fue pescador y, en el tiempo de la compañía Otto, cambió su profesión de pescador a herrero, porque su papá —el abuelito de nosotros— lo fue y cuando llegó aquí trabajaba en la herrería como forjador de fierro. Él tiene que haber llegado mucho antes del año 1900, porque venían casados. Mi abuelita llegó primero, con la familia hicieron un rancho allá arriba, es terrible todo lo que sufrió esa gente y solos acá. Hicieron sus casas de varillas, con piedras y barro, se les llovían, fue terrible. Como mi abuelita llegó primero con los hijos, que eran todos niños, y habría algunos que trabajaba y otros que no. Mi madre era niña cuando llegó, tenía como 8 ó 9 años.

Esa gente es la que sembraba, pero no tanto los pescadores. Claro que había pescadores que se dedicaban, en menor porcentaje, a la tierra. Se dejó de sembrar porque se fueron achicando los sitios y éstos se terminaron porque la gente pidió terreno. Antes, donde está la cancha de fútbol, todo se sembraba”.

Marta Yáñez: “La Quinta Charpentier era de mi suegro. Sí pues, era linda la quinta. Había perales, manzanos, membrillos y de todo tipo de frutas y verduras. Era linda esa quinta, preciosa, pero ahora está arruinada. Vendían peras, manzanas, membrillos y de todo lo que tuvieran. Eran los únicos que vendían frutas y verduras. Claro que hubo más gente que plantaba, pero para el consumo de la casa, nada más. ¡Mi suegro plantaba tanto! Había montón de papayas. Mi marido se dedicaba a la pesca, él era pescador y el que trabajaba la quinta era mi suegro. Eran varios hermanos y ninguno siguió con ella. No, no, no. A ellos no les gustaba, pero a mi suegro sí”.

Elsa Recabarren S: “Mi papá era pescador y tenía una tremenda quinta, inmensa quinta, pues. Pero igual tenía tiempo para todo, claro que sí. Además, arrendaba más terreno para sembrar, si todas las familias antiguas sembraban, hasta en el pie del cerro. En una parte donde yo viví, al otro lado, en *La Mona*, había un plan precioso que lo sembraban con arvejas y también hacían la trilla. Por eso que echo de menos todo eso, porque veo que la isla sigue igual, bonita, pero somos la población la que dejó de hacer lo que se hacía antes.

Aquí se han perdido muchas cosas bonitas, aquí se hacía la trilla, había hartos animales, se cortaba la mantequilla, había harta leche, se hacía el queso y la harina tostada. Nosotros teníamos yuntas, tirábamos los bueyes, rompíamos la tierra, sembrábamos, regábamos y no nos faltaba de nada. Si aquí se da de todo y acá toda la tierra produce. Pero la

juventud de ahora no es igual que los antiguos, se dejó de sembrar porque se murieron todos los viejitos antiguos y ahora son nuevas generaciones. Ahora se vive de la langosta, de la pura langosta, no más.

Estaba todo sembrado, donde usted viera. Donde está el colegio nuevo eran puros maizales, vendían choclos cocidos, calientitos, con mantequilla de aquí mismo; se hacían los pasteles, las humitas, la chuchoca, todo pues mijito. Ahora esas cosas llegan del continente, ahora todo es del continente”.

Bruno González M: “Antes trabajaban la tierra. Había pastizales, yunta de bueyes, unos tremendos bueyes que llegaban a brillar de gorditos. A mí me tocó arar allá arriba, en la jungla. Tengo fotos donde la jungla estaba sembrada. Me tocó esos tiempos de picanearle el espinazo a los bueyes. Con mi viejo sembrábamos papas, cebollas y de todo, aquí se da de todo. Eso ayudaba mucho al isleño.

Después se acabó porque creció la extracción de langosta, la empresa. Así que por eso se fueron todos al mar. Ya no hay en tierra quien siembre, se fueron todos al agua, porque sale más fácil ganarse la plata y comprar el producto que viene del continente, más ahora que viene seguido el buque. Antes no, me recuerdo que antes, en mi tiempo, pasaban hasta seis meses y no venía ni un barco. No teníamos qué ponernos, ni zapatos, a veces, ni ropa, ni nada. Ahora todo se perdió, no hay bueyes y no encuentras ni un arado”.

Nicolás Paredes R: “Antes toda la gente trabajaba la tierra, ahora ya no es así. Es que se metió CONAF y ha prohibido casi todo, hasta cortar madera para hacer casas. Antes, mi papá sembraba de todo, desde la pólvora hasta la escuela estaba todo sembrado. Ahora la gente no siembra, uno que otros nada más. Hoy se encarga la verdura al continente y llega casi toda mala, toda podrida. Ahí está uno esperando, qué sale, qué traen o qué no traen. Antes era mucho mejor porque la gente sembraba. En la casa, mi mamá sembraba todos los sitios de arriba, donde está el estanque, para allá. Toda la gente sembraba”.

Flora De Rodt A: “Aquí se dejó de trabajar la tierra porque el pescador se dedicó solamente a la pesca. No había relación con dueña de casa, que plantemos esto, que haga esto otro. Entonces, yo diría, más bien, que aquí la gente es un poco floja. Lo digo porque es verdad, porque yo sé que aquí se da de todo. Y no es por nada, pero en mi casa siempre planté, por ejemplo, sacos de papa. Cuando mis hijos estaban

chicos, mi marido y yo hicimos un tremendo invernadero, y se nos dio de todo. En invierno teníamos tomates, repollos, era una bendición, porque uno veía como brotaba de todo. Es tan lindo levantarte en las mañanas e ir a ver lo que tú has plantado, encuentro que es una terapia, cosechar lo que has plantado.

Pero aquí la gente no planta y hay terreno. Por ejemplo, tú plantas un huertito chiquitito y tienes de todo para picar, para cocinar. Si se da de todo, choclo, papas, las lechugas se dan preciosas, zapallo italiano, de todo. Como que no le llama la atención eso a la gente. Algunas personas tienen su chacrita en la casa y no les falta nada y hacen sus buenas comidas, me baso en eso, no más. Sabes que las verduras y las frutas son esenciales para la alimentación. Acá hay personas que se enferman del estómago porque hacen muchas cosas de frituras, qué pasa, le ponen poca fruta y no les gustan las ensaladas. Se enferman porque no comen, no tienen suficientes verduras, y el cuerpo pide todas esas cosas, son esenciales. Digo, francamente, que la gente es floja y no le gusta la agricultura. Hay una que otra persona que está bien centrada, 'puchas', dime: ¿qué te cuesta plantar algo? Nada. Una vez que picas la tierra, compras sus abonos y listo. ¡Vamos plantando y después cosechando!”

Victorio Bertullo M: “Aquí ha llegado mucha gente. Cuando venía un agricultor y se daba cuenta que aquí podía hacer un buen negocio, ¿qué pasaba? Al final derivaba hacia la pesca. Por qué, porque se daba cuenta que tenía que esperar seis meses para recién poder cosechar. A veces no alcanzaba a cosechar, porque como sembraba a tierra abierta, no como ahora, y los inviernos eran muy lluviosos, entonces, en muchas oportunidades se perdían las cosechas, se pasaban de agua. Así se daba cuenta de que tenía que subsistir o que ganaban más plata saliendo a la pesca, en esos años salían tres y hasta cuatro personas en un bote y todos ganaban. Salía el patrón, el socio del patrón y dos ayudantes. Así que todos ganaban porque había mucha pesca. Eso mismo complotó para que la gente mirara menos hacia la tierra.

Aquí es al revés del continente, que siempre se critica que miramos poco al mar. Pero acá no, acá es al revés, acá siempre se ha mirado más el mar. El pescador se siente orgulloso de serlo, es su clase, y dentro de los isleños es la clase alta, cualquiera no es pescador. ¿Por qué será? Porque ha sacado siempre un artículo de elite: la langosta. Así que para ellos, por ejemplo, sembrar la tierra era casi denigrante, ser agricultor, ¡no!, prefiero ser pescador”. Además, que se acostumbró a este régimen de los 6 meses: 6 trabaja y 6 los descansa, por la veda”.



2. Los otros habitantes de la isla

Tesoros y piratas

Elsa Recabarren S: “Me conversaba un viejito de aquí de la isla, un caballero viejito, que en frente del *Puerto Francés*, ahí hay un galeón hundido, un galeón grande de los piratas. Resulta que antiguamente venían los galeones españoles y traían tesoros muy grandes para acá, para la isla. En uno venía un sacerdote y lo hirieron para matarlo, pero sólo quedo mal herido y derramó toda la sangre en el oro. Cuando agonizaba dijo, ‘todo el oro que traíamos está maldecido, que nunca iban a poder sacarlo, y las personas que intentaran recuperar el tesoro iban a durar menos del año’. Ese tesoro quedó en el francés. Y justo murieron como 3 ó 4 que han ido a buscarlo, fallecieron antes del año. Por eso quedó la creencia que ese oro está maldito. Antiguamente, todos los que venían a buscar tesoros se morían. Aquí al frente hay 2 galeones hundidos, uno grande y otro más chico”.

Victorio Bertullo M: “Aquí era normal que todos los días llegaran y salieran barcos y buques piratas, por eso que se cree en los tesoros. Soy un convencido de que no sólo existe el que están buscando en *Puerto Inglés*, el de Lord Anson, que es muy grande, sino que deben haber veinte, treinta, cuarenta y hasta cincuenta tesoros chicos. Esta isla era especial para enterrarlos y mantenerlos hasta que no los pudieran venir a buscar y así engañar a los enemigos. Si la pelea grande era entre los piratas y los corsarios. Mientras los piratas trabajaban por su cuenta y atacaban a los corsarios, éstos últimos estaban autorizados por las coronas”.

Daniel Paredes R: “Los viejos cuentan que cuando acampaban con las ovejas en Puerto Francés en la noche se les aparecía El Español. A éste lo veía en un caballo blanco, le brillaban las espuelas y el jaquimón del caballo, como que fuera de puro oro también. Son las historias y es que en ese sector hay muchos tesoros enterrados”.

Elsa Recabarren S: “Los viejitos antiguos veían eso, no los de ahora. Dicen que el que salía en Puerto Francés era un español. Todos los botes andaban afuera y El Español de a caballo y bien montado en un animal blanco, precioso. Rodeaba al ‘piño’ allá en el Francés y le silbaba. Y si andaban todos los botes afuera, ¿qué rodeo iba a hacer?, tampoco no era tiempo de rodeo, porque éstos los hacen en noviembre.

A varios les pasó eso y nunca más lo volvieron a ver, tiene que ser de esos tesoros que cuentan. Dicen que cuando los enterraban le decía a uno que bajara a la fosa a arreglar el tesoro, luego desde arriba lo mataban y lo sepultaron ahí mismo. Entonces, esa es la persona que sale a penar”.

Constancia Kötzing T: “Mi padre dijo que lo vio y que conversó con él. Mi papá era una persona muy recta y no iba a mentir. El ‘caballero’ le comentó que el tesoro estaba en *El Alto del Francés*, y mi papá con mi abuelo fueron a excavar, pero entre dos o tres personas es imposible. El resto de la gente se reía, le decían tantas cosas, y jamás le creyeron. Le decían mentiroso, como era gringo, pero mi papá lo vio. Dice que caminó al bote, se subió y le habló. Mi papá estaba fumando y le dijo que buscara allá, en el Alto del Francés, porque ahí estaba el tesoro. Eso se me quedó en la mente”.

Elsa Recabarren S: “Una vez que el Barón De Rodt fue al Yunque se internó muy adentro y se le hizo tarde. Cuando dice que pasó hablándole un español y le dijo si quería un cigarro. El Barón se asustó, porque jamás había visto ese caballo blanco tan lindo, tan precioso y tan aperado, como se debe montar un caballo. El jinete, muy bien arreglado, iba fumando y le ofreció tabaco –pero se dice que pudo haber sido oro– y el Barón De Rodt no lo quiso. Cuando ya era tarde éste le comentó a su señora lo que le había pasado. Ella se puso a reír y le dijo que no podía ser, que eran cosas de él.

Otra vez, se internó en el cerro y no pasó nada, pero cuando volvió encontró a su señora botada y echando espuma por la boca. Le preguntó qué le sucedía y le respondió que no volvería a ser más incrédula. Le había pasado lo mismo, vio a ese señor de a caballo que le ofreció un cigarro. El Barón le dijo que le había pasado por incrédula. A los dos les salió el mismo caballero de a caballo, por eso digo, a lo mejor, debe haber algo aquí en la isla. Pueden ser cosas que dejaron los piratas, si hay tres galeones hundidos acá”.

Constancia Kötzing T: “Mi abuelito trabajaba en leña y tenía muchos bueyes. Allá arriba, donde está la casa del Centinela, que le llaman. Todavía está la huella media tapada con arbolitos. Mi mamá tenía como 6 años y le iba a dejar el almuerzo, después se venían en la tarde. Un día iba con mi abuelita subiendo por el camino viejo, y le dije, “mire mami lo que brilla en la mar.” La mar estaba calmita y se veían unas barras de oro, eran como tres o cuatro, y cuando llegaba la mar la arenita las tapaba. Como mi abuelita era analfabeta, una persona

muy calladita, le comentó, “hija, esto no se lo cuente a nadie, a nadie”. Mi mamá lo vino a comentar de adulta, cuando ya estaba casada. Ella decía que la arenita las tapaba y las destapaba, que eran tres tremendas barras de oro y que brillaban. Así que tesoros tienen que haber habido”.

Elsa Recabarren S: “En el terreno de mi papá se escuchaban cosas en la noche. Con mis hermanas teníamos el dormitorio cerquita de la pieza de él y en la noche o de amanecida barreteaban y se quejaba la persona. Barretazo que daba y se quejaba. Mi papi les dijo que se fueran porque él no quería entierro, que no quería riquezas, porque eso era un entierro que le estaban dando.

Mi papi tenía en una esquina zapallos plantados y en una noche de luna estábamos todas las hermanas jugando. Puras niñas de hasta 14 años, con las primas que vivían cerca. Nosotras sentimos que tomaron un puñado de plata, en sencillo, la dejaron caer y como que saltaron en las piedras. Arrancamos a contarle a mi papá y él les ordenó a las niñas que se fueran a sus casas y a nosotras que nos entráramos. Nos dijo que nunca jugáramos de noche, él salía a las 5 de la mañana a la pesca —en ese tiempo salían a remo, no había motores—, y que cuando iba para abajo veía a un hombre vestido de boy scout caminando por una grada de cemento. Esa persona jugaba como con un bastón que llevaba. A mi papá nunca le dio miedo, era una visión que él veía.

Converse con las chiquillas, con la dueña de la casa de donde llegaba esa visión y con una prima por lo que veía mi papi, y esta última me dijo que también sabía. Además, que había encargado a Estados Unidos un aparato muy bueno para buscar entierros, pero ella está en Valparaíso y nunca más ha vuelto. En el entierro de su papá comentó que a ella también le dieron uno, pero que no lo quiso porque al sacarlo uno se muere.

En otra oportunidad, estaba durmiendo y, según mi mamá y mi prima que vivían al frente, como la 1 de la mañana miraron para mi casa y vieron que en el umbral de la puerta de comedor había una plancha de donde saltaban chispa —porque antes se planchaba con carbón—. Ellas pensaron que estaba trabajando hasta esa hora y que con tanto niño me estaba sacrificando para poder hacer todas las cosas. Al otro día me preguntaron si andaba con sueño y le contesté que no, ¿por qué mamita? Me dijo que habían visto que estaba planchado y que tenía la plancha afuera de la casa, en la escala, para que me prendiera el carbón. Les conté que me había acostado temprano, como a las 11 de la noche, y me aseguraron que como a la 1 de la mañana habían mirado

para mi casa y que la plancha estaba afuera. Dicen que eso es que es plata, un entierro.

En ese sitio sí que penaban y harto. Comentan que aquí en la isla tienen que haber entierros, porque antiguamente penaban mucho y se veían cosas. En el sitio donde viví se veía una inmensa luz verde, pero agazapadita en el suelo, como un foco.

Una vez vino un barco a la isla y en él un ingeniero con su hijo que sacaban tesoros en el sur. Un chico isleño le dijo que en mi casa penaban y que se sentían muchas cosas, me pidieron permiso para traer máquinas para ver si se captaba algún tesoro. Las trajo y también unos pedazos de oro, plata, lata y cobre; detrás de mi casa marcó plata y hacia el mar oro, pero cualquier cantidad. Me dijo que estaba sentada en el oro, que estaba seguro porque trabajaba en eso, que le pidiera permiso al gobierno para excavar y que no estaba muy hondo, como a unos 5 metros. También que hiciéramos un galpón y sacáramos lo que había ahí. Le conversé a mi marido, que en ese tiempo estaba vivo, y me contestó que no, que si estaba loca -que en ese terreno podían hacer una población, si no hay ni una piedra-, que harían todo tira y no iban a encontrar ninguna cosa. Ahí quedó eso, a lo mejor pudo haber pasado como ahora, con el oro, que todavía no lo pueden encontrar”.

Guillermo Martínez R: “El Churraco tiene muchas tallas, es muy de campo, digo yo, y siempre anda contando sus anécdotas. Me comentó que en la casa que se crió hay un entierro. De repente se levantaban y la vecina, que era la señora Regina Mena, lo llamaba y le decía, “así que anoche te estabas incendiando”. Le decía que no y la señora le afirmaba, “cómo, si tu casa se estaba incendiando anoche”. Él cuenta que cuando las casas se están ‘incendiando’ así, es porque hay mucho oro debajo, que tiene que haber algún entierro de piratas ahí y cuestiones de ese tipo. También dice que hay una luz que se corre y se esconde en tal lugar, como indicando, ‘aquí está el entierro’. Creo que José, su hermano, escarbó con su hijo por ahí, está el hoyo todavía”.

Rolando Mena S: “No creo nada del tesoro. No creo en esa cuestión. Cómo iban a dejar las cosas botadas, hubiesen venido otros a buscarlas. No, no creo. Pero siempre viene gente a buscar el tesoro. Una vez estuvieron escarbando abajo la capilla, sacaron unas balas redondas, que de seguro eran de los ingleses, pero nada más. Hubo dos pescadores que fueron a buscar el tesoro, uno de ellos es el papá de la señora

Constancia Paredes, ese caballero junto con su suegro y un gringo. Estuvieron buscando en *El Pangal*, *La Pesca de los Viejos* y en el Francés, pero no encontraron nada. No sé si tendrían algún dato”.

Elsa Recabarren S: “Antiguamente vinieron a buscar tesoros. Yo estaba chica, tendría como nueve años. Recuerdo que el inglés John Mac Lean dejó unos tremendos hoyos y que, según él, nunca encontró nada. A lo mejor se lo llevó para callado. Qué iba a decir el viejito, ya era viejito. Una isleña se casó con su hermano y se la llevó de aquí”.

Hugo Arredondo S: “Los que buscan el tesoro son de afuera y vienen con ciertos datos, algunos mapas que encontraron por ahí, no sé. A lo mejor están equivocados de isla, porque aquí el único tesoro que hay es la misma isla. Para mí, la misma isla es el tesoro que tenemos, la vegetación, todo lo que hay en su entorno, ese es el tesoro más grande que podemos tener y debemos cuidarlo. Pero lo demás, que sean piedras preciosas y lo demás, no lo veo. Y, por último, si lo hubiera, ojalá lo encuentren, porque enterrado no le sirve a nadie”.

Elsa Recabarren S: “Nunca. Jamás en mi vida supe que hubieran sacado oro. Supe la historia de la familia de un Carabinero —que tenía un niño— que vivía en el sitio que queda al lado de la aeronáutica. Dicen que había una higuera que estaba media mala y el pequeño se sentaba todo el tiempo al lado de la raíz, que conversaba y jugaba con otro niño. Cuando los papás lo llamaron para que fuera a almorzar les decía que no, porque estaba jugando con un amigo. Ellos no le entendían, ya que no veían otro niño. Éstos le hicieron la guardia y se percataron que, de la raíz del árbol, salió un niño negro, bien negro, que luego caminó y se escondió. El carabinero escarbó y desenterró desde la misma higuera un cofre con servicios de plata. Después no volvieron a ver más al negro”.

Rolando Mena S: “Lo único que me contó mi abuelita fue que una vez en *El Castillo*, en una calle de al lado vivía una familia que tenía el fogón atracado al muro del Castillo -porque en esos tiempos había fogones no más, no había cocinas, no había nada aquí. Una noche, o no sé cómo fue la cosa, ella sintió que hubo un ruido de dinero, dinero que corrió. Se levanto y fue a ver, era un cántaro de monedas que se desprendió del muro del Castillo. Seguramente, estaba enterrado y con el tiempo y el calor se desprendió. Era un cantarito con monedas. La viejita tonta le contó al jefe, porque era el tiempo de los reos aquí, la cosa que le dijo al jefe que se había encontrado el cántaro y el viejo se lo quitó, le quitó la plata. El caballero se quedó con la plata y le

dijo que se quedara calladita. Es lo único que sé de plata que haya encontrado alguien y es lo que me contó la abuelita.

Lo que sí se encontraba, y mucho en el invierno, era la plata en cruz. Pedacitos cortaditos a cincel, eran cuadraditos que al medio tenían una crucecita de plata, todo de plata, por eso se les decían plata en cruz. Casualmente todas esas cosas se pierden, por lo general, las mandan a hacer collares con una cadenita y así se pierden. Así se fue desapareciendo, hace años que no han encontrado platita en cruz, yo siempre encontraba, por ahí se encontraba mucha de esa platita. Se encontraban en invierno porque, seguramente, estaban enterradas y con el agua aparecían; en las acequias, por lo general, se encontraban. Muchos las vendían también, por eso se perdieron, nadie tuvo la precaución de guardar como reliquia una cosa así. Puede ser que algún día aparezca otra, porque cómo no va haber otra platita, otra monedita. Esto sí que es verídico, lo viví y encontré plata en cruz”.

Daniel Paredes R: “Según dicen que los españoles dejaron muchos tesoros escondidos, joyas y cuanta cuestión en esta isla. Cuando éramos cabros chicos, y llovía fuerte, pasábamos por los esteros. Al secarse los volvíamos a recorrer y encontrábamos unas moneditas chicas, eran de un metal blanco con una cruz, le decíamos plata en cruz sin saber de qué se trataba. Las encontrábamos botadas en la vereda, en las acequias donde corría el agua, seguramente, el agua los traía de arriba, qué sé yo de donde. Nosotros se las pasábamos a la mamá y ella las guardaba. Anda a saber dónde estarán ahora”.

Elsa Recabarren S: “A la Clara, mi hija, una vez en el sueño le dijeron que fuera a sacar una de estas cosas. En revelación de sueños. Era una noche de junio y en El Castillo, porque eso lo hicieron en el tiempo de los españoles, en una esquina sobresalía una piedra grande que le llaman el *Diente del Diablo*. Le dijeron a mi hija que fuera ahí mismo, a esa parte, y que en la tierra había 3 pozas de agua, pocitas, no pozas tan grandes. Que fuera, que metiera la mano y que sacara algo, mi hija siempre saca cosas. Voy a ir, “ya que me lo dieron en el sueño, voy a ir”. Buscó las 3 pozas de agua y estaban. Estaban llenas de barro, en junio es tiempo de lluvia, y había llovido harto, la cosa es que metió la mano y sacó un espada de oro y sacó plata, plata en cruz, de la verdadera plata antigua. Sacó unas cuantas monedas de plata en cruz.

Las chiquillas mías nunca han sido así, aunque tengan algo valioso, ellas lo regalan. Ellas no dicen que lo van a guardar, no, y lo regalan

todo. No me acuerdo a qué persona le regaló la espada de oro, era una espadita linda, y la plata en cruz la repartió. Ninguna de nosotras es interesada”.

La Viuda, el Chancho de Villagra y otras apariciones

Daniel Paredes R: “A mí nunca me ha pasado nada, la verdad, pero mucha gente ha comentado que le ha salido “La viuda”, que es “La Llorona. La historia de esa mujer también existe en el sur de Chile y, a lo mejor, alguien la trajo para acá. Que a veces se siente llorar a una mujer en la noche, se siente. La he sentido, pero soy incrédulo para esas cosas, puede ser que ande una señora que me la hayan ‘charcheteado’, digo yo. Influyen también los perros cuando empiezan a llorar. Claro que ese llanto es bien largo y el perro no, pues. El perro toma aire, ladra y después llora ‘¡uuuuuuuuuu!’”. No soy miedoso, la verdad, y no creo en esas cosas, pero de que la he escuchado llorar, la he escuchado...”.

Elsa Recabarren S: “Le pasó a un carabinero hace muchos años, en junio, pleno invierno. Había un matrimonio, ella era católica y él pagano, no era católico, no creía en ninguna religión, era libre pensador. Dicen que la señora estaba esperando guagüita, bien gordita, ella le dijo que iba ir a la iglesia y él le dijo que no, que no iba a ninguna parte. Le dijo que era católica y que iba a la iglesia, así que fue no más. Esas personas no eran de acá de la isla, habían llegado. Cuando se fue a la iglesia llegó él y la mató por la espalda. Estaba embarazada y dicen que esa señora pena en la isla, por eso que llora la viuda.

Un carabinero de guardia dice que le salió la señora entera de negro y del mismo callejón de donde ésta tenía su casa. Ella ya no estaba, había muerto, salió entera de negro y con un velo. Eso se usaba aquí cuando una era lolita. Una iba a la iglesia y se ponía un velo blanco, las adultas se colocaban uno negro. Esa señora iba toda de negro y con la guagua en los brazos. El carabinero iba mucho más atrás y pensó en apurarse para ayudarlo, porque estaba lloviendo más encima, lo hizo pero ésta tomaba mucha delantera. Cuando llegó al puente, ese para llegar al *Matadero*, nunca más la vio, dice que veía casi en el aire, como que flotaba. Ella era la que penaba, la que salía en la noche, y nadie aquí quería salir”.

Brunilda De Rodt C: "La sentí llorar una vez, por detrás de mi casa, por El Castillo, cuando la mamá de mi esposo estaba enferma. De ahí para atrás hay un estero y esa vez como a las tres de la mañana sentí que alguien lloraba; pensé que era un matrimonio que vivía por ahí y que siempre peleaban. Creí que el infeliz de nuevo golpeaba a la señora, pero el llanto se fue alejando, se escuchó por mi casa y después por allá, como que iba subiendo, hasta que desapareció. Al día siguiente le comenté a mi marido que había escuchado a la viuda y él me dijo que no, pero a los días mi suegra falleció. Si dicen que el llanto de la viuda trae mala suerte".

Elsa Recabarren S: "Sí, es verdad. A veces se sentía cuando pasaba llorando por entre medio de los árboles. Mi hermana estaba recién casada y su esposo salía a la pesca, ella buscó a otra hermana, que era más grande que nosotros, para que la fuera a acompañar. Cuando de abajo se sentía como lloraba la niña, que lloraba tanto, y pasó por el lado de la casa de ella. Después se perdió por allá arriba, por el monte, muy lejos, hasta que casi ya no se le sentía el llanto.

Rolando Mena S: "Me tocó ver una vez a una dama de blanco. Tiene que haber sido como las tres de la mañana, venía de la casa de mi tío Federico Schiller, a él siempre le gustaba hacer alguna fiesta, y como había varias niñas bailábamos con las primas. Iba bajando hacía la quebrada y en un enorme níspero, que no sé si todavía está, había una puerta. Antes allí había un puente que pasaba de lado a lado en la quebrada y de bajo del níspero salió una dama de blanco. Seguí no más, pero era tanto el miedo, tanto susto y el miedo... Si yo nunca había visto una cosa igual, a mí sólo me lo habían contado, pero a esa mujer la han visto muchos por aquí. En ese momento como que perdí el conocimiento y en vez de achuntarle al puente me caí en medio de la mata de maqui. Yo tenía que pasar por ahí mismo y la mujer bajó por la mata de floripondio, por la quebrada, y ahí la perdí, no la vi más. Es lo único que he visto, pero pasé un susto fenomenal".

Elsa Recabarren S: "Esa vez eran como a las 11 de la noche, mi hijo Andrés me dijo que venía cansado y que le había salido un chancho blanco, pero blanco, blanco. Eso que en la isla no los hay. Mi hijo siguió al animal para arriba, por el camino del portezuelo, y el chancho desapareció, no lo vio más. Ese es el Chancho de *Villagra*. Dicen que en la noche, cuando se iban a alojar allá, sentían al chancho gritando al rededor de la casa y gritando como chancho. A los chiquillos les daba miedo ir a esa parte. Después se desaparecieron todas esas cosas, igual que El Español que salía en el Francés, y no se volvieron a ver".

Rolando Mena S: “Estábamos en el Francés, en la playa, donde está la casa, el refugio de la CONAF. Había personas durmiendo dentro de la casa y yo estaba afuera, en una carpa. Eran como las 11 ó 12 de la noche, conversábamos, cuando sentí un tropel de caballos, unos 4, 5, y hasta 6 animales. Creía que había sido un derrumbe que venía del cerro hacía abajo, salí de la carpa y nada, no había ninguna cosa, ni caballos, ni derrumbe, porque siempre queda la polvareda y no había nada. Los que estaban adentro también sintieron. Al otro día recorrimos el sector, por si había habido derrumbe, y no había ninguna cosa. Eso fue una ‘penadura’. Nunca había sentido esas cosas y, según dicen, ahí penaba un español. Esa es la historia de los viejos de antes, porque nunca lo vi, pero ellos contaban que lo veían desde el bote. Veían un jinete que corría a caballo, que les quería dar las espuelas y una pila de cosas; para mí es una fábula, porque después nadie más lo vio, y si fuese así podríamos haberlo visto. Claro que hay gente que ha visto cosas.

Bruno González M: “Te conté el caso que me pasó en El Inglés, es bueno el cuento ese. Tenía más o menos diecisiete años, soy de 1940, tiene que haber sido en 1957. Andaba en Puerto Inglés con una escopeta, una buena escopeta, y eran como las tres de la tarde. Partí para arriba a buscar ramas para hacer un varadero. Había un sol bonito, clarito todo. A una distancia lejana, de repente, quedo mirando y veo a un compadre que tenía, no sé, yo creo que debe haber tenido tres metros de alto. ¡Tres metros! Estilizado, con cinturita, unas tremendas patas, todo de negro, y por el pecho blanco, como los pingüinos. Con esmoquin y un tongo, esos sombreros que ocupaban antes, esos altos.

Luego me quedó mirando de lejos. Cada tranco que daba era inmenso, yo lo vi al compadre, caminaba como cuatro o cinco trancos y paraba. No me acuerdo bien, pero era más o menos así, caminaba, quedaba mirando, se agachaba, pescaba tierra, se levantaba y la soltaba, me miraba y la soltaba. Cada seis pasos, hacía lo mismo pues, se agachaba, mostraba la tierra y la soltaba. ¡Después más cerca, más cerca! Le vi hasta la cara, pues compadre. La cara afilada, bien feo, pálido, pálido y estuvo bien cerca de mí. No fui capaz de dispararle y pegué la carrera para abajo a la *Cueva de Robinson* donde había más gente. Llegué pálido, me preguntaron qué me había pasado y les conté la cuestión, pues. No me creyeron, pero sabía que nadie iba a creer la historia.

Antes se veían hartas cosas. Es que en esta isla hay mucha injusticia, mucha muerte. Muchas cosas quedaron aquí por los piratas, los corsarios, los mismos patriotas, y los que hicieron el Castillo eran casi

esclavos. ¡Cuántos habrán muerto acarreado piedras!, con tuberculosis y mal alimentados. Si los barcos no venían. La historia de Jorge Hinostroza también habla de eso, es la historia de los Maurelio. No, a mí me han pasado hartas cosas aquí”.

Elsa Recabarren S: “Antes en la isla cuando fallecía una persona la sepultaban en cualquier parte y, a lo mejor, por eso hay visiones, porque son los difuntos que avisan para que escarben y se los lleven a tierra sagrada, en el cementerio. Esto es cierto, no son cosas que ellos sacan de las cabezas. Donde vive Florentino Báez, su papá hizo una casa y al emparejar el terreno sacaron osamentas humanas. Era casado, tenían una guagua, e hijas mayores.

Dicen que cuando el esposo sacó una calavera, a la señora le dio una tentación de risa tan grande, reía y reía, miraba la calavera y reía, se reía de la calavera. Un día que el esposo salió, a la señora con sus hijos chicos le golpean la ventana con un bastón; antes no se usaban cortinas en las ventanas, así peladitas, no más. Cuando miró había un caballero muy alto y todo vestido de negro, bien vestido, muy bien arreglado y él se reía de ella. Como a ella le causó tanta risa la calavera, el espíritu después se fue a reír de ella. Ésta se desmayó varias veces, porque cada vez que miraba la ventana la persona seguía riendo y desde entonces, creo, que se usaron cortinas en la isla”.

Orlando Rojas S: “Si siempre se veían cosas. También vi visiones en esta isla, una vez vi al *Caleuche*, hace tiempo atrás, en el mes de septiembre. La mar estaba calma, calmita y no había ningún bote afuera. Uno sabe cuando andan botes afuera, porque acá es chico. Me acuerdo que pegamos la mirada y vimos una vela negra, ¡tremenda vela!, era cuadrada, así. Abajo, veíamos un puntito negro, iba corriendo, pero tumbadito para adentro el velero negro. Con el Chelo nos pusimos a mirar, ‘es el Caleuche’, dijimos. Nos pusimos a mirar, pero fijo, sin pestañear. Nos quedamos mirando, más o menos, como un minuto y de repente se desapareció, no lo vimos más. Después, cuando varamos nosotros, le dijimos a la gente, y nos respondieron, ‘ustedes están locos que va andar el Caleuche’. ‘Sí, si era el Caleuche’ -contestamos. Después me fui con mi otro hermano a Masafuera, porque esto fue en septiembre cuando lo vimos, y justo se perdió un bote. Es mala seña cuando aparece el Caleuche, porque seguro que se pierde un bote, esa vez se perdió uno el 6 de febrero en Masafuera. Se perdieron el Lolo Rivadeneira, el finado Zamora y el finado Ampuero. Se les dio vuelta el bote; a la vela se les dio vuelta y encontramos el puro bote dado vuelta”.

3. La fuerza de la naturaleza

Rolando Mena S: "Antes eran grandes los temporales. Antiguamente había unos viveros grandes, lanchones les decíamos, tenían como 8 metros de largo y dos estanques de aire, uno en proa y otro en popa, y al medio abiertos en la tablazón. Ahí se echaba la langosta. Tenían tapas con barras para ponerles candados y todas esas cuestiones y cada vivero de esos hacían 1.200 langostas y a veces quedaban aquí. En el invierno llegaban los temporales temprano, en abril, mayo o junio; y los grandes varaban lanchones, los pegaban en el muro, con cadenas y todo, y esos estaban fondeados con dos anclas, una a popa y otro a proa. Igual los echaba para tierra y los hacía pedazos. Si antes los temporales eran muy grandes aquí.

En invierno no se pescaba, hace muchos años que no se pesca en invierno, por la veda. Ahora es hasta el 15 de mayo, otros en abril sacan las trampas, porque ya no pica, y después, el 1 de octubre, se empieza de nuevo. Ahí ya no hay temporal, porque a principios de septiembre se arregla el tiempo, pero en agosto es malo. Los meses malos son mayo, a veces no, pero junio, julio y agosto lo son".

Elsa Recabarren S: "Años que no veo temporales como los antiguos. Si antes las tormentas eran con relámpagos, truenos y mucho granizo. Los zanjones que se hacen con el agua estaban tan llenos de granizos que los sacábamos con palas. La abuelita de la *Flora De Rodt A* hacía helado para vender, los sacaba, les colocaba sal para que se mantuviera y ahí cortaba los helados. Se coloca el granizo en una vasija y le echaba harta sal. Hacía café con leche y le echaba al helado, vendía hartos la abuelita. En esos tiempos, en el invierno, granizaba mucho por acá. Mi papá decía que cuando había mal tiempo, para atrás de la isla había refugio, para saltar a tierra y quedarse hasta cuando el tiempo los dejara pasar para *La Colonia*. Ellos lucharon harto, la sufrieron los colonos".

Marta Yáñez: "Mi marido se perdió en el mar. Llevábamos dos años de casados. Salió a la pesca y no volvió más, el tiempo no estaba muy bueno, pero salieron y después empezó a salir el viento del norte y no volvieron más. Se perdieron Oscar Charpentier, mi marido, y su compañero Manuel Chamorro. No hace mucho que se perdió otro bote acá, hace poco tiempo, dos años, por ahí. Es que el tiempo los sorprende afuera y no se vienen, se van quedando, hasta que el bote no resiste más. Quedé con un niño de un año y embarazada del segundo. Me han pasado tantas cosas, pero qué le vamos a hacer. Es

peligrosa la pesca, me da tanto miedo cuando viene ese viento de allá del norte y que esté el Leo afuera. Que ande afuera y no llegue, no puedo estar tranquila ¡Pero si no va a pasar nada mamá!, me dicen. Eso es lo que dices tú pues, ¿y todo lo que me ha pasado, es poco? Ahí quedan callados”.

Elena González A: “Si usted supiera cómo quedo cuando hay tiempo malo. Mis dos hijos salen para la isla de Santa Clara, allá se han perdido botes, se han quedado tres noches afuera y con un viento fuertísimo. No duermo en toda la noche cuando mis hijos están afuera. Me paso preguntándole al Choche si él cree que van a volver.

Cuando se pone a llover me da miedo, porque el papá del Choche se perdió en la isla de Santa Clara. Me pregunto por qué lado de la isla podrán volver mis hijos. Fíjese que a veces los sueños me salen ciertos. Hace muchos años, cuando mi marido salía a la pesca, dejó el bote amarrado en la bahía y salió mal tiempo, fondeado con motor y todo, pero usted sabe que si lo perdemos nos quedamos con los brazos cruzados y sin tener para comer. Me pasé toda esa noche preguntándole al Choche si lo había dejado bien amarrado, él me decía que estaba bien amarrado y que lo dejara dormir. Le decía que mira el viento que se había levantado. Estuve toda la noche con eso, cuando en sueños sentí que bajaba para donde vivía mi mamá, y una señora que es vecina de ella me decía, “hija, no sabe usted que andan tres botes perdidos y en uno de esos anda su hermano Rodolfo”. Estaba desesperada por mi hermano, en eso despierto y sentí golpes en la puerta. Era una sobrina que afirmó, ¡tío, tío! Levántese altiro que el bote no está”. Se fueron tres botes, igual como lo soñé, el del Choche, el de su hermano, y el del finado Dago.

En el Puerto Inglés hay una virgen de Lo Vásquez, le lloraba, le suplicaba que aparecieran los botes. El viento no se podía aguantar, le supliqué y le pedí que si aparecía el bote del Choche me iría a pie pelado del Inglés hasta la casa, y que le iba a llevar un ramo de flores con un paquete de velas. En una de esas gritaron que venían todos los botes, y llorando le di las gracias a la virgen, le dije que al otro día tempranito partiría al Inglés. Así que dejé los zapatos en la casa y partí, cuando llegué donde la virgen no daba más del dolor de pies, los tenía hecho tiras. En la casa puse un lavatorio con agüita y los metí. Fui y volví a pies pelados, dejé los zapatos en la casa”.

Elsa Recabarren S: “He visto salidas de mar aquí en la isla, sin maremoto, Ni Dios lo quiera, salida de mar, no más, sin temblor. Se

recoge y se va, pero no llegó una ola gigante. Lo he visto 3 ó 4 veces, pero hace tanto tiempo. Una vez llegaron los botes a la plaza, los dejaron varados bien arriba, a más de 100 metros de la orilla. Tan arriba llegó el mar que no se veían los techos de las casas, pero fue mucho tiempo atrás. Se recoge para afuera y queda la arena sequita, después entra y la trae. Cuando se va a recoger otra vez, se lleva las piedras, la sonajera de piedras, puro ruido, mucho ruido, muy fuerte.

Ahora último no ha pasado eso, lo vi cuando tenía como 16 ó 18 años, después no, ni Dios quiera. Primero es sin ruido y después los ruidos, donde lleva las piedras. Un día estábamos mirando el mar y decíamos, ¿por qué la arena se ve café? El mar se recogía más, más y más; afuera y más afuera el mar, hasta que salió bien lejos. Después se desprendió y llegó a la plaza. En otras oportunidades ha sido menos, a menor altura. Tienen que ser volcanes, o volcanes de lejos. También cuando hay un terremoto muy grande en el Japón repercute acá, alcancé a ver como cuatro o cinco veces”.

Heidi Green V: “Mira, no sé si será porque uno crece, pero antiguamente el clima era peor, las lluvias, los temporales. Ahora ya no es tanto, como que ha cambiado un poco. Pero han habido vientos que desraizaron árboles, los tiraron abajo. Una vez me tocó ver la salida de la mar, tenía 7 años [1945], y mi papá era administrador de Otto Hermanos. A las 7 de la mañana sentí unos tremendos golpes en la puerta, afuera, de lejos. De repente, llegó un señor, don Cornelio Yáñez y dijo, “Rino, Rino, hay salida de mar.” Me acuerdo que me pescaron de una alita, a patita pelada y todo, y me llevaban para arriba. Íbamos por la plaza y el mar se empezó a retirar. Miré hacia atrás y vi piedras verdes, las boyas grandes, esas café que están fondeadas, se veían en el fondo.

Después nos llevaron a la casa donde vive mi comadre Yiya, porque ahí vivían los De Rodt, y ahí estuvimos nosotros. Me acuerdo que el mar entró en la Bahía y llegó a donde antes había una carpintería, donde estaban todos los botes amarrados. El agua llegó casi hasta la plaza, gracias a Dios hasta ahí no más, pero calma, calma, calma, chicha. Los botes flotaban, porque siempre están amarrados, y el mar se llevó uno grande, uno chico y una balsa. La encontraron no sé en qué parte, el bote lo encontraron porque la mar estaba calma, a la hora que es un temporal grande, o sea, un maremoto, queda la escoba. Vi como la mar se retiró y después empezó a llegar, pero suave, a invadir la bahía, entró hasta la plaza y después se retiró. Todo suave, estaba como aceite, me acuerdo como que lo estuviera viendo. Se

puede decir salida de mar, porque eso fue, se retiro y después volvió, pero suavcito”.

Elsa Recabarren S: “Una vez, mi esposo andaba en la pesca cuando se encontró con la salida de mar. Unos tremendos palos andaban flotando y cuando llegaron acá los tuvieron que varar ligerito, porque ya el mar se estaba recogiendo. Tiraron una lienza para el huinche y ahí entre todos los sacaron para arriba, para la playa, pero llegaban a volar con el bote y menos mal que no les pasó nada. No los pilló el agua porque lo tiraron entre tanta gente. Otra vez llegó una goletita chica y se empezó a recoger el mar. Mi cuñada vivía en la playa y el mar pasó de su casa para arriba. Se le llenó la casa de arena y sus cosas flotaban por todos lados. No se veían los techos de las casas que estaban ahí, menos mal que fue como a las doce del día fue, si no, los pillan a todos acostaditos, durmiendo, y sin poder arrancar. Ni Dios quiera que suba el mar, taparía todo”.

Heidi Green V: “En 1965 hubo un temporal grande, terrible, terriblemente grande y Aldo tenía dos meses. La salida de mar atravesó el cementerio, se llevó tumbas y las dio vuelta, el agua llegó hasta la casa de mi hermano Robinson. Se llevó una casa que estaba cerca de donde ahora están trabajando, ahí en el Centinela, hasta ahí llegó. Tres días después de ese temporal mi marido me trajo un regalo, claro que ahora está restaurada, y que era de galeones. Estaba en la playa, seguramente fue tanta la revoltura que salió y me dijo, “vieja te traigo un florero de regalo”. Es de esa época, me lo vio el arqueólogo del Kaiser y tiene más de 250 años.

En la punta se han hundido galeones, así que éste como antigüedad es un tesoro. Tiene que haber sido un volcán submarino, porque la parte de Villagra como que se desbordo un poco, unos cerros. Uno miraba el mar y veía pura ‘piedra pómez’ flotando por toda la isla, pura piedra pómez, que es volcánica. O sea, como que fue una especie de maremoto, un temporal grande tipo maremoto, o algo así. Me acuerdo que el viento sacó en varias partes árboles de cuajo y que llovía mucho, pero al otro día calmita”.

Guillermo Martínez R: “Tenía 13 años, habían inmensas mares y era de noche. Me acuerdo que mirábamos de la casa y las mares se veían reventar del Pangal para adentro. Se veían unas inmensas olas, después quedó pura piedra volcánica en la playa, lava quemada, pura lava, no más. Increíble esa vez; fue un maremoto, un volcán en erupción, un

volcán submarino. Cómo se explica tanta lava petrificada y todo eso. Era marzo de 1965 y fue el temporal más grande que he visto”.

Elsa Recabarren S: “Hace años que ya no veo eso, esas cosas ya no pasan aquí. Me encontré en salida de mar 3 ó 4 veces, por eso ahora me admiro. Dicen que según los astros, que van pasando con los siglos, y que después se puede repetir eso. La sufrieron harto nuestros padres, lucharon mucho. Aquí hubo un bote, el 7 parece, que llegó a Valparaíso con un temporal. Las señoras se creían viudas y andaban de negro. Ellos llegaron allá con un temporal, a remo, porque en ese tiempo no había motores”.



4. En busca de la langosta

Remando al continente

Jorge Chamorro A: “Mi papá se llamó Manuel Chamorro Salgado y el otro caballero Juan Celedón Carballo, parece que ese era su apellido materno. Salieron a la pesca y los pilló un tiempo malo, trabajaban para la parte de atrás de la isla y el viento surweste se llevó el bote. No fueron capaces de llegar a remo a la población, en ese tiempo trabajaban a puro remo, no había motores, como ahora que está más moderna la pesca. Se demoraron 7 días en llegar a Valparaíso. Según dice mi mamá, mi papá le contó que se guiaban por una estrella que no la perdieron de vista hasta que aclaraba. En la noche la ubicaban otra vez y se volvían a orientar por las estrellas, así llegaron al continente.

Mi papá con su compañero estuvo casi ocho días remando y cuando había un poco de viento le ponían la vela al bote. Gracias a Dios que en ese tiempo se usaban velas y tenían el bote para correr a la vela también, así que los ayudó mucho. Tenían agua, porque para salir a la pesca se lleva harta, para tomar y cocinar. En la noche guardaban los remos y los materiales que ponían para el balance del bote, unos aros de fierro con canasto y langosteros que ubicaban por el costado del bote. Tenían doce, seis por lado, para que no se fuera a balancear mucho y se dieran vuelta de carnero. Así lo contrapesaban para la noche y en la mañana, al aclarar, subían todo el material para seguir navegando. En la noche quedaban al garete y la estrella los guiaba, aunque a veces se les perdía y calculaban cómo iban por el viento. Aquí se navega más por los vientos.

En Valparaíso llegaron al molo, donde se amarran los barcos, y había un marino que antes estuvo en la isla y los reconoció. Éste se acercó a mirar la costanera y se dio cuenta que era un bote de la isla Juan Fernández, por las letras que tenía atrás, y porque conocía los números de acá. Se fue a la Gobernación Marítima para dar cuenta de que el bote que había desaparecido estaba amarrado al portalón del muelle y con los dos pescadores con vida. Luego bajaron los jefes a verificar si era cierto o no y era el bote de la isla, así que llamaron para acá avisando que el bote había aparecido.

Luego llegó el gerente de la empresa y les pregunto por las langostas, mi papá le dijo, "señor, dé gracias a Dios que llegamos vivos. Comimos langostas y las otras se murieron, así que tuvimos que botarlas. Pescado no teníamos y las langostas vivas duran dos días, a los cuatro o cinco ya están malas, hediondas y se mueren. No se pueden comer." Los dos hicieron un juramento, se dieron la mano y se juraron no hacerse daño, no matarse para no comerse. Se salvaron y quedaron con vida y salud. Los dos se vistieron de San Antonio, llegaron así a la isla: de azul, todo de azul, camisa y pantalón azul. Porque San Antonio es un santo de los milagros, entonces, ellos le hicieron la promesa para que los salvara y si se salvaban se iban a vestir con la ropa que él usa por ciertos años.

Si mi mamá ya estaba de luto, porque lo creían muerto, desaparecido. Cuando llegó la buena noticia a la isla, que el bote que faltaba estaba en el continente, toda la gente se puso contenta. Ellos llegaron en la misma goleta de la empresa donde trabajaban. Ellos los trajeron con bote y todo a sus casas. Mi mamá estaba contenta cuando mi papá volvió y quemó la ropa de luto.

En esos años ellos tenían una hija y comenzamos a llegar nosotros a este mundo. Bueno, años después mi papá falleció en la pesca, en el mismo lugar donde se lo había llevado el temporal, se fue con otro compañero, no con Celedón, sino con un Charpentier. Ese caballero, Óscar Charpentier, era el marido de la señora Marta Yáñez y dejó dos hijos".

Elsa Rivadeneira A: "Mi hermana Julia Chamorro -que era hermana de mamá, no más- quedó viuda de Manuel Chamorro. Éste salió a la pesca y no llegó, lo dieron por perdido. Ella se puso ropa negra, de luto, y su esposo no llegó. El bote apareció en Valparaíso, allá llegó, y se sacó el luto. Le sacó una canción bien bonita, por ahí la tengo y también tengo un recorte del diario. Esta es la canción de mi hermana.

Canción del Pescador

En un barco de madera
mi corazón se embarcó
y en la playa del olvido
mi corazón naufragó.
Olas crueles decidme
qué han hecho

con mi amado y fiel pescador
que lo llamo y no me responde
a lo lejos de mi triste voz.

Boga, boga, pescador
Boga, boga, sin cesar
que tu amada te está esperando
sentadita en la orilla del mar.

Olas crueles devolvedme a mi amado
aunque frío el cadáver esté
yo quisiera mirarte un instante
y quisiera morir yo también.
Boga, boga, pescador
Boga, boga, sin cesar
que tu amada te está esperando
sentadita en la orilla del mar

Pescando a puro pulso

Orlando Paredes R: “Es muy distinta la vida ahora. Antes los botes traían cientos y tantas langostas. ¡No dormíamos! Claro que había otro sistema, no era con trampa, sino con un canasto grande y redondo, con buche. Uno ponía un cordel y la carnada, pero abierto, sin puerta como ahora, nada que ver. Era un aro grande, como la mesa, una cosa así, quizás un poco más chico, pero ahí se ponía la carnada. La langosta no entra de día, entonces se trabajaba toda la noche. En ese tiempo no había reloj de mano para calcular, por ejemplo, hacíamos la línea de 14 canastos por toda la orilla, estábamos allí y no afuera; la recorriamos, hacíamos café e íbamos a la otra vuelta. En los 14 sacábamos entre 30 y 40 langostas grandes, bonitas. Nuevamente café y otra vuelta, así nos íbamos toda la santa noche. Al otro día no podíamos dormir, porque íbamos a pillar la carnada para la otra jornada, a mí me tocó tres noches sin dormir, día y noche, nada, nada. Veníamos a dormir acá, claro que sólo a veces. Antes era muy sacrificado, me acuerdo que mi papá nos contaba que le tocó salir sin motor, a pura vela y remo. A todas partes y a pura vela, ¡pura vela! Eran gallos los viejos de antes, mucho más que ahora. ¡Ahora da gusto!”.

Rolando Mena S: “Antes la pesca era mucho más sacrificada, no se trabajaba con trampas, sino con ‘chinguillos’ o canastos. En ese tiempo se trabajaba en la orilla, a no más de 40 brazas de profundidad,

eso ya es mucho, 30 brazas, generalmente. Así se trabajaba, midiendo en brazadas y de las 30 se dejaba un pedazo de cordel para amarrar las boyitas que se llevaban. Tenía una tremenda técnica, no era llegar y calar un canasto, llegar y dejarlo, o llegar y echarlo para abajo, no. Resulta que aquí el fondo es muy disparejo y hay hartos bajos, mucha piedra. Cuando el canasto caía y se sentía que llegaba, estaba bien, pero si no y seguía para abajo estaba mal, se tenía que levantar y decirle al 'popero' -que es el que trae los remos, porque en ese tiempo era así, casi todo el trabajo se hacía a remo- que le diera más atrás para sacar un poco el canasto. Luego se volvía a tirar para que cayera de plan [horizontal] y cuando caía así se dejaba y se le amarraba una boyita.

Uno calaba en la mañana, pero el trabajo se hacía de noche. Contaban que al principio iban a la Lobería y llegaban como con 300 langostas en el día, no vi eso. Puede ser, pero no lo afirmo. Cuando empecé a trabajar era en la noche y en el tiempo de verano uno trataba de calar, por lo menos, a unas 15 brazas de profundidad. Se trabajaba con 12 canastos, otras veces con 14, pero en general a uno le daban 12. Eran canastos y no había trampas. Éstas llegaron después de la compañía Otto, mucho tiempo después.

Cada canasto se ponía a una distancia de 20 metros y se usaba mucho la linterna, porque si la persona no tenía experiencia para bogar se perdía de la línea. En *Playa Larga* había partes difíciles, porque es tan larga y no tiene costa, no es como calar en la muralla de la isla Santa Clara. Ahí sé que estoy calando en una distancia de 40 metros y ahí uno sabe donde pueden estar los canastos, porque en la noche oscura se pierden, por eso se usaban linternas. El que estaba trabajando tenía que iluminar, si uno veía que dejaba canastos ahí mismo, debía tener mucho cuidado y tratar de aguantarse donde los había dejado para no perderse de la línea. Cuando volvían a calar, el otro alumbraba para ver si estaba la línea donde lo tenía juzgado, así el que estaba en el remo sabía donde estaba el canasto. La distancia que tenía que bogar: de 12 canastos a la distancia, calando a 25 o a 20 metros, más o menos, cada canasto y a veces con viento, con barullo. Bogaba cualquier cantidad. Ese era el trabajo de la pesca en la orilla, era muy sacrificado y uno quedaba con las manos imposibles. Se encallecían, se llenaban de callos, a pesar que uno usaba guantes de lana de oveja. Hacíamos una especie de manillitas para los que hacían esos trabajos, con un dedo no más, y con el resto cuadrado.

Cuando llegó el motor, que siempre tenía aceite, uno se levantaba y se iba a dar otra vuelta. Teníamos todas las manos secas y nos echábamos un poco de aceite. A veces, al otro día ya, cuando uno iba a dar la última vuelta no se aguantaba el dolor, parecía que tenía espinas en las manos, un tremendo sufrimiento –por el cordel que quemaba a pesar que usábamos guantes– era de tanto levantar. Doce canastos que están calados en 10 brasas: ¿cuántos metros uno echaba para arriba? Me acuerdo que uno apenas calaba los canastos con guantes, casi había que calarlos con las manos peladas y es pesado.

Ahora es muy poco lo que se trabaja a la orilla, porque la langosta ya casi no pica ahí, es por la escasez. La gente sale altiro a unas 80 ó 60 brazas de profundidad, pero no se calan esos canastos, sino trampas donde la langosta queda atrapada y no puede salir”.

Wilson González C: “Antes las condiciones de pesca eran bastante más precarias. Vine a conocer las botas después de dos temporadas que llevaba trabajando. Nací en 1943 y en 1956 ya estaba trabajando en la pesca y a ‘pata pelada’, porque no cocíamos la bota. Con el tucuyo, con ese genero, las señoras de la isla hacían una tenida y después la aceitaban con aceite de linaza, y esa era la ropa de agua que usábamos. Después empezaron a llegar otras empresas, con otras perspectivas, y trajeron la bota. Con la Cooperativa trajimos perlón, plastifil, nylon, y todas esas cosas. Antes usábamos el cáñamo y la ‘manila’, eso en el agua duraba tres meses, y para poder armar el equipo, para estar en el agua con 20 trampas, había que comprar como 6 rollos cada tres meses: ¡eso es para irse al hoyo!

En un principio, mi papá trabajó en ese sistema que la empresa le daba todo, le daban las trampas, le ponían el material y la embarcación. Pero en esos años la plata no tenía valor, la langosta costaba 10 pesos y el pescador venía a ganar dos por unidad. Con los tiempos malos, con el viento del sur fuerte, uno tenía que quedarse fondeado detrás de la isla y no se podía venir a la población porque el patrón lo prohibía. Uno tenía que estar trabajando, pero no con vientos del norte, porque esos son más peligrosos y ahí se varaban todas las embarcaciones altiro. Los viejos trabajaban con canastillo, en la noche y a remito, a remos y faroles. Nada de linterna, con puro farol, un tarro con una velita adentro, así alumbraban. No tenían toldilla, esa carpa, esa toldilla que uno le hace a la embarcación, ellos estaban con la pura ropa de agua tapados toda la noche.

Había un remolcador chico, una lancha, tenía sus 12 a 14 metros de largo y le llamaban el Pejerey, nombre de un pescadito que siempre se pillaba en el muelle. Todas las embarcaciones tenían un palo que le llamaban el yugo, atrás donde uno se amarra, era un palo con un fierro atravesado, como una especie de "T". Entonces, llegaba el remolcador y preguntaba en qué parte iba a quedar cada embarcación y los iba tomando. El que se quedaba para el Puerto Inglés era el último que pillaba y el que se iba a quedar por allá por Santa Clara los pescaba de los primeros.

El remolcador pasaba por el lado de los botes con otros a remolque y el que estaba en la proa, porque se trabajaba de a tres, tenía que ser bueno para el lazo, igual como se lacean los animales. Tenía que llegar, borrar el lazo y tirar para agarrarse del yugo, si no lo hacía los dejaba botados no más. Esa era la manera, de esa manera. Claro que con los animales de aquí uno estaba bien entrenado. Bueno, de esa manera trabajaban, toda la noche a remo, no tenían comunicación ni ninguna cosa. Ahora tenemos hasta radio en el bote y cualquier pana la avisamos, en cambio antes... La vida antes, en el tiempo de las compañías, era muy sacrificada”.

Midiendo la langosta

Bruno González M: “Alcancé a conocer la conservera, era de la empresa Recart y Doniez, pero ya estaba parada. Mi papá trabajó ahí cuando era chico y mujeres también. Tenía para hacer los tarros; tenía todo, todo, todo, todo. Él trabajó en eso, echando a cocer las langostas. Ahí no existía la medida todavía, metían chicas, grandes y con huevos, todo iba a la conserva”.

Daniel Paredes R: “Después se retiró la conservera, sacaban la langosta en forma indiscriminada. Por eso se retiró de aquí, porque disminuyó la cantidad. Ahora no sale tanta como antes.

Yo felicito a los viejos de acá, los antiguos, porque pensaron en el futuro de la isla. Dijeron que la langosta no podía terminarse nunca, porque es la única fuente de trabajo que tenemos acá y pararon esto. De ahí nació la medida de 11 centímetros y medio de cefalotórax para la langosta. Es la cual tenemos hasta el día de hoy”.

Bruno González M: “La primera medida era así de grande, empezaba de la antena y llegaba a la articulación de la cola. Qué pasaba, había mucha pelea, porque los pescadores le estiraban la cola, como venía media moribunda. El que estaba recibiendo le metía la cola para adentro, eran puras roscas, quedaban las peleas. Después se dieron cuenta que no. De la antena hasta el caparazón estaba bien y que es rígida, que no se puede estirar la articulación de la cola. Esa es la que hay ahora, ¡estaban bien los viejos!”.

Heidi Green V: “Mi abuelo se llamó Francis Green y era inglés. Fue el que hizo la medida de la langosta y que hasta el día de hoy se respeta, se enseña en el colegio, en la escuela, en todo. Antes acá había una empresa pesquera, en ese tiempo mi papá estaba chico, la Recart y Doniez, era una conservera. Echaban todo el producto, la langosta grande, la chica, de todos portes, con o sin huevos. El Gringo le decía a mi abuelo, él empezó a enseñar a los isleños que eso no podía ser, porque se les iba a terminar el recurso. En el continente lo tildaron de loco, la gente de allá decía que no podía ser, pero implantó su ley, la que se respeta hasta hoy”.

Orlando Salas P: “Eso fue una iniciativa de los pescadores. De que tengo conocimiento ha habido veda y gracias a eso todavía tenemos langosta. La isla vive de la langosta y no tiene otra cosa. El turismo es para algunas personas, pero no hay otro trabajo. Ésta se basa únicamente en la langosta, nada más, el pescado tampoco se puede explotar, porque no hay barcos que los vengán a comprar. Al contrario, vienen embarcaciones de afuera, intrusos. A veces traíamos las albacoras que se enredaban en las trampas, ahora ni eso; podríamos haberla explotado, pero son barcos de afuera los que la están sacando. O sea, el isleño ha perdido mucho y por eso nos basamos sólo en la langosta”.

Adiós a los remos

Orlando Paredes R: “Mi papá hizo las primeras salidas a remo, después llegaron unos motorcitos que tenían una perillita arriba, se iba atrás y le pegaba en las manos a uno. Después llegó el motor Arquímedes, el Volvo-Penta Arquímedes, ya no quedan, y eran a ‘guaraca’. Ahora llegan otros, todos nuevos y dan gusto, pero Arquímedes ya no”.

Heidi Green V: “Mi abuelo era un visionario. Fue el primero que trajo motores Suizos Arquímedes a la isla. Además, como era ingeniero,

les enseñó a muchos pescadores a hacer repuestos y piezas. A Santiago Camacho y a Guillermo López, al que conocí, les enseñó con un torno que todavía tengo en mi casa. En ese torno le enseñó a trabajar a toda esta gente, después los mismos pescadores las hacían. Así empezaron a salir los primeros botes con motores.

Después mi abuelo, que se llamaba Francis Green, se fue de acá a Valparaíso y murió muy joven. Mi abuela se vino a la isla y se casó de nuevo. La gente siguió trabajando con los repuestos de los motores que dejó él, pero es muy poco reconocido. En el consulado de Valparaíso está escrita toda la información”.

Victorio Bertullo M: “En la década de 1930 empezaron a llegar los primeros motores. El problema es que estos botes tienen proa para los dos sentidos, no tienen popa, y pueden navegar para cualquiera de los dos lados. Antiguamente navegaban para ambos lados, remaban para acá y para allá, y cortaban el agua en las dos direcciones. Cuando llegó el motor fuera de borda se creó un gran problema, ¿dónde lo ponemos? Y dentro del bote le idearon una especie de cajón y lo instalan hasta nuestros días. El motor queda dentro del bote, no afuera de borda, como los comunes y corrientes que van en la parte de atrás de la embarcación. Un hoyo dentro del bote con un cajón sobre la línea de flotación.

Me pasó una talla muy buena con eso. Cuando llegué, me llamó la atención los botes grandes con punta por los dos lados, pero no me fijé mayormente. Resulta que me fueron a buscar, en ese tiempo la goleta que llegaba a la pesquera no podía atracar al muelle, porque era una estructura chiquitita, así que fondeaba afuera y tenían que ir en bote a sacar la gente. Bajé con todas mis cosas, venía de luna de miel con mi señora, y me estaban esperando, se vinieron a remo. Tampoco eché de menos el motor y dije, bueno, serán así, serán a remo, no me imaginé que podían tener motor. De repente veo un hoyo, un hoyo en que se veía el mar, el agua abajo. Le dije a unos cabros, qué encachaos los botes, si tienen hasta water y se largaron a reír. No compadre, me dijo Óscar León, no es water. Como sabía que salían y que se quedaban afuera toda la noche, pensé que era el water... Todos se largaron a reír, es el cajón donde se mete el motor, nada que ver con el water, me afirmaron. Hasta ahora me echan la talla, me dicen, ¡ahí está el water del señor Bertullo! Cuando están poniendo o sacando un motor se acuerdan de mí, del profesor que creía que era el water”.

Del canasto a la trampa

Hugo Arredondo S: "Bueno, si bien es cierto, en el correr de treinta o cuarenta años la pesca ha cambiado mucho. Antes era muy diferente que hoy, tanto acá como en las islas del norte. Era más sacrificado, el pescador tenía que trabajar en la noche y con canastos, no con trampas. El canasto hay que levantarlo cada cierto tiempo, o si no las langostas se escabullen y se van. Con las trampas no porque, como bien lo dice la palabra, quedan cazadas y les cuesta mucho más para salirse. Se salen, pero les cuesta, es que tienen doble departamento; uno que entra con un buche y más al interior tienen otro, así quedan atrapadas. Antes era más trabajoso".

Rolando Mena S: "El modelo de la trampa de la langosta es Francés, llegó en la cartilla de pesca para acá del Ministerio de Pesca y Caza. Hacían una de pescados, una para cazar pájaros, y otra para los pescadores; ahí llegó el catálogo con el modelo de trampas que usaban los franceses y se hizo aquí. La primera se hizo con fierro y ovalada, y la de madera se vino a hacer después, en tiempos de la compañía Otto.

La de madera dio mejor resultado que la de fierro y por eso se cambió. A esta última la hacía pedazos la mar, aunque a todas las hace pedazos, pero con esas en particular quedaba la esterilla tan a mal traer que nadie las podía volver a ocupar. Quedaban como panqueques, así se optó por la trampa de madera, que es más atractiva también, tenía otra forma y era mejor para trabajar. El paso de canasto a trampa fue en el tiempo de Otto, tiene que haber sido por ahí por 1977, pero nos daban tres trampas nada más.

Habían habido trampas, las hacían grandes y las dejaban caladas 10 días. Después las iban a buscar y no le daban el uso que correspondía. La pesca de langosta se vino a modernizar en los tiempos de Otto, se le daban tres trampas a cada bote y nada más, porque sabían que el canasto picaba bastante.

Antes picaba casi más en los canastos que en las trampas. Se hacían vueltas de 15, 20, 30, y hasta 40 langostas. Me gustaba más el canasto que la trampa, pero a veces esta última daba bastante también; al principio, salían llenas las trampas, hasta que poco a poco se fueron ahuyentando. El canasto se vino a terminar como en 1970, porque en el tiempo de la cooperativa todavía se trabajaba con éste".

Perdidos en el centro del mar

Jorge Chamorro A: “Le voy a contar un caso que me pasó después de que mi papá se perdió en Santa Clara. Venía una goleta de la isla Alejandro Selkirk y se le echó a perder el motor a medio viaje, entre las dos islas. Fuimos a buscarlos y no los encontramos, porque era muy tarde en la noche. Tuvimos que volver y salimos nuevamente en la mañana, con la oscurecida fuimos a encontrar la goleta, con temporal y viento norweste, lo tiramos entre tres botes. Andaba con mi padraastro y casi puros familiares. Llegamos con la goleta a remolque hasta la bahía, pero no pudimos entrar con ella a remolque porque el viento nos pasó, nos llevó a casi 30 millas de la isla.

En vez de bajar las velas o, por lo menos, soltar a los botes e irse solo, la goleta nos arrastró casi 30 millas. En la noche, el capitán hizo una reunión con todos los pescadores que andábamos —en ese tiempo era joven, pero ya trabaja en la pesca, tenía como 17 años— y dijo que nos iba a dejar al garete, a lo que Dios mandara, y él iba a seguir navegando. Él tenía de todos los instrumentos y nos entregó un compás chiquitito para que tomáramos rumbo. A un padrino mío que andaba en los remolques le dijo que el que tuviera más edad se llevara el compás en el bote madre y que los demás lo iban a seguir. Quizás cuántas vueltas dimos y no encontrábamos la isla, pasaban horas y horas, y la isla no aparecía. Aclaró y tampoco apareció la isla. Al bote en que andábamos con mi padraastro se le echó a perder el motor, así que los otros andaban a remolque con nosotros. Después se le echó a perder el motor al que andaba mi hermano mayor con un hermano de mi padraastro. Y para poder llegar a la isla tuvo que soltarlos para que se fueran al garete, eran dos botes nuevos de la compañía Otto Hermanos, tripulábamos de a dos por embarcación, así que nos repartimos en los otros.

El día que encontramos la isla fue gracias a mí, no porque yo esté hablando y me esté cachiporreando. Digo la verdad, porque soy católico y no me gusta mentir. Venía atrás en el timón y mi padraastro dormitaba un poco, porque en toda la noche no habíamos dormido. Así que después le entregué la guardia, se sentó, tomó la caña del timón y empezó a gobernar siguiendo a los otros botes, yo miraba para la proa, pero no sacaba nada porque no aparecía la isla. De repente, y como que algo me hubiera dicho que mirara para atrás y no para el frente, que me diera vuelta, lo hago y veo una sombra negra: le dije a mi padraastro que íbamos mal, porque detrás de nosotros estaba la isla, no al frente, sino que detrás. Me dijo que estaba nervioso y que andaba

viendo la isla, que era mi imaginación, le contesté que no, que no era mi imaginación, y que era la isla. Ahí se enderezó y la vio.

Conocí la isla por el Yunque, porque es el que manda aquí; él me dijo que levantara el remo para que los otros botes pararan los motores. Se detuvieron para preguntar qué pasaba y les dijimos que la isla estaba para acá; también me dijeron que estaba asustado y que por eso veía la isla a cada rato. Les dije que no y luego les indiqué dónde, ahí se dieron cuenta que tenía razón. Echamos un día entero en llegar a la isla y ya teníamos casi tres noches navegando con el buque y después solos. Estaban todos asustados. Nosotros teníamos agua, pero comida no. El capitán nos dio un tarrito de choritos en conserva y un pan chico para cada bote, teníamos leña, pero cosas para cocinar no y en ese momento no podíamos pescar.

El buque llegó al continente y como el capitán tenía radiotelefonía preguntó, cuando ya estaba por llegar al continente, si habían llegado los botes o no, que le avisaran cuanto antes, porque si no lo habíamos hecho se iba a pegar un balazo. Él mismo nos contó, hicimos una reunión y nos dio las gracias. Nos dijo que si no hubiéramos llegado a tierra se habría pegado un balazo en la cabeza, porque él habría sido el culpable. Dio gracias a Dios y un compañero le recordó que nos había dado un compás, pero que no el rumbo a seguir. Además, por esos años no sabíamos manejar el compás, menos yo, que en ese tiempo era un niño todavía. Esa es la historia del susto más grande que he pasado en mi vida”.



5. Tiempos difíciles

A “pata pelá”

Elsa Recabarren S: “Mi padre alcanzó a usar zapatos de charol estañados en plata. La plata la pisaban en sus años. Doy gracias a Dios que no murió en la ruina, en una pobreza grande, supo llevar su plata y mi madre igual. Nunca se vio un viejito arruinado. No. Antiguamente se sufrió mucho sí, mucho, porque se formó un estanco. ¿Sabe lo que es un estanco? Pueden haber tres firmas y quiebran y queda una sola, entonces, bajó el precio de la langosta y para qué te cuento. Con lo que le bajaron la langosta a los pescadores, la plata no alcanzaba ni para comprarse zapatos y andaban con los pies pelados. Era la única firma que existía, así que pagaban lo que querían”.

Flora De Rodt A: “En los años ’30, me acuerdo que las tías me decían que eran muy pobres, había mucha pobreza. Incluso, hay personas que se criaron a puro pie pelado, no como ahora, ya no se ve eso, pero hubo mucha pobreza en ese tiempo. Era lo que me contaba la tía, que migraron al continente en busca de mejores horizontes. Aquí hubo compañías que se dedicaban a la langosta, pero no pagaban, y la gente se fue empobreciendo. No había barco para traer comida y hubo mucha pobreza. Ahora la gente está más vivaracha en ese aspecto, porque les cuesta mucho entregar su langosta sin que se la paguen”.

Orlando Paredes R: “Aquí la vida ha cambiado en un ciento por ciento. Antes, cuando uno era chico, andábamos casi todos a pata pelada y así íbamos a la plaza a cantar la canción nacional. La plata no alcanzaba para zapatos”.

Rosario Recabarren C: “Lo que pasa es que antes se tenía mucha familia. Nosotros somos 10 hermanos y los Paredes como 16 hermanos. Las familias eran muy grandes y las compañías nos robaban, explotaban a los pescadores”.

Daniel Paredes R: “Mi nombre es Daniel Ignacio Paredes Recabarren y llevo toda una vida en Juan Fernández, nacido y criado acá. Nací en el año 1940, un 20 de diciembre mi mamá largó esta maravilla al mundo. Mi niñez no fue muy buena que digamos, no como los niños actuales; empecé a trabajar a los siete años y conocí los zapatos a los quince, porque veníamos de una familia muy larga, pero muy honesta. Éramos

16 hermanos, después fue mermando la familia, ahora somos seis, y yo uno de los menores”.

Orlando Rojas S: “Esta historia es de la isla en Robinson Crusoe. Con mi hermano Carlos estábamos chicos, de unos 8 años. Íbamos a vender leña para el Yunque, porque mi papá no estaba aquí, parece que él estaba en las islas de San Ambrosio. Íbamos para arriba a buscar leña, lloviendo y a pies pelados. La leña se la íbamos a vender a una viejita que se llamaba María, llegábamos muertos de hambre con el Carlos y se la dejábamos. Eran dos viejitas, la mamá e hija, pero las dos viejitas. Ese día llegamos y no estaban. La puerta de la casa estaba con una tira nada más, así que nos metimos y abrimos el cajón de un mueble, había una fuente llena de dulce de alcayota, ¡calientito! Con el hambre que llevábamos, nos comimos todo el dulce y después dejamos la fuente ahí mismo.

En la cocina había un horno y varios gatos dormían adentro del horno, con el Carlos agarramos el raspado que había quedado en la fuente y se lo echamos a los gatos, eran como 6, por todos lados, en la cara, los bigotes, todo. Y siguieron durmiendo. Cuando llegaron las viejitas, que eran muy católicas, ellas venían de la escuela –allá había una virgen a la que le rezaban– y la más viejita me preguntó, ¡y la leña chinito! Le respondí a la señora María que se la habíamos dejado y nos invitó a su casa a tomarnos una agüita perra. Entramos y nos sentamos. La viejita le dijo a su hija, que se llamaba Amelia, que trajera el dulce, ésta cuando abrió el cajón vio que no quedaba nada. La viejita se sorprendió y dijo ¡y el dulce!, ¿quién se lo comió? Le comenté que los gatos tenían los bigotes llenos de dulce de alcayota. Tomamos una escoba y le echamos para afuera a los gatos, la señora María los agarró a escobazos, tenía la polvareda, y salieron disparados.

Ella se sorprendió, cómo los gatos habían podido abrir el cajón, mientras que nosotros le decíamos que los gatos son muy inteligentes. Después, la señora nos comentó que los gatos no habían dejado dulce ni para mandarle a mi mamá y que nosotros tampoco íbamos a poder comer. Total, los gatos pagaron el pato, ¡la señora los llegaba a encumbrar con la escoba! Estos inocentes jamás iban a abrir el cajón”.

Manuel De Rodt C: “Esa es la mejor talla -la del dulce de alcayota- que tiene el viejo Orlando. La habilidad del cabro chico y, sobre todo, del hambre; cuando hay hambre es como una cosa que te toca a fondo. Eso fue hace hartos años atrás, porque el Churraco es harto más viejo

que nosotros. Pero la talla es muy buena, ellos siempre la cuentan en el bote.

La otra buena es la de Cocholo con mi cuñado Willy, que ahora está enfermito en el continente. Son dos hermanos casados con dos hermanas. Estos cabros estaban chicos y había una fuente de soda frente del Salas, había de todo, pero no había plata. Los cabros iban a puro deleitarse en la vitrina mirando unos frasquitos con dulces, con galletitas etc., pero la vieja era más apretada que la 'cresta'. Estos cabros dormían juntos, porque así era antes, de a 3 en la misma cama, la mamá de Cocholo era bien creyente y tenía una pila de santos: unos con cabeza, otros sin cabeza, unos con pies, otros sin pies, San Pedro, San Judas, en fin, y todos puestos en la muralla. La cosa es que estos cabros chicos dormían al revés: uno con los pies para la muralla y el otro con la cabeza para la muralla. Una noche sintieron algo duro en el medio de la cama y se les ocurrió que podía ser un dulce. Empezaron a pelear debajo de la cama, lo agarraba uno y después el otro, para ver quién se lo comía. Al final, el Willy se lo echó a la boca, pero era duro y no tenía sabor. Hasta que se dieron cuenta que se estaba comiendo la cabeza de San Judas Tadeo. Dicen que Cocholo le decía al Willy, ¡te voy a acusar a mi mamá que te estás comiendo la cabeza de San Juditas Tadeo! Era la cabeza del santo que había caído”.

Mascimiliano Recabarren S: “Antes, cuando uno iba con zapatos a la escuela, al llegar a la casa se los sacaba, los limpiaba y los colgaba hasta el otro día. De ahí uno quedaba a patita pelada, o alpargata en sus tiempos. Estudiaba y empecé a trabajar bastante pesado a los nueve años.

La pega mía era ingrata, porque era un tremendo tambor al que tenía que darle aire al fuego, o sea, con el aire que yo daba el fuego prendía. Así se derretía el metal, fierro en ese momento, y esa era mi pega. Los viejos me dejaban colgando y de ahí llegaba al suelo, tenía los brazos chiquititos y hasta que me hice hombre a punta de porrazos. A fin de mes recibía en un sobre cerrado mi sueldo y así, tal cual como lo recibía, cerrado, se lo daba a mi mamá. Ahora qué mocoso hace eso, cualquiera llega sin un peso a la casa.

Antiguamente había que cuidar los pantalones. Era dura la vida, pero mucho más tranquila, más calmada y más respetuosa. Trabajé en lo que viniera para poder ayudar a mis padres, eso lo hace a uno mucho más hombre, porque hay más responsabilidad, uno se hace más responsable en todo aspecto. Si uno se descarrila, a veces, es porque

ya cumplió con su etapa, yo cumplí lo mío. Antes faltaban todos los alimentos, fideos y de toda clase de legumbres. Además, no alcanzaba la plata y donde uno tenía que comprar un par de zapatos para los cabros. Nosotros éramos tres niños y mi padre nunca nos dejó a pata pelada, tampoco le gustaba, pero al resto de mis compañeros, a mis primos sí. A sus papás no les alcanzaba, porque el número de gente en sus casas era mayor. Antes las familias eran muy numerosas, las casas de los parientes eran de 12 a 14 hijos y no había cuidado en ese aspecto. Mis padres tuvieron cinco hijos y quedamos tres, los otros dos murieron cuando guaguas. Estaría de Dios no más, pues”.

Manuel De Rodt C: “No era el único que no tenía zapatos y tampoco me daba vergüenza; si no había y la naturaleza estaba echa así, para vivir así. Y harto felices que fuimos a pata pelada. Íbamos al colegio a pata pelada, los 7 años que estuve en el colegio fui a pata pelada, con o sin lluvia, con o sin barro, daba lo mismo. No estábamos ni ahí, como se dice ahora. Claro pues, si había como 3 ó 4 niños en toda la escuela que tenían zapatos, eran unos zapatitos así no más, unas alpargatas de lona y con cáñamo en la suela. El que tenía esas alpargatitas estaba ‘plumudo’, a nosotros nos daba lo mismo andar a pata pelada.

No sé cómo tenemos todavía los dedos buenos, porque a esa edad, cuando éramos chicos, casi ninguno tenía uñas, porque andábamos a chute con las piedras, hasta en el monte. Lo importante, es que uno no se arrepienta de su infancia y tampoco hay culpables, porque en ese tiempo no había, no más, y no había para nadie. Además, la mayoría tenía viejos que eran buenos para la chicha y apatronados. No había pescadores independientes y si los había, eran muy pocos, esos aparecieron después, harto tiempo después. Entonces, nos daba lo mismo, porque no éramos los únicos. Los únicos que tenían zapatitos aquí eran los hijos de los marinos, de los carabineros y de los cosacos, que estaban allá arriba donde ahora está la radio estación. Esos niños tenían porque sus padres eran fiscales.

Uno encontraba encachados los bototos, para el verano ellos usaban otra clase de zapatos, y en invierno bototos o zapatillas. Nosotros no teníamos envidia, porque si no teníamos, no teníamos no más, para el caso siempre fui bien resignado. Pasaba lo mismo con la ropita, porque de repente la que uno se ponía era la que había cambiado la viejita con su esfuerzo, haciendo trueques por ahí, o qué sé yo, a pura costa de sacrificios. Uno aprendía a valorar las cosas. Cómo los bototos que me compré, ¡pucha que los quería!, si hasta cuando me casé me los

puse. ¡Pucha que los quise!, me duraron una 'cachá' de tiempo, pero cuando había barro no me los ponía, ¡pucha que los cuidaba! Sí pues, si me habían costado, no me los había regalado mi papá, así aprendí a valorar la ropa, las pilchitas, y a cuidar las cosas. Entonces, tú te encariñas con tus cosas.

Igual era triste por un lado, porque la gente que venía de afuera y nos veía, a lo mejor, para ellos éramos dignos de lastima o una cosa así, pero el mundo real de nosotros era ese. Si cuando andabas con una polera era por cueva, porque generalmente andábamos a cuero pelado en el monte buscando leña, para vender, y cagados de frío, todos mojados y embarrados. Los dedos de los pies los teníamos todos arrugados y sin uñas. Imagínate, noche y día a pata pelada, tenías que resignarte, porque los viejos no tenían para comprarte y menos en mi familia. Éramos 14 hermanos y jamás alcanzaría para que tuviéramos zapatos, el viejo tendría que haber trabajado todo el año para poder comprarnos zapatos a todos. Así y todo fuimos felices.

A veces nos juntamos con la Marina y el Cotá a conversar cosas de nuestra infancia, porque ya tenemos 50 años y no es poco. Cuando hablamos de 30 años atrás los cabros, los hijos míos, me quedan mirando y me dicen que le estoy poniendo color, y les digo que así es la realidad. A veces nos daba vergüenza, por ejemplo, para los 18 de septiembre, nadie andaba con zapatos para un acto cívico, y ahí estábamos todos con las patas moradas por el frío y con barro, porque acá siempre ha habido barro. Parados y con el barro metido en medio de los dedos. Igual daba un poco de plancha, pero era nuestra realidad, o sea, no íbamos a dejar de ir a la escuela o te ibas a avergonzar de ir al acto porque no tenías zapatos. No, a mí eso no me pasó nunca”.

Heidi Green V: “Antes había un poco de pobreza, no todos, pero sí había. No se veía que la gente anduviera mendigando, pero había gente a la que le faltaba. Mi papá siempre tuvo situación y le convidábamos a las demás personas. Había gente que vivía mal, muy mal, y algunos recuerdan que de las fiestas que hacía mi papá se llevaban los conchitos, como se dice. Asistían muchos, porque todo el mundo lo quería. Una señora nos contó el año pasado que su mamá trabajó en la casa de mi papá y que cuando él hacía fiestas, su mamá llegaba con los conchitos. Nosotros éramos amigos con todo el mundo, lo que pasa es que a veces hay algunos que nacen en cuna de oro y otros que nacen pobres. Mi papá era habiloso, porque no tuvo tanto estudio, fue administrador de la compañía Otto Hermanos. En esa época yo tenía 7

u 8 años y vivíamos en una casa preciosa, inmensa, con galerías y linda”.

Manuel De Rodt C: “Como a los 12 años ya trabajaba. Todavía estaba en el colegio, pero igual salía a vender leña. Hacía dos viajes, uno para comprarme un tarrito de durazno o de frutilla y con lo del otro me alcanzaba para un poco de té y un poco de pan. Eso lo llevaba para la casa y no podía faltar, porque habiendo pan, té y azúcar estábamos al otro lado. El resto caía gracias a mi vieja que, a pesar de tener tantos hijos, trabajaba hartito, lavaba ajeno, de dueña de casa y le cocinaba a doña Tina y a don Reinaldo Green.

Estuvo hartito tiempo en esa hostería, y todo lo que sobraba de los turistas lo juntaba en una olla para nosotros. Esa es la verdad, para qué me las voy a dar de ‘plumudo’. Claro que la vieja le decía a mi mamá que era comida para los perros, aunque igual dejaba que nos diera esa comida, la comparación que hacía. La mayoría de las veces mi mamá no se llevaba la comida, porque seríamos pobres, pero teníamos orgullo de familia. No era digno para mi mamá darnos la comida para los perros, así que ella se la traía y en el camino la botaba, igual se la terminaban comiendo los perros”.

Guillermo Martínez R: “A mí, con el favor de Dios, nunca me hicieron falta los zapatos, nunca. Nunca pasamos necesidades con mi viejo, jamás. Éramos 5 hermanos: 4 hermanas y yo, el único hombre, pero mi viejo siempre se preocupó de nosotros. Siempre bien ordenados, bien vestidos y con buenos zapatos, pero a mí me gustaba andar a pie pelado y a varios de la edad. Había familias numerosas y a los papás no les alcanzaba, así que a patita pelada, no más, íbamos al cerro a jugar a la pelota y al colegio. Eso sí, con las patitas bien limpiecitas y rajaditas con el barro, porque se rajan, se secan y quedas así como los aymarás. Para nosotros no era raro ver a los compañeros a pata pelada en la sala. A veces peleábamos y nos gritábamos “pata rajá”, pero como niños no sabíamos que a lo mejor podríamos causar pena o dolor a un compañero. Pegaban fuerte a pie pelado, los que pegaban más fuerte, eran terribles. Pegarle una ‘patá’ en un dedo era como pegarle a una piedra, puro callo”.

Manuel De Rodt C: “Antes el que tenía, tenía y el que no, no tenía nada, como siempre, como en Chile. Aquí los ricos siguen siendo ricos y los pobres siguen siendo pobres y poca clase media. Los que tenían más era por su responsabilidad, se preocupaban de sus cosas, de su casa y le hacían menos a la chicha. Si la compañía traía de todo, pero

para comprar había que tener plata; al que le iba bien en la pesca le vendían igual en el almacén, podía comprar de todo, incluso, cuenta abierta, sacar zapatos o pantalones, aunque eran más duros que la cresta. Hasta las tiendas tenían de todo. Los que podían comprar eran los que pescaban más y administraban bien su plata.

Si uno miraba a dos familias, uno veía cabros con zapatos y para la parada militar andaban bien pintados, y nosotros nada. Eso se notaba más entre los viejos, en las casitas que eran mejores unas que otras, casas que eran de ellos. Bueno, ahora las casas han traspasado generaciones, pero las casas siempre fueron de los viejos. No como uno, que se las arreglaba por ahí, en una esquinita de algún galpón, arrendando por acá, esos eran los buenos para la chicha. Entre los hijos no había ninguna diferencia. No porque un cabro tuviera un par de alpargatas no se iba a juntar con los otros, al contrario, se las sacaba para que anduviéramos todos iguales. Si íbamos para el cerro, los que tenían zapatos se los sacaban y subíamos todos a pie pelado, el que tenía mochila guardaba ahí los zapatos —que eran mochilitas no más— y los demás usábamos un saquito con dos moñitos. Si mi mamá nos hacía hasta los calzoncillos y las sábanas de saco de harina, cómo serían de blanquitas, todo era con la marca del molino, pero las viejas andaban todas orgullosas colgándolas.

Nosotros vivíamos en una casa de adobe y forrada con papel de diario, que se pegaba con un engrudo que hacían las viejas, porque en ese tiempo tampoco había pegamento. Imagínate la entretención, leer las paredes de la casa, por lo menos 6 de los 14 hermanos leíamos y escribíamos, así que jugábamos a buscar palabras en las murallas, pero al final ya nos sabíamos de memoria casi todas, hasta las más chiquititas. Al principio era súper entretenido, pero al final ya nos sabíamos el juego”.

La escuela

Rolando Mena S: “En la escuela tuve un amigo, Moisés Cuadra, que su papá había sido mecánico en los buques que venían para acá. Pensábamos en irnos a estudiar a la Santa María, porque de esa misma escuela lo mandaban a uno para ser mecánico. Quería ser mecánico. Eran mis primeros ideales, después de querer ser marino e ir a la escuela de grumetes. Él se fue a estudiar, pero a mí no me mandaron a la escuela ese año, me cortaron, mi papá no tuvo los recursos. Era embromado, porque allá tenía que llegar a la casa de familiares, a

uno no lo quieren tener y es medio fregado. Por eso alabo tanto el hogar que hicieron en Valparaíso para los estudiantes, ahí por lo menos están unidos los niños, como en su casa y no están a dispensas de extraños. Por muy familiar que sea, a veces cae mal, porque se comió un pan de más, o le echó una cucharada más de azúcar al té, no faltan los problemas. Yo sufrí hartito, estuve en una parte y lo pasé muy mal y debido a eso no me quisieron mandar”.

Daniel Paredes R: “Siempre mi mentalidad estaba abocada a surgir, a progresar, quería ser alguien. Les conversaba a unos jóvenes que cuando niño quería ir a estudiar al continente, ser ingeniero agrónomo. Como al papá no le daban las fuerzas, porque éramos mucha familia, no pude ir. ¿Te imaginas? Siempre fui un tipo que me gustó leer y como no tuve la posibilidad de estudiar fui un gran lector. A eso le debo estos lentes, antiguamente daban la luz eléctrica hasta las doce de la noche y ahí apagaban hasta el otro día. Me quedaba leyendo con una velita o con un chonchón, que es un tarrito con una mecha de un pabilo o un trapito con parafina. Lo poco y nada que aprendí lo sacaba y lo recopilaba, después llegaron las escuelas a la isla, los profesores, y cursé sexto de preparatoria. Igual para toda la gente, no era fácil, y para mí penoso por no poder seguir adelante”.

José González A: “En ese tiempo costaba para ir a estudiar a Valparaíso. Antiguamente los padres no tenían cómo mandarnos y la escuela de la isla llegaba hasta octavo, hasta ahí llegábamos. Lo único que esperaban ellos era que hiciéramos el servicio militar, pero las mismas compañías se oponían y les decían a los oficiales, ‘estos niños no pueden estudiar, porque son pescadores’. Lo que querían ellos eran pescadores, si se iba la juventud los viejos no tenían con quien salir a la pesca y los retenían. Decían, ‘por estrecha votación, no hace el servicio militar’, así que nos veníamos para la isla otra vez y a trabajar. Todos a la pesca, no había otra cosa”.

Ernesto Paredes R: “Claro, a trabajar a la pesca no más. Uno no pretendía otra cosa, si acá había hasta sexto año de preparatoria y de ahí uno tenía que entrar a trabajar. Terminé mi sexto año y mi papá me dijo, ‘mañana vamos a ir a la Capitanía de Puerto para pedir permiso para salir al mar’. Nada como ahora, que los niños tienen hasta octavo básico y después a estudiar en el continente, no había ninguna de esas facilidades”.

Heidi Green V: “En esa época no era muy común que la gente fuera a estudiar al continente, pero mi papá tenía los medios, así que me

pude dar ese lujo. Mis tres hermanos también lo hicieron allá, pero los otros no alcanzaron, y se quedaron acá. Tenía una abuela allá y me iba a ver el día domingo, me llevaba para su casa y así pasé la niñez. Después llegué a la isla nuevamente y aquí estoy”.

Flora De Rodt A: “Fui al continente y me eduqué allá. Hice hasta tercero o hasta cuarto acá y después viajé al continente por una peritonitis. Me fui muy mal, allá me quedé con una tía y después fui a un colegio. Me vine acá como a los 21 años, soy recibida de auxiliar de enfermería, de peluquería y también tengo un diploma de gastronomía. Gracias a los tíos pude estudiar, pero no era muy común. Antes acá el que quería iba al colegio y el que no, no. En un tiempo se dijo ‘todos tienen que ir al colegio y es una obligación’, ahí se empezó a arreglar un poco la cosa, pero costaba para estudiar”.

Esperando la goleta

Elsa Recabarren S: “Como se demoraban los barcos, aquí siempre escaseaba. Una vez habían dado por perdido uno, y a bordo venía una profesora con sus seis niños. De repente lo vieron y empezaron a gritar, ¡selo, selo, selo!, que quiere decir señal en inglés, y todos gritábamos, de contentos porque habían llegado. Al barco lo habían dado por perdido, por los temporales, y como en ese tiempo se andaba más a vela que a motor.

Mi tío sembraba tanto, de legumbres y papas no escaseábamos, pero hacían falta otras cosas. La harina tampoco faltaba, porque se sembraba trigo y se trillaba acá. En esos tiempos había harina tostada fresquita y de aquí mismo. Cuando ya los viejitos no sembraban, hubo una escasez tan grande que la gente sancochaban el maíz y lo refregaban con una botella para hacer pan, con maíz medio molido. También hacíamos pan de sémola y en otras se remojan los fideos para hacerlos fritos, porque quedan como masa. Eso era antes, hace muchos años que ya no se ve, ni Dios quiera.

En la isla se trabajaba con las ovejas y se hacían frazadas. Una vez aquí hicieron un abrigo de cuero de conejo para la señora de un Presidente de la República, pero para la población isleña no. Acá se hacían medias para los maridos que salían a la pesca, gorritos y chalecos, pero no se vendían, porque cada persona tenía su ganado y todos hacían lo mismo. Una hermana mía tenía máquina para hilar, las otras lo hacían con huso y también se teñían lanas, porque aquí hay un

árbol que se llama Michai y es bien amarillito. También se ocupaba canelo, que da el color que quieras: si echas poquita cáscara, da un cafecito claro, y si pones más cáscara sale más oscuro. Eso ya se perdió, la juventud ahora compra la ropa que llega de Valparaíso”.

Nicolás Paredes R: “Antes, las compañías traían harta mercadería, pero en invierno no venían barcos y se terminaban las cosas. Paraban en mayo y hasta octubre no llegaban, demoraban al continente entre ocho a diez días, a vela, si andaban una milla a dos millas esos botecitos. Aquí hacía falta el azúcar, la harina y el que tenía plata compraba e iba guardando. Ahora, si no encargas las cosas al continente tampoco hay para comer, la gente encarga por quintales la harina y cuatro o cinco sacos de azúcar”.

Daniel Paredes R: “Nos faltaban montones de cosas, porque las pesqueras con sus goletas se iban de aquí a fines de abril o en mayo y llegaban en octubre. Quedábamos cuatro o cinco meses solos. Estaba prohibido enfermarse en ese tiempo y el que lo hacía tenía que quedarse hasta la *Punta San Carlos*.

Así con las cosas. ¡Hambre!, pasábamos hambre cuando se nos terminaba el pan, me acuerdo, cuando era niño, que mi mamá hacía pan de fideos, o sea, fritos de fideos. Eso nos daba la vieja, un pedacito a cada uno, y medido porque no había más. No tan sólo mi vieja, sino que parte de las familias de acá. La gente fue siempre solidaria, se ayudaban unos a otros, creo que de ahí nació la parte del isleño que es de buen corazón, por la escasez que había antes: lo que se tenía se compartía. Ahora es totalmente diferente. Hay más medios como traer alimentos y todo, inclusive, para sacar enfermos están los aviones, que es una gran cosa”.

Rolando Mena S: “En invierno es cuando se siembra, pero aquí no se puede por las grandes lluvias que se llevan todo. He tenido sembrado y la lluvia me ha llevado todo, es como un mar. Como los cerros son tan parados, el agua corre como río y no hay nada que se sujete, se lleva toda la tierra buena. Aquí no se puede sembrar en invierno, en septiembre algo, pero antes no.

La mayoría de las cosas de mercadería las traía la goleta, papas, cebollas y de todo. Aquí siempre se dio la costumbre de encargar al por mayor, pero pasaron muchos años que hubo escasez, y no por falta de plata o de trabajo, sino porque las goletas no llegaban. Estaban en reparaciones y así salía más larga la cosa. Un buque son palabras

mayores, en vez de 20, son 30 los días, después que los reparaban la Gobernación Marítima tenía que revistar la maquina, casco, motor y a todas esas cosas. Así ya eran 10 días más en los que no llegaban las cosas.

En tiempo de Alfredo De Rodt navegaban a pura vela. Me acuerdo de las goletas a motor, pero a veces se les echaba a perder y había que cambiarlo o repararlo. En ese caso, por lo general, iban a Constitución, allá las varaban, le cambiaban tablas, reparaban el motor y el aparejo, porque igual llevaban velas, por si acaso. También el 'cabotaje', cables, velas y una infinidad de cosas”.

Orlando Salas P: “Antes venía muy poco el buque. En el tiempo de la pesca fue más rápido, para retirar la langosta, cada dos meses y se iban altiro. Después venía la escasez de víveres, por eso la gente se acostumbró a pedirle al vecino pan, harina, una tacita de azúcar y se prestan los unos a los otros.

Cuando las autoridades eran delegadas y el subdelegado era muy amigo con los empresarios, tenía víveres. Los de las empresas y los subdelegados tenían para ellos, claro que lo esencial no más, sin grandes cosas, y nosotros no. Me acuerdo que acá había maíz, por ejemplo, molía y las mamás hacían tortillas para los pescadores, para que tuvieran en la pesca; también había harta leche y a los niños les hacían puras comidas con leche. Cuando no había nada y quedaban fideos venían las tortillas, se agotaban todos los medios. Y si no quedaba nada de nada, estaba la carne; en ese sentido, aunque falte algo, la isla está bendita, el que tiene hambre va al muelle y pilla un jurel. Es cosa que la señora diga anda al muelle a ver si pillas un jurel y si va ya lo tiene.

Aquí de hambre nadie se va morir, el que pasa necesidad es porque es flojo, si trabajo hay. Si no tiene y es padre de familia va al municipio y dice que no tiene trabajo y le dan uno. Ahora, si va donde una persona que tiene un bote, es cosa que le diga que lo lleve por un par de trampas y también habrá trabajo. Uno no se puede hacer el leso, por eso digo que estamos en un paraíso”.

Guillermo Martínez R: “La isla siempre ha sido tan especial, si se acaba en una parte, se acaba en todas. Con los cigarros era divertido, me acuerdo haber visto a mis tíos César y Nano secando té en unas latas, té usado para fumar. Otros secaban 'trun', una planta que hay

arriba en los cerros, para fumar cigarros de esa hierba. La cosa era echar humo, si los viejos fumaban así, es el vicio”.

Daniel Paredes R: “Aquí se hacían más cosas que ahora. Por ejemplo, como los inviernos eran muy crudos y había temporales de lluvia y viento, los viejos se preparaban también. Mataban un vacuno y lo hacían charqui para el invierno, salaban carne y preparaban todas esas cosas. Si no podían salir a cazar, echaban mano a lo que tenían en la casa hasta que amainara el tiempo. Recuerdo esas cosas, porque mi papá lo hacía, y cuando mataban era un acontecimiento, una fiesta en la casa, se hacían asados y llegaba la gente a hacer charqui. Después le tocaba a otra familia y así sucesivamente, charqui para el invierno. Cada cual tenía su vacuno que lo sacrificaban para el invierno, para tener carne cuando hubiesen tiempos malos, y para no salir a buscarlos por ahí. Ahora está más modernizada la cosa, la carne la encargas al continente, pues viejo, la metes al refrigerador y se acabó el problema. Antiguamente no, pues, ¿de dónde ibas a sacar refrigerador?”

Orlando Salas P: “Cuando faltaban los víveres, uno le echaba altiro la culpa a las empresas preguntando por qué no venía el buque. Lo que pasa es que al capitán de puerto que había en esa época se lo compraron las compañías y él tenía la única radio, entonces, uno no tenía con qué avisar para afuera. Al que avisaba, lo aislaban y no nos daban trabajo, porque, además, el que la revolvía era tildado de comunista y no se le daba trabajo. Eso siempre se comentaba, si aquí somos todos amigos.

Una vez llegó aquí un gobernador de Valparaíso, que por intermedio de la radio que había, o algo así, se enteró de esto y nos autorizo a que si las empresas tenían víveres las asaltáramos, pero que dejáramos todo anotado. O sea, si íbamos a echar abajo un almacén teníamos que anotar todo, porque nos estaban sitiando de hambre para que trabajáramos. Es lo mismo que pasa ahora cuando no necesitan langosta, no tienen para qué venir. Antes la compañía decía que para qué va a venir la goleta si todavía quedaban 200 mil langostas en el continente por vender, que de alguna manera nos arregláramos y si no teníamos víveres, que por último comiéramos langosta”.

Mascimiliano Recabarren S: “Ahora se está en contacto con el continente, antes se pasaba hambre, ahora no, el que pasa hambre es de tonto, no más, y de flojo. Antiguamente no era así, todo se encargaba al continente y las goletas traían las provisiones. Éstas eran de las mismas empresas, como Otto Hermanos, que era una firma

bien absorbente y pagaban lo que querían, era un monopolio, entonces, había que luchar y apretarse la guatita, como dicen vulgarmente. Si uno quería alargar ese alimento había que comer lo justo y necesario. En los meses de pesca uno no se preocupaba, porque teníamos de todo, por supuesto, porque llegaba la goleta. La fruta no se veía como se ve ahora, en cambio el vino siempre ha existido, haya plata o no igual andas cocido, pero en cuanto al alimento era cosa seria”.

Victorio Bertullo M: “Siempre hubo problemas de abastecimiento y en 1966 quedamos sin harina. No fueron tantos los reclamos, sino una petición de auxilio que mandamos para allá y vino un buque de la armada los primeros días de septiembre, el Águila, una barcaza inmensa de grande. Trajo harina y otras cosas que faltaban, así quedamos normalizados en cuanto a la harina. Era muy curioso, a veces venía en invierno el avión, porque había días que podía operar la cancha, pero venía cargado con cigarros, lo fletaba la Compañía Chilena de Tabacos que tenía un convenio con la Empresa de Comercio Agrícola, ECA, de todo Chile para lugares apartados como éste. Tenía que mantener siempre el stock, o sea, si la ECA de aquí avisaba que se le estaban terminando los cigarros, empezaban a movilizarse y los mandaban. A veces no teníamos leche para los niños, harina, ni azúcar, pero llegaban cigarros. Contrataban un avión para traer cigarros, los más felices eran los que fumaban, los verdaderos fumadores, a ellos no los podías ni mirar. Te podían hasta pegar, andaban nerviosos, secaban hierba de cualquier tipo, hierba mate para fumar, o hacían cigarros de té, y juntaban las colillas para formar otro cigarro que hacían con papel delgado para escribir a máquina.

Una vez se terminaron y andaban todos desesperados. Mientras estábamos en la cola de la carne, porque cada dos meses mataban un animal, la señora Clorinda, que ahora es finadita, dijo tengo un pato y lo cambio por un cigarro. Un pato era caro aquí, por un cigarro. Me acordé que tenía cigarros y le dije que después hablábamos. Ella pensó que tendría dos o tres cigarros, pero tampoco le comenté que tenía un cartón, y le llevé una cajetilla cerrada. ¡No! -me respondió. Le pedí uno, no más, si no tengo más patos. Ella pensó que me tendría que dar 20 patos. Le di la cajetilla, cómo le iba a cambiar un cigarro por un pato. La señora me pescó y me besaba las manos, no podía creerlo, una cajetilla de cigarros, 20 cigarros que se iba a fumar. Al final al pato se lo comieron los perros”.



6. El primer Guardaparque

Victorio Bertullo M: "En 1935 se creó el Parque Nacional, pero recién en 1972 llegó CONAF a administrarlo. O sea, entre el '35 y el '72 esto era parque sólo en el papel, pero no se hacía ninguna labor de Parque Nacional. El abuelo Uto le tomó mucho cariño a la tierra, porque era isleño, y se ofreció voluntariamente de ser guardabosque. Él llegó a destacar, como hace diez años atrás leí en una revista que lo habían elegido el mejor guardaparque del recuerdo, o una cosa así. Trabajado ad honorem y después lo contrató CONAF, un tiempo antes de morir, porque murió este caballero".

Constancia Kötzing T: "Mi marido fue Uto y fue guardabosque desde los 14 años. Le gustaba el bosque y cuidar los árboles, por eso mis hijos jamás cortaron un arbolito. Nada de eso, a no ser que fuera algo seco, porque antes se cocinaba a leña y no había luz, sólo con velas.

Era bueno para los caballos. Hizo su servicio militar acá, porque llegaron los cosacos, que le llamaban, a poner unos cañones, y para el lado de allá todavía están los cañones de ellos, creo. Hizo su servicio en la isla como mensajero: lo mandaban de arriba, de la Radio Estación, del Centinela hasta acá, y a todo galope del caballo. Ese fue el servicio que hizo. Lo mandaba el comandante o capitán, recibía la orden por escrito, sepa Dios qué cosa, y de ahí se iba de vuelta para arriba. Él se crió en los caballos.

Después mi marido trabajó 20 años en la CONAF, se salió de pescador, porque murió su hermano con el que estuvieron 38 años juntos, y no quiso nada más con la mar. De ahí entró a la CONAF hasta que murió. Tengo sus carné, hasta el último que le dieron. También su diploma de cuando salió el mejor guardaparque de la Quinta Región".

Manuel Paredes K: "Tenía hartas historias el viejo. Me hubiera gustado que estuviera vivo y lo hubieras entrevistado a él y no a mí. Te hubieras aburrido con él, habrías necesitado no sé cuantos casetes, te hubieras aburrido. Ese caballero tenía historia, era mentirosazo el tipo, pero igual le ponía color. Yo era chico y siempre fui su regalón; cuando tomaba con sus amigos me ponía a sus pies -yo era chiquitito, seis o siete años- y empezaban a contar historias con otros. Me contaba del Español, que salía en el Francés, y una pila de cosas más. Cuando lo seguían en el macho y el Español era puro oro, desde las espuelas y sólo faltaba que el caballo fuera de oro. Según él, una vez lo vio y lo

siguió, andaba en un macho y el caballero se le arrancó. Lo siguió, lo alcanzó, le tiró el lazo y lo laceó, pero se abrió el cuerpo, la mitad para arriba y la otra para abajo, y el lazo se salió. Eso es lo que contaba.

Cuando era chico le creía, pero después no, y varias cosas más. El viejo tenía cualquier historia, era simpático y malo, hacía broma con todos y hasta con el alcalde. Fue muy querido el viejo. Una vez se topó con un argentino en el bar de Angulo, en el Bahía, empezaron a chupar y se curaron. El argentino andaba con un rifle súper bueno y discutieron por el arma, el viejo comentó que volteaba dos botellas con una pura bala y mi papi le contestó, ¡yo volteo veinte! si las pongo en hilera. El argentino aseguró que las ponía separadas, pero el rifle del 22 tiene una sola bala, “pongo dos botellas y un cuchillo al medio, bien parado, una botella ahí y otra allá; tiro la bala en medio de la cuchilla y la parto, los pedazos de plomo le dan a las dos”, afirmaba el argentino.

Mi papi le dijo, “sabís qué más ‘hueón’, no me vai a creer. Si ni conocí al *Rabanal*, tampoco, para qué te explico —ya estaba caliente el viejo. Una vez fui a cazar y venía de vuelta, traía hartos conejos, para qué te digo el nombre del lugar si vos ni conocí esa ‘hueá’ —le decía—, había una luma y un conejo parado solito en ella, ‘conchesumadre’. Me agarró los bolsillos y el cartucho estaba sin municiones, se le habían salido y no podía matarlo. Tenía el puro fulminante, pero se iba a sentir el puro impacto, empecé a buscarme y encontré dos tachuelas, oye argentino, se las coloqué las ‘hueás’. Me acerqué y le mandé el disparo, el conejo quedó ahí mismo, con las dos orejas paradas, ni saltó el loco; partí despacito y con la escopeta lista para darle el culatazo. Lo pesca de las patas, lo tira para atrás, se va de punta y se pega el choque de cabeza en la luma. El argentino le preguntó, ¿y por qué te fuiste de punta?, mi papi le dijo, ¡no viste ‘hueón’ que con las dos tachuelas quedó clavado de las orejas! Al final se sacaron la cresta a puñetes, el visitante no le creyó y mi papi le enrostró, ¡creí que te voy a creer que con un plomo le das a dos botellas! El argentino salió como papa, él andaba solo y el resto puros isleños. Le sacaron cresta y media al pobre, salió perdido por todas partes.

El viejo tenía buenas tallas, te hacía reír y te contaba de una forma, como si fuera verdad. Los científicos que venían a estudiar decían que cuando iban a sacar plantas él, que andaba con una varilla, le mandaba en las manos. El viejo se enojaba, ¡no, usted no me saca plantas! Cuando él no los veía, los científicos sacaban cualquier planta, pero si

los pillaba le mandaba los varillazos en las manos. Le echaban el ojo y le sacaban. Sí, él les pegaba a los científicos.

También era bueno para el caballo, le decían el 'Huaso Uto', y era uno de los mejores jinetes aquí, era loco, era loquito. Fue nueve veces vencedor del Yunque, él fue el que descubrió la ruta del Yunque, el abuelo Uto. Tengo fotos donde sale con el padre Couch, donde encontraron la famosa *Yunquea tenzi*, el cura era científico y él la encontró. Ahí subió mi papá, ya había descubierto la subida, él hizo esa ruta. Con científicos y todo ha subido nueve veces, pero solo subió muchas veces más”.



7. Colonización de Masafuera (Isla Marinero Alejandro Selkirk)

Tiempo de los Reos

Orlando Rojas S: "Mi papá vivió en Masafuera cuando estaban los presos, los criminales. Él no estuvo preso, fue cocinero de los gendarmes, él era jovencito. El 1920, o me parece que fue el '25, en el tiempo de Carlos Ibáñez del Campo mandaron los presos.

Había de todo, ladrones, criminales y cuatrerros, hartos reos, deben haber sido como 300, claro que los obligaban a trabajar. Los tenían en distintas partes de la isla, para el lado sur, para la Lobería, para el *Varadero*, en unas quebradas, en *Las Chozas*, en *La quebrada de las vacas* y vivían en todas esas partes, los repartían.

Un cuatrero que vivía para el otro lado de la isla, en *Rodríguez*, allá abajo, todos los sábados iba a buscar su ración al pueblo y se iba cargado de vuelta. Es bien lejos para allá, y hay que subir una pared para arriba. En *Rodríguez* hay varias casas de piedra, lo hicieron a pura pala y picota, no sé cómo tomaron las piedras para ponerlas en las casas, debe haber sido un trabajo duro. En las chozas también, cuando llegamos acá todavía las había, eran de puro 'enquinchado' de luma y en el techo tenían zinc; adentro tenían colchones, tetera y una 'cachá' de cosas que dejaron botadas. En *El Papal* había dos chozas, con mi papá las vimos, eran iguales que las otras, con todo botado adentro, ropa y cualquier cantidad de cosas.

Donde está la CONAF había una casa grande, que llegaba hasta donde vive el Cotá, y estaba comunicada con cañerías para el alumbrado, la conocí, creo que se alumbraban con gas, con una red de gas para la luz. Una casa enorme, tenía muchas piezas, varios camarotes donde dormían los Carabineros. Si hubiera visto cómo estaba la ropa de ellos, zapatos, colchones y una 'cachá' de cosas. En esa época éramos chiquillos, con el Paín, el Checho, que en paz descansa, y el Chelo nos vestimos de carabinero y nos pusimos a jugar, eso sí, los reos eran los más chicos".

José González A: "Quedan pocos restos de la época de los reos. Alcancé a conocer unos catres, unos somieres que tenían una placa, buenos

somieres que eran de los reos. Por allá por Sánchez se encuentran rollos de alambres de púa, donde hacían cercos para pillar los chivos, picotas y palas viejas que usaban para hacer caminos. No viví con ellos, no lo viví”.

Orlando Rojas S: “Mi papá me contó de cuando los reos se mataban entre ellos; se robaban los cabros, los cueros de lobos, y así empezaban las peleas. Una vez vio a uno encerrar a unos cabros adentro de un cuarto, la cosa es que después llegó otro y metió uno en el mismo cuarto, empezaron a discutir y se desafiaron para ir a pelear para *El Palo*. Uno se llamaba Lorca y el otro Banda, iban caminando y uno sacó un palo y el otro le plantó una puñalada. El herido corrió en la noche y cayó muerto donde vivían los Carabineros, los que estaban jugando a la brisca, no sé si en esos tiempos se les decía Carabineros, Gendarmes o Guardianes, la cosa es que uno de ellos salió a ‘echar la corta’ y se tropezó con el cadáver que estaba en la puerta, ahí cayó muerto el gallo. Al otro día, tenían a todos los reos formados donde está la casa amarilla para saber quién había sido el asesino. Parece que los sacaban de a uno, a cuero pelado, y le daban 15 ‘huascazos’, 15 azotes, algunos no aguantaban y se desmayaban. Cuando ya habían azotado como a cinco, uno que estaba al medio de la fila levantó el dedo y pidió que no los azoten más porque él había sido. No le hicieron nada, lo perdonaron y los otros se llevaron los azotes.

A uno que otro lo lanzaban cerro abajo, ahí en el *Salto del Reo*, por eso se llama así. A otro lo echaron abajo en los *Cuchillos del Óvalo*, mi papá me dijo que el reo llegó a la casa entero quebrado como a los 7 días después, todo quebrado y a la arrastra, pero no murió. Quedó para la historia, quien sabe que ‘zumba’ de palos le habrían dado a los otros, a los que lo echaron para abajo.

También me contó que una vez les llevaron mujeres a los reos, el teniente hizo dos filas, una de hombres y otra de mujeres, y las repartió, a unos gallos jóvenes les tocaron unas re viejas y los viejos bien jóvenes. Después vinieron las peleas, porque se las disputaban, es que deben haber sido mujeres de mal vivir. Dejaron a las mujeres allá y los gallos se las llevaron a vivir como pareja. Unos cortaron para allá para El Papal, otros a Las Chozas, otros a Varaderos y después se las disputaban.

Otra vez se robaron un buey, que lo trajeron de la Lobería, se lo llevaron para *Sánchez* por la playa y no los vieron. Le envolvieron las patas con sacos para que no dejara huellas y pasaron por las garitas sin que los

vieran, la cosa es que llegaron con el buey para hacerlo charqui. Nosotros mirábamos los riscos que pasaban para ir a matar lobos, clavaban fierros para afirmarse, es malo ahí y no pasan ni los cabros salvajes. O se tiraban al agua para atravesar nadando un cerro donde el mar rompe. Mataban los lobos, los descueraban y de vuelta traían nadando los cueros a remolque. También se mataban por los cueros, no sé para qué los ocupaban, tal vez los venderían. Eso fue después de 1920.

Una vez se arrancaron cinco en un bote de lata. Estos 'carajos' escondían víveres para el lado norte de la isla, en la Quebrada del Óvalo. Un domingo los cinco pidieron permiso al teniente para ir a pescar, se fueron por la orilla de la costa a buscar los víveres y de ahí salieron a pescar. El teniente los estaba mirando con un catalejo que tenía, cuando iban como a 200 metros para fuera pararon la vela y el teniente se subió a un cerro y empezó a meterles balazos con una carabina. Se fueron y jamás se supo dónde llegaron, dicen que se perdieron. Entre esos reos iba uno que era zapatero.

Cuentan que hubo un reo que se volvió loco haciendo un camino con puras piedras, ahí a la orilla de la playa, cerca de donde está San Pedro. Parece que echaba mucho de menos a la mamá el pobre cabro. Hay tantas historias que se cuentan.

Me contó mi papá que a un gallo sumamente aburrido le hicieron un cajón grande y lo echaron adentro para que se fuera en el buque Alejandro Selkirk, que llevaba el abastecimiento. Le pusieron una botella con agua y un pedazo de charqui. La cuestión es que cuando llegó el buque lo subieron a bordo y afuera le colocaron la dirección de su mamá en el continente. Pescaron el cajón y lo tiraron a la bodega, pero el gallo empezó a quejarse del costalazo. Un tripulante que se sentó arriba del cajón sintió los quejidos y lo desclavó, ahí estaba el reo todo enrollado. Tantas historias que mi papá me contó, ¡cómo estarían de aburridos!

La sufrían harto los reos, andaban vestidos con sacos paperos, que le hacían un hoyo para sacar las puras manos, y se hacían vestidos. Así dicen que andaban vestidos, el gobierno no les traía vestimenta, y con los años la ropa se gasta. Los hacían trabajar forzado, después les dieron el indulto. Ahí los destinaron para que se fueran a distintas partes, vivían en La Lobería, Varaderos, Las Vacas, El Ovalo, en todas partes. También acá en la *Quebrada de Sánchez*, otros en las Chozas y en el Papal.

En el Ovalo y en la Quebrada de Sánchez todavía quedan restos de las casas de piedra. Parece que después que pasó el período del gobierno los sacaron a todos, el buque que se los llevó encalló en la isla y se hizo tira. Todavía hay restos de la Selkirk, era grande ese barco, según me contaba mi papá. Era velero y algunos isleños de aquí andaban embarcados para las maniobras de las velas, eran marineros”.

José González A: “Dicen que en los tiempos de la colonia penal venían los isleños antiguos a pescar a Masafuera, pero no saltaban a tierra. Por 70 días o un mes, en barco y se quedaban afuera, se fondeaban, y no bajaba para tierra porque los reos eran peligrosos. Todos los que estaban acá tenían cadena perpetua, condenas de 30 a 40 años, y los tenían con trabajos forzados. Hacían caminos, pircas, casas de piedra y todo eso.

Ellos no estaban autorizados para saltar a tierra, hacían pesca y se iba el buque. Se fondeaban por las orillas a pescar, como en esos tiempos trabajaban con unos canastillos, y cuentan que los reos aparecían en las noches y se agarraban de los botes. Los pescadores los correteaban, no dejaban que se subieran y no podían tocar el bote, porque si subían seguro que los matan y partían. Se sabía la clase de gente que eran y era un peligro que ellos estuvieran ahí; ellos traían cueros para cambiar por cigarrillos y ropa, eso es lo que querían. Todo lo cambiaban ahí en el agua, les pasaban las cosas y se iban a tierra una vez hecho el cambio, pero nunca subían a la embarcación. Los pescadores siempre estaban despiertos, porque en cualquier momento podían subir 2 ó 3 reos al bote, eso era peligroso. Aunque igual compartían por fuera con ellos, pero no venían para tierra”.

Colonia de pescadores

Orlando Salas P: “Después de que se acabó la colonia penal toda la población de Selkirk quedó abandonada, igual como en las salitreras, cuando dejaron todo botado. Se trajeron a los reos y sacaron a todos los que quedaban. Después empezaron a ir por cuadrillas, como se les llamaba, iban en las goletas porque aquí picaba poco la langosta. Echaban 2 ó 3 botes arriba y se iban para allá, como tenían estanque, una vez que pescaban se volvían, eran cuadrillas y había un sindicato. La empresa le pedía gente a la organización y éstos decidían quién viajaba, pero como la langosta acá picaba poco todos querían ir.

El sindicato decidía rifando los cupos, al día siguiente iban otros y rotaban todas las cuadrillas. Ahí se bajaba a tierra, porque se varaban siempre los botes, después se empezó a poner de base y a trabajar en la temporada de pesca con las compañías. Las firmas que estaban eran Otto Hermanos, Green, Falken y varias más que se instalaron en la isla. Entonces, los pescadores se iban, igual que ahora, y se devolvían en invierno. Ese fue uno de los motivos para que se abriera la pesca permanente en Selkirk, para que hubiera soberanía, para no dejar botada la isla”.

Orlando Rojas S: “Llegamos a Masafuera en la goleta Iris, un velero bien grande a cargo del capitán Carlos Rojas y el contraestre Ismael Agüero, un chilote marino, marino puro. Las velas las izaban a pulso, con puro aparejo, y los botes los subían igual. El buque se llevaba cuatro botes, dos arriba y dos adentro, en la cubierta. Se iba bien cargado para allá, parecía el Arca de Noe, familia, perro, gato y de todo.

El viaje era más o menos, y bueno con la mar calma. Cuando estaba malo se balanceaba y crujía la madera, porque el buque era de pura madera. Un barco Alemán grande que había sido buque escuela, antes llamado Pionet y después le pusieron Iris. Debe haber fotografías en la casa de la cultura, un barco blanco con dos palos. El chilote era gordo y maceteado, y cuando no había viento parecía que estuviera enojado, con un cordel empezaba a ‘guasquear’ los palos del buque para que saliera el viento. Andaba siempre a pies pelados para mojárselos en la cubierta, eso le encantaba.

Una vez salió en el diario don Ismael Agüero, fue una vez que los pilló un temporal que les quebró el botalón, que es el palo que lleva los foques en la proa del buque, el buque tenía tres y con un temporal se quebraron todos. Y llegó a Valparaíso, por eso salieron en el diario; en la revista *Vea* decía, ‘éste es el verdadero marino chileno’. Era buen marino, pero murió don Ismael”.

Allá nos fuimos en 1942, tenía como diez años, más o menos. Nos fuimos con la compañía Otto Hermanos y tuvimos que reconstruir la caleta, porque antes era entablada, no la conocí y de eso no queda, mi papá nos dijo eso. Donde está el San Pedro todavía queda un muro de cemento. Llevaron cualquier cantidad de madera en la goleta para allá, varas de luma, y la compañía mandó como ocho personas. Iba un tal Valencia, que había sido carabinero, don Mario Caballero, don Lucho De Rodt y me acuerdo de don Alfredo De Rodt [hijo], todos fueron a

trabajar para allá. Los mismos que íbamos de pescadores reconstruimos la caleta y la dejamos operativa.

Cuando llegamos, el buque echó el ancla y los cabros estaban ahí mismo, en las casas. Los chivos estaban felices y en el cementerio había otro 'piño' de cabros, al soltar el ancla se fueron para arriba y miraban. Cuando terminamos de bajar las cosas fueron a buscar a esos animales, partió mi hermano José, el finado César, puros finados, no más. De donde está la casa de piedra, para adentro, ahí pillaron cabros para el asado, para la olla común. ¡Imagínate!, recién llegados, no más. Más de treinta personas, entre los pescadores y sus hijos”.

Brunilda De Rodt C: “Era mucho más sacrificada la vida en ese tiempo. De hecho, el agua no la teníamos como ahora, que podemos lavar los platos y ducharnos. Antes teníamos que ir a buscar a la quebrada, también teníamos un pozo al lado del estanque, uno tiraba un balde con una cuerda y así sacábamos. Claro que el pozo también se secaba, entonces teníamos que ir a buscar a la quebrada, con unos chuicos de unos 15 litros, uno en el hombro y el otro colgando. A veces uno ya llegaba abajo y se quebraba”.

Elsa Rivadeneira A: “Una vez que mi esposo andaba en la pesca, ensillé el caballo que él tenía, era mansito, y me fui a buscar agua para arriba. Llevé dos chuicos y amarré uno para cada lado. En esos chuicos venía vino y también en damajuanas de a 5 litros, ahora no se ven, puro vino embotellado. Los chuicos eran de 15, 10 y de a 5, las chicas. Venía contenta de vuelta del pozo, traía agua para que él tuviera, para que se lavara mi esposo. Cómo iba a venir él para arriba a buscar agua, suponía que volvería cansado de la mar. De repente el caballo chocó en una piedra y se quebró el chuico, se asustó con el reventón, dio media vuelta y arrancó. Pero quebró el otro y me tuve que venir sin agua para abajo, así fue. También íbamos a lavar adentro, con artesa y todo. Nos llevábamos a los chicos, yo llevaba a mis niños y los acostaba entre medio de los pangués, imagínese”.

Orlando Rojas S: “Mi mamá iba a lavar con otras señoras por la quebrada para dentro. Llevaban las artesas y por todo el día. El agua escaseaba mucho antes en Masafuera, ahora no pues, hay mangueras que salen de las vertientes y van conectadas a un estanque y de ahí para las casas, si cada una tiene su llave. Antes no, nosotros teníamos que ir a buscar agua por la quebrada para dentro, de a caballo a veces, o con un tarro al hombro. Mi papá nos dejaba tareas, teníamos que llenar un tambor de doscientos litros en la mañana y otro en la tarde. Con mi

hermano teníamos que acarrear agua, todo el día acarreando agua para abajo, para la comida. Mi mamá no, ella se iba a lavar para dentro, por la quebrada. En la tarde se venía para abajo, iban una vez a la semana. Ahora no, está todo más moderno, hasta con lavadora, antes cuándo íbamos a tener lavadora, artesas o pura escobilla”.

Brunilda De Rodt C: “Era súper sacrificado. Cómo lo hacíamos con las cosas para comer, la ropa sucia y los cabros chicos. No era como ahora, que se echa la ropa en cloro, antes se hervía en esos tarros grandes de manteca, y el fuego se hacía con pedazos de cordeles, con huesos, o con cualquier cosa, porque antes no había tanta vegetación. La leña era súper escasa y tenían que ir a buscarla en bote, nosotras también teníamos que cortar leña para cocinar, y no eran palos chicos, sino bien grandes. Nunca aprendí a cortar, solamente a rajar, era súper difícil cortar leña, pero de alguna manera me las tenía que arreglar.

Para lavar nos íbamos con hartos cordeles y así podíamos secar la ropa. Igual el viejo me ayudaba, él se ponía por un lado de la artesa a escobillar, y yo por el otro. Cuando lavábamos nos íbamos por todo el día y bajábamos con casi toda la ropa seca por la tarde. En ese tiempo juntábamos todo lo sucio y lavábamos cuando nadie tenía qué ponerse, es porque había que subir muy arriba y no lo íbamos a hacer por un paño, no más.

Brunilda De Rodt C: “Antes no había luz eléctrica, se acababan las velas y nos íbamos a puro chonchón. Le echábamos petróleo a una botella de cerveza y un pedazo de pabilo, que es con lo que arreglan los botes, le hacíamos un hoyito a la tapa, y se le sacaba una mecha, ahí se prendía. Claro que eso echaba harto humo y si uno se pasaba la mano por la cara quedaba toda tiznada, y no sólo la cara, porque ese humo vuela, hasta los platos quedaban negros, donde pasaba el humo quedaba sucio”.

Orlando Rojas S: “Antes hubo bastantes vacas, como 90 vacunos y unos 30 caballos, pero después a algunos se los trajeron y otros se ‘enriscaron’. Los vacunos se enriscaban y se perdían, las vacas eran del capitán Rojas. Ovejas también había, estaban allá en la Lobería, allá hacíamos esquila, esquilábamos las ovejas entre Varaderos y Tierras Blancas. Íbamos todos a la esquila, estábamos dos días, las tías, las señoras y hasta mi mamá partía. La lana se la guardaban al capitán Rojas, porque eran de él las ovejas. No nos pagaba, pero íbamos por ir, no más. Claro que se comía harto asado, hacíamos una fiesta, llevaban hasta una ‘victrola’ para bailar y también guitarra.

Acá en las casas no quedaba nadie, en esa época el capitán Rojas llevaba el alcohol por chuicos y el vino tinto por barriles. Cuando llegaba el buque era una fiesta, venía cada dos meses o tres meses y al llegar el capitán se mataba un toro o una vaca para el asado. Se hacía una fiesta y tenían una tremenda 'victrola' para poner de esos discos que había antes, esos que eran de caucho. El capitán Rojas también llevaba los discos para que le hicieran la fiesta a él”.

Elsa Rivadeneira A: “Había vacas también, hacía mantequilla, el queso no sabía hacerlo, no. Hubiéramos hecho harto queso, había tanta leche que yo hacía arroz con leche, sémola con leche, gavilla con leche, hartos postres y leche asada. Se hace con huevos y le daba a los pollos, en vez de agua, es que a veces no había agua, le echaba un posillo lleno de leche y se la tomaban como nada. Sobraba la leche, había harta.

Andaba siempre detrás de los 'blindados' [*Buteo polyosoma exsul*], porque me llevaban los pollos, los miraba en el aire. Corría a tirarle piedras, pero se los llevaban y a los cabritos nuevos también, los pescan y después los dejan caer, así aprovechan de comérselos. Son terribles los blindados. Cuando recién me casé con mi esposo, estaba allá y él tenía un rifle, así que cuando salían a la pesca, con mi cuñada íbamos a pillar blindados; me encantaba dispararles con el rifle, le sabía bien la mira y todo. En ese tiempo no estaba prohibido, ahora no se puede matar a un blindado, CONAF prohibió todo eso. Nos poníamos debajo del pino y al suelo, tenía una puntería increíble. Así le ponía y al suelo el blindado, buena puntería con ese rifle de mi viejo. A él le gustaba cazar y por eso tenía escopeta, también. Me acuerdo una vez que había hartos pescadores, pusieron una botella con agua y le disparaban, pero no le podían pegar. Y mi viejo me dijo, Elsa ven, ven para acá, tú tienes buena puntería con mi rifle. Me puse así y le disparé a la botella, quedaron todos contentos, es que tengo una puntería muy buena con ese rifle”.

Vida comunitaria

Yolanda Rivadeneira A: “Viví como treinta y cinco años en Masafuera, yendo y viniendo. Veníamos a pasar la veda acá y después, en tiempos de pesca, nos íbamos. Acá también tenía una casita, la que tengo aquí ahora. Antes arrendaba, porque no tenía mi casa propia, pero después la fui teniendo”.

Elsa Rivadeneira A: “Me quedé como dos veces durante todo el año en esa isla. Me acuerdo que una vez nos quedamos el Rudy Gajardo, un uruguayo que había, pero que se fue, el Pito, Melo, Alfoncito, la señora Clorinda, que ya falleció, y la señora del Checho, tres mujeres y los demás hombres. Hicimos una ramada para el 18 de septiembre, allá nunca se había hecho, acarrearon ramas, le pusieron cintas, sacaron los copihues de las cajas de fósforos y se los pusieron a todo los que estaban ahí. Tenía cintas y el Pito fue el encargado de cortar la cinta para inaugurar la ramada, y también bailó cueca. Al otro día, hicieron asado, harto asado, harta carne, empanadas y un fondo de cazuela, lo pasamos bien.

Me acuerdo que corrieron en sacos mi viejo con el Rudy, pero más fue lo que se cayeron al suelo que lo que corrieron. También tiraron la cuerda, las mujeres con un tanto de hombres para acá y con otros tantos para allá; después corrí con el Rudy, hicimos varios juegos. Esa vez lo pasamos muy bien, súper bien. En el invierno no nos faltó nada, si allá hay mucha carne, no falta la carne.

Cuando estaba mi esposo hacían sus fiestas para Pascua y Año Nuevo y lo pasábamos todos juntos. Al otro día nos íbamos al eucalipto del Chelo a hacer su asado, llevábamos de todo y para el almuerzo un fondo con cazuela de carne; en la tarde el asado con ensaladas y se pasaba bien. Toda la gente iba para allá o nos íbamos a la cancha, que también se hacían fiestas allí. Hacíamos hartas cosas, las fiestas eran entretenidas, por ser, como había hartos José, como cinco, se celebraba la fiesta de San José. Estaba mi esposo, un primo, ¡buuuuh!, como cinco José. Se hacía harto asado de chivo allá, es rico el chivo”.

Manuel De Rodt C: “Cuando los viejos no salían a pescar, para no estar en la casa, en el ‘huinche’, se iban a la higuera. Era para salir de la rutina, porque esos viejos ni siquiera pichangueaban, eran puros viejos guatones, maduros y no eran para andar jugando a la pelota. Los jóvenes éramos minoría, así que no íbamos andar peloteando, partíamos con ellos, también. Los viejos pescaban su radio, los que tenían, y con el pretexto de ir a escuchar un partido de fútbol se iban a tomar a la higuera. En ese tiempo no sabía lo que era la chicha, era muy chico, y tenía como 15 años. Los viejos hacían eso como una forma de relajarse, porque tenían los botes varados y no hallaban qué hacer, pero no se llevaban una cajita de vino, sino una pipa a la rastra para arriba, a la higuera, como 200 litros”.

Manuel De Rodt C: "Cuando era chico había una vieja aquí en esta isla. Esta es otra talla de gatos, la del dulce de alcayota pasó en Robinson, pero ésta acá, y también es del Churraco, Orlando Rojas. La vieja era esposa de un pescador y bien buena para la chupeta, yo estaba chico. Aquí siempre llegaban pipas de 200 ó 250 litros, en barriles de madera, así que corría como agua. Cuando el viejo salía a la pesca ella se ponía buena para el cañón y daba pensión para algunos pescadores solos, entre esos estaba el Churraco. Un día el viejo salió a la pesca, Cortez era su apellido, el Orlando llegó a tomar desayuno y ella le dijo que se tomaran unos pencazos, porque no estaba el marido.

El Churraco nunca había sido bueno para tomar, menos de día, pero igual le siguió la corriente. La vieja tenía que hacer pan y estaba con los ingredientes arriba de la mesa, todo listo para hacer la masa, y empezaron; el Churraco le llenaba el vaso y ella se lo tomaba rapidito, hasta atrás, y él se servía un poco, mientras la vieja seguía haciendo el 'menjunje', la masa. Cuando terminó de hacer la mezcla y empezó a estirla, a sobarla, ya estaba curada, pasaba de largo y se caía de la mesa. Estaba mal y estos se 'cagaban de la risa', le seguían la corriente, le servían copete y la vieja seguía tomando hasta atrás. Cuando la tenía estiradita se le dio vuelta la mesa y debajo había una gata recién parida con 6 gatos; como estaba curada no se dio ni cuenta, pescó la masa, la enrolló bien y la subió otra vez a la mesa, ¡mierda! Los gatos decían "miau" y estaban todos enrollados en la masa, la vieja no se había dado cuenta y salía un gato por cada hoyo.

'Putas' que me reía con las tallas que nos contaba el viejo del Churraco, en cada viaje nos contaba tallas, le pedíamos la de los gatos o cualquier otra. Vivíamos con él en la guardilla y nos decía, ¡putas!, si se las he contado no sé cuantas veces. Es que nos seguía causando risa, cada vez que la contaba nos daba risa. No sé si era el caché que le ponía o él le trataba de ponerle más, para que cada vez saliera mejor".

Pesca

Yolanda Rivadeneira A: "Antes el tiempo era más malo que ahora, sobre todo en la isla Alejandro Selkirk. La mar revienta muy afuera, mucho más que acá y los botes tienen que salir más afuera. Es muy peligrosa la vida allá y siempre ha sido así. La caleta igual, pues, es

súper mala para dejar los botes, tienen que entrar con una 'bosa' gruesa y esperar para poder entrar".

Orlando Rojas S: "Allá es peligroso por los vientos, esa isla no tiene muchas bahías, no como ésta, así que cualquier viento manda el bote a la 'tusa'. Los vientos este y noreste pegan fuerte, ponen bravo el mar en Masafuera, se arma temporal. La lluvia nieve que se larga la tapa íntegra, también cae harta nieve en agosto y septiembre, la mitad de la isla se tapa y cuando el sol empieza a calentar la disuelve. Después todo es normal, pero un frío, es para quedar congelado.

Allá salen las tremendas mares. No se puede ir a pescar cuando uno quiere y con viento es imposible, no se puede. Para afuera hay un andarivel, hay una boya que está como a ciento cincuenta metros de la orilla para adentro, esa es la seguridad de allá. Se engancha el bote con el cable de la orquilla, de la popa y la proa, porque las mares atraviesan el bote y lo hacen tira. Hay que dejar pasar tres o cuatro mares y esperar la calma, ahí uno se mete a todo lo que da, a toda fuerza. El 'caletero' engancha el huinche y el de arriba lo echa a andar, ahora es con motor, para sacarnos de la reventazón de la mar".

José González A: "Es peligroso dejar un bote fondeado, porque hay mucha piedra en Masafuera, donde tira tanto en la piedra rozan los cordeles, las 'rejeras' abajo y las cadenas, se puede ir en cualquier momento. Es tan variable el tiempo, a veces se echa a perder y usted tiene el bote fondeado, y como no puede salir, con la lluvia se llena de agua la embarcación y se puede ir a pique. Aquí es cortito y no cuesta nada varar. En una noche con viento uno no duerme pensando que tiene el bote afuera, además, ya se me han ido".

Elsa Rivadeneira A: "Allá tienen que varar los botes todos los días en una caleta angostita, el mar es muy malo, pero cuando está bien es calmita. Cuando está malo los bota para un lado o los hace tira, a mi hermano le hizo tira su bote, se lo tiró contra las rocas. Ahí trabajan todos juntos varando los botes, en el huinche manual tres o cuatro por lado. Hasta nosotras, cuando no había ni un hombre en tierra, íbamos las mujeres a ayudar, a 'virar'. Cuántas veces he virado, he ido a hacer fuerzas en el huinche a dar vuelta".

Yolanda Rivadeneira A: "Cuando estaban todos los pescadores afuera, una hacía eso también. Llegaba el primer bote y lo atendían las mujeres que eran las que quedábamos en tierra. Casi todas las mujeres ayudaban a subir el bote y el niño que quedaba encargado. Él ponía el gancho al

bote, abajo, y arriba no había nadie que subiera a dar vuelta la manilla del huinche. Por los dos lados trabajábamos, por un lado un grupo y otro por el otro lado, así subíamos el bote”.

Elsa Rivadeneira A: “Nunca se me olvida lo que pasé en Masafuera para un temporal, cuando el buque nos estaba esperando. Había muerto mi suegro y queríamos estar en Robinson para el funeral, pero el tiempo no nos dejó, el buque arrancaba para *Las Vacas*, después para *El Mono*, terrible. Y nosotros en tierra, dormíamos en el suelo, porque teníamos todo embalado. Cuando calmó, el capitán Soto dijo que teníamos que embarcarnos como fuera, que había tenido que andar para acá y para allá con el barco. Nos subimos en el bote y en la primera salida que hicimos para los andariveles una mar nos tapó de agua. Llevaba a mis cuatro cabros limpiecitos, listos para acostarlos cuando subieran a bordo, pero el bote quedó lleno de agua y si llegaba otra mar lo hundía con todos los que íbamos.

Mi esposo dijo que si hubiera pasado eso, él podría haber salvado a uno, él sabía nadar y yo no. Quién se iba a salvar si viene una mar, otra y después la otra. Esa vez fue terrible, las mujeres lloraban, muy terrible. A lo que más le tengo miedo es a ese canal que hay que entrar y salir, hasta los pescadores le tienen miedo. El Rino también, si casi perdió el bote ahí. Lo que pasó es que salieron a buscar a una embarcación que no llegaba, fueron a buscar al Cotá con el Gino, y ahí casi perdieron el bote el Rino. Es que el huinche no se puede el bote con tanta agua, tienen que botarle un poco, y por mientras siguen llegando mares”.

José González A: “El tiempo es tan variable aquí. Sale con sur, después llega con surweste, con norweste, con weste y con este. Uno no anda tranquilo afuera, porque le cambia el viento cada dos horas, a veces cada una hora y uno tiene que saber qué viento hay, o a qué viento cambia. Con sur queda bueno, si cambia del este ya andamos preocupados, porque sabe que con el este aquí se pone malo. Con surweste puede llegar a las doce de la noche, si quiere, muy tarde, porque queda calmita. Da gusto llegar de noche, va donde quiere, como quiere, y ni un peligro”.

Jorge Chamorro A: “Fui a la isla de Masafuera, casi toda mi vida trabajé allá. La vida es mucho más difícil que aquí en Robinson, es más brava la mar. Había unos temporales tremendos en Masafuera, se perdió un tío mío allá, un sobrino y un amigo, también”.

Elsa Rivadeneira A: “Mi hermano Teodoro murió ahogado en Masafuera. Salió a la pesca y no llegó, había tiempo malo, un temporal; era papá del Lucho y del Tedy. Encontraron el bote dado vuelta, pero a ellos nunca, hasta la fecha no han aparecido”.

Jorge Chamorro A: “Se declaró un tiempo malo en Masafuera, amaneció lloviendo torrencialmente y salimos todos a la pesca. Mi tío se llamó Teodoro Rivadeneira Arredondo, tenía el apellido nuestro, nos encontramos en la *Punta de Las Moscas*, y atracamos el bote al lado del suyo, había tres embarcaciones. Estuvimos conversando con ellos, los invitamos a que vinieran a la base de nosotros, ellos se quedaban en otra, por detrás de la isla, y dormían en el bote día y noche. Estaban casi un año metidos adentro del bote, no bajaban a tierra, a veces a ducharse.

Mi tío se quedaba toda la temporada arriba del bote, no quería bajar a tierra. Él le prometió a su señora que no iba a bajar a tierra, que iba a trabajar los 8 meses de pesca arriba del bote y que no iba a varar el bote. Una sola vez llegó a tierra porque quería que mi señora le hiciera pan y tener pancito fresco en el bote. Esa vez le dijimos que varara todas las tardes, que había huinche y gente que esperaba para ayudar, en ese tiempo varábamos con huinche a mano. Dijo que no, que se encontraba bien en el bote, que ahí se le podía echar a perder y después no había quien se lo arreglara. Allá había carpintero y nosotros teníamos de todo, era de pura porfía, y así perdió la vida.

Ese día los invitamos para que vinieran al pueblo donde estábamos y que comiera un plato de comida bien hecho por manos de mujer, con pancito y todo eso. Él le dijo a mi hermano Nano que iba a ir a su casa. En el otro bote estaba mi tío Elías, hermano de mi tío Teodoro, así que los invitamos al pueblo donde estábamos nosotros. Se acercaba la noche y no dejaba de llover, caían unos tremendos goterones de agua, caían unas pelotas de granizos, como unas bolitas y fuimos a buscarlo pero no los encontramos. Salimos a navegar y no los encontramos, fuimos donde está la barra del *Barco Varado*, detrás de la isla. Don Vicente González iba en el motor, pero me entregó la popa porque tenía miedo, además, el bote era mío con mi hermano, me dijo, “no vaya a ser cosa compadre que vaya a pasar algo en el bote y me echen la culpa a mí que goberné mal”.

Había gobernado una media milla, por lo menos, cuando revienta un torbellino de mar grande, una mar reventada, veo un bulto negro en medio de la ‘reventazón’ y salta una ‘gamela’, un pedazo de tina

vinera que habían antes, de esos barriles. Ellos la tenían cortada por la mitad, para salar pescado, carne y de todo. Entre mi hermano y mi cuñado, Vicente González, la echaron adentro del bote, la tina era del de ellos, pero ya se habían perdido. Avisamos en el pueblo que habíamos encontrado esto, no más.

Todos conocían esa tina, porque cuando se encontraban con ellos se atracaban al lado y les pasaban a dejar agüita, pan, y cositas que les faltaban. Llegamos a la casa con la tristeza que estaban perdidos y apenas aclaró tocaron la campana para llamar a los pescadores que había en la caleta, poco más de 20, a una reunión. Teníamos que salir a buscar el bote, no podíamos dejar que se perdieran así no más, había que traer algo más concreto, aunque fuera el bote.

Salimos con mi hermano Nano y don Orlando Rojas, conversábamos y mirábamos, uno para un lado y el otro para el otro, por si veíamos algo flotando. De repente apareció un bulto rojo en el mar, era el bote, paramos el motor y los demás vinieron. Tratamos de enderezar el bote, porque estaba boca abajo, pero salía arriba y se hundía otra vez. Colgaban unos cachos de cabros, los usaban de perchas donde colgaban sombreros y esas cosas, pero nosotros creíamos que era uno de ellos que andaba enredado y ahogado. Cuando echamos el cordel para arriba sacamos una cantidad de cachos de cabra, de cabezas de cabra. Así llegamos con el bote de vuelta a tierra, y está aquí, es el 45 que trabajaba Norman Aguirre”.

Rolando Mena S: “Eso fue en el año 1963. Andábamos trabajando y se puso un ‘nortazo’ en Masafuera. Esos niños tenían los viveros para la parte de Toltén, donde hay un fondeadero. En vez de venirse para la casa, para la colonia, se fueron por allá y a la vela, según dicen los que los vieron, posiblemente había mucha corriente en contra. Eso es muy peligroso cuando se anda a vela, porque la corriente chupa al bote y si un toro de mar se viene encima, lo quiebra, lo liquida, pues lo llena de agua. Se calcula que un toro de mar pilló a esos niños por detrás y los liquidó, los echó a pique. Como digo, en esa isla no se puede navegar por la orillita de la costa, hay que navegar por fuera, para sacarle el quite a las barras. Ahí se perdieron los 3, los 3 se ahogaron, al otro día salieron a buscarlos y encontraron el puro bote”.

Orlando Rojas S: “En la pesca todos los accidentes son por imprudencia, no más. Si saben que el bote no le va resistir, para qué van. Uno sabe hasta dónde aguanta una embarcación en tiempo malo. Los que se han dado vuelta ha sido por imprudencia, pura imprudencia. Estos

botes aguantan harto, pero uno sabe hasta dónde, porque uno no se va a meter en un temporal con uno de éstos. Si da vuelta a los buques no va a hacerlo con un bote. Si la mar está mala mejor esperar un par de días, las trampas son trampas y ahí quedan, después se sacan. No se va a arriesgar por un par de langostas. Aquí una vez se perdió una goleta de dos palos que iba a Valparaíso, felizmente, uno se perdió, y los otros se salvaron en bote. No sé dónde fueron a dar, pero fue para el norte. Eran ocho tripulantes y el que se perdió, murió, pues, nunca más se supo de él”.

“Canción Isleña” (Joaquín Rojas Vera)

Con la presencia de los señores
mis aventuras voy a contar
lo que me pasó en Masafuera
que tuve a punto de naufragar

En Tierras Blancas
allá estuvimos
capeándole al temporal
cuando vino un cambio al surweste
todos tuvimos que arrancar

Y los tres botes armamos remos
y principiamos fuerte a bogar
para irnos a la Antonieta
y luchar contra la mar

De los primeros llegamos abordo
al mucho rato el primo llegó
era una noche negra y oscura
entonces Araya se nos perdió

Este viaje ha sido muy triste
mucha pena me da al cantar
dos compañeros
felices amigos
lo arrebatado el huracán

Al otro día me fui al pueblo
a toda la gente le fui avisar
Julio y Araya se nos perdieron
lo arrebatado el huracán

Toda la gente muy alarmada
luego salieron a ellos a buscar
por la orilla de toda la playa
pero fue inútil poderlos hallar

Planes, caza de chivos

Elsa Rivadeneira A: “Me gusta esa isla, me encanta Masafuera, hay harto para caminar. La conocí harto, la conozco más que ésta. Ésta no la conozco toda y Masafuera sí. Hay un plan arriba, *Las Chozas*, que es tan lindo, La Lobería también, pero es lejos. Está negro de lobos, negro, negro y lindo. Ahí pescábamos jerguillas y otros pescados con mi viejo, los asábamos ahí mismo. Hay leña, hacíamos fuego y el asadito, llevábamos pan y de todo para hacer ahí, muy rico.

Hay una parte que se llama *Las Vacas* también, y *El Varadero*, todo tiene nombre. En Las Vacas tomábamos té. Esperábamos a mi nieto y a mi hijo que fueran a los cabros, ellos subían y cuando venían de vuelta prendíamos fuego para el té. Mientras llegaban, íbamos a la playa a buscar ‘chapas’, lapas le dicen ahora. Sacábamos hartas, son ricas. Es linda esa isla, preciosa.

Antes encontraban harto ‘sándalo’ allá, es una madera aromática. Ahora no se encuentra, es muy raro ver un palito, pero antes lo traían por atado, como leña. Antes hacían fuego y lo echaban, salía un olor fragante. Se terminó aquí en Robinson también. Antes había matas, y CONAF cuánto no ha hecho para encontrarlo, pero no pasó nada. En Masafuera tampoco, nadie ha encontrado una planta viva, imagínese, se terminó. Chonta sí que hay harta, cualquier cantidad, pero en Masafuera no, parece que no. Maqui y Luma hay.

También hay plantas de allá que no hay en otro lado. Un pajarito que decía el Ingo, el alemán que los estudia, que él le puso Rayadito y que no hay en ninguna parte del mundo. Viera cómo hacía para sacarles fotos, para encontrar los nidos, es difícil. Se iba por semanas a *Los Inocentes*, una parte alta, ahí armaba su carpa y estudiaba a los pajaritos. Vino a eso pero caminó harto y por dónde no anduvo”.

Orlando Rojas S: "Es bonita la isla. Tiene tremendos planes llenos de pasto, coirón. Las quebradas que tiene son profundas, hay partes en que el sol no pega nunca y no llega al suelo. De la quebrada de *Las Casas* para adentro, el sol, a veces, no alumbra en todo el día. No alcanza, porque son como enormes cajones para arriba. Hay pangué, también, para adentro. Es rico el pangué, mejor que el de aquí. Conozco toda esa isla y por qué parte no anduve, en todas partes. Para adentro había hartos montes y se perdió por los incendios, se quemó como dos veces mientras estuvimos allá. Una vez se incendio una tremenda tirada, hasta los planes de *Sánchez*, muchos planes quedaron negros. Estuvo todo un verano ardiendo, con el Checho, el Paín y el Chelo vimos cuando el finado Custodio De Rodt comenzó el incendio. Tenía como dieciséis años y el finado Cuto nos dijo que pasáramos, lo encontramos donde está la casa de piedra, donde están los eucaliptos.

Él iba en una yegua ploma, prendió un cigarro y se puso a fumar, después lo tiró en medio del parque que estaba lleno de coirón seco. De ahí se fue para adentro, cuando veníamos de vuelta nos pusimos a descansar, por donde está el estanque, y vimos una tremenda humareda que empezó a salir. Fue un domingo y los grandes estaban tomando, mi papá, José, el finado Lolo y casi todos los pescadores. Llegamos a avisarles del incendio y partieron a buscar sacos paperos, de los que están en los botes, para poder apagarlo. Claro que iban medios curados y no tenían para cuándo apagar el fuego. Empezó a arder la isla, las lenguas de fuego por los cerros para arriba. Los viejos se agarraban a sacazos unos con otros en medio del humo, más encima había un viento del Sureste que pegaba para arriba y prendía todo por el parque para arriba. ¡Si hubiera visto cómo ardía ese incendio!

En cinco minutos se prendió todo, por donde está el fuerte para arriba, todo eso era una tremenda humareda; en la noche estaba el fuego adentro, por ahí por el *Morro Capitán*, y por todos esos faldeos. Antes eso era puro monte y se estaba incendiando, al otro día salimos a mirar y el fuego había pasado para *Las Chozas*. Esa vez se quemó casi la mitad de la isla y se apagó en el invierno con las lluvias. Mucho monte en Masafuera, bosques de helecho y luma. Cayeron muertos pájaros y los 'piños' de cabros arrancaron para la playa. Se perdió mucha vegetación, detrás del cerro *La Cruz* era puro helecho, uno no se podía ir por un camino angostito que había y todo lo demás era puro bosque de helecho. Ahora eso está todo pelado. Todavía hay helechos, pero nunca tanto como antes.

En Las Chozas se quemó cualquier madera, ese monte era grande y ardió casi todo, quedó poco. ¡Y todo por culpa del gallo que tiró el 'pucho'! Se quemaron hasta unos enormes planes que tiene la isla, cada uno de éstos tiene como dos mil metros de largo y con puro pasto. Quedó negra la isla, si ardió todo el verano. Antes del incendio era amarillita y empezó a verse verde cuando creció el pasto nuevo. Claro que los bosques de luma no volvieron más, todo eso se perdió, en el monte algo queda, pero no tanto.

Cuado íbamos a cazar cabros casi no podíamos andar por los helechos, eran enormes, como de siete metros de altura. Teníamos que bordearlos y ahora eso está todo despejado, hay muy pocos helechos. Para el lado sur, para Los Inocentes, ahí hay harto helecho, porque el incendio no llegó hasta esa parte. Como los vientos siempre tocan por el sureste se fue para el norte, para allá se incendió la isla.

El otro incendio que hubo fue antes, unas señoras que estaban lavando dejaron un fuego prendido y saltaron chispas. Pero esa vez no se quemó tanto, fue como en 1944. Uno tiene la precaución de no botar al pasto un fósforo prendido, porque es igual que tirarlo a la bencina. Igual que un gallo que fume y tire un pucho encendido al pasto, es casi seguro que habrá un incendio. Hay que tener precaución cuando vamos a hacer fuego allá arriba, hay que apagar bien, porque el mismo viento prende los fuegos. El daño es para uno mismo, si hay otro incendio no quedará forestación en Masafuera, se quemaría quizás cuánta planta”.

Elsa Rivadeneira A: “A la Lobería fui unas tres o cuatro veces, ahora cuándo voy a poder llegar. Por eso hay que aprovechar de conocer y caminar cuando uno es joven, después no puede. Es pura piedra el camino para allá, pero es bonito; cuando uno va entrando y se sienten bramar los lobos parece que fueran toros”.

Jorge Chamorro A: “Sí. Nosotros pillábamos lobos, sesenta u ochenta lobos. En esos años no estaba prohibida la caza de ellos y se usaban para las trampas. Andábamos en seis botes, divididos en dos cuadrillas A y B. Los matábamos a palos, ahora no se puede cazar, pero era la mejor carnada para la langosta”.

Elena González A: “Antes salaban el cuero, lo embalsamaban. El lobo que hay aquí es el lobo más fino”.

Jorge Chamorro A: “Antes se usaban mucho los abrigos de piel de lobo. Los que hay aquí son de dos pelos, le sacan un pelo negrito que tienen y abajo queda una felpita”.

Orlando Rojas S: “Dicen que allá cazaron millones de lobos, en un libro está escrito eso. Cazaron cualquier lobo en esas islas y ahora también los hay. No se puede andar, ellos son los dueños de la playa. Anda una hora y es puro lobo, suben a los cerros a dormir, hay que andar con un palo para hacerlos a un lado. La playa parece que se mueve, es puro lobo, y una bulla que se siente cuando gritan, ¡no sé qué diablos aúllan!

Hace tiempo llegaron unos que no son iguales a los que están en esa isla, es otra raza, tienen unos bigotes largos y arriba un moñito, el hocico también es distinto a los otros. Los loberos le dieron un nombre, es bonito, casi parecido al otro, pero del cuello para abajo un color amarillento y son más bravos que los otros. Hay cualquier cantidad de crías de esos lobos. Dicen que llegaron de la Antártica y esos ‘carajos’ se meten a bañarse al agua dulce. En la *Quebrada del Tongo* corre un estero grande, como un río, y se meten para adentro y viven en las pozas de agua dulce. Quedamos admirados cuando los vimos, cómo el lobo se puede meter por esos caminos para arriba y allá están.

Tampoco se puede andar en la playa, ¡qué!, uno pasa por al lado y lo quedan mirando, parece que se le van a ir encima, pero no atacan, no hacen nada. Hay que tener cuidado, pesan como trescientos kilos y tienen una tremenda altura. El lobo cuando está con el hocico abierto no ataca, hay que tener cuidado cuando lo tiene cerrado, ahí sí. Un mordiscón de esos corta por la mitad a uno, pero no ataca, ni en el agua hace nada”.

Elsa Rivadeneira A: “Íbamos a los cabros con mi esposo. A él le encantaba cazar, tenía rifle y escopeta. Había que subir bien arriba y, a veces, los pillábamos abajo. Ahora no tanto, no ve que ya no hay muchos, la CONAF los está terminando. Antes hasta en las casas se veían, íbamos a cazarlos a una quebrada, ahí cerquita. Me daba gusto verlo cuando iba a cazar, partíamos los dos. Cuando estaba cerca de un ‘piño de cabros’ se arrastraba, como gateando, y con el rifle cargado. Una vez en *Las Chozas* había como 15 juntos, disparó y cayó uno, me tiró la cuchilla y me dijo, ¡mátalo, córtale el cogote, yo voy para abajo a pillar otro! Tuve que hacerlo, nunca había muerto un cabro, y no es fácil. Aguantándole con la cuchilla para que no se vaya, no ve que tienen fuerza, pero yo también tengo y harta, siempre he tenido fuerza.

Antes me echaba un quintal de harina al hombro, hice harta fuerza, íbamos a buscar leña con mi esposo para la quebrada. De vuelta la

leña al hombro. También íbamos a las varillas de maqui, para hacer las trampas, a todas partes acompañaba a mi viejo. Subíamos en la mañana y volvíamos en la tarde con un cabro al hombro cada uno. Yo era re buena para cargar cabros y mi esposo igual”.

Florentino Contreras R: “Antes íbamos a los cabros y estaba lleno esta cuestión. Partíamos para adentro a rodearlos, pero hasta aquí mismo llegaban, al pueblo. Si cuando nosotros llegábamos a levantar base, como queda sólo aquí, estaba todo el pueblo lleno de cabros. Saltábamos en *El Palo* para pillarlos y comer altiro, recién llegados. Aquí mismo se pillaban, algunos enredaban sus cachos en la malla del arco de fútbol. ¡Qué lindura!, y ahora hay que caminar tanto para pillar un pedazo de carne”.

Yolanda Rivadeneira A: “Antes había unos tremendos chivos en la isla de Masafuera, ¡qué cosa más linda!, ¡gorditos! Los cazábamos y comíamos. Nunca los van a terminar, porque hay cabras que paren dos y en partes malas, donde no se puede meter la gente, es peligroso. Una vez me tocó, con mi comadre Clorinda, ir a ver si habían cabros allá arriba, si había chivos. Fuimos con un perro a *Las Vacas*, que le llaman, y de ahí nos fuimos para arriba, para la quebrada, y ahí vimos a los chivos. Le echamos el perro y los siguió, al saltar cayó un chivo a una poza y nos tiramos a sacarlo. Después llegamos a la población con el cabro terciado”.

Nils González R: “De cabro chico me iba a los cerros a cazar chivos con el Min, el hermano del Bernardo. Él tenía una yegua y me llevaba en ella para arriba, íbamos para *El Barril*. Después, cuando los viejos salían a la pesca y quedaban los perros aquí, me iba solo a pillarlos con los perros. Tenía uno que se llamaba Conchilla, era chiquitito y no me fallaba, siempre me pillaba cabros. Uno iba a la vuelta de *El Palo* y de la *Piedra del Lobo*, para allá, y pillábamos; en *El Mono*, El Mono era famoso, todos los días se pillaban. En la *Quebrada de Las Casas*, en el estero, hasta abajo, en la *Cueva de los Enanos*, por ahí también. Al lado del pueblo, todo eso era puro cabro y en las tardes se asomaban.

Es cosa de preguntar si antes los cabros se asomaban por aquí. Nos íbamos a lechar a *Las Vacas* y los traíamos para acá, pasaban para adentro y aquí mismo los matábamos. Todo esto estaba lleno de cabros, eran muy abundantes y por aquí se asomaban; en la quebrada los matábamos. Si los viejos iban a dejar flores al cementerio y se encontraban con el piño en la playa. Casi todos los días comíamos y

hacíamos rodeos, los echábamos de *Las Chozas* para acá y los encaletábamos abajo, los pillábamos con las manos”.

Elena González A: “Allá si que es distinto, hay partes bonitas y se puede cazar. Hay que tener cuidado cuando se buscan los cabros. Cuando mi nieto va, le digo que tenga cuidado, que por último prefiero no comer carne, porque hay gente que ha muerto en eso”.

Yolanda Rivadeneira A: “En esa isla se fue para abajo un cuñado mío, resbaló, cayó y se mató, duró dos días vivo y murió. Se reventó, estaba muy molido. ¡Imagínese!, murió allá y no se pudo traer. Se puso malo el tiempo y no pudieron salir los botes para traerlo a Robinson. Ese es el problema que hay allá, se enferma la persona y con tiempo malo cuesta sacarla. Había pasado en otras ocasiones, pero la gente vivía, él murió.

Cayó de alto, dando vueltas; se aguantó en un risco, se movió un poquito y cayó a otro, a la quebrada. Tuvieron que sacarlo al mar y traerlo en bote a la población. En esta isla también pasó y no hace mucho, un niño de la CONAF andaba conejeando y fueron a los cabros, al saltar de un lado a otro se fue para abajo y falleció. Para Villagra se accidentaron unos niños Chamorro, dos hermanos. Fue triste para los padres, ¡imagínese!, el segundo cayó por salvar a su hermano, se tiró a pescarlo y se fueron los dos para abajo”.

Extraña compañía

Orlando Rojas S: “Penaban en Masafuera. Claro, sentí penar, es cierto. La primera noche que llegamos no había nadie, estaba desierta la isla y a mi papá le habían contado que penaban. Con mi hermano nos tiramos al suelo a dormir. Deben haber sido como las tres de la mañana y mi papá nos despertó. Estaba sentado en la cama con mi mamá; prendió la luz y nos dijo que escucháramos. Era como si alguien golpeará un tambor con un combo, dele ‘huasca’ con el tambor, retumbaban los golpes. Deben haber sido cincuenta metros de donde penaban, antes había sido una casa de los presos y estaba en ruinas. Casi todas las noches, pero uno iba a ver y no los pillaba.

Mi papá dice que una vez se metió en una pieza y le golpeaban de otra, se cambió y lo hacían desde otra. Después se dejaron y nunca

más; ahora no se siente nada, pero lo sentí. A veces veíamos un hombre con un perro blanco. Uno sabe cuando salen todos los botes, en tierra no queda nadie, las puras señoras; mi hermano, que en paz descansa, vio en un faldeo un hombre con un perro blanco. Pero qué hombre si andaban todos afuera, varias personas lo vieron, pero ahora no, ya no penan”.

Orlando Salas P: “Una tarde veníamos de la pesca con don Rafael Celedón, ya cerquita de la costa, cuando vi a una persona que se iba metiendo para el morro. Le dije a don Rafael y me dijo que sí, que alguien se había metido por detrás del morro. Como no había ningún bote, íbamos a esperar para llevarla, porque después no se iba a poder ir, le empezamos a gritar y no salió nadie. Al llegar preguntamos quién andaba en *Toltén* y nadie había ido. Todos estaban ahí. La vi y fue como a las 6 ó 7 de la tarde. Pudo haber sido un cabro, pero no creo, cuando uno grita los cabros salen arrancando para el cerro. Así es la historia y después de eso pasó lo de la finada de *Toltén*”.

La Finada de Toltén

Orlando Salas P: “Nosotros estuvimos ahí por el año 1953, me parece. Andaba con mi señora y habíamos ido en ‘cuadrilla’ para allá, éramos varios y trabajábamos con la compañía Otto Hermanos. En ese tiempo llegó un caballero con su señora a la Compañía Green. Un día fueron a la parte del *Toltén*, en la tarde, esa vez no fui, sólo ellos. Estaban los cabros en unas ruinas y, bueno, uno larga los perros y parten solos, uno corre detrás para cuando pesque al cabro uno se lo quite. El perro va corriendo y matando, mientras uno trata de que no suban para el cerro.

La señora se quedó abajo, en un morro que hay en el medio del plan en *Toltén*, había unos corrales de piedra donde, parece, estuvieron los reos. Según ella, iba caminando y encontró una tumba, arriba del morro, con una piedra para la cabecera y otra para los pies. Nos conversó que movió una piedra que estaba inscrita de 1884. Pasaron unos días y empezó a ver visiones, como que le penaban, veía a una mujer que le pedía que la sacara de allá y que la trajera a campo santo. Nos contó lo que le decía la mujer, entonces, pensábamos que la señora se estaba volviendo loca, que se estaba ‘poniendo cucú’.

Manuel Calderón se llamaba el caballero y ella le decía, ¡Calderón, vamos para allá! Porque le decían que la sacara de ahí y que la trajera

a campo santo, que había un tesoro y un collar de perlas. Que eso le decía la finada a la señora Calderón, el collar era para ella y que el tesoro lo vendiera, eso es más o menos lo que explicaban. Como la escuchábamos decir eso, ya decíamos que se había vuelto loca. Tanto molestó, que un día los tres hermanos Rivadeneira —ya son finados— le dijeron la ayudarían a salir de eso, además, el esposo pensaba que su mujer andaba extraviada de la mente, porque empezaba con que veía esa visión. Se encacharon en un bote y partieron, tampoco fui esa vez. Empezaron a buscar y no podían encontrar la tumba, hasta que ella misma la encontró. Dijo que ahí estaba y ellos habían estado ahí mismo y no la habían visto. Es extraña la cosa, ella encontró la piedra y se la trajo, decía 1884.

Se pusieron en movimiento, con pala y chuzo, y llegaron hasta el ataúd que estaba con uno clavos galvanizados, de esos antiguos. La sacaron y tenía unas tremendas canillas, a mí me tocó arreglar una urnita chiquitita y encacharle los huesitos, íbamos a hacer una romería y enterrarla en el cementerio, como pedía ella. Hicimos una romería, en la tarde, y la fuimos a dejar al cementerio. Después se le pasó todo, la señora decía que no veía nada, pero le decía a su marido, ¡ves que era eso Manuel! No escarbaron más, ni collar ni cosas, sólo la urna, porque les dio un poco de recelo. Vi que escarbaron hasta ahí y años después fui de nuevo y estaba igual. Por eso le pusieron 'La Finada de *Toltén*' a la mujer que se aparecía.

Hubo un cabro, un torrantito, le decíamos 'el pistola' o 'el Colón', vivía en la población con nosotros. Era un mozo que tenía la compañía Otto Hermanos, ayudaba a lavar los botes, a tirar el gancho para bajo, como 'caletero'. Cuando estaba arreglando la urna, éste sacó un hueso. Un día llegó corriendo, asustado y contó que le había salido la finada, que los perros ladraban y que lo habían dejado solo, que sintió una cosa como un pájaro, como un viento que le soplaba en la cabeza. Le dije que cómo le iba a dar miedo si siempre se quedaba en el cerro, por qué ahora le venía el miedo. Me afirmó que le había sacado un huesito a la finada y que lo tenía. Le dije que se lo fuera a tirar al cementerio y que ahí no le iba a pasar ninguna cosa, que lo enterrara justo donde la habíamos dejado, que lo metiera para abajo y que se viniera. Fue y listo, lo dejaron de molestar.

Después el caballero se fue a Valparaíso. Algunos dicen que sacó algo, no creo, no se notó que escarbó, yo sé, porque la misma esposa aseguraba que estaba ahí y que nadie lo ha sacado. Durante varios años fui a Masafuera y hace diez años volví, y saltamos a *Toltén*.

Fui porque no sabía bien de dónde habían sacado a la finada. Bajé con un motorista de una embarcación que había aquí, le conté la historia y me dijo que la fuéramos a ver. Estaba llena de pasto, me metí, saqué todo el coirón y nada de escarbar para los lados. Dijimos que cuando fuéramos otra vez íbamos a llevar pala y chuzo para escarbar, sé que hay algo, ahí o para los lados, pero la cosa está ahí. No fui nunca, a lo mejor no era para uno, o no había tantas ganas. Pero que la señora decía que ahí estaba, lo decía...”.

Los duendes

Orlando Rojas S: “También veían un duende, andaba en esa isla, y era chiquitito. Una vez, íbamos con don Manuel, el papá del Paín, para el bote que estaba en la caleta de la compañía Otto Hermanos, en la de San Pedro, ahí varábamos. En ese tiempo trabajaba con él y eran mis primeras salidas. Un día don Manuel fue a buscar bencina al bote y cuando se agacho vio que en la proa dormía el duende, estaba acurrucado durmiendo. Chiquitito, todo vestido de azul, con un gorro y traje. Cuando lo vio puso la mano en la ‘regala’ del bote y se largó para adentro de la quebrada, don Manuel lo siguió, pero no tenía para cuándo pillarlo, el duende se fue para adentro, arrancó. ¡Es verdad!

A los niños también se les aparecía el duende, cuando empezaban a jugar a la ronda se paraba al medio y también vestido de azul. No sé de dónde serán esos, creo que son genios, genios de la tierra. Hay una cueva que está yendo para adentro, en el cerro, hay como una rajadura que le llaman ‘La Cueva de los Enanos’, ahí vivía gente, porque había catres. Es malo cuando aparecen esos personajes, más de algún niño muere, y traen mala seña. Cuando murió un niño de once años, se vino cerro abajo, apareció un duende. Y otro niño también, se llamaba Leonel, el hermano del Leoncho, tenía siete años, cayó a un pozo y se ahogó. Allá varios los han visto, pero ya no”.

Elsa Rivadeneira A: “A mí nunca me ha salido nadie, no creo ni en las penaduras, pero contaban que salían duendes. Claro que a mí nunca me salieron y eso que a veces iba sola para adentro a lavar, pero nada, nunca nada. Varias personas dicen que vieron a un duende en Masafuera. Una vez estábamos jugando a la lota, jugábamos dominó y lota, al Pablito lo habían dejado acostado, de repente llegó solo, pasó el puente y todo. Creen que fue un duende que lo pudo haber llevado, dicen que los duendes lo vistieron y todo. Pero para mí, hay que ver para creer, no creo en esas cosas”.

Luis Rivadeneira R: "Mi mujer siempre encontraba desordenada la casa. Yo salía a la pesca y ella iba a echar la talla con las otras mujeres de acá. Cuando llegaba a la casa encontraba desorden, el niño jugando y qué sé yo. Una vez encontró tres jarros, unas tazas y jarrones y los tres tenían leche, o sea, la cuchara revuelta con la leche, como si se la hubieran comido. El Pablo era chiquitito, tenía como cinco o cuatro años, y le preguntó por qué estaba haciendo desorden y él le dijo que estaba jugando con los monitos, con los niñitos. Le decía 'los monitos' y ahí mi señora quedó pensando, qué niñitos. Está loco éste.

Pasado el tiempo, un día desapareció Pablo, mi señora estaba haciendo aseo y yo arreglando un motor. Lo llamó para darle la papa, su leche, y no estaba el niño. Había agua en el estero y pozos sépticos, así que empezó a buscarlo y se desesperó. Preguntó a las vecinas y el Pablo no aparecía. Llorando me fue a buscar, y para saber si estaba conmigo, pero nada. Lo buscamos por todas partes y desde la escalita dice, ¡mami, aquí estoy! Estaba debajo de la casa, es bajito, pero estaba ahí. ¡Hijo, sale de ahí!, ¿qué estabas haciendo? Estaba jugando con los niñitos, le respondió. Mi señora quedó dudosa y pensó que debían ser los duendes, porque éstos también jugaban con la mamá de ella.

A mi suegra le escondían las toallas cuando lavaba en el estero. Se pasó ese rollo, que podía estar jugando con los duendes, pasó el tiempo y dejaron de jugar con él. Una noche fuimos a jugar a la lota donde la tía Elsa Rojas, a la casa de piedra, estaba bien oscuro y mi hijo se quedó acostado, se quedó durmiendo. Nos fuimos tranquilos, como a las doce o una de la mañana, nos alumbrábamos con velas, y de repente sentimos un toc, toc, toc, en la puerta. Se levantó mi tía y abrió la puerta, quedamos sorprendidos, como que lo habían dejado ahí, estaba vestido y con botas de goma. Cómo llegó arriba y cómo se bajó, solo no podía, nunca lo había hecho, ni aquí ni en ninguna parte. Venía vestido con una chaqueta verde, con botas y pantalón, como si lo hubiese vestido mi señora. Estaba llorando.

Cómo pasó Pablo el puente, si el estero estaba lleno de agua y oscuro, no se veía nada. Para venirnos usamos linternas. Cómo llegó allá, si para pasar cuesta, más oscuro y solo, dime tú. Estábamos todos metidos, si en invierno habíamos poquita gente acá, quedamos admirados y callados. Lo tomó mi señora y le dijo que se iban a la casa, estaba con frío, no tan mojado tampoco, porque si se hubiese venido solo habría estado más mojado, porque le hubiera costado pasar. Pero fue como que lo hubieran llevado y lo dejaran ahí. De ahí no lo dejamos nunca más solo, andábamos pendientes de él y nunca más

vinieron a jugar con él los duendes. Eso es lo que uno dice, cómo llegó allá, si estaba tan oscuro. A mí me cuesta pasar por aquí que está bueno el camino y cómo se vistió, si nunca lo había hecho solo. Siempre ha habido historias de niños y duendes”.

Brunilda De Rodt C: “Mi hermana vivía antes en la segunda casa, de arriba para abajo, con sus niños chicos, la mayor tendría unos 7 años. A ésta mi hermana la mandaba al estero a lavarse las manos y cuando volvía la toalla ya estaba colgada. Se extrañaba cómo la niña tan chica alcanzaba a sacarla y dejarla. Le preguntó y la niña le dijo que se la pasaba su amigo, uno chiquitito que estaba por ahí, y se lo mostraba, pero como mi hermana no lo veía se reía. Asimismo, la niña jugaba en el columpio y, según ella, el duende le echaba vuelo. Si mi sobrina se reía y mi hermana le preguntaba con quién jugaba y le respondía que con su amigo. Ella decía que peleaba con él, reía con él, le pasaba la toalla, le echaba vuelo en el columpio y decía que era chico, súper chiquitito. Yo nunca lo he visto, pero mi hermana comenta que todo era verdad. Ella tampoco lo vio, pero no creo que haya sido pura imaginación de la pequeña”.

Escasez en Masafuera

Orlando Rojas S: “La primera vez que fui a Masafuera estuve ocho años y no vine para Robinson. Todo el año lo pasaba allá, con hartas necesidades, eso sí. El buque iba cada mes y medio, pero una vez se demoró tres, faltaba de todo, no habían ni fósforos con que hacer fuego. Me acuerdo que mi papá con unos amigos lo prendía en las noches, con las chispas de los motores, y ponían una tremenda ruma de leña. Tenían que manejarla y hacían guardia para que no se apagara. Al otro día sacaban fuego para las casas, pero no había qué comer. Y no se sabía nada, si no había radio. Vivíamos en un mundo aparte, como un pájaro, no se sabía nada, nada. ¿Noticias?, de dónde.

Cuando llegaba el buque y decía: ¡el 30 de marzo voy a estar aquí!, pasaban los treinta días y no llegaba. Una vez se demoró noventa porque había una huelga portuaria y no pudo salir ni un buque. No sabíamos por qué el buque se demoraba tanto. Y mi papá nos mandaba a los cerros en las mañanas, y con mi hermano nos sentábamos a mirar para fuera, por si se veía el buque. ¡Cuándo se iba a ver! Todas las mañanas, cuando llegábamos para abajo, nos preguntaban si se veía el buque: ¡qué buque, si no va a llegar nunca!, les decíamos. Hasta que una mañana, estaban todavía acostados, estaba recién

aclarando, cuando se vio el buque adentro, ya. Era el velero San José, un barco de madera. Ahí llegaba el buque, casi llegaba a fondear, con los víveres. La gente estaba contenta, si no teníamos nada. No había ni sal, nada, nada.

Nos alimentábamos de puro pescado y langosta, pero esa cuestión patea después de un tiempo. Esa vez no había nada, ni una cosa, no había ni pan y no teníamos de dónde sacar, teníamos pura carne. Íbamos a los cabros, a cazar cabros para tener carne. Claro que también nos faltaba azúcar y té, y tomábamos poleo amargo, una hierba silvestre que se da allá. Por eso no puedo ni ver al poleo, pasamos hartas penurias. Y mi mamá tenía la última hermanita, la Mariana. Estaba chiquitita, como de tres o cuatro años, y no había qué darle, lechaban unas vacas para darle mamadera. Y así era con todo, pasamos muchas penurias en Masafuera en los años de la Compañía Otto Hermanos”.

Elsa Rivadeneira A: “Una vez que se hundió el Ona, un barco que iba para allá. Se hundió y no llegó más, y toda la gente con hambre esperándolo, porque no había nada libre. Me acuerdo, en el huerto tenía pepinos para ensalada, así que ahí mismo los pelaba, les echaba un poquito de sal y me los comía. Con eso se me quitaba el hambre”.

José González A: “Antiguamente pasábamos hartas necesidades acá, por razones del buque, porque no venía una vez al mes. Si se les echaban a perder las máquinas se demoraban meses en el dique y dos más en llegar, con eso se nos cortaba el azúcar, la harina y los fósforos, no teníamos nada, nada, nada de nada. Íbamos a la playa a pillar jerguilla con lienzo y las comíamos asada, sin té, sin azúcar, ni sin pan. Los niños míos estaban chicos y les dábamos pura leche, lechábamos las vacas y los manteníamos así. Si nadie tenía nada y las familias completas pasábamos necesidades, si usábamos un poquitito de aceite para hacer algo de comida.

Hacíamos pan de fideo, remojábamos bien los fideos y hacíamos pancito, pero se acabaron. Nadie tenía un pedazo de pan, aceite, harina y nada de nada, puro pescado asado, como tampoco podíamos freír. Uno pasaba hartas necesidades, aunque a pesar de eso igual veníamos. ¡Putas, los viejos fumadores sin cigarro! ¡Ufffff!, desesperados los hombres hacían puchitos de bolsa de té. Los viejos viciosos, qué les gusta el cigarro y quedaban hartos tristes. Le hablo hasta hace diez años atrás, después nunca más, porque los buques empezaron a llegar todos los meses. Si ahora las lanchas están llegando cada quince días”.

La salud en soledad

Yolanda Rivadeneira A: "Tuve una hija en Masafuera, la tuve por allá. Estaba esperando el barco para venirme a esta isla y me mejoré antes, una prima me atendió y ahora soy comadre con la Leontina Solar. Ella me atendió el parto, así que le di la hija que tuve, es la madrina; después me tocó atender a mi sobrina Purísima Rivadeneira. Yo era auxiliar de la isla de Masafuera, atendía a los enfermos, suturaba y ponía inyecciones, así que tuve que atender ese parto. Como me habían atendido, ya sabía como era y me salió todo bien; me ayudó mi sobrina Elba, somos como hermanas las dos. De ahí la Purísima fue a ver a una matrona para saber cómo había quedado del parto. Todo le salió bien gracias a Dios. También nació otro niño, pero no lo atendí, ahí nos ayudábamos unas con otras".

José González A: "Estaba trabajando con el compañero Elías cuando nació mi hijo, el Pastilla. Es prematuro, de siete meses, y lo atendieron las mismas vecinas acá. Mi hermana con otra señora ayudaron y la Brunilda tuvo un parto normal. Había tenido otro y no tuvo problemas, además que era chiquitito. Después se fue con el niño a Robinson, todo un acontecimiento, porque hay como cuatro personas que han nacido en Selkirk; el mío y la Purísima son de acá".

Brunilda De Rodt C: "Antes los barcos se demoraban más en venir y no había comunicación. Quedé embarazada y cuando llegué tenía 7 meses y después tenía que viajar para mejorarme. Llegó una goleta, no se podía decir que era buque, porque era demasiado chica. Me había encargado un par de zapatos para poder irme, había pasado todo el embarazo con 'chaldas condoritos', la cosa es que no llegaron, y le dije a mi viejo que no me podría ir. Cómo iba a llegar con 'condoritos' allá, así que volvimos a encargar los zapatos.

Cuando partió la goleta me quedé mirándola hartito rato, hasta que no le veía, y justo ahí me empezaron los dolores. Le fui a decir a la comadre Elena y ella me dijo que debía ser a la entrada de mes, porque tenía 7 meses, pero el dolor me siguió hasta como la una de la mañana. De ahí mi viejo la fue a buscar. De repente me dio un dolor de guata, así como ganas de ir al baño, hice fuerza y el 'Pastilla' salió. Llegó corriendo la comadre y me preguntó cómo me sentía, le comenté que ya la había tenido. Me destapó y vio la guagua, era una cosa chiquitita, muy chiquitita. Me anunció que el niño era muy chiquito y que se podía morir, si tenía 7 meses nada más. Las viejas no sabían qué hacer;

luego con unas tijeritas le cortaron el ombligo, se lo amarraron con una cuerda como cáñamo, lo limpiaron con colonia y listo.

La guagua era chiquitita y no debe haber pesado más de un kilo cien gramos. El pobre no mamaba y en unos gotarios le ponía leche para que tomara, además, lo tenía con tres guateros. Antes no había facilidades para encargar pañales desechables, uno tenía que encargar todo por rollos: de moletón, de franela y de lienzo, que era más delgado, ese era el pañal que se ponía abajo. Menos mal que esas cosas las tenía, los pañales y también unos paletós que le había hecho, pero le quedaban súper largos de mangas. Toda la ropa le quedaba grande, así que mejor envolverlo, no más. Algodón en el pechito y en la espaldita, y harto para envolverlo, porque la ropa le quedaba demasiado grande. Los pañales también le quedaban grandes y con uno tenía para mudar a cinco 'Pastillas'.

Como es la vida, ha sido el más sano de todos y eso que cuando nació era pelado, no tenía bellos ni cejas, era un feto bien colorado. Después mi comadre, la hermana de mi marido, me contó que había trabajado con una matrona y vio que a las guaguas se les pone yodo en el ombligo; le echamos y lloró toda la noche, tenía la piel tan delgadita que le coció y rompió la guatita. Se le veían las tripas, cómo no iba a llorar la pobre criatura, y cuando la comadre lo volvió a ver casi se desmaya. Después de tres meses llegué a la isla y mi mami, que siempre me iba a esperar al muelle, vio que venía con algo en los brazos y ahí supo que había tenido la guagua, como antes no había comunicación. A mi mamá le dio nervios, se asustó, porque se imaginó que me podría haber pasado algo; además, que era tan chica. Mis niños se han criado todos en esta isla y cuando nació el tercero ya había luz, al menos”.

Yolanda Rivadeneira A: “Una vez se me enfermó mi hija en Masafuera y tuvimos que traerla. Vinimos mi esposo, mi hermano, yo y ella, en dos botes. Nos tocó tiempo malo a la salida, le pusieron una lona encima y nos entró igual agua al bote. Nos mojamos bastante y llegamos estilando; salimos como a las diez de la noche y llegamos a Robinson como a las siete de la mañana. Pusimos unos colchones, de esos que se usaban antes, de dos libros. Después hubo que llevarla al continente”.

José González A: “Mi señora, la Brunilda, fue la que inauguró la ruta para Robinson. En ese tiempo no había comunicación, no había nada, ni una cosa, se enfermó y empezamos a hablar altiro del viaje. Nadie había hecho un viaje así y fuimos en dos botes. Estaba malo el tiempo,

le dio peritonitis y se le había recogido una pierna, estaba 'jodida'. Un capitán que había acá, un viejo chilote, dijo ¡Nivelamos el compás compadre y tenemos que llegar medio a medio a la isla! Allá nadie sabía, si no había comunicación ni nada, se dieron cuenta cuando llegamos, tiene que haber sido como en 1965. El viaje fue bueno, a medio camino nos pescó un poquito el viento. El bote lo llevábamos con una carpa bien clavada y varillas, para que no entrara agua en la proa, que era donde iba mi señora. Dejamos libre el compás y lo demás iba todo tapado. Como la embarcación era grande no había peligro y cuando estábamos por llegar le pusimos vela, con viento favorable llegamos más rápido, como a las tres de la mañana.

Estos botes son buenos para alta mar, en cualquier momento llega allá. Estamos seguros con ellos, si se le echa a perder el motor un viento surweste lo saca para fuera y usted para la vela. El rumbo, usted sabe más o menos donde quedan las islas, porque siempre sale una estrella que nos guía. El capitán siempre nos dice que hay tres estrellas que nunca se corren, están a rumbo, así que en la noche pesca la estrella y la sigue. Si es de mañana, a la entrada del sol, al este, y en la tarde, el sol por la popa, a la caída del sol. En la noche por las estrellas, dicen que llega justo porque la isla está al este”.

Infancia en Masafuera

Brunilda De Rodt C: “Mis hermanos y yo prácticamente nos criamos en Selkirk, debo haber tenido unos 7 años cuando llegamos. Después mi mamá tuvo que viajar, porque estaba enferma, y me quedé cuidando a mis hermanos, porque era la mayor. Tenía que darles la papa, cambiarles pañales y eran hartos, como trece. Mi otra hermana también ayudaba. En invierno, cuando íbamos al colegio en Robinson, podría decirse que nos entreteníamos más, porque acá teníamos que ayudar a la mamá. Me acuerdo que en la escuela jugábamos al luche, pero acá no asistíamos, sólo ayudábamos, no más. Después me casé, como a los 13 años, y ahí no tuve que trabajar tanto, porque no quedé embarazada altiro, sino que como a los dos años después”.

Reynaldo Rojas R: “Toda mi infancia la pasé acá y cuando chicos no nos dejaban salir solos. El viaje más típico era a los chivos o a los pangues, al sector de *Las Chozas*, y teníamos que ir con adultos. A la leña se iba por bote, aquí al varadero, nos llevaban a pasear en bote, pero siempre con ellos. Fue linda mi infancia y muy entretenida.

Recurríamos al bote de lata, hacíamos todo lo que usaban los pescadores, pero de lata; hacíamos el mismo huinche que usaban antes, los canastos que usaban los hacíamos de tapas de cerveza y les poníamos tirantes. Ocupábamos las pozas del estero para calar nuestros canastos y se metían unos gusanitos, que eran las 'langostas'; hacíamos caletas en el borde del estero y todo el cuento de los pescadores, unos calderos chiquititos, era muy entretenido. Jugábamos al caballo de palo y corríamos por todas las laderas de aquí. Súper entretenido y como éramos hartos niños formábamos una buena patota. Con el tiempo se ve cómo los niños llegan acá y aunque tengan juguetes actuales optan por el que siempre ha permanecido en Selkirk: el bote de lata y que identifica a los niños de Masafuera. En Robinson los niños no juegan al bote de lata, aquí sí”.

Nils González R: “Íbamos en las tardes para la quebrada a jugar a los botes. Les poníamos velitas y con la brisa del viento jugábamos. Tenía un buque de madera grande y se suponía que era el que llegaba a la isla, que traía los tambores de bencina, éstos eran las pilas grandes, y la mercadería, entonces jugábamos igual que cuando viene el barco a abastecernos. Bien tarde nos íbamos para la casa y los dejábamos fondeados.

Una vez, cuando volvimos al otro día, no había ningún bote, y pasó harto tiempo que se nos desaparecían. Pensábamos que Francisco nos robaba los botes, pero después supimos que eran los enanos que los dejaban a la entrada de su cueva. Si hubiera sido el Francisco u otra persona se los hubieran llevado, pero quedaban siempre ahí, afuera. Los sacábamos y los llevábamos, pero al otro día era la misma cuestión. Al final, para que no sucediera nos traíamos los botes para abajo o nos íbamos a jugar para *Las Vacas*, había una poza bien bonita. Pensar que le hacíamos pagar el pato a Francisco y le pegábamos, pensábamos que era él el que nos robaba y no era así. Después nos dimos cuenta de que no era y jugaba con nosotros, con Loncho y Piro.

Todos sabíamos hacer botes, es fácil, ocupábamos tarros grandes donde viene leche en polvo, pintura o manteca. Les hacía botes a los otros, me quedaban bonitos, tal cual es un bote, los pintaba y les hacía números. Francisco quería que le hiciera uno, yo le decía que bueno, pero que iríamos a jugar en la tarde, que le sacara pan a su mamá y que llevara, así le daba una embarcación. Nos llevaba pan caliente o no había bote. Siempre dije, el que quiere un bote me tiene que dar pan o cualquier cosa. Hacíamos un huinche con el mismo tarro, le hacíamos un hoyo y le poníamos un alambre por dentro, le hacíamos

las manillas, igual que el de la caleta, y con eso los varábamos. Era igual que aquí, si jugábamos a hacer lo mismo de los viejos. Teníamos la caleta con su jaba, una grúa, los botes con sus cajones de la carnada y echábamos cajitas de fósforos al fondo de la poza y les colocábamos cáscaras de papas, eso se llenaba de unas cositas como pirigüines, para nosotros, langostas. Luego me las pasaban para que las llevara en el buque para el continente.

Francisco de repente era la mar y los botes no salían. Teníamos una tabla grande, ancha, y con eso él hacía que se moviera el agua. A veces el buque no salía por tiempo malo, o sea, igual que en la realidad, esa era nuestra rutina de cabros, un sistema bien choro. *Bernardo López R*, y todos los que tuvimos un pasado acá, jugábamos a lo mismo; ahora los hijos del Lolo y Cotá juegan tal cual como lo hacíamos nosotros. Me llevan tarros para que les haga botes, si uno también pasó por lo mismo. Era la rutina y así fuimos creciendo; pero después a la pesca en un bote más grande”.

La Abuelita del Tongo

José González A: “Como todos los niños son buenos para los dulces y no teníamos les inventamos este cuento. Los míos estaban chiquititos, la que tengo allá, la Brigitt, el ‘Pastilla’ y Mauricio. Como el buque se demoraba en llegar no veían dulces y sólo había cuando llegaban las embarcaciones, después se acababa todo. En esa época salía con el Padrino Elías, un pescador viejo, que prendía el caldero y calentaba un fierro hasta quedar rojo y lo metía en un tarro de azúcar un buen rato. Se pegaba y se hacía un dulce, una cosa larga y cafecita. Cuando llegábamos a la casa les decía a los niños que vinieran a ver lo que ‘la abuelita del Tongo’ les había mandado. Les decía que la ‘vieja del Tongo’ estaba haciendo alfeñique y los niños respondían, ¡qué rico, la ‘viejita del Tongo’ nos mando dulcecitos! Si la vieja nunca existió y Elías les decía que ella regalaba los ‘alfeñiques’, los dulcecitos”.

Brunilda De Rodt C: “Yo hacía ‘alfeñiques’. Se derrite azúcar hasta que quede café y se revuelve para que no se queme. Cuando está cafecita le puedes echar agua fría o cocida, entonces, se disuelve todo lo que está duro y se espera hasta que esté a punto, que es cuando el agua hierve y se espesa. Se levanta la cuchara y sale como un pelito, es ahí cuando está listo y se apaga. Luego se echa en un plato con un poco de aceite, para que no se pegue, se revuelve hasta que enfríe y se empieza hacer el dulce. Después se corta con un

cuchillo, porque queda como una caluga, se puede comer con jugo de papaya o miel para que no quede tan duro”.

Reynaldo Rojas R: “A mí también me contaban el cuento de la ‘abuelita del Tongo’, es muy bonito. Cuando era niño tenía unos tíos, y a parte de ellos había otros pescadores de más edad que llegaban con dulces de azúcar que habían hecho en el bote. Contaban que detrás de la isla, por el sector de La Lobería, en El Tongo, vivía la abuelita del Tongo. Decían que ella mandaba los dulces a los niños de la isla y, a cambio, éstos le tenían que enviar dos huevitos duros.

Eso me despertaba la fantasía, una curiosidad enorme por conocer a la abuelita. Uno hasta se la imaginaba y, además, los pescadores te la describían como una viejita que vivía sola en una cueva y de las cosas que le mandaba la gente. Llenaba de preguntas a mis tíos, ¿cómo era?, ¿era arrugadita?, ¿si caminaba?, ¿cómo vivía? y si tenía bracero, para mí era una curiosidad enorme saber cómo vivía ella. Hubo un tiempo que íbamos a esperar los botes, estábamos atentos cuando llegaban y corríamos a la caleta para recibir los dulces que nos mandaba la ‘abuelita del Tongo’. Gritábamos, ¡ahí viene el 79!, ¡viene mi tío Alfonso con dulces! Y nos traían. Esperábamos todo el tiempo que la abuelita nos mandara los dulces.

Era lindo el cuento, siempre me gustó y, de hecho, después le pusimos a una regata de Masafuera el nombre de ‘La Abuelita del Tongo’. Ahora como que la gente se está olvidando, pero los viejos no; por ejemplo, el Cocholo la recuerda, porque también ellos salían con ese cuento. Como nosotros éramos más chicos disfrutábamos, algo lindo, como un cuento de hadas y súper tierno. Son cosas que nunca se van a olvidar”.

Niños pescadores de Masafuera

Florentino Contreras R: “Empecé a salir a la pesca a los trece años, eso sí, costó que me dieran permiso. Con mi papá fuimos a Robinson en un buque a velas y llegamos al otro día a la isla; estaban haciendo empanada, había fiesta. El Capitán de Puerto se encontraba allá y mi papi se le tiró a decirle que me diera el permiso. Le dijo que no, porque me consideró muy guagüita. Después se ‘encañonó’ y mi papi aprovechó de insistirle, yo no estaba ahí. ¡Le doy permiso, pero con usted no más, usted es responsable!, le respondió. Se dieron la mano y listo, al otro día partimos para Masafuera, altiro. Cinco días nos demoramos en llegar a la isla, porque no había viento.

El buque se paseaba para allá, y para acá, y veíamos la isla; ¡a pura vela partimos, 'miércale'! Veníamos navegando y mi papi me habló: 'bueno, ahora que te vas a ganar la vida puedes fumar, no más'. ¡Y qué, si yo fumaba de mucho antes! Llegué a la casa, estaba mi mami, y prendí un cigarro, ¡uy, tu papi!, me dijo. Ahí le conté qué me había dado permiso. Así es, fumando y trabajando, tengo 68 años y llevo 50 en la pesca, puro mar. Nunca me ha gustado trabajar en tierra, estoy acostumbrado en el mar. No me gusta que me estén mandando, vigilando y toda la cuestión. De chico que estoy acostumbrado a trabajar solo, por mi cuenta, hacer las cosas a gusto de uno y que nadie me diga nada. Así es la cosa”.

Luis Rivadeneira R: “A los nueve años empecé a venir para Masafuera. Mi papá murió ahogado aquí, después vino una hermana con su marido, que venía a trabajar, así que me traían. Mi mamá con mis otras hermanas se fueron al continente, ella tenía que buscar pega para poder subsistir y no se vinieron más. Me quedé con otra hermana y me vine para esta isla a los diez años, y a los once empecé a salir a la pesca. Me mareaba y salía igual. No me gustaba, pero me llevaban igual, para que me ganara los porotos, y me acostumbre a la mar. A los doce salía con mi cuñado y a veces los dos, no más. En las primeras tiradas me mareaba, trabajaba mareado, pero me acostumbré luego, y después me mantenía parado. Aprendí a hacer andar el motor, a tirar el 'guaracazo', a vararlo, y ayudar a tirar. Desde niño que estoy en el agua, y me gusta”.

Reynaldo Rojas R: “Me marié hasta como los 18 años. Cuando salía con mi papá ya no vomitaba, pero igual llegaba con el mareo a tierra. Me bajaba del bote y llegaba derecho a dormir, eso era seguro. Después fui afirmando el cuerpo al mar, pero de primera quedaba tirado en la proa. También me pescaba el mareo en tierra, es extraña esa cuestión. A la pesca salíamos con mi hermano y si estaba muy mal, muy mareado, me iba a la proa, pero hay que 'aperrar' igual para vencer al mareo. Mientras más combates con el mareo es mejor, porque más luego lo vences. Mi papá me decía que comiera para que se afirmara la guata, porque tendría algo que vomitar y es mucho mejor, en cambio, si no tienes nada en el estómago el mareo es más fiero, más malo. Si te sientes un poco mareado y comes se te va quitando el mareo, es increíble, te repone. De primera no te aguanta nada en la guata, todo para afuera. Me mareaba cuando estaba calmo y mientras más malo no, cuando estaba movido había más viento, más marejada y no me mareaba. Más latoso, pero el viento como que te revive, y te mantiene siempre atento.

Cuando tenía como doce o trece años le decía a mi papá que me llevara a la pesca, pero iba a puro dormir al bote. No despertaba, me llevaba a puro sufrir, pero de porfiado iba igual, es que la pesca tira. Como no sabíamos dónde iban, porque se perdían de la bahía, se despertaba la curiosidad por conocer. Aparte que uno no tiene idea de cómo es la pesca, porque cuando uno es cabro chico anda en 'cachucho' y domina todo el sistema del mar, pero nunca cómo trabajaban cuando no están enfrente a la isla. Uno no veía que calaban espineles, echaban anguillera, pillaban anguilas, o jureles chicos, no sé. Ellos hacen muchas actividades, levantan trampas en un sector, luego parten a otro, toman su choca y uno no se daba cuenta cómo pasaban sus días. Todo eso era para mí algo desconocido, entonces, me despertaba curiosidad por salir con ellos, para saber cómo era el cuento.

Además que nunca te llevaban con viento, siempre cuando estaba calmo. Uno 'pendejo' y los viejos no quieren que uno sufra, que te mojes, o ninguna cosa de esas. Hasta revistas llevaba para el bote cuando era chico, pero a puro pasear porque me mareaba y no leía nada. Ahora también me mareo, pero cuando salgo con la 'caña mala', y mejor me vengo, ¿para qué vas a andar si no sirves para nada?"

Manuel De Rodt C: "Me mareaba cualquier cantidad, pasé cuatro temporadas mareado y recién entonces me pude acostumbrar. De esos mareos que te voltean, no de esos que te dan 'tuto', no más. Había que apechugar, si no salíamos por deporte, íbamos calladitos a levantar trampas y a hacer un esfuerzo para ayudar en la casa, esa era la idea. Cuando me hablan de mareo con mayúscula, lo sé y puedo decir que es terrible, pero había que darle duro igual. Un martirio llegar después a la casa tan mareado y saber que al otro día tenía que volver a salir, y como siempre fui regalón de mi mamá, ella le decía a mi papá, ¡deja al cabro aquí, si no sirve para pescador! Él le respondía que no, que me tenía que acostumbrar, porque como para arriba y para abajo tenía hermanas, entonces, por ser el del medio tenía que ayudar. Era un martirio, me acostaba y me despertaba con el vaivén del bote.

Se sufría mucho más que ahora. Como mi viejo siempre fue apatronado, alguien le pasaba un bote con un motorcito más idiota que la cresta para que trabajara, que costaba un mundo hacerlo andar, y yo tenía que estar metido chupando la manguera de la bencina. Eso era un martirio, lo único que quería era estar acostadito y sin que nadie me molestara. Entre trampa y trampa, que es un tramo como de 15 ó 20 minutos, incluso media hora, el viejo me decía, ¡échate un rato

ahí! Me tiraba altiro, sin perder tiempo, ya que si me iba para la proa me demoraba como 2 minutos, me arrodillaba y me gritaba, ¡ya guacho, levántate! Parecía que habían pasado algunos minutos, no más, como que hubiera cerrado los ojos y los abriera. De ahí, vamos levantando canastos y vomitando, súper desagradable.

El viejo cumplió con formarme como pescador y logró su objetivo. Aunque no fue sólo tarea de él, en un 50 por ciento sí, porque hasta los 14 años lo acompañé, pero después me fui independizándo. Como sabía que me mareaba, quería buscar algo más cómodo, y que no me obligara a salir todos los días, pero el viejo me sacaba de la cama de las mechas. También con un chilote me tocó salir, el papá del Lucho Llanquín, y con Orlando Salas, otro profe que tuve, y muy bueno, por lo demás. Con ellos me formé y logré vencer el mareo; cada uno me daba su opinión, cada uno con su teoría, uno lo había vencido de una manera y el otro de otra. Me fui por lo más lógico, por el consejo de Orlando Salas: estás pintado para pescador —me dijo—, otro futuro no tienes, ahora es pura fuerza de voluntad, ignora que estás en el agua, ese es el primer consejo que te puedo dar, ¡haz tu vida normal! Cuando estés en tierra olvídate que al otro día tienes que salir, olvídate del mundo, por lo menos en la noche. Así empecé a hacerlo, le puse empeño y me esforcé.

Lo que pasa es que no se puede cambiar de la noche a la mañana; uno no dice no me voy a marear más, porque igual ocurre. Hay que ser insistente, insistir, insistir, insistir. Esos viejos me ayudaron más que mi papá; para qué voy a venir con cuentos, me veían tan mal que al rato me decían levantemos unas trampas y después nos vamos a la casa.

Mi viejo me enseñó hartas cosas, lo primero fue a trabajar honradamente, a ser leal con los compañeros y, lo que más me costó, a vencer el mareo. El Lolo a veces se pega sus mareadas, pero lo entiendo, sé lo que es eso, sé lo que se siente y es algo terrible”.

La Historia del Perro Jazmín

Reynaldo Rojas R: “Es bonita y triste la historia del perro ‘Jazmín’. Es un náufrago, pero no un ser humano, y sobrevivió como 8 años en Selkirk. Quedó abandonado siete meses en la Bahía de Sánchez; saltaron a los chivos y al embarcar no se tiró al agua, porque era nuevo, y pensaron que se iba a venir por la playa, pero no llegó. No

sé si fue el mismo día, o al siguiente, que levantaban base y se quedó en los planes de la isla cazando chivos. Cuando regresábamos a instalar base, se veía en las laderas, en la de Las Chozas, en El Papal, y en las mañanas en el pueblo, olfateaba las rendijas de las puertas y cuando cazábamos chivos venía a comer los restos. Era exclusivo, el único perro, y CONAF los tenía prohibidos. Una vez intentamos acorralarlo, fue imposible, se metió en la playa y arrancó. El perro se crió solo, cuando la gente iba a cazar lo veía y alguien le disparó, le dio en una pierna. Después de eso quedó imposibilitado de cazar, se le secó la extremidad y ni corría, se alimentaba de fardelas [Pterodroma externa] y de huevos.

Cuando el animal estaba en su apogeo era un maestro, lo vi en el faldeo de Las Vacas con dos cabros, y para pillar dos es difícil. El 'huevón' tenía una velocidad increíble y era súper astuto, pegaba un salto y cazaba un chivo, no tenía para qué correr. Después lo aguachó el Pastilla y con el tiempo el Jazmín vivía en el pueblo, cuando desembarqué en la caleta andaba ahí. Me dio una tremenda alegría verlo, tantas noches lo escuchamos y lo veíamos de lejos, pero ahora el perro estaba quieto y tocarlo era súper emocionante, era súper lindo estar con el perro. Después de tanto tiempo alejado de la gente, necesitaba cariño, que el Jazmín obedecía y si uno le hacía cariño en la cabeza o en el lomo, respondía con su cola, sabía que le estabas haciendo cariño. Y llegó a viejo.

El Pastilla y tiene que saber cómo hizo para cazar al Jazmín, andaba de cacería con sus perros, lo acorraló y se lo trajo. El otro que lo cuidó hartó fue el Macario. Años después teníamos que levantar base y el jefe de CONAF ordenó que lo sacrificáramos. Una de las cosas más locas que he podido ver, un naufrago que sobrevive y que lo único que pide es reencontrarse con el hombre, no hay que olvidarse que perro y hombre son una persona, porque en seis patas se hace un hombre. Dan la orden de matarlo, después de tanto tiempo sobreviviendo, lo encontré una traición, fue súper malo y nadie le hizo defensa y 'cagó', no más, lo mataron. Cuando el perro podría haber muerto de viejo y haberlo declarado héroe”.

Manuel Paredes K: “Conocí al Jazmín y pasé un susto con ese loquito. A los 15 años vine por primera vez para acá y fuimos a conocer al otro lado de la isla. Venía jugando arriba de las piedras y antes de llegar a La Cuchara salté y, cuando iba en el aire, salió ese perro. Me habían contado de él, pero yo no lo conocía. Pegué el grito. Era un inmenso animal, de cola larga, grande, de color rojo y negro con café. Era

bonito el perrito, corría como un zorro, como en cámara lenta y con las dos patas para adelante. En un rato se me perdió. Andábamos con otro perro, que era su hermano, lo siguió pero nunca lo pilló. Después lo veía a cada rato, llegaba en las noches y otros también lo veían. Después llegó aquí, lo habían baliado, su sangre era roja, roja, roja. Cómo chupaba sangre 'el loco'. Estaba malito y tenía una piernecita seca. Era bonito, no le hacía mal a nadie, no era bravo, o la CONAF habría tenido que organizar su cacería. Se quedó y se alzó, como nueve años y más. De viejo, no podía correr, lo pillaron, se lo trajeron y se dio. ¡Ya, me doy, soy de ustedes!, debe haber dicho el Jazmín. Antes no se daba, veía un ser humano y arrancaba. Olvídate, lo veías de lejos, no más”.

Nils González R: “Creo que ese perro era de Lucho López, los cabros fueron a Sánchez y cuando estaban por volverse el animal no se tiró al agua y no se embarcó. Fueron a buscarlo y no estaba y se quedó como dos o tres años tirado. Después, cuando llegábamos siempre estaba en la población, nos veía y se arrancaba. Cuando estaba más viejito fui al Plan Negro y me encontré a 'boca de jarro' con él. Lo llamé por Jazmín, se arrancó y se 'encaletó'. Fui a lacearlo y me mostró los dientes, le dije, ¡venga!, ¡venga!, se acercó a mi lado, le hice cariño y se entregó. No lo amarré ni nada, se vino conmigo. Me costó traerlo, tenía una pierna seca, le habían pegado un balazo. Y lo traje a la población, aquí estaba aguachadito y conocía a todos. Se hizo muy amigo del Macario. Queríamos llevárselo al Pelado Lucho para que viera si era suyo, pero creo que el Yuyo lo mató. Le dijo al jefe de CONAF que era muy viejo, y éste le dijo que lo matara, que era un perro alzado. Acá abajo lo mataron, con una escopeta. Ya estaba criado, se había adaptado a los cabros chicos, no hacía nada y era un perro viejo.

Al principio era un perro alzado, salvaje, pero nunca atacó a nadie. Mataba cabros, pero nunca mordió a nadie, así que no pueden decir que era bravo, no mordió a nadie. Era salvaje con los chivos, porque necesitaba comer. Para mí no deberían haberlo muerto, era de su amo, se lo llevaba para que lo viera y se había dado con la población. El Yuyo lo mató por dárselas de agrandado y más encima estaba curado. era grandecito, era bien bonito el perro, negro y con una cola amarilla. Cuando jovencito era más bonito, después lo pillé peludo en el invierno. Es triste la historia, lo pillé y lo traje. Jazmín se llamaba”.

8. Las Compañías Langosteras

Los abusos de siempre

Bruno González M: “Antes los viejos sufrían más que la cresta, además que le trabajaban a las compañías. Las compañías los explotaban, porque le pagaban lo que querían al pescador. Tenían almacén y todo era limitado, el azúcar, el jabón y siempre se terminaba. Los viejos pasaban hambre y los cabros chicos igual. Era dura la vida aquí. Los barcos que venían para acá eran goletas, más a vela que a motor, y eran malas esas cuestiones, se demoraban en llegar”.

Constancia Kötzing T: “Ahí es donde sufrió el isleño, porque había un sólo almacén y los isleños no eran dueños de sus botes. Ninguno tenía, entonces, les daban las trampas y si no sacaban langostas les cerraban el negocio y los dejaban sin abastecimiento. Los isleños sufrieron mucho durante ese tiempo”.

Orlando Salas P: “Las empresas pesqueras venían acá como cualquier comerciante. Traían los productos desde Valparaíso en barco para acá, mejor dicho, nos hacían un trueque, porque plata no se veía, o muy poco. Era como en las salitreras, ellos venían, ponían una pulpería y uno se iba al puro ‘rayeo’, no más”.

Daniel Paredes R: “No le pagaban al pescador. Les tenían una libreta para que fueran al almacén a comprar, la ‘viejuja’ iba y le anotaban todo. A veces el pedido era hasta la mitad de la hoja, pero ellos se lo anotaban hasta abajo. Como los viejos tampoco tenían una buena preparación, la historia era así. Con esa libreta los mantenían a raya, porque al final, cuando se presentaba la liquidación, casi todo lo tenía pedido en víveres, lo que no podía ser. Resulta que el pescador antes entregaba en la temporada cinco mil, seis mil y más langostas y era imposible que se fuera a comer esa cantidad de plata, no podía ser”.

Orlando Salas P: “Las compañías no hacían mucho gasto y explotaban la parte humana. Se puede decir que las empresas eran buenas para los patrones porque, como se dice vulgarmente, tenían el sartén por el mango; las embarcaciones, los motores y todo era de ellos. Nosotros sólo poníamos la mano de obra y teníamos que estar a la pinta de ellos. No podíamos venir todos los días, como ahora. Salíamos el lunes y había que estar varios días afuera, para no gastarles bencina ni el motor; nos obligaban a quedarnos afuera y el que se ponía un

poco serio o que reclamaba por sus derechos, con respecto a la familia, o por descanso, simplemente le quitaban el bote. Las empresas se ponían de acuerdo para no recibir a las personas que reclamaban; por ejemplo, si despedían a uno, nadie lo recibía. Estábamos casi obligados a trabajar a su modo”.

Bruno González M: “Antes las compañías abusaban mucho con el pescador. Había ‘rosca’ porque después había dos compañías y en octubre, noviembre y diciembre aumentaban los precios de la langosta. Uno, por atrás, vendía a la otra firma. Por ejemplo, los botes de la Otto Hermanos tenían la ‘regala’ pintada amarilla y el otro verde, por decirle. Cuando se atracaban los botes nos dábamos cuenta, porque quedaba pintura en el muelle, pues. Por eso le quitaban el bote altiro, lo dejaban sin trabajo, si ellos eran los patrones y no dejaban que sus trabajadores vendieran langostas a la otra empresa”.

Rolando Mena S: “Antiguamente aquí abusaron. Daban trabajo cuando querían, si no se salía a la mar no daban víveres y nos obligaban hasta con el mar malo. Por eso murieron don Manuel Chamorro y don Óscar Charpentier. Debo haber tenido unos 6 años, y me acuerdo de eso, cuando los fueron a buscar.

En esa misma fecha no le dieron trabajo a Moisés Recabaren, que era padre de familia, y a don Manuel Muena. Me consta, porque tuvimos en la casa a la Pilar, hija de don Manuel, y se estaba muriendo de hambre. No sé cómo se alimentaba el otro caballero. Sabíamos que estaba mal, don Manuel era muy amigo de mi papá y le contaba las peripecias. Eso sí, los pescadores les traían pescado para que comieran”.

Orlando Salas P: “Aquí había pobreza, las compañías pagaban una miseria y casi a puro trueque. No como ahora que hay teléfono y estamos comunicados. Antes venían las empresas con sus goletas a buscar los productos, no había avión, nos tenían de la mano y si nos gustaba bien y si no, bien también. Nos hacían trabajar a la buena o a la mala, nos llevaban de tiro, como a los animales. Lo teníamos que hacer o qué otra cosa íbamos a hacer para vivir. Se formó un sindicato y hasta por dos pesos se peleaba. Llegaron a sitiarnos de hambre”.

Rolando Mena S: “Había unos que eran muy allegados a los patrones y les llamábamos “plumiros”, los que le llevaban los cuentos de qué tratábamos en las reuniones del sindicato y esas cosas. Eran isleños, de los mismos pescadores. A ellos los querían los patrones, pero la

pregunta, ¿y los demás? Los demás luchaban por sus hijos, porque las reuniones del sindicato se hacen para el bienestar de todos y no sólo para algunos. Hasta a eso se llegó aquí”.

Orlando Salas P: “El sindicato tenía harta fuerza, pero las empresas se compraban a la gente: ¡usted es buen pescador!, ¡venga para acá!, ¡a usted le voy a pagar tanto más! o ¡te voy a cobrar menos por los víveres! Entonces, tres o cuatro botes se van a la mar, ¿y los otros? Los mismos compañeros se prestaban para seguir trabajando bajo las condiciones del patrón y pasaban el cuchillo para degollar al otro. Desgraciadamente era así, porque como decían, ¿qué quieres que haga, si yo tengo familia?, mis hijos necesitan el pan. Y todo eso. A los que peleábamos nos trataban de comunistas. Peleamos mucho con las empresas y costó hartó”.

Rolando Mena S: “Antes la gente aquí no usaba zapatos, andaban todos a pies pelados. Hasta los mismos pescadores andaban a pies pelados o usaban alpargata. La juventud que vino después de nosotros ocupó mejores cosas. Nosotros peleábamos como chinos con los patrones, los mayores, los jóvenes y los de la edad mía, y hasta por 10 centavos. Si para que aumentaran el precio en 10 centavos había que hacer una huelga y no salir a la mar, para ellos no era nada, con la cantidad de recursos que se llevaban. Había unos viveros grandes y cabían 1.200 ó 1.300 langostas en cada uno. En el día se llenaba un vivero y las goletas hacían 2 ó 3 viajes en el mes, todo eso se lo llevaban. Creo que don Leonel no trabajó más de 12 ó 15 años aquí y se fue rico. Vendieron todo y se fueron, y aquí no dejaron nada”.

No hay mal que dure cien años...

Bruno González M: “Al sistema de trabajo le llamaban ‘apatronado’, porque todo era de la compañía; te entregaba todo: trampas, material, bote, y tenías que entregarle el producto a ellos. Después, más o menos como el año 1949, ya empezaron a luchar los viejos y construyeron sus propias embarcaciones. Ahí empezaron a ‘cagarles’ el monopolio a los capitalistas, el año ‘49, pero fue lento sí. Hoy no existe la explotación en la isla y cada isleño tiene su bote, es como el auto en el continente”.

Jorge Chamorro A: “Anduve en un bote de la compañía Green Hermanos, de don Reinaldo Green. A él le trabajé, él era empresario, el patrón nuestro, tenía una firma grande que quebró. Tenía cualquier

cantidad de botes y de cosas, motores cero kilómetro que le llegaban desarmados y su mecánico los armaba. Ese caballero quebró, le fue mal, es que hubo mucho derroche de plata y mucha farra. Cuando estaba quebrado no halló qué hacer y estaba desesperado porque no tenía trabajo. Después nos pasamos a la compañía Otto Hermanos, me dieron un bote y otro a mi padrastro, pero esa compañía pagaba muy mal, centavos y no pesos. Para llegar a los cien pesos nos sacrificábamos muchísimo, peleábamos con los patrones por un par de monedas más.

Después llegó mi hermano e hicimos un bote. Un día venía de mi casa y don Rino me dijo que estaba pensando en mí y que me necesitaba. Me llevó a su oficina y puso una sillita para que me sentara y me habló: -mira Jorge, tengo pensado seguir adelante, no me voy a dar por vencido. Quiero que con tu hermano, como saben hacer botes, me hagan dos, uno para ustedes y uno para mí. En ese tiempo no éramos propietarios. Fui a buscar a mi hermano y le dijimos que haríamos los botes. En pago dijo que correría con los gastos de la madera, clavos, golillas, la pintura y todo y nosotros la pura mano de obra. Así que quedamos en eso. Conversamos con mi hermano y vimos lo esforzado que era don Rino, reconocimos que el caballero quería surgir. Hasta que hicimos los dos botes, el primero fue para él y el segundo fue para nosotros. El 19 era el bote de nosotros, mío con mi hermano, y lo llamamos Julia. Fue el primer bote propio que tuvimos, pero antes ya había pescadores que tenían embarcaciones propias.

Don Reinaldo dijo que el primer bote era para él y que el segundo para nosotros, fuera como fuera, bonito o feo, igual nos quedábamos con el bote. Así que tratamos de hacerlo súper 'fortacho' y grande. Después quiso que le hiciéramos uno para su hermano Kenneth, su socio que también estaba en la quiebra. Don Rino nos dijo que el bote del Kenneth lo iba a pagar con un motor que tenía guardado; lo que pasa es que cuando supo que iba a quebrar se avivó y fondeó materiales. Tenía una bodega con clavos, golillas y pernos de cobre y bronce, estanque, cilindros, hélices, ejes, 'chaveteros' y de un todo. A los 'carretas' les decía que le guardaran cosas en sus casas, por si le allanaban la suya no le encontrarán nada. Así que cuando quebró, se 'choreó' ese motor, como tenía las llaves de los cuartos sacó uno de los mejores que había. Cuando nos dijo que el bote que íbamos a hacer lo pagaba con un motor, quedamos encantados si no sacábamos nada con tener una embarcación nueva sin uno. Se había acabado el tiempo del trabajo a remo, ahora nos íbamos a desempeñar con puro motorcito.

Después hablé con mi hermano y fuimos donde don Rino para que nos diera cabida en una goleta para irnos a Masafuera. Nos llevaron y nos fue re bien en la pesca. Llegamos a los quinientos pesos por langosta. Se las vendíamos y en la goleta Robinson se iban como siete mil u ocho mil al continente”.

Daniel Paredes R: “Todos los botes eran de las empresas y abusaban mucho con el pescador, demasiado diría yo, porque no le dejaban plata para seguir progresando. Después cambió la cosa, porque todos empezaron a independizarse. En la actualidad no hay ninguno apatronado, son todos particulares, tienen su propia embarcación y debido a eso evolucionó la isla. Antes nadie tenía casa, ahora casi todos y sus cosas. Me acuerdo de los primeros pescadores se empezaron a independizarse, mi viejo con el bote 27 y que todavía existe, el 25 y el 24, esos fueron los primeros tres botes particulares en la isla, como el año sesenta y tantos, no me recuerdo bien en qué año fue. El N° 27 era de mi viejo con mis hermanos mayores; el 25 de don Bruno González; y el 24 de don Hermógenes Báez. Ellos fueron los que dieron los primeros pasos.

Manuel De Rodt C: “Hermógenes y Florentino Báez son de los primeros viejos que se independizaron aquí en la isla. Don Hermógenes le puso Libertad al suyo, que después compramos nosotros. Don Florentino Báez, que todavía está trabajando, le puso Independencia. Son dos hermanos que se independizaron, cada uno con su bote. Hasta los nombres cambiaron, se notaba que había un poco más de liberación. Estos viejos supieron aprovechar, quedaron con sus buenas casas y terrenos, lo que otros no hicieron”.

Orlando Salas P: “A veces llegaban compradores, cuando ya trabajábamos independientes, que, sencillamente, se llevaban el cargamento y hacían ‘leso’ al pescador. Eso pasó mucho, incluso ahora, cuando ya no se puede vender así tan libre. Uno se confía y entrega el producto, el comerciante pide 100 y luego otras 50 langostas y cuando uno empieza a cobrar se pierden. A mí me han quedado debiendo no sé cuánta plata, y dónde los voy a encontrar y aunque lo haga, qué le voy hacer, porque la justicia está por ahí no más. Eso es lo que más pasa aquí en esta isla y hemos aprendido de ellos: al que no trae plata no se le entrega langosta. Es muy fácil, aunque las tengamos que comer, por lo menos no las perdemos. Aquí, en diciembre mandan la plata, vienen a ofrecer 3 millones y 4 millones, los mismos comerciantes se vuelven locos, pero es un mes, no más, y después se normaliza la cosa”.

Bruno González M: “En el tiempo de las compañías había más langostas y más pescado, pero abusaban mucho. Ahora hay menos de todo, pero como el pescador se independizó y no está bajo el monopolio de las firmas o de los capitalistas, la langosta tiene un valor buenísimo \$7.000 ó \$7.500. En octubre, noviembre y diciembre llegaba hasta a \$15.000 la unidad. Aunque traigas cuatro o cinco tienes un buen billete, pues. De repente, sacas quince o veinte y vas haciendo la plata. Así que no importa que no llegues con ochenta ni con trescientas o cuatrocientas como antes, cuando trabajaban los viejos. Ahora con poco es igual a que hubieras traído un montón. Es por el buen precio, porque está bien pagada”.

Orlando Salas P: “A los que reclamábamos nos trataban de comunistas. Peleamos mucho con las empresas y costó hartó, pero gracias al Señor salimos todos adelante. Nos independizamos, tenemos nuestras embarcaciones y también casitas. Ahora nadie nos obliga, cuando uno quiere va a trabajar y cuando no, no va; si hay tiempo malo no se sale. Es un triunfo que no está en cualquier parte. No hay otra parte como esta isla, porque si hay tiempo malo y digo que no voy a salir, nadie me va a venir a decir que salga, porque tengo mis herramientas.

Nos costó hartó, pero se puede decir que esta generación está aprovechando de lo que muchos viejos hicieron, que entregaron sus herramientas y su vida. Más aún, las juventudes se están aprovechando de educar. En mis tiempos el que andaba con zapatos era raro. Por ejemplo, para jugar fútbol en la escuela habían dos o tres con zapatos y todo el resto a pata pelada, quizás las niñas con sus zapatitos. Ahora los cabros si no tiene zapatos de marca y zapatillas con número no se ponen, de buena marca y no cualquier cosa. Antes hasta la misma empresa traía los zapatos y ropa, era como un trueque de todo.

Para estudiar no había chance, ¿en qué se llevaba a los niños al continente? Cuando fui a estudiar un año al continente, en 1940, el mismo patrón me preguntó que para qué iba. Así, con esas palabras, se oponían porque se les terminaba el motor productor, ¡porque el hombre que se educa se defiende! Y así se ha ido pasando, ahora se puede decir que los niños pueden ir a estudiar. Hoy, el que no estudia es porque no quiere. En la isla se han dado facilidades y para los que estudian, por intermedio del municipio, hay un Hogar Isleño. Entonces, el que no se porta bien o el que no le pone empeño, ¿cómo va a poder seguir? Ahora se han abierto las puertas y el que no estudia es porque no quiere, no más. Gracias a esta isla hemos tenido todo eso.

9. La Cooperativa de Pescadores de Juan Fernández

Orlando Salas P: “Costó mucho independizarse, para el tiempo de la cooperativa fue cuando lo hicimos. Todo empezó porque acá quebró una empresa pesquera y quedaron las embarcaciones. Había dos en ese tiempo, Otto Hermanos y la Ferner, parece que era la otra, se retiraron, o se retiró una y la otra quedó, pero dejaron botes. Todas las embarcaciones quedaron y algunos se las empezaron a comprar al síndico de quiebra, de ahí se fueron independizando. Pero esto no le caía muy bien a la otra empresa, era peligroso para ellos, porque el pescador dijo, ‘si no me da bote, motor, ni nada, cómo me van a pagar al mismo precio la langosta’. Pero éstos se defendieron hartos y lo hacían dando más garantías, por ejemplo, les daban casas a los pescadores que trabajaran con ella. Después, decían que daban más crédito, porque con lo que pagaban, que era una miseria, no valía la pena. Si de aquí se iban 9 mil o 10 mil langostas en las goletas”.

Bruno González M: “En ese tiempo había hartos pescadores particulares, casi todos lo eran y les traían el producto a las compañías, que tenían pocos botes. Pero siempre estabas ligado al precio de las empresas, a lo que te quisieran comprar, y por eso formamos la Cooperativa”.

Rolando Mena S: “La Cooperativa se formó por los grandes abusos que había y, como nos hicimos particulares, las compañías no querían recibirnos la langosta. A veces teníamos el producto atochado y nadie venía a comprarla. Por eso en 1966 vino gente del gobierno con los estatutos y la formamos. En ese tiempo nos pusimos en movimiento, pero falló porque nadie fue a Valparaíso a hacer los trámites y allá no había nadie interesado en ayudar. Nos favoreció la venida de don Eduardo Frei, el Presidente de la República, él vio 12 mil langostas puestas en los viveros, así pilló a los empresarios que las tenían tiradas aquí, y en Santiago la vendían a unos tremendos precios. Se dio cuenta que estaban abusando con nosotros, porque en vez de llevar harta y venderla más barata, llevaban poca y la entregaban cara. Pero en el continente decían que no había langosta y por eso era tan cara. Entonces, don Eduardo Frei fue una salvación, dijo que armáramos una Cooperativa y que la echáramos a andar. También, que nos mandaría un buque, que fuéramos a Valparaíso cuando termináramos la pesca y nos iban a guiar en el funcionamiento de una. Y así fue, de ahí nació la Cooperativa. Esa fue la salvación de la isla. Pero nosotros

ya nos habíamos hecho particulares y si hubiéramos seguido siendo apatronados estaríamos igual de mal, no más.

El 5 de diciembre de 1967 llegamos con el 'Piloto Juan Fernández', el buque que nos regaló el Presidente Frei. Veníamos cargados con mercadería, bencina, materiales de pesca y todas esas cosas. ¡Fue apoteósica la recepción, una fiesta enorme! Tenían que estar felices, con eso se lograba la liberación de la gente, ahora serían particulares, cada uno con su embarcación y vendieran sus cosas. La Cooperativa compraba el producto y lo comercializaba, también los pescadores tenían derecho a la repartición de ganancias y a las garantías acordadas por la asamblea. Además, tenía una pulpería, donde está la carpintería, y traían de todo.

Después eso se terminó, porque la pulpería no daba abasto. A veces encargaban hasta calzones para las señoras y ahí trabajaban puros hombres, hasta a esas cosas llegaron. El flete era casi gratis, parece que se pagaba algo de 5 pesos y por langosta, más o menos 3 mil, nosotros terminamos ganando como 50 mil al mes cuando éramos particulares. Podíamos encargarnos cosas para el continente y el que tenía plata las pedía a sus familiares. La vida cambió en un 50 por ciento, llegaron lavadoras, radios, teles y todas esas cosas, fue otra clase de vida”.

Hugo Arredondo S: “Hubo mucha gente que, gracias a la Cooperativa, pudo tener sus embarcaciones y se consiguieron varios logros. Cuando venía el buque traía a la gente las cocinas a gas, refrigeradores y toda la modernidad, diríamos. De eso tienen que acordarse, además, el costo del flete era mínimo y prácticamente no se cobraba, no alcanzaba a pagar ni el asunto de la boleta. No como hoy que se pagan unos precios fabulosos, este buquecito está [en el año 2001] pidiendo \$4.400 por transportar un tubo de gas de 15 kilos, o sea, cuesta alrededor de \$16.500. Esos son los costos hoy en día, mientras que en Valparaíso se compraría cerca de tres con esa misma plata”.

Daniel Paredes R: “Ésta es la canción del 'A Pata Pelá'. La hice cuando la isla estaba por emerger; vi a mi papá cuando trabajaba y ganaba poco 'money' y siempre alegaba que le pagaban casi nada por las langostas. Después el isleño empezó a tirar para arriba y formó la Cooperativa y que, desgraciadamente, por malos manejos capotó. Con el tiempo fui creciendo y me inspiré para escribir esta canción que habla de todo eso. La hice con el respeto de todos los mayores, de todos los viejos antiguos.

Con respeto a todos los mayores
unas cuantas cosas les quiero cantar
aunque chico dicho sea de paso
lo que cuando niño sufrió mi papá.

Trabajando para las compañías
él sólo decía no ganaba nada
y aparece por la mayoría
la Cooperativa sólo seguirá.

Se retira de nuestro peñón
se retira el señor patrón
se organizan todos los isleños
como quien prepara una revolución.

Me contaban a mí mis abuelos
que cuando pequeños ellos sufrían más
para la Pascua y el Año Nuevo
iban a las fiestas a pata pelá.

Con respeto a todos los mayores
yo aquí mi canto quiero terminar
para que a todos los antiguos isleños
esta vieja historia no les vuelva más.

Se retira de nuestro peñón
se retira el señor patrón
se organizan todos los isleños
como quien prepara una revolución

Y ahí se termina la cosa. Esa es parte de la historia que te acabo de
conversar.

Orlando Paredes R: "La Cooperativa estaba funcionando súper bien y
teníamos dos barcos grandes, el Darwin y el Piloto Juan Fernández.
Pero se terminó por mala administración, después hubo una
'maquinada' y chao. Eso fue de los administradores del continente,
no eran personas de la isla y nosotros casi no sabíamos 'el teje maneje'.
Y se terminó".

Guillermo Martínez R: "En los tres años que estuve en la Cooperativa
alcanzamos a tener dos barcos, oficina, camioneta y todo el poder

comprador. Creo que dos o tres embarcaciones no eran cooperados y todos los demás sí. Llevábamos todo el producto a Valparaíso y se vendía, desgraciadamente allá estaba toda la parte ejecutiva, la contabilidad y se manejaba desde allá. El gerente tenía la cuenta bancaria de la Cooperativa a nombre suyo, viajaban cuando querían y comían en los mejores restaurantes a cuenta de ella. Esas cosas se daban a conocer en las reuniones y como mandaba la mayoría, pero no las buenas opiniones, las cosas seguían en las 'mejores' condiciones. Hubo desfalcos y cosa que pasaba, la Cooperativa pagaba. ¡Qué empresa iba a aguantar!, ¡ninguna!”.

Wilson González C: “Como se dice, ahí se mató la gallina de los huevos de oro. Nunca se presentó un balance como corresponde y algunos nos empezamos a ‘avispar’, vimos que la cosa estaba mala y pedimos que se hiciera una investigación. La idea era saber qué pasaba en la Cooperativa, porque nosotros pillábamos todos los días cualquier cantidad de langosta y estábamos más mal.

Una vez nos dejaron abandonados en las islas del norte, en San Félix y San Ambrosio, antes que se hiciera la base militar. Fuimos 10 botes, en agosto de 1975, y se suponía que nos iban a ir a ver todos los meses, pero nos dejaron botados. Agosto, septiembre, octubre y recién el 11 de noviembre fueron a vernos. Allá escasea todo, sin agua y subsistimos comiendo puro lomo de pescado. Los poníamos encima del bote y los comíamos crudo, eso me tocó y me enrabiaron. Era miembro del Consejo de Administración y me fui para el continente, vi lo que estaba pasando, observaba y anotaba, pero después reclamé. Decían que me iban a meter preso, porque, según ellos, estaba levantando falsos testimonios. Además, le mandé una carta al Gobernador Sepúlveda y al Almirante Merino exponiendo lo que pasaba en la Cooperativa”.

Jorge Chamorro A: “Después fue intervenida por el gobierno militar. Sufrimos hartos, no fue mucho el provecho y, al contrario, un perjuicio muy grande, sobre todo en último tiempo, que nos sonaron con las imposiciones. En realidad, nunca las pagaron, pero sí las descontaron y esa plata nunca la pagaron”.

Nicolás Paredes R: “No me gustó nada haber trabajado con la Cooperativa. A uno le descontaban todos los meses harta plata para las imposiciones y se la dejaron para ellos. No nos ponían ni en cartillas ni en libretas, no como en la compañía Otto Hermanos, ahí llené dos libretas. Hasta que quebró. De primera el funcionamiento fue bueno,

pero después se fue mucha gente y la cosa empezó a andar mal. La paga por langosta siempre fue buena, nosotros fijábamos los precios, como cuatro mil pesos por unidad, lo que era plata, y se pescaban 2.000 ó 3.000 por temporada. La Cooperativa duró como catorce o quince años, y durante todo ese tiempo imponíamos, pero hasta la fecha no nos pagan. Este mes voy a recibir mi jubilación y me demoré muchísimo en conseguirla”.

Guillermo Martínez R: “Con mi papá tenía un bote y él era de la Cooperativa, pero se enfermó de asma y a los 17 años me tuve que hacer cargo de la familia, de la casa. Como tenía que responder por la embarcación, así que nada de entregarle la langosta a la Cooperativa, a puro particular, no más. Cuando mi papá se enfermó trabajé con don Arturo Báez, él lo reemplazaba y fue cooperación lo que aportó, porque no le cobraba. Después salí con el Tunga y con el Cote Rojas. Mi papá estuvo años enfermo y cuando se recuperó empezamos a trabajar juntos; gracias a que era particular pudimos ir con él a Valparaíso y todo ese ‘atado’.

Si uno iba a pedir plata a la Cooperativa no le daban, porque no había. Cuando me retiré empecé a trabajar en la empresa Santa Paulina, allí el pago era al contado y las imposiciones al día. De los años que estuve en la Cooperativa me robaron tres años de imposiciones, me descontaban y nunca las pagaron. Después vi que en la Santa Paulina perdía de ganar y trabajé particular y solo. Le vendía langosta a José De Val, el loco, y a la señora Lala, me parece que se apellida Conde, es la señora del Bruno González. Ella comparaba y la vendía con el Bruno, así pasaba con plata en el bolsillo, no más. Los que estaban en la Cooperativa cero billete y nosotros cargaditos, porque éramos particulares. No sé por qué los otros no se iban, tal vez, tenían la esperanza de repuntar y salir arriba, pero con esa mentalidad jamás, nunca iban a poder surgir con esa forma de trabajo”.

Rolando Mena S: “La Cooperativa fue una gran cosa, trabajó muy bien. Si no es por los pescadores que se les ocurrió esa cuestión de la Caja de la Marina Mercante todavía estaría trabajando. No tendría por qué haber muerto, si la quebraron por 8 millones de pesos, y el buque Darwin no podía valer 8 millones. No fue Frei el que la quebró, sino que fue en la época del régimen de Pinochet, él las quebró a todas. En ese tiempo no podía haber Cooperativas ni sindicatos, a todos nos quitó la personalidad jurídica. La deuda era porque los pescadores exigían que la Cooperativa pagara sus imposiciones y los estatutos eran claros, no tenía que hacerlo.

La Cooperativa compraba langosta para venderla, al pescador le correspondía participar en las ganancias de ésta, eso nada más, y de las garantías, como pasear gratis, comer a algún precio y tener convenio con empresas para el asunto de los víveres. Todo dependía de los acuerdos tomados en asamblea y el consejo tenía que cumplirlos. En mi caso, tampoco me pagó, no me impusieron, y no me quitaron plata de mi sueldo, lo que no cumplieron fue con la caja, porque me inscribieron y nunca pagaron mis imposiciones, y tuve que pagarlas de mi bolsillo. Cuando hice los trámites para jubilar pagué 120 mil pesos que la Cooperativa había quedado debiendo. Les dije a todos los niños de aquí que fueran a la caja a arreglar sus imposiciones y que pusieran de su bolsillo, como lo había hecho yo, si todavía tengo los papeles guardados. Esa vez me pagaron como 700 mil pesos de fondo de retiro, ahora no es mucha la jubilación, me la pagué, pero tengo. Les dije a mis compañeros que lo hicieran y no fueron. La culpa la tuvieron ellos que quebraron la Cooperativa”.

Hugo Arredondo S: “Lamentablemente, diría que no estábamos preparados para tener una Cooperativa. No es lo mismo un hombre que produce 1.000 ó 2.000 langostas, en aquella época, que el que aporta 100, no pueden tener el mismo derecho. Eso pasaba. Por ejemplo, en los fletes, y en todo orden de cosas, la gente quería que fuera gratis. No se pagaba ni la boleta cuando se hacía la factura para que le llegara un saco de maíz o un quintal de harina. En el fondo eso es lo que pasaba y eso fue minando. Lo otro, se cometieron errores y mucha langosta se murió en los viveros que tenían en la costanera. Hasta que llegó el momento que quebró la Cooperativa, porque no pudo solventarse, y quedó debiendo las imposiciones a los socios”.

Orlando Salas P: “La culpa fue de los gobiernos, nombraban un gerente y éstos no escuchaban al pescador. Cuando un dirigente daba una opinión no significaba mucho, como que el pescador lo único que sabía hacer era pescar y no administrar. Sin embargo, ahora nos administramos, cada uno se administra, porque estamos libres”.

Hugo Arredondo S: “A lo mejor faltó más empuje, más conocimiento, que la gente que estaba a la cabeza hubiese exportado langosta. Se fueron en puros estudios y no pasó nada, nunca hubo mercado externo. Además, toda la mortandad de langostas, en el continente y las de acá, había que pagárselo a los pescadores y se hizo. Eso fue minando y no fue quedando nada, porque toda empresa tiene que formar un apoyo para los tiempos malos. Los buques hay que arreglarlos, porque eran viejos, comprarles repuestos, el petróleo y una cosa que otra

cosa. Recuerdo que el Piloto Juan Fernández empezó a operar, pero de mala forma, si no es una cosa es la otra, pero principalmente es la máquina. Después se terminó con ese barco y se adquirió el Carlos Darwin y funcionó un poquito mejor, hasta que se fue a las 'pailas' y hasta ahí no más llegó.

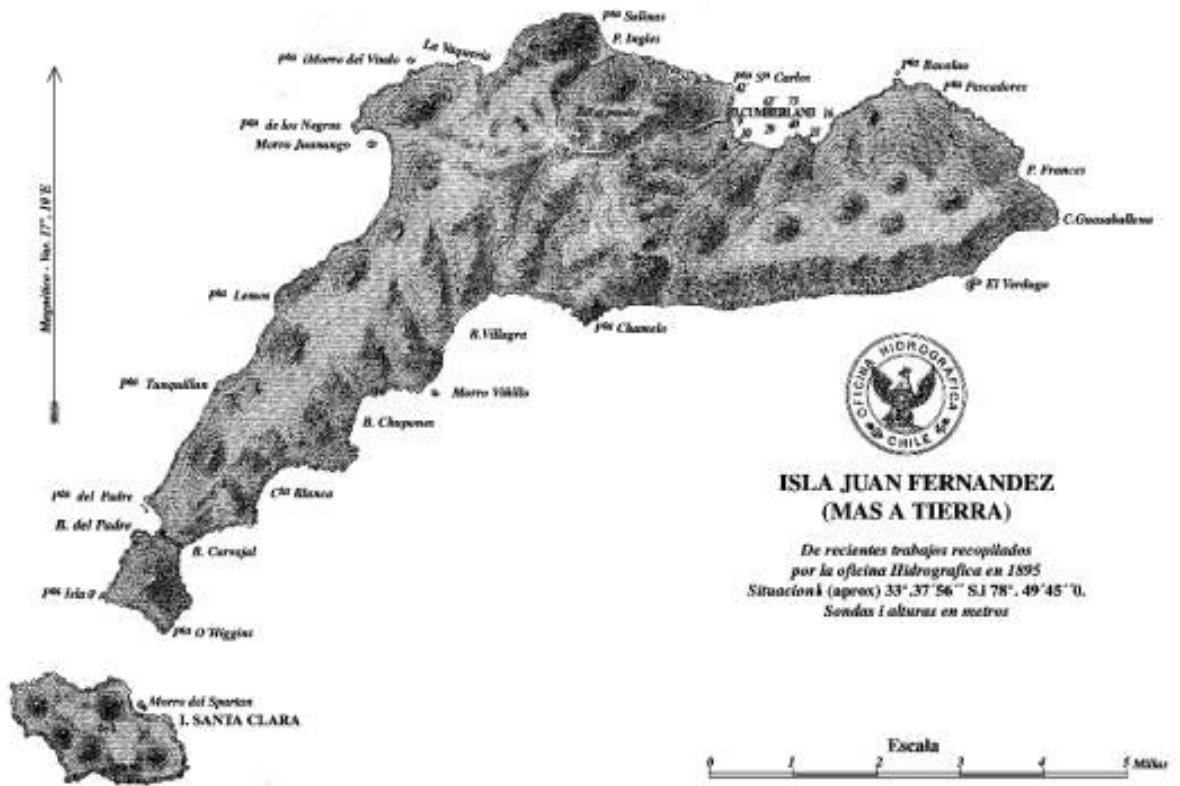
La Cooperativa duró unos buenos años, fue muy buena, construyó varias embarcaciones y consiguió motores a los pescadores. Lógicamente que el pescador los pagaba, pero las gestiones y todo se hizo a través de sus dirigentes y eso es progreso. Traer las cosas en el buque a precio de huevo, una cocina a gas licuado y todas las cosas, es avance para una comunidad. Todo el mundo quería que les trajeran las cosas gratis, los medicamentos, los lactantes para los niños, útiles para la escuela y todo gratis. Hoy día no es así, nada es gratis, por eso digo que no estábamos preparados para la Cooperativa”.

Victorio Bertullo M: Se terminó la Cooperativa. Hoy el pescador es independiente, trabaja para el que ofrece más garantías, especialmente, en materiales, combustible, o anticipándole dinero para ser descontado en la temporada venidera. De esa forma vive el pescador actualmente. Pero es un cazador o capturador de langostas, como se llaman, y viven en condiciones muy superiores al pescador que conocemos en el continente. Tienen sus buenas casas, muchos han mandado a sus hijos a estudiar y han logrado buenos resultados. Asimismo, cuando termina la temporada, el 15 de mayo, algunos se dan el lujo de invernar en el continente. Los que ya tienen hijos grandes o casados se van en la temporada de veda y llegan a fines de agosto o a comienzo de septiembre a preparar los materiales para la siguiente temporada que empieza el 1° de octubre”.





Foto 1928



Carta de la Isla Robinson Crusoe, año 1895
llamada Mas a Tierra



Familia Arredondo Rivadeneira



Familia Recabarren Salomón, 1926.
Foto Elsa Recabarren S.



Barón Alfred Von Rodt



Caleta Isla Robinson Crusoe, años 20.
Foto Bruno González



Artesania, Chonta.
Foto Guillermo Arancibia A.



Carpintero, madera Chonta. Foto Guillermo Arancibia

10. Fiestas en El Convento

Victorio Bertullo M: "En la época en que llegué a vivir a Robinson Crusoe, en 1963, hacíamos unas tremendas fiestas acá. Vivía al lado de lo que hoy es la Municipalidad y a la casa le pusieron El Convento, porque todos los sábados teníamos fiesta, celebrábamos los cumpleaños y santos de los amigos del grupo. El lunes comenzábamos a planificar para el sábado. Una vez estábamos viendo qué íbamos a celebrar y no había nadie, ninguno estaba ni de cumpleaños ni de santo. Dijimos, ¡inventemos el no-cumpleaños!, y celebremos el no-cumpleaños. Siempre inventábamos algo, por ejemplo, no entra nadie si no va disfrazado y había premio al mejor disfraz. O que las mujeres tenían que formar un conjunto musical; si había guitarra, acordeón y un piano chico, me acuerdo. Algunas participaban con la orquesta y tenían que animar la fiesta.

A todo esto, la luz duraba poco, unas tres o cinco horas, la daban a las ocho de la noche y a las doce se acababa, así que seguíamos con 'victrola' a cuerda y disco. Nos alumbrábamos con lámparas a parafina, existía mucho la 'petromax', tenía un estanque y un bombín para meterle presión, uno 'achicaba' el bombín y después la prendía, era un gas que producía mejor luz. Se juntaba bastante gente, si son todos parientes, así que las fiestas más íntimas, las chicas, nunca tenían menos de cincuenta personas. A las fiestas generales iba toda la población, que en ese tiempo eran 350. Llevaban a los cabros chicos y, para que los papás estuvieran tranquilos, los dejaban durmiendo en una pieza que armaban con hartas camas y colchones. Afuera quedaban los perros y uno o dos adultos tenían que cuidar para que no se metieran al baile. ¡Qué parecía! Un espectáculo ver todos los perros de la isla concentrados fuera de la casa.

La fiesta terminaba con el licor: ¡terminándose el vino se terminaba la fiesta! Comenzaban el viernes en la noche y parábamos el sábado casi de madrugada, se descansaba mañana y tarde y empezaba otra vez a las seis, hasta la madrugada del domingo. Era religioso parar a las seis de la tarde, porque al otro día los pescadores salían a la mar y nosotros teníamos que ir a trabajar a la escuela. Si quedaban cinco litros de vino se guardaban para el sábado siguiente, se tapaba bien con un corcho y le echaban esperma para que no le entrara aire y no se avinagrara. En una semana se podía echar a perder, si poco menos lo guardaban en caja de fondo, o se lo pasaban a la persona que era

menos adicta y se aseguraban que no se lo iba a tomar en la semana. Todas esas cosas se hacían aquí.

En tiempos de veda, se terminaba el vino y no traían mucho licor fuerte. El vino llegaba en toneles, en damajuana, en chuico y garrafa. Cuando se terminaba el licor en la isla, y había que tener para las fiestas, destilaban agua de colonia para hacer 'cola de mono'. No sé cómo no se intoxicaban. Una vez un enfermero de la Armada empezó a destilar y como sabía algo de laboratorio le resultó, salía un licor como 'agua ardiente' con olor a colonia. Me acuerdo y me da risa. Cuando alguien tenía una garrafita de cinco litros lo conquistaban al tiro. Siempre mantenía una reserva y me invitaban, pero sabía que era por la bebida. También empezaban con la cuestión de andamos consiguiendo el vinacho, llevamos cinco litros y tenemos como veinte o treinta invitados. Al final, uno tenía que decir, ¡ya bueno, voy a llevar cinco litros! De esa forma se juntaba, dos litros, por ahí, y otro por allá. Cuando había abundancia se encargaban damajuanas de quince litros, cinco o diez de esos chuicos, cinco blancos y cinco tintos para la fiesta”.

11. Todo queda en Familia

Victorio Bertullo M: "Aquí son todos parientes. Los que más abundan son los Recabarren, De Rodt, González y Chamorro, y van a seguir por mucho tiempo, porque no llega mucha gente nueva. Hay mucha consanguinidad, porque se casan entre parientes, incluso, hasta ahora último entre primos hermanos; también el tío con la sobrina o la tía con el sobrino. Es común eso. Sin embargo, no sé si será que el clima y todo es muy bueno, pero la consanguinidad no se nota mucho. Es de lo que llegué a convencerme después de trabajar treinta y tres años haciendo clases aquí. Divertido pero es así".

Daniel Paredes R: "Recuerdo bien unas palabras que me dijo un sacerdote antiguamente. 'Daniel, te he observado mucho, eres un gran pensador de la isla. Estoy viendo que con los años aquí se van a casar entre hermanos y no se darán cuenta'. Y tenía toda la razón. Incluso, se acerca a lo que me dijo el sacerdote. Si viene un continental y se enamora de una cabra de la isla y se casan, está bien hecho, o si llega una mujer y se casa con un isleño, también. Aquí hay casados entre primos hermanos y es muy cercano ya. ¿Me entiendes cómo es la cosa? Eso es lo que me explicó el sacerdote".

Florentino Contreras R: "Bueno, por eso a los 69 años soy soltero. Aquí en Masafuera hay pocas mujeres. Como a los 21 años tuve una polola, éramos casi familia también, y estábamos decididos a casarnos, pero al pedirla me dieron la negativa. Estaba enamorado, hablé con ella y le dije, ¡si no me caso contigo, no me caso con ni una más! Y cumplí, así estoy todavía. Los papás de ella no quisieron porque éramos parientes, pero ahora hay familias que son casi hermanos y están casados, casi la mayoría en la isla. Pero ella no cumplió y se casó, vive en la isla todavía".

Jorge Chamorro A: "Pololié con una niña continental que vivía en el cuartel. Tenía una niñita como de tres años. Siempre estaba arriba de una lancha con su hijita y nos saludábamos cada vez que yo salía a la pesca. -¡Buenos días señorita! -le decía. -¡Buenos días joven! -me contestaba ella. Un día la invité a la plaza, dejamos a la niñita en el columpio y nos quedamos conversando; otro día la llevé a La Cabaña, vendían pilsener y bebidas. Se llamaba Cecilia. Le llevaba para arriba pescaditos y unas langostitas que tenía guardadas. Después se fue, partió en el barco un lunes, cuando yo estaba en la mar. Llegué el día

martes y no había nadie en su casa. Nunca más la vi, al poquito tiempo me tuve que ir a Valparaíso, por una pierna quebrada, y me decía, no haberle pedido el teléfono a esta niña”.

12. En Nombre de Robinson (y Selkirk)

Victorio Bertullo M: "Estas islas tienen dos nombres, Alejandro Selkirk es Masafuera y a Robinson Crusoe se le llama Masatierra. Esos Masatierra y Masafuera fueron los primeros nombres que tuvieron las islas de este archipiélago, pero en 1966 una escritora uruguaya, y residente desde el año 1940, le envió una carta al Presidente Eduardo Frei Montalva para que le cambiaran el nombre, la idea es que se conocieran en el mundo. Ésta se llamaba Blanca Luz Brum Elizalde, era poetisa, escritora y pintora, un día llegó a la escuela y me manifestó que quería cambiarle el nombre al archipiélago.

-¿Pero por qué? -le dije

-Como Archipiélago Juan Fernández no lo conoce nadie, Isla Masafuera, ¿qué te dice Masafuera?, isla Masatierra, ¡nada! Santa Clara, a lo mejor hay miles de islas Santa Clara -me dijo.

-Y, ¿cómo le pondría? -le pregunté

-A esta isla le pondría Robinson Crusoe, y como Robinson Crusoe está inspirado en Alejandro Selkirk, para no dejarlo afuera a la otra isla le pondría Marinero Alejandro Selkirk. Santa Clara la dejaría igual, no más, total es un islote -me contestó.

-¡Bueno! -le respondí, para no echarle el bote abajo.

Después de seis meses llegó el decreto y me lo mostró: Así que ahora no se te olvide, se llama Isla de Robinson Crusoe, me dijo. A los turistas que vienen de Europa les pregunto cómo llegan aquí, y me responden, ¡por Robinson Crusoe! Ese libro lo leí cuando niño y después de la Biblia es el más traducido. En 1966, Eduardo Frei Montalva aprobó por decreto supremo el cambio del nombre de las islas. Esa es la razón del cambio de nombre. Fue muy visionaria esta señora, porque ahora se está viendo el beneficio que trajo ese hecho. El Archipiélago Juan Fernández, con su isla de Robinson Crusoe, se abrió al mundo por la novela 'Robinson Crusoe' de Daniel Defoe".

Rolando Mena S: "Esta isla se llama Robinson Crusoe, pero antes se llamaba Masatierra. Estuve de acuerdo con el cambio de nombre, por la leyenda, creo que posiblemente atrae más al turismo y todas esas cosas. Por eso estoy de acuerdo. Pero no me hubiera gustado que le cambiaran el nombre al Archipiélago Juan Fernández, ahí sí que no.

Hubiera sido muy ingrata la gente si hubieran hecho eso, porque el que descubrió la isla fue el Piloto Juan Fernández y por derecho le corresponde que tenga su nombre. Fue la idea de Blanca Luz y por lo menos tiene el nombre de una persona, porque Masatierra no significa nada, que está más cerca del continente, no más. La leyenda de Robinson Crusoe no tiene nada que ver, porque ese es del tiempo de los piratas y la colonización vino a ser ¡cuántos años después! Antes de la colonización hay otra leyenda, la de los Maurelio, tengo el libro, y el de 'Los Cuarenta Prisioneros'. También la historia antigua de Juan Fernández, era de mi padre, y es una de las dos que quedan, una en la biblioteca y ésta”.

Daniel Paredes R: “Me acuerdo el cambio de nombre de la isla, fue en honor a Robinson Crusoe, personaje que vivió acá 4 años y 4 meses, porque Juan Fernández la descubrió. En realidad, me dio lo mismo, el isleño no se preocupó de esas cosas, nuestra idea es avanzar y progresar. Acá los viejos se metieron a progresar a puro machete y a hacer cuánta cosa, así que más que el nombre de la isla importaba cómo poder vivir, que no faltaran los alimentos y ese era el interés en la isla. En cierto modo me siento identificado con el personaje de Robinson Crusoe, pero nunca tan fanatizado. Nos identificamos con el hecho de ser isleños y nada más, pero, al igual que el personaje de Robinson, que también cazaba al chivo salvaje para alimentarse. En eso somos parecidos, porque acá la carne es parte de la alimentación de los isleños y en eso nos asemejamos al personaje de Robinson Crusoe. También en lo buenos para caminar en el cerro, éramos muy buenos para ir a cazar chivos. Me acuerdo que era re bueno para ir a cazar y en esas cosas nos parecemos al caballero que vivió por acá. En la pesca también, porque, según dicen, el Robinson pescaba allá en *El Portal*, en Puerto Inglés, porque vivía allá”.

Guillermo Martínez R: “Siempre se comentó sobre Robinson. Cuando éramos chicos, venían barcos de turismo y don Germán De Rodt se disfrazaba de Robinson Crusoe con cueros de chivo, un rifle, sombrero de cuero y todo eso. Como ahora lo hace el Marcos Errázuriz, a él lo alabo, porque recató algo que estaba perdido desde hace mucho tiempo”.

13. La pista de aterrizaje

Heidi Green V: “Me acuerdo que antes que llegara la línea aérea con los aviones terrestres, estaban los anfibios, los Gruman, y que venían con el comandante Parraguez. Taxpa empezó a venir el año 1968, después que construyeran la pista, pero los Gruman venían antes. Claro que no todos los días, esos aviones amarizaban, eran los Catalina. Ahora no hay, pero fueron los primeros en llegar por el año 1945 ó 1948, más o menos”.

Victorio Bertullo M: “La importancia que le veo al Catalina o a los hidroaviones es que, en caso de emergencia, hacían más rápido el viaje. Era difícil que llegaran y venían sólo en caso de emergencia. Después el Catalina, de Roberto Parraguez, venía por negocios, traía mercadería para un almacén de la empresa pesquera Otto Hermanos y se llevaba la langosta. Con ida y retorno le convenía venir. Para pasajeros, por ejemplo, era carísimo. Después, en 1966, surgió la posibilidad de la cancha de aterrizaje.

En octubre de 1966 aterrizó por primera vez un avión en la isla, pero no en la que hay ahora, sino en una orientada de otra forma y muy corta, para aviones chicos de dos motores, no autorizan de un motor, para cinco pasajeros más el piloto. Esto fue en octubre gracias a que vino don Carlos Griffin, el actual dueño del Pangal, que tenía la aerolínea Taxpa, y que ahora se llama Lassa. Don Santiago Figueroa fue uno de los pioneros que vino a la isla junto con el también piloto Germán Acevedo. Venir significaba muchas cosas, no podía cualquier piloto, porque los vientos siempre han sido muy fuertes y la pista no era de las mejores, no estaba muy planita. La hizo la población en un mes, trabajando a chuzo y pala los sábados y domingos, hasta que lograron hacer una explanada, que fue la primera pista. Después trajeron maquinarias y Taxpa terminó de hacer su cancha”.

Rolando Mena S: “Trabajábamos mujeres, niños y toda la población, era un paseo, pero a trabajar. Nos íbamos sábado y domingo, no quedaba nadie aquí, muy pocos, los carabineros, aunque también ayudaron, y eran bien entusiastas.

Se pensó por si enfermaba alguien y no habría cómo sacarla, tendría que venir un avión Gruman, que eran anfibios, y si estaba malo el mar no podían despegar. Es porque la mar es muy gruesa, uno cree que está mansita pero es mentira, siempre hay oleaje. Para que vuele un avión tiene que estar la mar lisa, a veces éstos se pegaban unos

tremendos golpes al salir. Después la Armada trajo unos Gruman nuevos y atrás le ponían unos cohetes para darle más impulso y aún así a veces no podían despegar. Debido a eso la población optó por ayudar a hacer la pista, porque el jefe de Taxpa dijo que él se interesaba en venir para la isla”.

Victorio Bertullo M: “En ese tiempo había muchas ovejas y uno de los lugares donde se juntaban era La Punta. Mucha gente regalaba para hacer asados, comíamos y lo pasábamos re bien, era un fin de semana recreativo, pero a la vez trabajábamos hartito. Me recuerdo que el cuarto sábado coincidió con la visita inesperada de don Eduardo Frei Montalva. En esa oportunidad no pude asistir, pero una de las cosas que le llamó la atención fue ver tan poca gente el sábado en la mañana, preguntó si éramos tan poquitos y en ese tiempo éramos como cuatrocientas y tantas personas. Le dije que había mucha gente construyendo la pista de aterrizaje en La Punta. ¿Una pista de aterrizaje?, preguntó. Le comenté que una empresa privada quería que se abriera una pista de aterrizaje en la isla, eso bastó para que el gobierno y luego Aeronáutica Civil se interesaran y ayudaran a terminarla”.

Wilson González C: “La pista se hizo en la década del ‘60. Don Carlos Griffin habló con nosotros, los del Grupo de Villagra, éramos más de 30 integrantes y ayudábamos en todas partes, sobre todo, para ese lugar. Arreglábamos los caminos, teníamos todo impecable y daba gusto ir para allá. Ahora hasta tuvieron que pararle el carro a los guardaparques para que fueran a arreglar los caminos, estaba la inmundicia más grande. Nosotros los teníamos lindos”.

Daniel Paredes R: “Formamos el Grupo Villagra para hacer más fácil la vida en la isla. Mi hermano Dagoberto era el capataz y participábamos la mayor parte de la gente de acá. De los antiguos, quedamos Juan Recabarren y los Recabarren Solar, éramos como cuarenta personas. Hacíamos trabajos comunitarios, como el camino que va al mirador, ese es el ‘camino labrado’. Antiguamente estaba por la quebrada, era un sendero escarpado, malo, pésimo y nosotros hicimos éste, pero que ahora no está bien cuidado. Trabajamos un excelente camino para arriba, la cancha de La Punta y el aeropuerto, también, a chuzo y pala, la primera pista que hubo, la pista chica. Éramos como treinta, todos del grupo Villagra, teníamos un refugio en ese lugar, donde ahora lo tiene CONAF, ahí están los cimientos, era de esas casas que llegaban por subsidio”.

Victorio Bertullo M: “En un principio se pretendió que el camino que va desde la Punta a Villagra llegara a la población, pero como somos Parque Nacional reclamaron algunas entidades. Dijeron que se abriría una brecha para que la gente destruyera, hiciera daño ecológico y se paró. Además, se encontraron con el gran problema que cómo se atravesaba arriba, en El Mirador. Hay un proyecto de hacer un túnel para que atravesase el camino, que no es más que un sendero, y llegar a unos veinte metros de la cumbre, pero todavía seguimos esperando. Nos falta la bajada, se ha pensado que sea por el Inglés, que tendría más atractivo turístico, y hacer un buen atracadero. La idea es que los turistas se vienen en jeep desde la Punta bajen al Inglés y de ahí tomen un botecito. O sea, tendrían que volar, caminar, tomar un jeep, llegar al Inglés y de ahí navegar, usarían todos los medios existentes en la isla. Se ha propuesto, si para ir a la Punta hay que hacerlo por mar o caminando, pero por vehículo no se puede”.

El vuelo precario

Orlando Salas P: “Una vez hubo un accidente aéreo que se fue con casi puros isleños: un carabinero, un enfermero de la armada y unas señoras con guaguas. El avión no apareció más, en el aire alcanzó a avisar que tenía fallas y de ahí se perdió. Esa vez venía para acá”.

Victorio Bertullo M: “Eso fue el 6 de octubre de 1972 y no se supo nunca más del avión. Estoy bien relacionado con él, porque el domingo anterior hablé en el muelle con Santiago Figueroa, que trabajaba para Taxpa, y me prometió que me traería a mi familia esa semana. El martes o miércoles tenemos un vuelo y ahí le voy a traer a su señora y sus tres hijas, me dijo. Quedé conforme, porque llevaba cuatro meses solo. Como no teníamos comunicación tan fácil, estaba convencido que en el vuelo llegaba mi familia, así que en la mañana puse una radio que tenía, y que tomaba toda la transmisión, tanto del avión como de Santiago, y lo primero que escuché fue que le avisaban a don Reinaldo Green, que era el encargado de Taxpa, que me comentara que mi familia no viajaba. Que la traían el domingo, posiblemente, porque habían cambiado el vuelo por un charter de la Cooperativa, tenían que transportar a su gente y con invitados, incluso. Les dije, me prometieron y como que la plata mía no vale, la de ellos sí, que son los poderosos.

Me fui a la escuela y la Florita, la señora que está en la cocina desde 1970, me habló, 'don Vittorio, estoy tan nerviosa, mi suegra viajaba hoy y dijeron que el avión había llegado hasta la mitad y se devolvió a Santo Domingo, pero ella no conoce. La calmé y la orienté, ya que Santo Domingo es la entrada a Santiago y si se han devuelto va a volver a la capital. Eso fue todo lo que conversamos. Esa tarde teníamos cursos de inglés, para que los niños fueran avanzando, y teníamos libre, por un asunto del Colegio de Profesores. Cuando vemos que entra Marcos López, de séptimo año, y dice, ¡la última!, ¡la última!, ¡se cayó el avión!, por eso está toda la gente donde don Rino. Dijeron que se cayó y salió un submarino a buscarlos. En esa casa estaban dos hijos de una de las personas que murió, don Rino me confirmó que no podían encontrar al aparato. Lo único que escuché fue que a mitad de camino el avión se devolvía, que tenía un problema en uno de los motores, y después habló en inglés, así que no le entendí.

Habló con Cerrillos y, según decían, que había problemas con un pasajero y era que el que llevaba la nave en ese momento, era un carabinero, el jefe de retén, y se sabía que sufría de claustrofobia. Que cuando el avión empezó con turbulencia se asustó y sacó la pistola y, a lo mejor, mató al piloto. No sé, dicen cosas. El avión se vino en picada y no encontraron absolutamente nada, estuvieron dos semanas rastreando el sector, hicieron una operación 'peineta', una búsqueda como nunca antes, con submarinos, con lanchas y ni siquiera encontraron una mancha de aceite. Murieron nueve personas, mujeres, el piloto, y dos guaguas que no alcanzaron a ser conocidas por sus papás, pues las señoras fueron a tenerlas y venían de regreso.

Hay un monolito de recuerdo. Es el caso de la mamá de los Araya, también la Mónica Araya, que iba como en séptimo año, y en su honor le pusimos su nombre a una sala, hasta que nos cambiamos de escuela y después se perdió. Fallecieron la mamá, la niña, que la acompañó, y la guagüita, tres de la misma familia. Además, Carmen Camacho, el carabinero, el enfermero, el piloto y la señora Schiller, casada con un De Rodt. De eso nunca más se supo, hasta ahora no se ha encontrado nada, cayó al mar y se perdió. Esa es la historia del Taxpa, como le llaman”.

Mascimiliano Recabarren S: “Acá han ocurrido varios accidentes aéreos y todos me los mamé. Uno de esos fue en un Cessna 310, son aviones para cuatro pasajeros y lo cargábamos con 550 langostas, o sea, con sobre el peso. Son bimotores con dos aspas, muy chicos, los zancudos, con patas largas. Al ir súper cargado falló el motor, empezó a perder

aceite y presión. El piloto me avisó que regresaba, llevaba más de media hora de vuelo hacia Santiago. Esperé que pasara la media hora, después tres cuartos y nada, nos comunicábamos y me avisó que estaba en el Travesal. Estaba bajo al nivel del mar y por eso no lo veía. Comentó que fue cosa de Dios, que el aire lo chupo para arriba y así pudo aterrizar. El piloto venía blanco, blanco, blanco. Como mi señora es pechoña, habíamos hecho una grutita en La Punta, pescaba a los pilotos y se los llevaba a rezar, pero justo él era reacio y lo acompañó ya que bajó muy asustado. Se llamaba Eduardo Ñíguez Rodríguez.

Otro avión tuvo que amarizar, estaba de administrador del Pangal, y no a cargo de la pista. En ese avión iba a viajar el padre Valdo Santis, de Caritas Chile. El viejo y toda su familia se rehusaron a que el piloto le echara bencina de bote al avión, el cura dijo que no viajaba en ese avión, porque su familia no estaba para matarse. ¡Dicho y hecho! Despegó y a los 5 minutos o media hora, regresó con una falla, empezó a perder altura y se tiro ahí al agua. Desde aquí se vio lejos, como a 4 millas de la costa, y 'cagó' el avión. La suerte, en la zona donde cayó había botes y los salvaron todos.

Orlando Salas P: "Había llegado en ese mismo avión, pero en el viaje anterior. Cuando se fue algo le pasó y se devolvió. Había un bote pescando y desde aquí vi cuando cayó, 'pegó el guascazo' y levanto un chorro de agua. Menos mal que no se fue a pique. El bote partió altiro, porque estaba cerca, pero la intención del piloto era tirar el avión a la playa para que se salvara la gente. Empezaron a tirar las cosas para abajo, las cajas de langostas y todo lo que llevaba. Vimos cuando cayó al agua y con la radio uno podía saber la altura y saber dónde venía el avión. Alcanzaron a sacar algunas cosas, iban unos camarógrafos y alcanzaron a guardar sus cámaras. Se salvaron todos".



14. Trabajando en las islas del norte (San Félix y San Ambrosio)

Orlando Rojas S: “He trabajado en San Félix y San Ambrosio, allá sí que la vida es triste, porque esas islas son verdaderas rocas y no hay nada. Hay que saltar como quien salta al ‘Palillo’. En San Ambrosio había una o dos casitas, estaban casi montadas y bien arriba. Mientras que en San Félix no, dormíamos en las rocas, no más. Cuando estaba mala la mar, con braveza, la espuma del mar llegaba hasta donde nos acostábamos. ¡Cómo andaban los cangrejos a nuestro lado! Dejábamos amarraditos los botes y en esas condiciones cocinábamos en una cocina a gas. Así pasábamos un par de meses. La Cooperativa nos mandaba para allá, se rifaban los botes y me tocó ir, tal vez, unas cinco veces. Una vez, cuando trabajaba con mi hermano Chelo, estuvimos once meses en San Félix, vivíamos en la rambla y después llegaron los marinos a construir una cancha de aterrizaje. También estaba Hugo y César Arredondo, Tito Recabaren y otros. Pero nos pagaban lo mismo y si alguien no quería ir le daba el puesto a otro. La Cooperativa corría con los víveres, nos mandaban de todo y casi no escaseábamos. En San Félix faltaba el agua, en realidad, en ninguna isla había y, a veces, se nos echaba a perder la que llevábamos; se nos ponía media amarilla, con óxido, porque la teníamos en tambores, y teníamos que colarla. Después llevaron un estanque de cemento que hacía como 500 litros y permanecía fresquita”.

Orlando Paredes R: “Trabajé en San Félix y San Ambrosio, es ‘jodido’, porque no hay agua, árboles, pasto ni nada. Lo peor es que no hay agua, es lo principal, y hay que llevarla. Una vez se nos terminó, estuvimos cuatro días sin tomarla y no había de dónde sacar, creo que la parte más cerca es Perú. Nos iba a dejar el barco y cada un mes volvía, era demoroso. Además, no teníamos comunicación, era terrible, no nos podíamos comunicar con nadie y se escuchaban puras radios peruanas, era lo único. Allá vivíamos en una cueva, como el rincón del Palillo, y ahí teníamos todo, incluso, la mar llegaba cerca. Era fregado, no como en Masafuera que uno está en la gloria. Una vez se nos acabaron los víveres, estuvimos más de una semana a puro pescado y langosta, además, sin agua, con una sed tremenda hasta que llegó el barco. Claro que a todos les gusta ir para allá, porque sí que pica la langosta. A mí también me gustaba, era más joven, iba feliz, lo veía como algo parecido a una aventura, así más o menos. Cuando la cosa se ponía más crítica nos empezábamos a aburrir un poco. En un principio dormíamos en las rocas, con cueros de cabras y de ovejas, ese era el colchón que usábamos antes. No como ahora, uno lleva cualquier

colchón y son súper buenos. Antes no. El último año que fui para allá fue en 1976”.

Guillermo Martínez R: “Esas islas son totalmente inhóspitas, no hay bahía y hay que varar las embarcaciones todos los días, porque no están protegidas. La casa, el refugio, está como a 50 metros, más o menos, del mar, subiendo el acantilado y de ahí para arriba es puro acantilado. Esa isla arriba tiene vegetación, en el fondo es sólo un cerro que tiene 400 metros de altura, es la parte del Estadio, que le llamamos, porque tiene esa forma. Es un cerro grande, redondo, y al medio tiene un inmenso oasis, entonces, parece un estadio. Y pasa nublado allá, por la altura que tiene, y es agua. Claro que ésta no corre por ahí, es totalmente seco.

Orlando Paredes R: “La primera vez no había nada, roca y nada más. Como a los cuatro años después se hizo una casita, ahí estaba mejor la cosa. Después empezamos a llevar cosas para sacar agua del mar, se le prendía fuego, se calentaba y largaba vapor limpiécito, sin sal, una cosa así más o menos. Antes íbamos varios y ahora menos, de primera nos llevaba un barco chico y después otro más grande, donde cabían seis o siete botes”.

Wilson González C: “Nos establecíamos en San Ambrosio, porque en 1976 se construyó una base militar allá y no teníamos acceso para llegar a la otra isla. Pero en casos extremos, como una enfermedad, llamábamos y podíamos ir a la base. Si no nos escuchaban y estábamos obligados a ir, levantábamos un remo con alguna cosa blanca para que nos vieran, luego ellos bajaban y les explicábamos. Llamaban aviones y se evacuaban los enfermos, me tocó sacar a tres personas de allá. La base militar está desde 1976 para el año 1977, pero nosotros estuvimos mucho tiempo trabajando solos por allá”.

Orlando Rojas S: “Allá en San Félix no había agua dulce y no teníamos de dónde sacar, pero convertíamos la ‘resaca’ del mar en agua dulce. Teníamos dos tambores que llenábamos con agua de mar y uno lo hacíamos hervir, uno tenía adentro una serpentina, que es como una cañería de cobre enrollada en espiral, y por ahí sale el agua, cae de a gotitas, es dulce. Poníamos un tarro para que se juntara y en el día no alcanzábamos a sacar 100 litros. La hacíamos hervir y salíamos a buscar leña atrás de la isla”.

Wilson González C: “Teníamos una casa en la isla San Ambrosio, era un refugio. Fui diecinueve veces y me tiré hasta once meses trabajando.

Lo primero que uno tiene que hacer allá es saber vivir, tener buen genio. El hogar se tiene que llevar igual como si uno estuviera en su matrimonio, hay que cuidar el agua, los víveres y el combustible. Uno encarga todo al por mayor, pero no faltan los imprevistos, se puede echar a perder el barco, como nos pasó, y esas cosas. Nos llevábamos un motor como generador de luz. Cuando faltaba media hora para el atardecer lo prendíamos y hasta que llegara el último bote, como a las once de la noche. Teníamos tanto material que demorábamos en ir a echar la langosta al vivero y se nos hacía tarde. Se tenía prendida la luz hasta las doce. Se raciona el agua para lavar y lavarse, no para tomar. Teníamos un horno y cocina industrial y toda la cocina armada. El barco nos llevaba, nos instalaba en la base y éste esperaba la primera pesca de octubre para ir a buscar la carga. Se juntaban 3.000 ó 4.000 langostas, el buque se iba y no volvía hasta 25 ó 30 días después, pero en vez de pedir provisión para un mes, era para dos meses, y siempre había una reserva. El grupo se componía de 6 a 8 botes y 19 a 21 personas, algunos de a tres y otros de a dos. Y se llevaba un régimen como corresponde.

Tengo un carné que me hacía representante del Sernap allá y también de la Capitanía de Puerto de acá. Tenía esos dos cargos y cuando estaba malo el tiempo no dejaba salir a los muchachos, igual que en Robinson. Cuando mandaban paquetes les controlaba la langosta, porque nunca falta el que anda con la maldad, lo mismo que pasa en esta isla con el tráfico de la menor medida.

Le decía al capitán que no recibiera ningún bote con langostas menores en medida, porque yo informo para allá. Y no me decía, era una pena, de repente salían unos machos de hasta de nueve kilos, muy grandes. Una vez comimos once personas y quedó más de la cuarta parte de comida. Así que les controlaba todo.

Cuando llegaba el barco, se hacía una rifa, con un calendario, para las embarcaciones que les tocaba descargar los víveres. Otra tenía que sacar el agua por intermedio de bombas, la dejábamos en depósitos de 2500 litros, hasta completar 12 mil y así tener una reserva. Cada cierto tiempo le echábamos unas gotitas de cloro para mantenerla oxigenada y no fuera agua muerta. Hacíamos todas esas cosas. Del primer barco sacábamos toda la mercadería y al otro día a cargarla, se hacía por lista, para entregarle a los botes. Les medía a todos y al último nosotros, un pescador me media la langosta, lo legal, no más. Se pasaba súper, súper bien.

Fui uno de los primeros en ir a trabajar allá, con dos equipos, teníamos 60 trampas y levantábamos 30 todos los días. Pillábamos el doble de producción que los demás, tal como lo hacemos acá. Acá trabajamos para el Verdugo y para Santa Clara, por eso nunca se ve el bote fondeado, los otros a veces están 24 ó 48 horas esperando, nosotros salimos todos los días, así uno aprovecha más la temporada. ¡Y siempre sacando la langosta legal!, ¡nunca me han sacado una chica!”.

Guillermo Martínez R: “Eran condiciones extremas, pero igual uno la pasa bien dentro de las vivencias. Me acuerdo que cuando llegaba el barco llevaba copete y nos tomábamos todo, en el fondo no era mucho para la cantidad de gente que había. De repente uno quedaba con los cachos calientes y hacíamos ponche con alcohol puro que sacábamos de los botiquines, le echábamos leche. Cuando se nos terminaba el alcohol hacíamos agua velva, es como una colonia para después de la ducha. Nos tomábamos esa colonia y andábamos enfermos de la guata. La tetera nunca más la podíamos ocupar, quedaban pasadas al aroma, si uno se tomaba un té era ese olor que se repetía. Uno encargaba de todo, pero pasábamos harto tiempo sin tomar, sin copete, como el barco llegaba después de un mes. Además, como éramos tantos, nos pegábamos una rasca y se acababa todo, dos días de fiesta y después cero hasta el otro mes.

Cuando llegaba el buque se tenía noticias de la casa, porque en ese tiempo no teníamos radio. Ahora uno va con el barco y el barco lo espera, uno tiene contacto con la casa, hasta puede hablar por teléfono, se llama por radio a Radio Playa Ancha y ellos conectan directamente con el número de la casa. Sale pesado si, es caro, como \$2.000 el minuto, pero uno habla lo justo y lo necesario para saber cómo esta la familia. Hubo algunos que no sabían y la talla les salió como \$300 ó 350 mil pesos, son facilidades que hay ahora, pero antes sólo las típicas cartas por el barco y ahí sabíamos de la familia. Creo que le he tomado más valor a la vida y a la familia que le ha costado aguantarme, porque me gusta ir para allá y todo ese tipo de cosas, entonces, para ellos también es difícil. Nos íbamos por ocho meses, pero completamos nueve y una vez fueron once, porque el barco se echó a perder y mi viejita siempre ha tenido paciencia.

Una vez nos veníamos y se le quebró el eje al barco. Estuvimos un mes ‘fondeados’ con la embarcación mala. En otra ocasión estábamos listos, el 20 de diciembre, en la mañana, llegó el buque para traernos de vuelta. Estábamos tan contentos cuando lo vimos, porque íbamos a llegar a casa el 23, y la mala noticia era que la prensa de estopa venía

fallada y no se podía venir. Con el entusiasmo que teníamos de pasar la navidad en familia, todo listo, era cosa de llegar y embarcarse. El barco se lo llevaron y lo hundieron a mitad de camino para cobrar el seguro. Pasé la pascua con Vicente González, Memo, Yoyo, mi sobrino, mi papá y el Loco Aldo comiendo lentejas en una cueva, ni siquiera en una casa”.

Guillermo Martínez R: “Me siento cómodo cuando voy para allá, me gusta, porque de niño que voy, de cabro. Tenía 17 años, y a mi papá lo llevo su papá casi a la misma edad. Mi papá, Guillermo Martínez, va desde el año 1948, mi abuelo es Guillermo Martínez y mi bisabuelo también es Guillermo Martínez. Me gusta ir porque se trabaja más tranquilo, se gana un poquito más de dinero y nunca está de más para surgir un poco”.



15. Abandonados en Masafuera

Mascimiliano Recabarren S: “En agosto de 1973 nos fuimos a trabajar, por intermedio de la Cooperativa, a Masafuera, éramos 18 hombres y nos llevaron en la goleta Carlos Darwin. Teníamos que instalar luz, restaurar, hacer estanques para el agua potable, colocar mangueras y una y mil cosas. Era para urbanizar, yo iba como radio operador, pero igual me inscribí para botas largas y ropa de agua. El motor era nuevo, diesel, y el que lo hizo andar le dio muchas revoluciones, algo movió y dejó el equipo muerto. ‘Cagué’, no más, y tuve que trabajar igual que todos, parado, sentado, de rodillas, de poto y de todos lados, si mi pega era estar sentado y hablando por radio, pero no fue así.

Esa isla es lindísima, muy bonita, pero ninguna mujer. Todos en la misma casa, hacíamos el camastro en el suelo y comíamos tres platos de comida. Llevamos 500 litros de vino, pero sólo tomábamos los fines de semana, íbamos por un mes. Un día nos pusimos a tomar, habíamos pedido un anticipo de un chuico de vino, el de la semana siguiente, se daba racionado y nos tomamos dos. El ‘pelotudo’ que nos fue a entregar el último vino dejó las puertas de la bodega abierta y entró el famoso Bermúdez, un burro que llevamos para transportar carga. La cosa es que entró y se comió un saco de harina, uno de azúcar, las papas, cebollas, ciruelas, los huesillos, los fideos e hizo ‘cagar’ todo. Hubo que racionar y el buque no aparecía por ningún lado”.

José González A: “Es una anécdota buena, porque el burro se comió hasta el saco y después el animal empezó a hincharse. Con la harina y los huesillos se hinchó. El Dago dijo se iba a morir el burro, como tenía dolor de guata y seguramente quería botarlo. Se le veía la puntita del saco por el poto. ¡Quería botar esa cuestión que se había comido!, pues. Lo pescaron entre todos y con guantes le empezaron a tirar el saco, venía igual que un chorizo: un pedazo de saco y un huesillo, un pedazo de saco y un huesillo, como un collar. Hasta que se lo sacamos. Abría el hocico para arriba cuando le tirábamos el saco. Lo teníamos amarrado sí y lo salvamos, si nos acarreaba todo el material para arriba. Pero nos comió los huesillos, la harina y quedamos sin víveres, pues. Además, como éramos tantos, nos escaseaba el alimento”.

Mascimiliano Recabarren S: “Tampoco teníamos contacto con el continente, solamente una radio chica que llevé, de esas casi de juguete. Hicimos una reunión para saber quiénes eran los voluntarios que partían a Robinson en bote, yo fui el número uno, porque tenía que trabajar en Taxpa. Éramos ocho voluntarios en total. Cargamos

las cosas en el bote, almorzamos y nos despedimos. Nos dieron pan, unas ciruelas, unos huesillos, harta agua, y un montón de cosas para venirnos.

A la una de la tarde salimos, después de cinco horas divisamos Juan Fernández, fue rápido, estaba despejado, un día ideal, veíamos la nubosidad sobre la isla, nos guiamos por el puro compás y así llegamos. Nadie sabía que veníamos. A las cinco de la mañana paramos antes del Ingles, conversamos para saber qué decir en la Capitanía de Puerto, el porqué de nuestro regreso y así hablar el mismo idioma. Además, para repartirnos el pan entre los ocho que veníamos, porque el noveno se salió del bote en el muelle, le dio miedo, para nosotros no era tanto, no era la primera vez que nos veníamos en bote. En Juan Fernández teníamos que informarles a los diez que se habían quedado, por intermedio de la Radio Portales, que habíamos llegado sin novedad.

El 10 de septiembre salimos y llegamos el 11 a las seis de la mañana, pero no sé cómo cresta la gente supo que veníamos, la cosa es que se llenó el muelle. Sobre todo de familiares de los que estábamos allá, preguntaban qué había pasado, alguna desgracia, por qué nos habíamos vuelto, una y mil preguntas. A todos les decíamos que no se preocuparan, que estaban todos bien, que sólo habían faltado víveres y por ese motivo nos habíamos vuelto. La razón era el racionamiento, nos habíamos quedado cortos de víveres, porque se nos habían mojado; no podíamos decir que se los había comido el burro”.

José González A: “Hicimos el viaje y llegamos bien, sin novedad, pero fueron pasando los días y la gente acá en Selkirk no tenía qué comer ni cigarros, sólo había té, pescados y cuestiones así. Empezamos a movernos para que vinieran a dejar víveres, aunque sea por avión. Y vinieron, se asomaba el avión en el pueblo y largaba los sacos, tarros de café, cigarros y la gente iba a buscar”.

Mascimiliano Recabarren S: “Como trabajaba en Taxpa me tocó llevar el lanzamiento de víveres en avión. Después de hacer la práctica en tierra, me amarré al avión con una cuarta parte de mi cuerpo hacia fuera, era uno chico, un Cessna 310. Había que lanzarlos con fuerza, con potencia, si no era así se podía chocar con el timón de profundidad y el avión se sacaría la cresta, se va rápido y llega primero que el paquete. Después, conté las personas, pero de las diez había nueve y pensé que alguien se había muerto, que anduvo en los chivos y que se había ido para abajo y ‘cagado’. Era una de mis conjeturas, pero había nueve. El primer mensaje era para saber cómo habían llegado los

viveres. Me di ocho vueltas, quedé más borracho que un mono y a la vuelta ni siquiera tuve valor de fumar. Les envié un folleto de Taxpa, decía que el lanzamiento lo hacía yo y que era para todos mis compañeros que estaban ahí, ¡saludos y cuídense!”.

José González A: “Después vino un buque de la Armada a buscarnos. Y estos ‘jodidos’ creían que iba a esperarlos para que llevaran todas las cosas que tenían. Habían ido a buscar unos chivos y los tenían vivos en un portátil para llevarlos a Robinson. Pero el comandante mandó a decir que se embarcaran rápidamente y con puras cosas livianas. Con el apuro, ¡qué chivo!, ni se acordaron y quedaron encerrados. Cuando vinimos a abrir la temporada, como a los dos o tres meses estaban los chivatos muertos adentro. Esos se fueron a pausa, estaban encogidos y secos. Había unos ‘maniados’, como se suponía que los llevarían abordo, pero quedaron ahí. Y así pasó la historia, fue hace como treinta años atrás, pues.

Esos eran los tiempos de la Cooperativa y lo pasábamos bien. Aquí íbamos a los cabros para *Rodríguez*, pillábamos veinte o treinta, los charqueábamos y los comíamos asados. También salíamos a arreglar caminos y volvíamos en grupo para acá. En ese tiempo, me acuerdo, venía Segundo López, Claudio González, Mascimiliano Recabarren, Ernesto Paredes, Dagoberto Paredes, Arturo Báez, Nelson Recabarren, Vicente González y el papá del Chueco Nane, que era el cocinero. No me acuerdo de la otra gente, pero éramos varios, y jugábamos unas buenas pichangas aquí”.

Daniel Paredes R: “Estuvimos tres meses desterrados por allá en 1973. Quedamos diez por allá, salieron el 10 de septiembre de 1973 y tenían que llegar al otro día, en ese entonces se demoraba dieciséis horas en bote a Robinson.

El único medio de comunicación que teníamos era la señal de la Radio Portales, claro que no podíamos contestar, pero después del 10 de septiembre prendimos la radio tempranito y escuchamos una cuestión nada que ver, unos bandos: ¡bando número tanto! y ¡bando no sé qué! Claro pues, si el pronunciamiento militar era ese día. Había leído bastante de la revolución de México y las paré que tenía que ser algo parecido, pero en verdad no teníamos idea de qué se trataba. Después dijeron todo por la radio otra vez y ahí sí que nos quedó más claro el panorama. Ahí supinos que no teníamos para cuándo que nos vinieran a buscar.

Ahí nos organizamos, porque no podíamos echarnos a morir, tampoco. Se trataba de que no nos faltara la carne, el charqui, la leche, porque antes había vacas, y teníamos una lechera. De un vivero donde guardábamos langostas hicimos una balsa para salir a pescar, porque estábamos sin bote. Le pusimos unos tambores a los costados y dos horquetas de eucalipto, salíamos a remo y después nos tiraban con cordeles desde tierra. Fueron tres largos meses de espera. Los botes que habían partido llegaron al otro día y bien. Estas cosas pasaron al olvido, solamente la canción está quedando, no más. La hice yo, no canto bien, pero me inspiré en lo sucedido, en lo que nos estaba sucediendo en esa época. En realidad, cuando llegué me di cuenta de lo que habíamos pasado, si estábamos desterrados por allá. La Canción de la Isla de Masafuera, podríamos cantarla:

Para cantar la historia de allá de Masafuera
hay que tener coraje y un poco de valor,
de una historia vivida en la isla de Masafuera
con unos compañeros son dignos del honor
y como mero hombre diré algunas cosas
nuestra querida balsa y las vacas que lechar.

Nos íbamos a Las Chozas o a La Lobería
en busca de la carne, ese era nuestro pan
mirar al horizonte y a la lejanía
por si una silueta se veía contornear
y con nuestro coraje y nuestra valentía
fueron 3 largos meses, tuvimos que esperar
y con nuestro coraje y nuestra valentía
fueron 3 largos meses tuvimos que esperar.

Pensando en nuestra casa, los hijos la señora,
nuestros queridos padres, amigos y demás
y fue en una mañana después del desayuno
allá en el horizonte lo vimos asomar
era el Sargento Aldea, un barco de la Armada
que a 10 bravos muchachos él iba a rescatar
era el Sargento Aldea un barco de la Armada
que a 10 bravos muchachos él iba a rescatar.

Si ustedes me permiten termino aquí la historia
quiero irme yo a mi casa, quiero irme a descansar
abrazar a mi hijo, también a mi señora
a mi querido padre, también a mi mamá
y darle gracias al cielo que estoy en Juan Fernández
con el alma en el cuerpo y deseos de progresar.



16. Golpe de Estado en Juan Fernández

Victorio Bertullo M: "El mismo 11 de septiembre de 1973 me levanté y empecé a escuchar radio temprano. Siempre, de 7 a 8 de la mañana, escuchaba unos programas políticos que había. Me acuerdo que comentaron algo que me pareció muy extraño, que se veían tanquetas de carabineros rodeando La Moneda. Los periodistas comentaban que algo raro pasaba, pero no tenían idea de qué se trataba. Terminó a las 8 el programa, apagué y me fui a la escuela que queda cerca del mar. Como a las 10 u 11 de la mañana empezamos a saber las noticias del continente. Era director en esa época y mantenía siempre la radio prendida por las noticias, sobre todo, era la única entretenición que tenía. Ponía radio Portales, pero nos pareció raro se quedara callada. Empecé a buscar otra, pero no se pescaba ninguna, de repente escucho la radio de las Fuerzas Armadas, y nos dimos cuenta que algo había pasado en el continente, pero no le dimos mucha importancia. Después supimos la noticia de que bombardearon La Moneda y que se había suicidado Allende.

En la tarde era como comentar cualquier cosa, es decir, no le dimos realmente la importancia que tenía. Esto fue el día 11, resulta que aquí escuchábamos la radio, pero realmente no le tomábamos el peso a lo que ocurría. Sabíamos que allá estaban desabastecidos, no teníamos televisión, vivíamos con pura radio, no había municipalidad, sino subdelegación. Teníamos alimento, porque había una agencia de la Empresa de Comercio Agrícola, ECA, funcionaba donde está la cuestión de buceo, y 'atochada' de mercadería para las trescientas y tantas personas que éramos. Eran como cien familias y había mucha comida, no había problema. Lo que faltaba era la plata, porque no fiaba, era estatal, pero el que tenía dinero compraba sin problemas.

A nosotros, que éramos empleados públicos, nos cobraban el sueldo y lo mandaban para acá, la gente de ECA nos esperaba una semana y nos daban igual. Cuando se puso la cosa más peliaguda en el continente, el subdelegado, que era empleado del gobierno de Allende, por supuesto, organizó la entrega de alimentos: de uno a tres personas, un cupo; de cuatro a seis personas, otro cupo. En ese tiempo tenía a mi esposa y dos hijas, y estaba en el segundo cupo. Podía comprar dos litros de aceite, tres kilos de azúcar, y así. Pero en el continente costaba más, mi mamá se conseguía un octavo de litro, estaba re mala la cosa. Entonces, lo que nos sobraba lo echábamos en una garrafa y cuando venía la goleta se la mandaba, también azúcar. En ese aspecto nosotros

no le habíamos tomado el peso, no teníamos ese problema que faltaran cosas, que la gente peleaba y que se preparaba el golpe, ni idea.

Había habido un intento de golpe que lo escuchamos por radio, pero nunca sopesábamos. Además, las emisoras eran oficialistas y contaban lo que les convenía. En cambio, 'Escucha Chile', de Rusia, y de Alemania hablaban todo lo contrario. Entonces, ¿cómo es la cuestión?, allá me dicen sí y acá no. Estábamos desorientados, más aún cuando supimos que había muerto Allende y asumido el gobierno militar, pero lo tomamos como un cambio de gobierno nada más, no como lo que era.

El 20 de septiembre nos dimos cuenta que de la situación había cambiado, apareció un buque de la Armada, llegó de madrugada, se tomó la isla, bajaron los marinos con metralletas, sus rostros pintados, con cascos y detuvieron a muchas personas. Traían los nombres de las personas que, supuestamente, eran de izquierda, pero a muchos no nos preguntaron. Nos pareció tan gracioso, porque la costumbre de acá es bajar al muelle a saludar cuando llega un barco o un bote. Le ponen sobrenombre antes de que bajen. Ese día fueron montones a gritarles, a bromear, se reían de los marinos que venían camuflados. De repente los marinos subieron al muelle y vimos que traían con las dos manos sobre la nuca a los que fueron a reírse. En la capitanía de puerto los hicieron pasar un susto, porque en realidad no pasó nada, fue gracioso los que tanto gritaban, estaban calladitos después, asustados. Incluso, una persona que tenía una cojera de muchos años, don Pedro Fuentes, y los marinos le decían, ¡apúrate, no te 'hagai' el cojo! ¡Sí soy cojo!, les respondía. Todos se reían, entre el susto, es que cojeaba de verdad, no porque se estuviera haciendo.

Allanaron las casas, hicieron pedazos muchos colchones, porque andaban buscando armas. Aquí había algunos rifles con mira telescópica, que eran para cazar los cabros. Hicieron tremendos destrozos, al medio día la cosa bajó en intensidad. Dejaron sus metralletas botadas y los pescadores, siempre con gracia y amabilidad, hicieron un asado de bacalao, los invitaron y ellos contaron lo que habían visto, venían de la isla Mocha y allá habían tenido una tremenda 'mocha'. Que habían detenido a muchos y que, incluso, traían algunos; eso nos causó temor, que habían fondeado, es decir, que habían tirado al mar a muchos que sacaron de esa isla. Eso nos contaron los marinos entre trago y trago, entre trago y comida. Se les fue la lengua, porque, en realidad, lo contaron pensando que aquí no había ningún peligro, y éramos unos chilenos más. Ahí nos dimos cuenta, porque acá no había pasado nada. Tanto así que en ningún momento, ni siquiera en los

meses o años posteriores tuvimos 'toque de queda', tal vez, la única parte de Chile donde no hubo, no era necesario.

La escuela hizo su acto público el 18 de septiembre, como todos los años, frente a la municipalidad y debe ser la única de Chile. El 19, la Junta de Vecinos con la Liga de Deportes organizaron los juegos recreativos en la cancha, lo pasamos re bien, y sin pensar que al otro día íbamos a amanecer invadidos por un buque de la armada. Los marinos y carabineros de aquí no se habían percatado que tenían que tomar en esos momentos la administración de la isla, si el subdelegado siguió en su cargo hasta el 20. Se olvidaron de nosotros, como estaban ocupados allá, nadie se acordó que había una Subdelegación y con un representante del gobierno de Allende. Éramos todos amigos, carabineros, marinos y civiles; nadie decía, ¡soy de Allende! o ¡apoyo al gobierno que asumió! Aquí nunca se hizo esa diferencia, seguimos siendo tan amigos como antes. El Subdelegado Civil, que era del gobierno que ya no existía, pero marinos y carabineros no sabían que no ya mandaba y que ahora ellos eran la autoridad.



17. La Corporación Nacional Forestal en Juan Fernández

Reviviendo la letra muerta

Ramón Schiller R: "Tuve la suerte, podríamos decirlo así, de poder ingresar a la Corporación Nacional Forestal, CONAF, y llevo 30 años de servicio. Entré como obrero en febrero de 1973 en la administración del señor Jaime Rodríguez, primero en ocupar el puesto en el archipiélago, posteriormente, en 1982, empecé a ejercer labores de guardaparque en la institución. Pero a finales de 1972 la institución comenzó sus labores acá, anterior a ello estaba el Servicio Agrícola Ganadero (SAG) que cumplía, en parte, las funciones que ahora le corresponden a CONAF. El SAG cambió un poco la mentalidad de la comunidad isleña, porque incentivó la protección de las especies nativas. Por otra parte, otorgó la alternativa de especies exóticas para la explotación de maderas, ya que antes se utilizaba para todo tipo de construcción las de acá.

Era muy poca la madera que se traía del continente y había algunas especies que estaban sufriendo un estado crítico. Para la artesanía también se ocupaba mucha madera de acá, así que había que hacer algo, por lo tanto, el SAG empezó a poner un poco de orden en ese tipo de cosas, trajeron pino ciprés, aromos y acacias, entre otras como alternativas para no seguir explotando los bosques isleños. Esa era la idea. Seguramente con los mismos antecedentes que entregaron los pescadores trajeron las más adecuadas para utilizarse en algún momento, por ejemplo, para las embarcaciones las más resistentes; para el agua: el ciprés y el eucalipto; para las viviendas, lo mejor que había era el pino, por su rápido crecimiento, tiene cierta durabilidad y es fácil de trabajarlo.

La especie nativa que más se ocupaba, sin duda, era la luma, especialmente para cierra, en los varaderos, en partes de las embarcaciones y en las mismas viviendas, como los pies derechos. También canelo para viviendas; para las jaulas langosteras y para leña la Madera Dura. Creo que el cambio de mentalidad no fue tan difícil, porque una vez que el SAG se puso firme, y después con la CONAF, se impusieron las reglamentaciones y normativas; además, los árboles de alternativa ya estaban para ser explotados y se pudieron usar. De lo contrario, hubiese sido un poco más difícil sin reemplazos y el

conflicto hubiese sido mayor, pero recuerdo que las personas entendieron la idea, por lo menos en ese sentido.

Una de las primeras cosas que hizo CONAF fue empezar con el asunto de la plantación de especies exóticas y nativas en algunos sectores; cierros de protección para evitar el paso de ovinos y construcción de áreas de picnic arriba de La Plazoleta y del Palillo, que después pasaron a depender de la Municipalidad. Posteriormente se mejoraron los accesos a diferentes sectores, como El Mirador o Puerto Inglés.

En un primer momento el archipiélago entero fue nombrado Parque Nacional, incluido el pueblo, se empezó a prohibir el corte de ciertas plantas, que se tenía que cuidar algunos sectores, y a restringir cierto tipo de animales, aunque fue de a poco la cosa. También la caza debía o el corte de algún árbol tenía que ser autorizado por CONAF, y las personas que iban a Selkirk debían pasar un listado. Incluso nosotros, en un principio, hacíamos la labor de SERNAP, que era controlar la medida de la langosta. En un principio hubo resistencia por parte de la población, sobre todo, cuando tenían que informar sobre alguna incursión a ciertos sectores. A veces decidía y decía: ¡Desde este momento se prohíbe cazar chivos! o ¡Se prohíbe cazar cualquier tipo de especie dentro del parque con arma de fuego! Eso fue fuerte para las personas que estaban acostumbradas o que se prohibía la captura de cualquier tipo de especie.

Después se empezó a hablar con los ganaderos, que no lo son mucho, porque un ganadero se preocupa de lo que tiene y no lo deja a la buena de Dios, y se acuerda de ir a verlo sólo cuando tuvo cría. Pienso que un ganadero se debe preocupar que el animal esté bien, de tenerle un lugar adecuado a los vacunos, pastorearlo, tirarle un poco de semilla, tenerle su alimento, e ir parcelando para recuperar un poco la pradera. Ese es el verdadero ganadero y, lamentablemente, acá no es así la cosa. Tuve ovejas, vacunos y caballos, pero cuando la cosa se empezó a poner crítica CONAF empezó por nosotros los guardaparques, si no con qué moral podíamos exigir. Desde ahí no he vuelto a tener animales. Me gustaría tener algún caballo para movilizarme, pero tampoco podemos”.

Rebelión en la granja

Wilson González C: “La isla se decretó Parque Nacional en 1935 y no vino CONAF. En 1966 llegó por primera vez el SAG y pusieron pequeñas

trabas. Nos atacaron diciendo que los vacunos se comían las chontas, que no cuidábamos el parque, que habíamos exterminado la luma, y la madera dura. Pero eso pasó cuando todavía no estaba habitada la isla, porque los barcos piratas que pasaban por acá venían a abastecerse de agua, leña y se llevaban las riquezas que tenía la isla. Claro que antes las embarcaciones acá las hacían de luma, se cortaba un árbol para sacar una quilla, que duraba 10 años, y se ocupaba para eso y nada más. La madera seca se hacía leña, del canelo sacábamos listones para las trampas, pero nos daban los árboles malos, se echa a perder por dentro, y servía la orilla, lo usábamos porque no había otra”.

Daniel Paredes R: “Con el tiempo, CONAF llegó a la isla, el año no lo recuerdo exactamente, y comenzaron los primeros guardaparques. En ese tiempo estaban Ramón Schiller, un sobrino mío, Eduardo Paredes y Óscar Chamorro, ellos fueron los primeros ‘CONAF’ isleños. Hubo mucha gente que se opuso a la eliminación de ovejas y caballos, pero éstos ahora están volviendo a llegar. Aquí tiene que haber habido una población de tres mil a cinco mil ovejas, estaban en el sector del Francés, Punta de Isla, el Plan del Yunque, Puerto Inglés, Vaquería y Santa Clara. Éstas se carneaban y se aprovechaba su lana, y muchas veces se mandaba la carne al continente en las goletas. Pero más se ocupaba acá, se hacía ropa y colchones.

Me acuerdo que donde mi mamá llegaban colchones de lana, blanditos y ricos para dormir. Mi suegro tenía muchas ovejas y tuvo que matarlas, incluso preñadas y tenía canastos de fetos. Había que exterminarlas, porque en toda la isla había una población de entre ocho mil a diez mil y ahora no hay una por ninguna parte. Antiguamente, cuando bajaban los piños desde el Centinela, se veía la fila que llegaba abajo, al agua, hasta El Pangal. Hay una canción de la isla que dice: ‘del Centinela bajando viene un gran piño de ovejas mías’; fue tanto que hasta se le hizo una canción a las ovejas”.

Rolando Mena S: “El Grupo Ganadero se formó porque nos estaban eliminando los animales vacunos. Eso principió con la venida de Ackermann, un alemán que fue administrador del Parque. Fue el primero que hizo un cerco en el Francés y echó a todo el grupo de ovejas a esa parte. Cuando hicieron ese corral, había como 15 ó 18 personas trabajando y se comieron a las ovejas, está comprobado, no es mentira. No es que yo lo diga, es cosa de preguntarle a la señora Olga, la esposa de Manuel Araya, estaba presente cuando los sobrinos de él trajeron. Manuel los mandó cantando con las ovejas y no los iba a denunciar, si eran sobrinos. Comenzaron a eliminarlas antes de

decirnos. Después llegó Gastón González, que reemplazó a Ackermann, y terminó con el resto de ovejas que había. En el Francés había ochenta animales vacunos y les hizo un cerco desde la hostería hasta el Monte Oscuro, los echó en el Pangal. Estábamos en Valparaíso en ese tiempo, era invierno, cuando supimos que nos había echado todos los animales ahí. En esa época se caían cuatro o cinco animales diarios, porque se comían el pasto, se metían al risco y se caían. Se salvaron como cuarenta animales y los trajimos a la población, pero la parición se perdió toda, porque se la comían los perros.

Después se sacó los vacunos de aquí y los tiraron al Inglés, los caballos de la vaquería, que también había en El Francés, y los llevaron a Villagra. Eso fue una tremenda maldad, porque se puso de acuerdo con la gente y en noviembre se tomaría el acuerdo de cuáles serían praderas para los animales y caballos, pero se fue y en junio o julio echó todos los caballos para allá, la cicuta estaba grande y los mató a todos, cuarenta, creo. A nosotros fueron seis caballos, unas 'potranquitas' y dos caballos, por ahí fue la cosa.

Después empezaron con los vacunos, ese fue el famoso Leiva. El Grupo Ganadero se formó en base a eso, pero no ha servido de nada. ¿De qué va ha servir un Grupo Ganadero si ellos no son los que mandan en el parque? Si ven que uno está reclamando que quiere más pradera, la CONAF dice, le damos esa parte, porque allá tenemos 'fardelas' y los animales la están matando. Luego se comprobó que no eran los vacunos los que se comían las fardelas sino que los conejos. Ahora se puede tener en el Inglés, si hasta liebres hay, pero no es para tener tantos, veinte animales o treinta como mucho”.

Wilson González C: “La isla ha cambiado en un noventa por ciento con la llegada de la Corporación Forestal. En esos tiempos era capo el que se traía 5 ó 6 conejos, porque los teníamos controlados, también ayudaba el animal grande, los caballos y las ovejas así que había poco. Se metían en unos tremendos cardales y con lo poco y nada que pillábamos no los dejábamos cundir. No como ahora, la isla se está muriendo y es por la CONAF, ¡si ellos nunca nos han escuchado! De puro capricho prohíben los animales y quieren que se mueran, así lo hicieron, los de Puerto Inglés se los llevaron para Villagra con el único fin de que mueran. Allá hay una sola temporada donde empieza a salir el pasto y los cambiaron en esa época, en invierno; además, como estaban acostumbrados en un sector no salían a buscar. También a la cicuta la íbamos exterminando y ahora no la cortan, para Puerto Inglés, Villagra y el Rabanal está lleno de cicuta.

De pura maldad, no más, empezaron a sacar el cardo que alimenta, antes con el tallo hacíamos ensaladas, pero tampoco nos dejaban cosecharlo y hubo un período en que ellos lo sacaron todo. Ahora la isla se está muriendo, se mueren los campos. A los animales los tienen encerrados en sectores del Francés y se mantienen con lo poco y nada que hay de pasto, porque la cantidad es mucha para ese suelo. También el conejo está dejando la escoba, como no nos dejan ir a cazar se plagó. Aquí se hizo un plan de manejo, pero muy mal, y no le sacaron nada de provecho; le daban la guerra al conejo por una semana en un sector y partían a otro. Dejaban pasar 3 ó 4 semanas y venía la reproducción, que es muy rápida, así que no lo van a cortar nunca, nunca.

Con ese proyecto holandés no hicieron nada en la isla, algunas casas y arreglaron los viveros, pero igual tienen la escoba, porque se plagó de zarzamora, que antes la teníamos controlada. Y nos atacan por los vacunos, las carnes tenemos que traerlas de afuera, porque se dijo que los de aquí estaban infectos. Se mandó la carne al laboratorio y la mejor de Chile está aquí, es la mejor del mundo, porque aquí no se les ponen hormonas a los animales.

Mi papá tuvo que matar 2.300 ovejas de golpe y estaban preñadas. Si aquí nos han hecho montones de maldades, no nos ha servido para nada la CONAF. Aquí hay guardaparques isleños y había conflicto porque uno sabía cómo eran, de dónde venían, y en vez de cuidar los intereses de la isla buscando arreglos con la corporación, para ver dónde se podían poner los animales y no matarlos, hicieron cumplir lo que le mandaban. Es cierto que algunas personas trabajan en la chonta, pero no en grandes cantidades como decían, esto ha sido una maldad muy grande”.

Ramón Schiller R: “Creo que hay que controlar este asunto, como isleño, estoy de acuerdo, porque la isla me gusta, me lo ha dado todo y algo tenemos que hacer por ella. Qué mejor que nosotros mismos para cuidarla, si prácticamente tenemos todas las armas en las manos. Debemos hacer que la cosa funcione, porque se nos está deteriorando cada vez más. Son pocos los que se preocupan, los que están conscientes de lo que está pasando y las personas presionan para que a esta cuestión se le dé atajo de una vez por todas. Por otro lado, tenemos parte de la población que, según pienso, es la responsable del deterioro: el Grupo Ganadero, como se hacen llamar. Aunque dentro de él hay personas que entienden y tienen clara cuál es la situación, pero dentro de ellos mismos no hay un acuerdo. Algunos no entienden

por qué tienen que eliminar un animal si tienen dos, y hay otros con veinte. La cosa se debe equiparar un poco y, a lo mejor, se reduce la masa ganadera más pareja. Es una alternativa, pero nunca va a ser lo que corresponde, creo que habría que reducir en un 50% todos los animales para que empiece a recuperarse. Depende de ellos y nunca han puesto nada. A lo mejor tendríamos las praderas pastosas, estaríamos haciendo rotación de animales y no habría este problema. A lo mejor no hubiésemos llegado a esto. Tampoco culpo sólo al ganado vacuno o caballos del daño, también tenemos problemas de plagas, pero a veces una cosa lleva a otra”.

Wilson González C: “Cuando en el gobierno militar empezaron el camino desde la Punta para el pueblo estaba a un paso de doblar para la población y CONAF empezó a molestar. Que se estaban metiendo al parque, que estaban sacando y matando todo lo de la isla. Es cierto que cayeron muchos canelos, varias lumas, porque se hizo un roce de más o menos 25 metros de ancho, pero lo normal eran unos 15, pero ninguna chonta. Íbamos cortando y pasaba la maquina, pero la pararon. Se gastó montones de dineros para nada y todo se gastó en comprar lanchas, reparando el muelle y esas cosas. Con toda esa plata gastada demás hubieran llegado con el camino hasta aquí. Referente a los roces que hicimos, después salieron las chontas a la orilla del camino”.

Óscar Chamorro M: “En un principio tuvimos problemas y prácticamente la isla no estaba al cuidado de nadie. Después que se instaló el SAG y CONAF se fue ordenando la cosa. En un principio esto chocó bastante, porque antes no había control, y que de repente te pongan una mano dura que obligue a no hacer lo que tú quieres y, más encima esté vigilando. Eso incomodó mucho. A veces no nos miraban como trabajadores, sino como enemigos, siendo que nosotros éramos mandados, nada más.

Era complicado, porque teníamos una familia y se hacía difícil, por ejemplo, conseguirse un pescado o ir a comprar carne al matadero, ya no había preferencia y no te dejaban un pedazo de pierna, sino que agarrabas ‘tungo’ o costilla. Si querían te vendían, o te decían, ¡la carne está toda comprometida! Costó varios años de entendimiento y de discusiones. A la larga, desde que se empezó a trabajar con el colegio, cambió la mentalidad sobre los fines que perseguía CONAF, que no era molestar a la gente, sino cuidar la isla para el disfrute de todos y de las futuras generaciones también. Si hubiéramos dejado pasar el tiempo cuando había tantas ovejas, vacunos o caballos, ahora no veríamos Juan Fernández, prácticamente, la parte alta de la isla

tendría vegetación y abajo todo erosionado. La gente ha entendido que la isla no es CONAF, que el parque protege algo que no es solamente de los isleños, sino de todo Chile.

La isla es una reserva de la biosfera y todos tenemos que cuidarla. Se han logrado cambios por medio de la escuela y han resultado súper bien, pero antes organizar un concurso de pintura costaba, los papás no autorizaban a sus hijos para ir a la plaza a dibujar. Si varios niños quedaron marginados porque no les daban permiso. Eran actividades relacionadas con la misma isla, sobre qué pensaban, cómo la sentían, cómo la veían, y que lo expresaran. Ahora hasta los adultos han participado y, además, en el Centro de Visitantes ven películas, videos documentales y los niños miran a CONAF de otra manera. Eso es bueno porque van teniendo otro concepto de su tierra, de cómo tienen que cuidarla, ellos andan preocupados de la basura y si ven a una persona ensuciando le dicen que no se puede hacer. Sería bonito si uno de ellos, un isleño, en el futuro llegue a manejar el parque, si ahora la mentalidad les da para ser ingeniero”.

Guillermo Martínez R: “Con las plagas ha sido un poco complicado el tema. He estado súper de acuerdo en que nos hayan prohibido muchas cosas, por ejemplo, cortar madera dura, que es una planta endémica, la chonta y varias plantas. Está bien, hay que cuidarlo. Antiguamente a uno no le enseñaban ese tipo de cosas, me acuerdo de haber ido al monte a cortar chonta con un tío mío, que trabajaban en artesanía, si una tenía muy poca madera cortaba otra. La cortaban para porta retratos, cajitas para que las damas guardaran sus anillos y esas cuestiones.

Ahora todos cuidamos la madera dura, la chonta, y los lobos marinos, que también estuvieron en peligro de extinción. Cuando éramos chicos salíamos a cazar picaflores y hacíamos un tremendo daño, si nunca nos enseñaron y a nuestros padres tampoco. Por eso, cuando llegó el SAG a la isla, antes que CONAF, se empezó a tener conciencia que no se podían matar especies de acá, porque era la única parte del mundo donde había, y se empezó a cuidar. Estoy de acuerdo con toda esa parte, de todas maneras, ahora uno les enseña a los hijos que hay que cuidar y así va aprendiendo. Es un tema de país. Creo que la isla esta muy abandonada”.

En busca del sándalo

Ramón Schiller R: “El sándalo es súper importante, qué no hemos hecho por encontrar algún individuo vivo en la naturaleza y lamentablemente no ha sido así. Hemos participado en documentales y ha venido la televisión, con todo el asunto, en su búsqueda. Creo que es posible, que puede haber alguno dentro de los bosques, que son bastante grandes. ¿Cómo se iba ir el sándalo así como así? De acuerdo a los registros, el último que se vio fue en 1892, por este caballero Federico Johow, que describió el árbol. Eso es de acuerdo a las publicaciones, pero más de algún isleño puede haber visto alguno y no quedó registrado. En todo caso, aún se encuentran restos por ahí, era muy dura y fragante, la reconozco altiro, no perdemos la esperanza.

No sabemos por qué, si los viejos en aquellos tiempos no tenían lo que tenemos ahora para acceder a ciertos lugares, cómo iba a desaparecer completamente. Puede, quizás, haber sido un árbol que a la distancia puede haber tenido una flor muy vistosa, diferente a las demás, y que los viejos la vieran a ciertos kilómetros y se iban a la segura. No sé, le hemos hecho empeño y no encontramos ninguno, no ha sido posible. Lamentablemente, no hemos encontrado ningún sándalo vivo”.

Óscar Chamorro M: “Creo que para el parque sería importante encontrar el sándalo, supuestamente está extinguido en las dos islas, pero, en una de esas, aparece un ejemplar que florezca y sería fácil identificarlo por su flor. Quién no quisiera decir, ¡encontré el sándalo!, ¡encontramos el sándalo y lo vamos a reproducir! Sería una novedad para la gente isleña y para los mismos botánicos. Andamos pendientes de eso, identificamos casi todas las plantas, y en terreno nos fijamos bien para ver quién encuentra una plantita, alguna cosa distinta, una novedad para la botánica. A lo mejor aparece, quién sabe, lo puede encontrar otra persona, o un pescador buscando varillas para las trampas. Si se han encontrado plantas que estaban desaparecidas desde hace ochenta años atrás y que estaban en el libro rojo, ¿por qué no puede aparecer el sándalo?”

Manuel Paredes K: “Me gusta mirar plantas nuevas y si en una de esas encuentro el sándalo... Nadie sabe cómo es, se supone que es como el durazno, la hoja como la del durazno, dicen. Caminando miro el suelo, por si encuentro cualquier planta rara. Siempre me ha gustado el bosque y la naturaleza, para mí es muy importante en esta isla la posibilidad de poder ver cosas bonitas. Me gusta andar buscando y

soy más 'tonto' para encontrar, de toda mi vida que llevo aquí, una vez encontré un palo. Estaba parado arriba de una inmensa astilla, inmenso palo, un astillón grande, andaba con mis compañeros de trabajo y uno me mandó una 'patada' que volé. Igual que Condorito, ¡exijo una explicación!, les grité. ¡Cómo se te ocurre estar parado arriba de un palo de sándalo! ¡Estás arriba de un palo de sándalo y ni siquiera lo has recogido!, me contestaron. ¡Si no es!, les respondí. Era un astillón grande, soy el tonto más tonto para encontrar sándalo. Aunque creo que a ese compadre le salió de 'chiripa', no más, o me quería pegar la patada, si en ese momento habían encontrado más. Te empujaban ante cualquier palo raro que hubiera cerca y el que lo recoge gana más, te da un pedacito y se queda con el más grande. Cuando vino el Canal Nacional buscamos con cuerdas, con el andinista bajando por el acantilado, ¡inmenso acantilado!, con sus máquinas y tampoco se encontró. Ahí nos fuimos al Hombre, al Cordón Atravesado, ahí anduvimos metidos y nada”.

Bernardo López R: “Es el sueño de todo isleño encontrar un pedazo de madera de sándalo y, por qué no decirlo, la mata, la planta viva. Está difícil, pero puede que en uno de los rincones que no hemos llegado pueda estar, sobre todo en la isla de Selkirk, que hay partes abruptas, acantilados, es difícil llegar a esos lugares. Este árbol viene agarrando de muchos años atrás, digamos del siglo pasado, los artesanos de ese entonces trabajaron la madera nativa hasta que se extinguió.

He encontrado en dos oportunidades, son palos chicos, astillas. En la casa tengo un palo de sándalo. Cuando uno lo quema o le raspa la superficie que se ha degradado por el tiempo, sale inmediatamente el olor, después se va aguantando, se queda impregnado. Lo tengo en la cómoda, en medio de la ropa, y se impregna del sabor aromático del sándalo. De éste se habla de una manera misteriosa, porque el que encuentra un palito y lo guarda por ahí para llevárselo a la vuelta, desaparece, no lo encuentra, eso dicen. ¡Es esquivo! ¡El sándalo es misterioso!”.

Sándalo que vives

Al sándalo, por Brenda González Chamorro

Un árbol místico crece
bajo el follaje de un crepúsculo diurno
acariciado por las suaves manos de la madre luna
y regado con el agua dulce
que amamanta el seno de la tierra

Como un niño mimado
creces cada día
escondido de los ojos malditos.

Árbol místico que aromatizas
todo a tu alrededor
observándonos cada día
desde las alturas.

Dulce aire para respirar
dulce agua para sobrevivir
por tu vida sigue viviendo
oculto ante nuestros ojos.

18. El pescador isleño

Daniel Paredes R: “En un tiempo más, no van a haber en la isla pescadores avezados, con experiencia, porque la juventud está saliendo a estudiar al continente. Algunos se quedan allá y otros vuelven a ejercer, pero no como pescador. Además, para serlo se necesita empezar de niño, encajarse en la cabeza cuarenta puntos de referencia, para saber dónde dejas tus veinte trampas. Porque a veces la altura se pierde afuera, entonces, vas a buscar una y pasas por otro lado, ¡ni por las tapas de donde la dejaste! En navegación te ubicas por puntos de referencia en tierra, tienen que concordar dos, por ejemplo, si ves una horquetita levantada y un árbol en otra parte de la isla que se ven justo de donde estás, tienes que quedarte ahí, si te vas más allá se te pierde; y si vienes para acá, se te esconde por este otro. Si estas ahí y lo mantienes al medio, ese es punto, ahí está”.

Manuel De Rodt C: “Al Lolo le digo que para ser pescador hay que ser honrado y tener buena memoria. Tienes que saberte cada punto de referencia, no tan sólo los que tienes ocupados, sino también los tienes que tener de reserva. Con el viejo Orlando trabajamos 50 trampas, y hay que tener 70 u 80 puntos de referencia, porque de repente hay trampas que no dan y no vas a tenerlas ahí toda la vida. Te tienes que aventurar, buscar al lote o, si tienes otro punto, cambiarla sin olvidarte del que dejaste. ¡Todo en la cabeza!

Si no tienes buena memoria estás mal y si no sabes la densidad de la corriente marina también ‘cagaste’, porque ésta no tiene nada que ver con el viento y pasa bajo el nivel del mar. Y cada punto de la isla es diferente, en Masafuera, generalmente, las corrientes se abren: están hacia el norte o sur, pero en las puntas se parten al sureste o para el oeste. El que no se da cuenta de eso siempre va a echar de norte a sur y esa trampa nunca va a quedar bien, abierta con respecto de los puntos de referencia. Y cuánto tienes que darle de donde la sueltas para la marca. Hay que ser hasta matemático para eso, lo sabes por las boyas que tiene la trampa, los ‘baticulos’, que les llamamos. Las que están en la superficie, las que se ven, hay una maestra, que cuando llega la trampa le pones una grandecita y la trampa está de ahí para abajo. Las tres o cuatro que se ponen en el extremo son para poder agarrarla cuando hay corriente y para marcar la densidad de ésta.

Por cada ‘boyerín’ escondido que se hundió por la corriente, tú le puedes dar veinte metros. Si tiene cinco boyas y está con dos boyas no más (las otras están hundidas), ¿cuánto hay que darle?: 50 metros

en la dirección contraria a la corriente. Entonces, ahí es donde los cabros jóvenes se van a la cresta cuando recién empiezan. A mí me pasó, nunca le achunté a las marcas, hasta que mi compadre, don Orlando, me conversó.

-¿Cómo no te vas a aprender las marcas 'chiporro', si ya va a pasar la temporada? -me dijo.

-¡Me las sé, pues don Orlando! -le contesté.

-Pero, entonces, no puedes fallar -me respondió

- ¡Pero qué quiere que le haga, si no le achunto! -le dije.

-¿Acaso hay calculado lo que tira la corriente? -me aclaró.

-Pero, usted no me ha dicho -contesté.

-No pues, si la cuestión es así, tienes que calcularlo para que llegue ahí, no la puedes echar aquí mismo, se te va para allá -afirmó.

Claro, el viejo no se había preocupado de explicarme ese detalle, y a todos los cabros les cuesta. Al Lolo, mi hijo, le cuesta muchísimo todavía calar trampas. A veces las corrientes vienen por arriba, las boyas están tirando para el este, pero la corriente está para el oeste. Se cacha por las marcas de la trampa, dónde está ubicado el cordel, si pescas la primera boya y está para allá, resulta que la corriente no puede estar para allá si la marca está ahí mismo, donde está la última boya, ni siquiera donde está la maestra. El Lolo me dice, por qué parai aquí; por la marca le digo. La trampa tiene que estar aunque el cordel esté para el otro lado. Tienes que tirar para acá y que llegue sólo aquí. Si no cachai esa pequeña gran diferencia nunca vas a calarlas bien, porque si no la vas a echar pensando que la corriente está hacia un lado cuando corre hacia el otro. Entonces, la vas a soltar y en vez de moverse para el lado que tú quieres se va a ir para el otro lado.

¿Y cómo cachai que la corriente está para allá?, me dice el Lolo. Tienes que aprenderte las marcas, no puedes trabajar con los puros cordeles, le contesto. No puedes decir que la corriente está para allá, entonces la trampa está para allá, sería la papa. Cuando no hay corriente es fácil, porque está hasta la boya maestra arriba, el cordel está recto, no hay nada que lo tire, abajo está la trampa. Para calarla también, sabes que no hay corriente, cuando se hunde la maestra, no la ves o la

ves entre aguas, le das altiro 10 ó 15 metros más, y te vas corriendo. De repente hay que darle como 50. ¡Imagínate! Y calculando uno le achunta, llega ahí”.

Daniel Paredes R: “Ese es el problema del trabajo de la pesca, hay tanta cosa que acordarse, sobretodo, el patrón del bote, ‘porque es el que la lleva’. Si dices, ‘mañana voy a ir a Santa Clara’, tienes que andar trayendo combustible para tu motor, si el estanque te hace quince o veinte litros, llenarlo y más una porción de reserva. Tantos detalles, el patrón tiene que estar preocupado de los espineles, de renovar las trampas y de ordenar el trabajo. Todo se hace en conjunto, pero el patrón organiza, mañana hacemos esto y esto otro, y ahí se ponen de acuerdo”.

Daniel Paredes R: “Creo que con el tiempo se van a perder estos conocimientos. Conozco cabros que los sacaron del colegio para ir a la pesca. Entré a la escuela en 1958 ó 1956, por ahí, en ese tiempo tenía proyectos, hacía mis planes y todo el cuento, quería ser ingeniero agrónomo. Me encanta todo lo relacionado con el campo, me gusta la agricultura, me gustan los animales y los caballos me fascinan. Ando siempre a caballo, porque mi viejo era de Santa Cruz, de Colchagua, huaso, sureño de tomo y lomo, salí a él en ese aspecto. Por eso digo que se va a perder el pescador antiguo, si todos los jóvenes se están educando en el continente y unos se van a quedar allá, otros pueden volver y ejercerán en otra cosa, no en la pesca.

Todos los que somos padres en Juan Fernández queremos que el hijo no sea pescador, es muy sacrificado. Aquí en la bahía todo se ve color de rosa, pero cuando te metes detrás de la isla y comienza a machetear el viento, la corriente, la braveza, entonces ahí uno dice que no. Cuando comencé a trabajar ocupábamos canastos, en la noche, entonces, en la mañana temprano venía entumido, porque en el bote no trabajaba, sino que enrollaba los ‘orinques’, y ellos levantaban los canastos, había que hacerlo rápido para que la langosta se ‘embuchara’, se metiera en el fondo del ‘buche’. Pensaba, ¿qué ando haciendo aquí?, ¿qué tengo que hacer aquí?, ¿será para toda mi vida? Esas preguntas me hacía, pero comenzó a pasar el tiempo y empecé a agarrar el gustito, aprendí las marcas, a manejar el motor, el bote y empecé a entusiasmarme, porque ya sabía el trabajo. Además, antes te llevaban con trampas aparte, por ejemplo, si el bote tenía veinte trampas, me llevaban con cinco, y todo lo que saliera en esas era para mí, menos lo del bote. A no ser que me fuera mal y de buen corazón los viejos me dieran alguna ‘trampita’, como se hace en la actualidad, nosotros

somos así, llevamos un ayudante y le damos un tanto por ciento al cabro. Eso se llamaba con trampa aparte.

El que iba así, el tercer ayudante, no era muy bien mirado, porque siempre era 'el goma'. Me gustaba la novedad, me ponía a aprender y pensaba, después de esto qué vendrá, me aprendí las marcas, después el tiempo y había que ser avezado con el clima, las corrientes, y con el tiempo comienzas a ser patrón del bote. Te vas con otro cabro a un bote o te haces uno, eso también es encachado, cuando uno se proyecta para hacerte una embarcación.

Me acuerdo cuando pensé en comprar el mío, el 12, La Gaviota, lo adquirí el mismo año que me casé. De ahí en adelante te sientes más a gusto en el bote, es parte de tu trabajo, es una cosa tuya, aunque sea la mitad, pero es tuyo, ahí era un pescador más realizado, disponía de las cosas que antes no podías hacer. Si quiero ir mañana, digo, compañero, mañana voy a ocupar el bote, ya pues, usted sabe, una cosa así. Antes no, pedías el bote y no te lo prestaban, además, que no tenía permiso para poder manejarlo.

Me gustaba ir a la carnada y si había unos pesqueros por ahí, unas marcas, y como picaba el bacalao antiguamente, me ponía por ahí. Cuando levantaba los espineles me daba gusto, estaban llenos de bacalao y breca, eso me gustaba. Los espineles son una línea de entre treinta y veintitantos anzuelos, los pones en el punto preciso y los largas no más, tú sabes dónde los tienes calados, el punto de referencia, después los vas a buscar, los encuentras y sale hartito. A veces sale lleno, porque ahí está el bajo, la piedra grande, la roca, y el pescado se guarece por ahí, la langosta igual.

Eso es lo importante del pescador, de la gente acá. Además, todo lo que tengo es con la ayuda del Señor, me lo dio el mar, a estas alturas ya no hay más guerra, a los sesenta y dos años, como que ya me latea. Si todo lo que tenía que aprender del mar ya lo sé, aparte que es sacrificado, aunque hay veces, cuando la mar está calma, que se pasa bien. Ahí tú ja, ja, ja, ja, no más.

En verdad, me siento orgulloso de mis conocimientos, aunque nadie me los entiende, y es porque cuesta lograrlos, aunque sean muy rústicos. Es una experiencia que, a lo mejor, hubiese sido más apreciable con una Escuela de Pesca y con pescadores como profesores, por ejemplo. Me da un poco de pena que esto se vaya a terminar, me da susto lo no conocido. A veces digo, a lo mejor se va a meter el

buceo que está acá y se va a tirar a toda la isla, de ahí a extinguirse las especies y adiós Juan Fernández. Porque la única fuente de trabajo que tenemos es la langosta y, si bien es cierto, hasta aquí la hemos cuidado, es posible que con el tiempo se vaya y no dé más, no más”.

Igual que en la casa: la vida en el bote

Jorge Chamorro A: “Mi hijo, el Coke, estuvo como ocho temporadas mareado cuando empezó a trabajar conmigo. A mí también me pasó, quedaba como muerto en el bote y me prometía a mí mismo que era la última, que no saldría más a la pesca. Al otro día mi padrastro me golpeaba la puerta tempranito y decía, ¡Choche, vamos! Cuando me ‘recordaba’ ya estaba con asco y vomitando en la ‘bacinica’ que tenía al lado, me mareaba al tiro. Mi mami se levantaba, me daba desayuno, café amargo con pan tostado, y no había caso. Hasta que de la noche a la mañana salí y no me maree más. Al otro día salí y tampoco, así que después no hallaba la hora que aclarara para ir a la mar. Me acostumbé en el bote, pero estuve casi una temporada entera mareándome y trabajando igual”.

Orlando Paredes R: “Cuando empecé a salir a la pesca, me mareé como una semana y al poco tiempo después me acostumbre. Pero antes nos quedábamos semanas enteras afuera y el tiempo era más brusco. Ahora también hay cambios pero antes parece que más, dos o tres veces en la noche. Nos fondeábamos con viento sur en la Bahía del Padre y como a las dos de la mañana, con la carpita armada y lista, se metía norte, a sacar todo e irse para Tierras Blancas, porque ahí quedaba bueno. Todos esos movimientos teníamos que hacerlos por el peligro, porque la mar se ponía mala al tiro y eso que poco antes estaba calma. Nos quedábamos una semana arriba del bote y no bajábamos a tierra, era la casa, teníamos de todo y nos hacíamos la comida. Para qué voy a decir una cosa por otra, a mi edad le tengo miedo al mar”.

Bruno González M: “En octubre, noviembre, diciembre, enero y hasta febrero nos vamos por tres días y sus noches a pescar. El bote tiene carpa, camas, caldero y de todo a bordo. Levantamos las trampas, esperamos dos noches y nos quedamos haciendo la carnada para la otra, porque se levanta, se encarna y vuelta a calar. De ahí nos venimos, dejamos botadas las trampas dos noches y salimos. Antes nos ‘acomboyábamos’ tres botes y nos quedábamos hasta quince días afuera, en alta mar. Cuando teníamos tanta cantidad de langosta las

echábamos separadas a un bote. Esas había que entregarlas a las compañías, si éramos particulares. Ese bote descargaba y nos llevaba bencina, víveres y las cosas que necesitábamos, después le tocaba a otro. Entre los dos botes le hacíamos la carnada y la recogida de materiales a ellos, pues. Nos convenía ese sistema de quince días”.

Hugo Arredondo S: “El bote hay que equiparlo con todos sus implementos. Principalmente, ‘orza’, ‘arpeo’, vela y la carpa, para guarecerse del mal tiempo, lluvia, viento y frío cuando se pernocta. Se lleva agua, combustible y víveres, así se puede estar afuera el tiempo que uno quiera. Se descansa un par de días y a la faena de nuevo, pero si gustan pueden ser la semana completa, esto lo han hecho muchos pescadores.

Esto nos conviene a los que trabajamos en Santa Clara, por la distancia que hay, se economiza bencina, principalmente, para no tener que estar yendo y viniendo y nos quedamos allá. Entonces, pones las trampas y se espera en la noche, con una buena radio escuchamos noticias, música y, al otro día, temprano empezamos a laborar. Un día se recorre, otro a pescar carnada y el tercero se recorre para cambiar el cebo. Esa es la rutina, la faena que se está haciendo, en especial en Santa Clara”.

Guillermo Martínez R: “En Santa Clara, todos los botes que andábamos comíamos cordero. Nos quedábamos una semana, pillábamos uno y lo comíamos asado en el bote. ¡Rico! Para cambiar del pescado y la langosta, de repente nos juntábamos cuatro o cinco embarcaciones y nos comíamos su par bien asados. Nos quedábamos allá para aprovechar el combustible, el tiempo y para hacer mejor captura. Entonces salíamos, el lunes y llegábamos el viernes, economizábamos todos esos viajes y nos veníamos para la casa con la captura y con el cargamento. Allá teníamos viveros y de todo; dormíamos en el bote, todavía se hace, pero no tanto como antes.

Ya no hay corderos, ni conejos en Santa Clara, que servían bastante para echarle algo a la olla, pero ya no vale tanto la pena quedarse allá, no hay tanto incentivo. Tenemos colchones, sacos de dormir y llevamos víveres, porque se cocina igual que en la casa, arroz graneado, puré, tallarines, cazuelas, peroles y todo ese tipo de cosas. En el bote se arma una carpa, que son impermeables, y quedas totalmente protegido, el agua no pasa y normalmente nos juntábamos dos o tres, en nuestro caso, con el 24 y el 14. En primero andaba el hermano Julio con mi tío Hermógenes Báez; don Florentino Báez salía con el finadito

Lengue, él papá del Pachi; y yo con mi papá. Nos juntábamos y nos hacíamos unos asados, en esa época estaba cabrito.

Estar en los botes es lo mismo que en la casa, sólo falta la señora. Se duerme súper bien, con buenos colchones de espuma, no como antes que usábamos cueros de ovejas que eran duros, igual servían, después salieron los de lana de oveja y ahora último inflables, con sacos de dormir. Éste es un rollo chiquitito, es más práctico y ocupa menos volumen, es más liviano. Y el saco de dormir es calentito. Me gusta tomar desayuno con tostadas y mantequilla en el bote, en ninguna parte son mejores y el caldero prendido ahí mismo. A dónde mejor. Cuánta gente que he llevado de paseo, los santiaguinos lo encuentran envidiable; éstos todo el año metidos en una oficina y uno en medio de la naturaleza. ¡Qué más lindo!, ¡qué más saludable!

Con noche de luna es maravilloso, algunas veces nos juntábamos, llevábamos su litro de vino, hacíamos su asadito y salían las típicas tallas de aquí. Anécdotas de los viejos, el finado Nacho se nombraba mucho, al finado Cleto y tanta gente del año del rey Perico, puros muertos. Me acuerdo de Arnoldo Araya, cuando nos tomábamos un copete le gustaba cantar la canción del Dresden, y otras que había compuesto el finado don Joaquín Rojas y él también, y así se pasaba la noche. A veces nos íbamos de claro en claro, conversábamos un traguito y compartiendo un pedazo de carne. Eso hoy día no se ve, como que no hay incentivo para que nos juntemos en los botes. Es raro que se lleve un pedazo de chancho, antes nos poníamos de acuerdo en el pueblo, de lo que cada uno iba a llevar. El que llegaba primero esperaba al otro con la comida 'listita', así que uno pasaba y comía”.

El Ñato Julio, pescador ingenioso y avariento

Manuel De Rodt C: “Hay hartas tallas buenas del Ñato Julio, papá del Calula. Era un pescador empeñoso, pero avariento, le gustaba todo de harto. Lo conocí cuando él ya era adulto y no tengo idea si era isleño, al final nunca le pregunté. El viejo tenía unas salidas muy buenas, fue tonto para trabajar y nunca pudo ser un buen patrón de bote. Fue uno de los primeros en adquirir un motor Johnson, que llegaron cuando había Cooperativa en la isla, de 15 caballos, bien grandes y rápidos, pero gastaban bencina como condenados. A todo esto, con mi compañero trabajábamos para Santa Clara, y cuando hay corriente las boyas generalmente se van a pique, entonces nos escondíamos en la orilla y esperábamos que se calmara el mar, porque

así no gastábamos bencina dando vueltas. Como tenía de esos motores, lo mandábamos desde la Bahía del Padre a Santa Clara, al Espolón, para que viera si se había calmado la corriente. Decía que no, que para qué iba ir, pero nosotros le decíamos porque su bote era más rápido, y agarraba papa, le pegaba la 'aserruchada' al bote y volvía en 10 minutos. Decía que faltaban unas tres bollas más y que en una hora estábamos trabajando en Santa Clara. A veces lo mandábamos para que hiciera unos tres viajes y nos dijera cómo estaba la corriente, era medio tontito y se gastaba toda la bencina.

A veces salía con mi papá y mi viejo siempre fue medio quedado para levantar trampas, es que nunca le gustó mucho. Un día sacaron unas veinte langostas y mi papá le dijo que estaba bueno con eso y el Ñato Julio le decía: cómo nos vamos a ir si está repicando, tío. Usted quédese sentadito ahí a proa y yo sigo levantando trampas solo. Si mi papá se quería ir porque estaba 'cagado' de la sed, con la caña viva y con veinte langostas ya estaba salvado. El Ñato le decía que tenía sus métodos, agarraba la primera bolla y la arrastraba con el motor, como tenía fuerza, tiraba y tiraba, pero seguía lejos de las marcas y no tendría para cuando. Después giraba el bote, se devolvía, paraba el motor y se venía recogiendo el cordel suelto. Con la velocidad la trampa se levantaba y aprovechaba de recoger el cordel sin peso antes de que tocara fondo de nuevo. Como a la tercera vuelta llegaba la trampa arriba. De ahí le decía a mi papá que lo ayudara a echarlas arriba del bote, mi viejo le decía que no quería trabajar más y así se llevaban todo el día en la misma. Se gastaban toda la bencina recogiendo trampas a puro motor, era 'inteligentonto', ingenioso. A la gente así la suerte los acompaña.

Una vez estábamos en Santa Clara, como ocho botes en un sólo sector y picaba súper poco pescado. Como a las 3 de tarde no teníamos carnada para las trampas, estábamos todos igual, y llegó este animalito a pescar con un espinel, un montón de anzuelos y no menos de cien. Tenía unas tremendas carnadas, con el bote embanderado y el espinel colgando al estilo 'Mariachi', el 'Conchilla', se sabía el sistema porque había trabajado con él. Se dio un par de vueltas por todos los botes, preguntó dónde picaba y cómo estaba la corriente, era bien torpe para las marcas, se paseó hartó rato y echó el espinel, calculando para no enredarse con los otros. Nosotros tomábamos sol, porque estaba lenta la picada. No pasó ni media hora y partió a levantar su espinel, nos reíamos de él de verlo, cuando empiezan a salir a flote los bacalaos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, no sé, una hilera tremenda de anzuelos con pescados. Sacó una bancada llena de pescados, pasó por

el lado de nosotros y dijo, ¡me voy!, no sé quién va a descabezar todas estas huevadas. Lo miramos con el medio caracho, estuvimos todo el día para nada y él en la pura pasada se llevó una bancada llena. La coincidencia, si caló en medio de todos nosotros y le picó a él, no más. Tenía suerte, no sé, pero algo le pasaba.

Así era el famoso Ñato Julio, ingenioso, hacía cosas raras, andaba siempre golpeando latas, haciendo cocinas de leña, calderos y nunca le faltaba qué hacer. Esas tallas son las que lo han marcado como hombre ingenioso, eso creo yo. Pero era avariento, si otro sacaba más que él se preocupaba al tiro, y se las rebuscaba para encontrar el método de sacar lo mismo o más. Una vez Hermógenes andaba leyendo la Biblia, el Nuevo Testamento, y llegó el Ñato Julio. Le preguntó, ¿qué va haciendo carreta?, tenía pegada esa palabra, era como decirle amigo, éste le dijo ¡leyendo este librito! Julio le consultó si le iba bien en la pesca, y el Hermógenes le respondió que sí, pero desde que los hermanos evangélicos le habían dado ese librito y que cuando podía lo leía se le mejoraba. Qué, si el pobre viejo ni leía, con la letra tan chica no alcanzaba a ver y aclarando, menos, era por fe, no más. La cosa es que el Ñato Julio le respondió, ahí está la cosa, me hubiera pasado el dato antes usted. Salieron y el viejo sacó como cuarenta langostas y él tres o cuatro, no sé cuántas, pero pocas. Y siempre que salían al viejo le iba mejor que a él. Para la otra, el Julio le dice al viejo que maneje el bote y se fueron para Santa Clara como a las 4 ó 5 de la mañana, como en la Bahía del Padre empezó a aclarar, estaba mi buen Ñato Julio tirado en la proa. Hermógenes le preguntó a su 'carreta' qué estaba haciendo. ¡Leyendo la Biblia, que no ve!, le dijo el Ñato. Era un tremendo libro, parecía de esos libros del registro civil. No pues carreta, aquí es la fe la que mueve montañas, usted no puede ser así, le contestó el viejo. Si a usted le va bien con un testamento, cómo me va a ir a mí con esta Biblia, le anunció. Y le fue peor que nunca.

Una vez el viejo le dijo, 'carreta', cuando salgo de mi casa en la mañana, no pienso en nada, ni en cuánto voy a sacar, sino que sea lo que Dios quiera. Y me voy a la buena de Dios. Era un consejo para que el Ñato Julio lo siguiera. Cuando llegaron a sus trampas, el Julio afirmó, ¡por si acaso, no vengo pensando en nada carreta! En eso levantó la trampa y se le quedó enganchada. Claro que venía pensando en lo que iba a sacar, pero que tenía que hacerse el inadvertido, de que no venía pensando en nada para sacar algo de la trampa.

La otra buena es la de los cachitos. Mi prima Dalia, la señora del Ñato, era buena para hacer 'embelecos', la mamá del Calula, siempre hacia cachitos y alfajores. El viejo Hermógenes le preguntó al Julio, ¿la Dalia no está cachera ahora? El Julio le dijo, ¡qué sabe usted, acaso ha estado con ella! No, como ya no hace cachitos, ni alfajores, no tiene pastelitos para vender. Y el Julio le respondió, ¡hable claro, pues señor, usted deja las frases medias cortadas! Casi lo agarra a garabatos, porque el Ñato también era re bueno para eso. No era para menos, si el viejo le tiraba tallas medias pesadas. Hay otro cuento, una vez, de noche, oscuro en la madrugada, el Ñato apurado se puso los calzones de la señora, se confundió. Cuando quiso echar la 'corta' en el bote no pudo, eran calzones y no calzoncillos. El viejo le dijo, ¡oiga Julio, qué lindos los calzones, por eso ha andado todo el día con el 'cacho' parado! ¡Viejo degenerado! le respondió el otro. Pero si andaba con calzones rosaditos”.

Una noche de terror

Flora De Rodt A: “Mi marido salió a pescar un día en invierno a Quince Millas, eran ocho botes, y se echó a perder el tiempo. Llegaron todas las embarcaciones menos la de él, la número 7. El último en aparecer fue José Rivadeneira, le pregunté por mi marido, pero no sabía nada, salieron a buscarlo en la noche y no lo encontraron. Pensaban que se había perdido, John andaba con Orlando Rojas, don Orlandiño. El Orlandiño es un viejo y buen marino, John en ese tiempo era joven, un continental que nunca había trabajado en la pesca, toda la vida se lo llevó sentado en una oficina. Trabajaba en las oficinas de turismo, nunca tomó un remo, no tenía idea, pero es 'avisgado' y aprendía todo altiro. Se les había echado a perder el motor y estaban con toda el agua por arriba, para allá y para acá. Las bujías se habían mojado y el motor no andaba, así que se quedaron ahí. Pasaron una noche de terror, tiraron ancla, pero a veces no agarran y no sabían si se les iba a soltar, con el viento que había iban a dar a no sé dónde.

Al amanecer, partieron otros botes a buscarlos. John me dice que las olas no dejaban ver. Gritaba y levantaba el remo, pero no lo veían, movían ropas y cosas para que los ubicaran y los botes se dieron la media vuelta y se fueron. Se fueron. Cuando ya estaba amainando el viento lograron echar a andar el motor, pero no sabían dónde estaban, porque la isla se les había perdido. Pero él tenía una brújula, así que empezaron a mirar y darle hacia la isla. Gracias a Dios que la andaba trayendo y cuando estaban acercándose a los otros botes les gritó y

vinieron a encontrarlos. Al asomar venían seis botes y sabíamos que habían partido cinco, ¡lo encontraron!, decía la población. Me acuerdo que todos estaban en el muelle.

El John venía hecho pichí de miedo, no sentía nada, estaba congelado y con las manos agarrotadas. Estábamos con la Ximena Green y partimos corriendo a buscar termos con café, pisco, agua ardiente y no sé qué más, para que se pegaran un 'taco', pero de a poquitito. Tenía que ser de a poquitito, porque no habían tomado agua ni comido. Tiritaban y miraban fijo, totalmente choqueados y todos los abrazaban en el muelle... Fue un milagro, pasaron toda la noche en el mar y no sabían para dónde cortar. Desde ahí que el John nunca más fue a pescar. En ese tiempo teníamos a los dos hijos mayores, Juan y Gerald, y con el frío que hacía también estuvieron en el muelle toda la noche. Nos acurrucamos los tres en unos cuartos que había, no como los que hay ahora que son un lujo, decíamos, ¡ahí viene una luz!, pero eran cuestiones que uno veía, y así toda la noche. Pero no éramos los únicos, hubo harta gente que nos acompañó hasta la amanecida. Después llevaron acostar a los niños, pero no se resistían, querían ver al papá. Juan decía, ¡quiero a mi papá!, ¡por qué no viene mi papá!, ¡por qué no viene! ¡Mamita, ahí hay una luz!, me decía. Fue un milagro, porque si no se hubiera enganchado el ancla no se salvan. Después tuvieron que cortar el ancla para poder venirse. Al otro día, cuando entraron, el mar estaba como una taza de leche, calmita. Todos los pescadores levantaron los remos, la gente los abrazaba y no me dejaban acercarme”.

Orlando Rojas S: “Nos habían dado por perdidos. Nos sacó el viento oeste, como a una hora para adentro de cuando veníamos de Quince Millas, nos falló el motor y se nos oscureció. Veníamos entre claroscuro y en arreglar el motor se nos oscureció. No pudimos hacer nada y tuvimos que dejar que nos llevara el viento. Agarré como 600 brasas de cordel, de los que trabajamos con los espineles, y amarré el arpeo para que el bote aguantara; ahí tuvimos que quedarnos en la noche oscura, no se veía ni una cosa. Andábamos trayendo otro motor que nos había pasado don Pedro Chamorro, lo pusimos y no anduvo, fue imposible 'prenderlo'. Cuando amaneció, nos dimos cuenta que estábamos recontra afuera, si el viento oeste lo saca así a uno. Con el John nos acurrucamos, tapados con un nylon grande que andábamos trayendo, y en la noche se largó la lluvia. Traíamos veintiséis bacalaos grandes, de cómo 25 kilos cada uno. Al día siguiente, cuando amaneció, estábamos en el Francés afuera, bien afuera.

En la noche habían salido a buscarnos, el Willy, que había estado cerca de nosotros, avisó. Pero no tenían para cuándo encontrarnos, estábamos para el este, para allá nos había llevado el viento. Cuando amaneció, hicimos un poco de té y desarmamos el motor que llevábamos de repuesto. En realidad, fueron los dos, al que andábamos trayendo puesto se le quebró la escuadra y se la sacamos al otro, la cambiamos y partió altiro. Estábamos más contentos y partimos para adentro 'miércale'. Menos mal que ese día amaneció calmo y cuando íbamos en La Pesca de los Viejos había dos botes buscándonos, eran los Recabaren. Nos llevaban sándwich, bebidas, varias cosas, y llegamos medio curados. Casi se nos da por perdidos, si iban a pedir un avión de reconocimiento para que nos ubicaran. Llegamos aquí más o menos como a las 3 de la tarde, la gente estaba súper contenta en el muelle y a nosotros nos comía el sueño y el frío. Esto fue en Junio, en víspera de San Pedro, como tres días antes”.

La piquero (canción de Joaquín Rojas Vera)

El día 7 de mayo
para nosotros fue fatal
allá en el barco varado
nos sorprendió el temporal.

La piquero ya se fue
la Antonieta nos deja
y allí quedamos
solitarios en el bote los dos.

Con poca experiencia los dos
y sin ser conocedor
armamos los dos los remos
bogándole con valor.

La chalupa era muy buena
sabiéndola gobernar
se mece como una cuna
sobre las olas del mar.

Los dos con Hermógenes Báez
muy cerca los dos tuvimos
pero al teñirse la noche
ese bote no lo vimos.

Cuando los fuimos al pueblo
el cacho hicimos sonar
preguntándole a la gente
si podíamos varar.
Con hambre con sed y con frío
los pusimos a pensar
para salvarnos nosotros
la chalupa hay que varar.

Al poco rato después
la voz de un cacho se oyó
nos decían desde tierra
no se puede, no no no.

Cuando llegamos a tierra
que tanta pena nos dio
cuando nos decían con tristeza
se salvaron ustedes dos.

Para todos los amigos oyentes
un lindo ramo de flor
y se terminan los versos
de este pobre y triste pescador.

Nafragio en la isla Robinson Crusoe

Manuel De Rodt C: "Santa Clara, un día 23 de marzo de 1991. Estaba calmita y salíamos con la idea de quedarnos afuera por si no alcanzábamos a recorrer todo, así que echamos la ficha del control marítimo para la recalada al otro día. Pero terminamos temprano y le dije al Lucho que nos fuéramos para la casa, teníamos tiempo para llegar. Estaba medio oscuro el día, casi amenazante. Empezó a correr una brisa del norte, del oeste pero bien suave, así como ahora. Veníamos lentito a motor y adelantito otro bote. Después supe quien era, porque fue el que no nos quiso rescatar, tiene que haber visto cuando echamos la vela arriba, si venía como media hora de ventaja y se ve bien, más aún con la vela, a esa hora y como estaba el tiempo nos veíamos. El compadre no quiso ir al rescate. Bueno, ya llegábamos a la Bahía del Padre cuando el motor empezó a 'zapatear' un poco y pegó un 'cuetazo' y ¡chucha!, ahí altiro los pelos parados. Le dije al Lucho que en mal momento nos falló el motor, no podíamos quedarnos y subimos la vela.

El Lucho agarró el timón, pesqué el motor y me subí arriba del banco a meterle mano, la idea no era quedarnos a pura vela, porque sabíamos que el tiempo estaba complicado. Saqué el motor, lo atrinqué, lo dejé suelto, parado en el banco, pero el viento arreciaba más y veníamos a duras penas, más capeando que a favor. El bote era bueno para la vela, si no, no habríamos entrado por ese lado. Cuando cuento la historia pocos me creen, porque pega por la proa, llegamos a La Vaquería, si no, hubiéramos naufragado por otro lado. El viento se ponía más fuerte 'mierda', llegaban a silbar las brisas en los tensores del palo velero, esos que 'atrincan' al lado. El Lucho me dijo que tenía miedo, no sabía si aguantaba el bote, pero le dije que sí, y con mi socio ya habíamos andado con el agua medio metro más arriba de la 'regala', con la velocidad no entra el agua, el bote va votado bajo el agua. Se ve todo azulito para allá, porque el agua va por encima del bote, eso le contaba al Lucho, le dije que íbamos, 'cagados de la risa', tranquilos no más. Le dije al Lucho que aguantara firme el timón, porque si se cortaba la caña, ahí sí que estaríamos 'jodidos'. El viento pegaba en la proa y mojaba hasta la punta del mástil, corría el agua por la vela, eso fue agarrando peso, porque la vela era de lino buenísimo, no había nylon.

Veníamos en Tres Puntas y ahí ya se estaba poniendo 'peluda la cosa', empezó a llover, porque viento norte, noroeste, típico que cae agua, entonces me puse a mirar si se veía el otro bote, dobló por el Viudo para la Vaquería y se nos había perdido. La corriente en contra del viento, marejada, avanzábamos y capeábamos, y ya botábamos agüita. El Lucho me decía 'huevoón' el bote se va a dar vuelta, y le respondía que no pensara 'huevadas'. Y el Lucho me contestó, socio, me deja tranquilo otra vez. Pasamos El Viudo y el viento estaba fuerte, venía fascinado, porque me gustaba correr a la vela, todavía me gusta, pero como deporte, ojalá que nunca más ande así como ese día. Prendí el caldero, pero el jarrito de café estaba vacío, casi pelado, lo tumbó el bote y se cayó. Estaba tan inclinado que dio vuelta casi todo, ahí pensé que estábamos mal, traíamos una velocidad que era para cagarla, varios nudos, saqué el 'foque', la vela triangular que va en la parte de la proa, de la parte del alero para la proa y nos íbamos a ir a la pura vela. Se notaba que iba haciendo fuerza y fue por precaución.

De repente agarramos una ráfaga de viento y lluvia, le dije al Lucho que aguantara firme la marea, porque esa huevada sí que venía fuerte. A todo esto me olvidé del motor, no tenía solución, no le había podido sacar la pana, pero nunca lo amarré, así que me entró a preocupar, y no venía tan relajado. Me di cuenta con lo del jarro de café, así que

dejé la cuchilla al lado, para tenerla a mano para cortar las brisas y así cae toda la vela. El viento cada vez más fuerte y el socio Lucho agarró más susto. Veníamos que bajábamos y no bajábamos la vela, si veníamos en el aire, haciendo patito, dando botes. En eso, seguíamos capeando, pero cada vez se levantaba menos, y veo que se va para abajo el bote, que se da vuelta. Y 'chucha', quedamos en el canto del bote, estábamos parados en los varaderos, en las quillas laterales, de canto, porque la vela no lo dejaba volcarse completo. La vela estaba encima del agua, parados en la quilla. Le dije al socio Lucho que estábamos mal, no había tiempo que perder, primero, porque detrás de nosotros no venía nadie más y, segundo, no nos vendrían a buscar, si eché la ficha para el día siguiente, y nadie va a saber que andábamos aquí.

No quedaba otra que tirarse al agua, porque cada minuto perdido es un minuto menos de vida y menos posibilidades de salvarnos, también. Pensaba que estábamos cerca de la playa, pero no. Por La Vaquería para fuera veíamos casi hasta El Palillo, por la Punta San Carlos, y no era tan cerca, es más, andábamos bien abiertos para el norte, para afuera. Todas esas cosas las pensaba con mi idea que el Lucho sabía nadar. Su papá murió en la mar, en Selkirk, y también se le dio vuelta el bote a la vela. Pero todas las generaciones de Rivadeneira se destacan por ser buenos nadadores y el Lucho me dijo. ¡no me mire, porque yo no sé nadar! Le grité que la única salida era tirarse al agua y llegar hasta un poco antes de La Vaquería, al Mojón, como le llamamos a un pasto que hay entre el Inglés y la Vaquería por ahí. Le comenté que demás llegábamos nadando y de ahí al Inglés. Me volvió a decir, ¡sí, pero no me mire, porque no sé nadar! Estás 'hueviando', vamos sacándonos la ropita y a nadar, le avisé. Le decía esas cosas para que se atreviera a tirarse al agua, esa es la verdad, porque me veía apoyado en él en un cien por ciento y el otro diciéndome que no nadaba. Me dieron los monos, si me dieron los nervios y le eché los medios improprios, lo tapé a chuchadas, y mientras me afirmaba que era verdad, que no sabía nadar. Ahí me calmé, había que aterrizar altiro, el enojo era un rato, no más.

Luego de eso, le dije que nos tiráramos al agua, miré donde se había dado vuelta el bote y andaban todas las 'huevadas' flotando, los chalecos salva vidas y las bollas, con las que podía ayudar al Lucho, estaban lejos. Pensé todas las alternativas que teníamos para alguna flotabilidad y faltaba el circular, el picarón. Pensé que estaría bajo Lucho y le pedí que lo sacara, pero al intentarlo el bote se enderezaba y éste sacaba la mano. Ahí le dije que la metiera para que se salvara,

pero cuando lo intentaba pasaba lo mismo, la sacaba otra vez. Además, no me podía correr, porque si nos movíamos para el mismo lado el bote seguro que se nos volcaba. Estábamos súper bien equilibrados. Qué bueno, eso se dio para que nos pudiéramos salvar. Cuando de repente, vino un viento fuerte, y le dije al Lucho que metiera la mano, porque no iba a dejar que el bote se levantara, se atrevió y agarró el picaron. En cuanto lo sacó ya lo tenía puesto, se lo 'chantó' altiro, 'nada de huevadas'. Me saqué la ropa, las botas, amarré todo al bote y me quedé en pelota. Había un pedazo de cordel de como de seis metros y me lo amarré, después me lo llevé para la casa.

El requisito número uno es que si el compadre no sabe nadar, no se te acerque; si tienes que salvar a un náufrago no tienes que dejar que te apañe, tú lo tomas, pero que él no te apañe, porque con los nervios te va a ahogar. La cosa es que le dije al Lucho que se tirara al agua para ver si flotaba con el chaleco y no quería, pero no podíamos saberlo. Lo único que yo tenía en el cuerpo era una botella amarrada en la cintura. ¡Tírate al agua, no más!, quiero saber cuánto flotas, para poder ayudarte y pasarte la botella. Me dijo que no, que lo dejara ahí, no más, que no pensaba moverse y que le criara su 'cabro chico'. Le grité que el patrón de bote era yo y que le ordenaba que se tirara al agua para ver su flotabilidad y nada más que eso, o si no me obligaba a ir a golpearlo. Eso es algo lógico, uno tiene ciertos derechos como patrón del bote y había que ponerse serio, hasta que se atrevió, se tiró al agua, aguanto hasta que se dio cuenta que flotaba y decía, ¡Gracias Señor! Estábamos contentos.

Después le pasé la otra punta del cordel para que amarrara el circular y a la cintura, pero que 'ni cagando' se me acercara. Me tiré al agua y empecé a nadar con el viento en la cara y lloviendo. Cuando estaba cansado, me di vuelta para no tragar tanta agua y vi que el bote estaba ahí, parecía que iba junto con nosotros, pensé que cuándo iríamos a llegar a tierra y más encima con este huevón a la rastra, que venía parado con el circular, si parecía estaca. Eran como las 5 de la tarde y a las 6 ya estaba oscuro, entonces mi compadre ya se me desaparecía. Le preguntaba si estaba bien y me respondía que sí, pero él veía que yo movía las patas y él no, que venía parado. Le grité que también debía mover las patas, para quedar horizontal, porque como venía no tenía para cuándo poder arrastrarlo. Que pusiera de su parte, y me dijo que no, porque si lo hacía se venía para adelante. Si el cuerpo tiene que enderezarse y no te vas a hundir, porque el salvavidas te aguanta. Ahí se notó que ayudó, si antes venía parado y con ropa, lo único que se sacó fueron las botas. Así seguimos nadando para arriba.

No hay cosa más terrible de ver o darte cuenta que la vida se te va escapando. Si la persona que tiene 50 ó 60 años y dice que le da lo mismo vivir, está equivocada. Creo que cuando 'la pelada' lo anda buscando, uno más se aferra a la vida, cuando más se valora y ves un mundo distinto, te acuerdas de lo bueno que te puede pasar en lo que resta de vida; es terrible darse cuenta que eso se te está escapando y que ya no puedes más. Eso no se lo doy a nadie. A lo mejor no fue tan largo el naufragio al que sobrevivimos, quizás hay gente a la que le han pasado casos peores en alta mar, pero no he escuchado muchas historias de gente que se haya salvado y contado el cuento. Los que han sobrevivido, lo han hecho sólo porque Dios es grande, no más; porque así como en una o en 20 horas se han salvado, es Dios que ha tenido misericordia y no porque unos hayan sido más gallos que otros. Si en cinco minutos puedes perder la vida, te caes al mar aquí y si no sabes nadar te mueres igual, como en el caso nuestro, que mi compañero no sabía nadar. Lo único que decía era: -Señor, perdóname porque he sido hartito malo en mi vida, pero lo único que te pido en este momento es que cambies la dirección de la corriente, porque no quiero morir ahora. Tengo que criar a mis hijos que están estudiando y no quiero morir ahora, tengo 'un cabro chico', dame vida para ellos, y no para mí. Señor no me llesves ahora, es lo único que te pido Señor, cambia la dirección de la corriente. Y me aferré a esa petición, eso era lo único que le pedía al Señor, que cambiara la dirección de la corriente.

Y ahí el Señor me habló, porque escuche su voz. Primero pensé que era el Lucho que me había hablado, pero después me di cuenta que no. Entonces, el señor me dice, ¡Si no has sido tan bueno! Me justificaba diciéndole que había hecho algunas cosas buenas, era mi justificación para tener derecho a pedir. Escuché la voz que me decía que no había sido tan bueno y que lo que me estaba pasando era parte de mi vida; te prometo que en mi subconsciente vi mi vida desde que tenía como 3 años, que fue ahí cuando me eché las primeras mentirillas, cuando mi mamá me mandó a pedir un pan y nunca fui, porque me escondí detrás de la puerta. Le dije a mi mamá que la señora no tenía. Desde ahí me empecé a acordar de todo y pensé que estaba escrito, que estaba fichado, porque era mi hoja de vida que estaba en los cielos, no más. Y todavía estoy aferrado a eso, no creas porque me salvé cambié de parecer, eso nunca, porque creo en Dios y esas cosas existen, él me las mostró. Vi todo lo malo que había sido, en una plana completa, en una página, y de lo bueno nada, porque era una pura 'cagadita' que alguna vez que hice una obra buena y, según yo, hasta ese momento eran hartas. No era así, lo bueno era muy poco y lo malo era mucho.

En realidad, no había derecho de pedir. Decía, ¡sí sé Señor!, y me respondía, ¿te acuerdas de esto?, lo veía y le pedía perdón, pedía fuerzas y que por favor cambiara la corriente y así seguía insistiendo. Lo veía como adentro de una tele, era como mi subconsciente, como que por mi mente pasara un pensamiento visual, veía todas las imágenes que el Señor me decía y le pedía perdón y el ¡nunca más! tan típico. Le rogaba que cambiara la dirección de la corriente y cuando estoy en eso, con todo lo malo que había sido, veo que los cerros se empiezan a mover para el otro lado, y le dije, ¡Gracias Señor!, ¡gracias Señor mío! El 'huevo' del Lucho me preguntaba, ¡qué! Y le grité, ¡no es contigo, huevo! En eso, como que cambió la corriente y pasó el Lucho para adelante, porque tenía más volumen, y le grité que no se me acercara, que no me tocara y nunca me agarró, y me empezó a arrastrar para el otro lado. Él me llevaba, agarró corriente, movía las patas, y me llevaba. Para ese momento era súper poco lo que me movía, con suerte seguía moviendo las piernas, veníamos por El Viudo para abajo, para La Vaquería, ahí hay una braveza, porque queda viento del norte y yo le pedía, ¡Señor, ayúdame, no me vayas a dejar ahora!, si le había pedido que cambiara la corriente, pero que no me dejara en El Viudo, ahí igual la mar me iba a matar. Como estaba jamás iba a resistir quedarme ahí. Lo único que hacía era seguir pidiéndole fuerzas al Señor y me las dio, pasamos por El Viudo para abajo y de aquí ya estamos bien, dije yo.

En realidad, creo que estaba en otra, que estaba como aturdido y no razonaba de manera normal. De repente veo pasar una cuestión negra y le digo al Lucho que me aguante, que parece que era una piedra y que iría a ver si me podía parar arriba del islote. Y lo era, pero cuando la mar lo llena se ve sólo un cachito y queda como una rampla. Cuando estoy en eso, tratando de pararme, me pasa la mar por encima para el lado de la costa y me metió hasta el fondo, abajo sentía una cosa que sonaba, era el ruido del agua que me tenía aplastado. Gracias al Lucho me salvé, como estaba con el salvavidas el agua también lo tiró y nos sacó, si no hubiese sido así me ahogo, ya no tenía fuerzas para salir solo, 'ni cagando', el agua me tenía cargado contra el fondo y no sé cuánta tomé. La cuestión es que salimos y llegamos hasta los islotes donde se suben los lobos en La Vaquería, al Branche. Le dije al Lucho, que aquí sí, como estaba lleno de piedras, y de cachos, cuando pasamos tenía los dedos tullidos y no podía agarrar nada. El agua subía y nos tiraba para arriba y después nos bajaba. Por cosa de Dios, no más, una mar nos pescó y nos tiró para arriba, llegamos en seco. Le decía, ¡gracias Señor!, de aquí no me mueve nadie hasta que aclare y nos quedamos tirados.

Imagínate, pura piedra y a cuero pelado. Haber llegado al Branche también fue un milagro de Dios, porque nos tiró una ola que nos tiró ahí, a mí me dejó exhausto, ya no quería más guerra. Mi socio tenía más defensa ya que andaba con ropa y estaba más lúcido, había trabajado menos, si lo había tirado todo el rato, salvo una hora, cuando cambio la dirección de la corriente y me ayudó. No voy a terminar haciéndome el héroe, al final terminó salvándome él a mí, porque si no hubiese tenido el chaleco y que estaba mejor que yo, habríamos sucumbido igual. Lo más probable es yo hubiera muerto antes y me decía, ¡hermanito, nos salvamos!, ¡vamos para la casa! Con lo mal que estaba, pensaba cómo íbamos a llegar, si estaba tan mal y mi compadre peor. Al menos, me daba cuenta que estábamos lejos, en la Vaquería, pero no me acordaba que había una casa de la CONAF. Le pregunté al Lucho cómo se le ocurría salir de aquí, pero él dale con decirme que la casa estaba ahí. Yo apenas hablaba y él me decía que reaccionara, que estábamos en la Vaquería y que la CONAF estaba ahí, no más. Cuando me di cuenta de eso ya cambió la cosa.

La cosa es que no me podía mover, no es que no quisiera, sino que no podía, estaba todo herido. Empecé a gatear, buscando la parte más cerca de la playa, el Lucho estaba de lo mejor en el agua, pero yo, en verdad, no quería mojarme más y me acosté encima de una piedra, no me daba para tirarme al agua de nuevo. No sé si al Lucho lo sacó la mar o se tiró, estaba bastante asustado y al final los dos estábamos asustados. El hecho es que como nos habíamos amarrado de la cintura, sentí el puro tirón y caí al agua, él se tiró y caí al fondo como una piedra. Estaba congelado y de pronto reaccioné otra vez, arranqué para arriba igual que los ratones y otra vez vamos 'gualateando'. No me acuerdo bien lo que miraba en ese momento, pero lo único que decía era por qué no llegaba, si era tan cerquita, desde el islote no deberían haber más de diez metros, y pensé que estábamos mal otra vez. Que habíamos pasado de largo y que con la oscuridad nos descontrolamos, tirado para afuera en vez que para adentro, en vez de nadar para la playa íbamos para la mar.

Como estaba oscuro, lloviendo y feo; el agua nos azotaba, había un ruido infernal y no entendíamos nada. Además, como no teníamos fuerzas para mirar, porque era un lujo, con el agua que te pegaba en la cara, en un momento pensé que íbamos nadando para afuera. Me tiraba para el fondo para ver si topaba y como no lo lograba me di cuenta que habíamos hecho lo más difícil, nadar 500 metros de más, si con 10 alcanzábamos. En todo caso, intentábamos nadar, a lo mejor ni nos movíamos, flotábamos por misericordia de Dios y nada

más. Hasta que sentimos el puro 'guascazo' que nos tiró sobre un montón de piedras y nos quedamos un buen rato. El Lucho levantó la cabeza y me dijo que estábamos en tierra, no sé cuántas veces me habrá hablado, no es por hacerme la victima, pero estaba mal, por eso digo que es en esos momentos cuando uno más se aferra.

El Lucho me seguía diciendo que nos fuéramos para la casa, yo miraba para la playa y la veía eterna, pero en una situación normal uno se da cuenta que no es tan lejos. Si vas a la Vaquería, saltas a la playa fina y la casa está ahí mismo, o sea, a unos 100 metros. El problema era que no podíamos caminar y eso nos dificultaba mucho, no podía pararme, me arrastraba, tenía que irme por toda la playa gateando y sentía las piedras por los huesos. Pensaba que antes de llegar a la casa estaba ese estero maldito y si me caía no salía más. Como he estado en la Vaquería paseando con la familia, turistas y amigos, uno conoce bien, además que después de un rato me di cuenta de que sí podía llegar a la casa, aunque fuera gateando, pero iba a llegar, y le dije al Lucho que nos fuéramos, no más.

Llegamos al estero, lo veía como un precipicio, estábamos tan heridos y descontrolados que era cosa de ponerse a rodar. Parece ser que lo hicimos, porque cuando me di cuenta estaba enterrado en el fango, sentí como una gangrena que me subía por los huesos; estaba tan helado el barro, se pasó, porque si yo estaba congelado, el barro mucho más. No sé cuántos grados, pero creo que un par bajo cero, por lo menos. Ahí no tenía movilidad y sentía que me calaba los huesos. Le decía al Lucho que de ahí no salíamos y me respondía que teníamos que lograrlo, éste me tiraba el animo para arriba y desde que llegamos a tierra fue un excelente salvavidas. La cosa es que no sé cómo, pero salimos. La verdad, creo que fue un día de milagros. Por eso, creo que Dios es grande y que es un Dios vivo.

La puerta de la casa estaba con llave, el candado llegaba a brillar, pero ahí hay que 'pechar' y aflojarlo. En un rato dio y se abrió la puerta, tal cual como caímos adentro, así nos quedamos. Fue como a las dos y media de la mañana que entramos. Si desde las cinco y media de la tarde que andábamos 'hueviando'. Le dije al Lucho que la única forma de seguir vivos era trasmitiéndonos calor humano, si de verdad que estaba congelado. No sé de qué manera le hablaba, pero sé que me costaba hablar, el Lucho me decía que también tenía frío, estaba mojado pero con ropa. Así que lo pesqué y le dije, ¡venga para acá mi amigo! Nunca he estado tan abrazado con un hombre como esa vez, 'apegaditos' los dos, cara con cara. Y nos dio resultado, con ese

calor logramos pasar como dos horas y media. Dios es muy sabio, despertamos porque estaba congelado, si no lo hago me quedo en el sueño, por el frío. Pegaba unos tremendos saltos en el suelo, como tercianas, una cuestión como para morderse la lengua, desesperante.

Me di cuenta que estábamos mal, yo no podía más y estaba 'cagado'. El Lucho me abrazaba, pero a esas alturas no era suficiente. Desde que nos movimos los huesos volvieron, si nos quedábamos unas dos horas más, a lo mejor nos habrían encontrado congelados adentro de la casa. Ahí uno se da cuenta de la densidad del frío, de cómo puede consumir a una persona rápidamente. El Lucho daba gracias a Dios, que nos habíamos salvado y como sea sobreviviríamos. Le contesté que dependía de él, porque yo no podía más. Tenía muy mal las piernas y aún se me notan unas cicatrices hechas por las piedras cuando me agarré a 'porrazos'. Hasta en el cuello tenía heridas, no sé de dónde cresta, pero un 'huascazo' tiene que haber sido. Los brazos pegados al cuerpo, se me habían pegado con las bolsas de agua. Claro, si la bolsa era el cuero que se me pegaba y al mover se me rajaba, tanto nadar se me coció el cuero y me dolía. El Lucho con el circular se le hicieron heridas, no se le formaron ampollas, se le salió el cuero y la ropa se le había pegado al cuero, eran las carnes vivas. Estuvo bien jodido, se le infectaron las heridas.

De ahí se paró y se fue a buscar si había algo, agarró unos palos para poder pararse y encontró un cachito de vela que, seguramente, se había doblado con el sol. Le dije que ojalá fuera suficiente y buscara fósforos, que era lo principal. El Lucho no caminaba muy bien, pero tenía más fuerza que yo. Estaba oscuro y no los encontró, pero se acordó que tenía un encendedor y prendió la vela. Siguen los milagros, estaba malo y después nunca más dio una chispa. Creo que esa huevada prendió sólo porque Dios es grande; asimismo, con ese cabito encontró más y prendimos unos coirones. Me quemé todos los pelos de las piernas, veía cómo se me 'chamuscaban' los cueros, pero no sentía calor. No podía flexionar las rodillas, estaba estático, aparte que me dolía todo, estaba congelado. Al final, nunca me calenté, pero logré párame un poco y doblarme, la verdad es que estaba como tullido. De ahí empecé a estirarme, a moverme y la hora empezaba a avanzar.

El Lucho tenía ganas de fumar y yo le decía que me comería un pedacito de torta, o un chocolatito. Empezó a 'cachurear' para buscar una colita y encontró una bolsa de té nuevita, dijo que por lo menos tenía tabaco. Las velitas se iban rápidamente, no aguantaban nada, se gastaban y la hora no avanzaba, parecía que todo iba en contra de uno. El Lucho

vació el té en un pedazo de confort y lo prendió. ¡'Putas' la hediondez!, le tengo asco al tabaco y aún más al té, y abrazados se mandaba las 'pitiadas'. La típica reacción de uno, ¡putas, estamos cagados! Después encontró unas cáscaras de naranja secas en unos clavos y las comimos. Es increíble, no sé si es la confianza o los deseos de vivir, las había comido en queques y en almíbar, pero nunca así y no tenía por qué, tampoco. ¡Y putas que la encontré rica! Como que hubiese estado confitada, dulcecita.

Sufrimos hartos, para qué estamos con cuentos, y tanto luchar. Después, al Lucho le llamaron la atención cuatro tarros de salsa de tomate y partió arrastrándose. Estas huevadas están llenas de hormigas comentó, le respondí que si andaban era porque tenían algo dulce, se supone. Era azúcar líquida con hormigas pegadas. ¡Esa huevada comimos! Nos comimos, con el dedo, dos tarritos cada uno, como quien saca un poco de almíbar. ¡Hermanito!, no comamos más. ¿Y si le han echado hormiguicida?, me preguntó. Le respondí que nos han pasado tantos milagros que no moriríamos envenenados. Era calentito, como que te prendía un fueguito por la garganta para adentro. No sé si eran las hormigas o el azúcar, pero la cuestión es que pasaron para abajo igual. El Lucho fumó, comimos cáscaras de naranja y tarritos.

A todo esto, eran como las siete de la mañana y sabía que el 'Cachupín' era avariento, así que iba a salir temprano y que en un rato más iba a andar por aquí. El 'Chunchule' ni duerme, son pescadores que se destacan por salir temprano, eran las siete y media, había aclarado y nada, cero. No sabíamos qué mierda había pasado, pensábamos que con el temporal algo podía haber sucedido en el pueblo, o si no ya habrían salido. Para ese momento, el mar estaba muerto, como espejo de quieto, como si nunca hubiera pasado nada, cómo es la cosa, a nosotros se nos dio vuelta el bote y al día siguiente calmo. De repente, asomó un bote, se movía tan poco que juraba que estaba parado. Pensaba, cómo van a pescar jurel a donde nunca ha salido jurelillos, pero claro, el bote tenía motor y para nosotros el tiempo no corría. Eran el viejo Florento con el Pachi, pasaban la bahía y nosotros sentados sin poder levantar los brazos, les hicimos señas para abajo con el Lucho. Cuando pasó al frente le dije al Lucho que levantara una tabla e hiciera señas y esa huevada la cachó el Pachi, mi primo, pero igual se perdió el bote. Nuevamente asomó y el Pachi levantaba las manos, pero no teníamos para cuándo levantarlas, teníamos el cuero pegado y partimos a la rastra otra vez, todo lo largo la playa. Me fui hincado, más gateando, y el Lucho medio tembleque, afirmándose en una tabla, cuando nos vieron se dieron cuenta de la gravedad del accidente.

Se bajó el Pachi a buscarnos, yo andaba a 'poto pelado', desnudito, como Dios me echó al mundo, y el Lucho abrigadito, con pantalón y jersey.

El Pachi no la podía creer y Báez nunca pensó que nos habíamos dado vuelta. Como el mar estaba tal calmado nunca pensó que nos habíamos dado vuelta. Nos subimos al bote y el viejo tenía la tetera calentita, con pan tostado, pero son bien cagados y cuesta que conviden, salen con un pancito, no más, pero lo pescamos en el acto. El viejo nos miraba de reojo y nos dijo que tomáramos café, como tenía la geta helada, no sentía y me pasaba en banda para adentro.

Así empezamos a agarrar fuerzas, le pedí un saco para no andar a poto pelado, me pasó uno y me quedó como falda, después le dije que fuéramos a la Capitanía de Puerto para informar el accidente y les empezamos a contar que nos habíamos dado vuelta como a las cinco y media de la tarde del día anterior, me dijo que fuéramos a buscar el bote, pero yo sabía que estaba lejos. Llegamos al muelle y como nueve embarcaciones detrás de nosotros. Como veían pasar uno con cuatro personas y eso es raro, se acercaban, miraban y nos veían todos heridos y ¡Chucha! El viejo Bencho iba llorando con el Loco Aldo, el Chico Daniel detracito tomándose la cabeza y lamentándose de la tragedia. Por lo menos nos vieron vivos. Del muelle fuimos a la Capitanía de Puerto, me encontré con mi amigo marino y éste no se había dado cuenta de la situación hasta que el viejo Florento le dijo que veníamos a dar cuenta del naufragio del bote 24. Ahí reaccionó y partió a buscar al Teniente, le comunicó, se cerró altiro el puerto y levantaron bandera roja. Partieron todos los botes al muelle y salieron en la busca del mío, eran catorce y con el Lucho nos llevaron a la posta.

Le conversé al marino, mi amigo, que como patrón tenía que ir. Les decía que tenía que ir como fuera, porque mi socio estaba en el norte y podía pensar algo malo si no participaba. Llegué a la posta, me echaron unas pomadas y mandamos al Pichirrasca a buscar ropa a mi casa. Éste casi mató a la vieja, a la Esperanza, cuando le dijo lo que había pasado. La cosa es que llegó el Pichi a la posta y partimos en el bote de la CONAF a buscar el mío, fuimos con el Loco Bernardo, el viejo Choche Chamorro de patrón, el Teniente y yo. El marino me preguntó dónde me había dado vuelta y le dije que al weste, entonces el viejo Choche me decía que fuéramos para este otro lado, al norte. El Loco Bernardo le hacía caso al Teniente y partía de un lado para el otro, hasta que el Chamorro gritó, ¡bueno, cómo es la huevada, por la chucha!, ¿quién es el patrón aquí?, ¿no vengo yo como patrón? Por

supuesto, le contestó Bernardo, se respeta la antigüedad, viene usted. Ya pues, dale para el norte. Cómo no voy a saber si llevo años trabajando en esta isla. Así que dale, no más, ¡el bote está para allá! Bernardo me miró y al Teniente, 'el CAPUERTO' no tenía idea para dónde ir, si ellos sin instrumentos son nulos.

Le hicimos caso al viejo y nos fuimos bien lejos, como a 25 millas de Santa Clara para afuera, cuando vimos dos palos parados. El *Espartan* llegó en un ratito, porque tiene un motor grande, y ahí estaban el 81 y el 18 con el 24 agarrado. Llegamos al lado, para mí fue una alegría muy grande y me puse a llorar, no había llorado durante todo el accidente hasta cuando vi el bote. Me dio tanta pena, lloré 'a moco tendido', además, no estaba como lo habíamos soltado nosotros, de canto y con la vela flameando a flote; lo encontré boca abajo y enterrado, se lo llevaba la presión del agua para abajo. Cuando llegamos, el Loco, el Loco Aldo y el Pellejo estaban adentro y, como pudieron, lo dieron vuelta, lo enderezaron. La vela estaba echa una masa, toda echa tira, el Loco me gritó que no llorara tanto, que el motor estaba enredado en ella; era un milagro si lo había dejado suelto y ahora estaba afirmado en la vela.

Hasta el arpeo se salvó, también mi ropa, porque cuando salté la amarré a la chumacera. Trajimos el bote y en el muelle había una llantería de viejos y viejas. Al final no perdimos nada, Dios nos devolvió todo: el bidón del agua, el de la bencina, los 'empaletados', los remos, en fin, todo. Además, el Chicho nos trajo todas las cosas que vararon en Playa Larga: el atado, los cordeles y las boyas, como que alguien las puso allá. Mi socio Julio, que estaba en el norte, me contó que la tarde que nos dimos vuelta, Dios le mostró el accidente, se quedó tranquilo porque le dijo que se iba a perder el bote pero no las vidas. No tuvo radio para comunicarnos, parece que el Negro Torres, el encargado de la base, ese día andaba con los 'copetes' y no se la quiso prestar para llamar a la isla. La idea era avisarme para que no saliera, porque Dios le había mostrado en sueños que nos dábamos vuelta. Tenía tiempo de más para comunicarnos y si le hubiera creído no hubiera salido. Mi socio cuenta que Dios se lo dijo, él es creyente, cree firmemente en Dios.

Después le avisaron al Torres para el norte, para que le contara a mi socio. Lo llamó y no hallaba cómo decirle, pero Julio le dijo que sabía todo y por la irresponsabilidad de él no había podido llamar. Hubo

milagros por todos lados. Muchos pensarán que le pongo más pino, pero fue lo real, lo que viví. He relatado esta historia no sé cuántas veces, en la posta unas 100 veces en el día, y cada viejo que llegaba pedía que la contáramos y de a uno para 'más cagarla'.

Es el famoso relato del naufragio que no quisiera volver a vivir nunca más”.

Se perdieron en Santa Clara, lamentablemente

Rolando Mena S: “Es peligroso este trabajo, especialmente detrás de Santa Clara. Allá es pésimamente malo, porque la mar no muere y no hay playa como aquí en la bahía. La mar pega en el cerro y retrocede, o sea, hay dos mares en contraste y puros picachos. A veces el bote queda en el aire, es terrible allá, se han muerto tres parejas de pescadores. Los primeros cuando yo recién estaba saliendo a la mar, debe haber sido en 1938. Eran dos caballeros, Guillermo Arredondo Sepúlveda y Alfonso Olivares, que venía de Valparaíso. He sabido de nueve personas que han fallecido, o sea, cuatro botes. En uno iban tres personas y en los otros iban dos. Por 1954 ó 1955, más o menos, donde estaban unos tíos de los Recabaren Solar, eran dos hermanos y el papá de la señora de Andrés Araya.

En ese tiempo trabajaba con un hermano de mi señora, estábamos sacando canastos en La Capilla, en la Bahía los Alhelíes, que es la bahía grande que tiene Santa Clara, había un viento tan fuerte y una mar tan mala. Estos niños tenían sus canastos calados para el lado de Los Negros, pasaron a recoger unas trampas por allá y les paramos el remo para que se devolvieran, pero no lo hicieron. Después, recogimos los canastos y nos devolvimos, estaba muy malo, había una braveza tan grande que era un veneno echarse a la mar. Mi compadre era muy prevenido dijo que nos fuéramos y pilláramos carnada para el día siguiente. Fuimos unos de los últimos en llegar, nos preguntaron por ellos y así salieron altiro a buscarlos. Se habían perdido, se dieron vuelta detrás de la Punta de Los Negros, pasar por ahí era un atrevimiento grande, en verdad la mar estaba mala, una mar mala que vino de repente y tienen que haber sabido que estaba malo por allá. Lo mismo le pasó a Eduardo Paredes y a Juan Celedón, los últimos que murieron, tenían trampas allá, se metieron con la mar mala y se perdieron”.

Hugo Arredondo S: "Se perdieron en Santa Clara, había tiempo malo y andaban con un motor italiano muy pesado. Se supone que le llegaron unas dos mares que dejaron tambaleando el bote y, seguramente, lo echó a pique. No se encontró la embarcación y apareció un sólo finado a los siete días, eso fue todo. Muy rara vez pasa eso, durante muchos años que no se perdían pescadores. También está el factor atrevimiento cuando se mete con tiempo malo. Son varias causas, mucho tiempo el material calado, que cómo vamos a dejar la carnada y ese tipo de cosas, pero vale más perder cualquier cosa y no la vida.

Después que se hundió el buque somos todos capitanes, ese es el problema, lo lamentamos bastante, eran muchachos jóvenes. La otra desgracia ocurrió en la isla de Masafuera, fue por 1964 cuando se perdió esa gente. Desde entonces pasan cuarenta o treinta años y se pierde un pescador. Estas embarcaciones son muy buenas, son tipo chalupas de alta mar y es difícil que se hundan, pero contra la mar no hay nada; no podemos decir que no nos vamos a dar vuelta, uno se descuida, un tiempo malo o una mala maniobra y hasta aquí llegamos. Lo que no pasa en 40 ó 50 años puede suceder en un segundo. Así es la vida del pescador. Se llamaban Eduardo Paredes, el Gallina, y el otro Juan Celedón, el Pingüino, los dos se perdieron. Muchachos jóvenes, casados y con niños. Tenían sus hijos más o menos grandes.

Hoy día es más fácil detectar los temporales, vía satélite se está viendo el tiempo, cuánta fuerza y todo lo que trae. Son avances para nosotros, porque la Dirección de Aeronáutica diariamente nos está mandando el tiempo, se coloca en la prensa y el pescador sabe con anticipación cómo va a estar. Se está tomando conciencia y si va a estar malo para qué voy a ir a tontear. Los tiempos acá no son estables, de un momento a otro se echa a perder y si uno anda afuera en ese momento no sabe qué puede ocurrir. Antes no teníamos aeronáutica y valía la experiencia, saber sobre las nubes, el viento, que si hay un chubasco, o si viró el viento a norte y hay que acampar. Ahí hay que ir a fondearse en unos caletones, que le llamamos, son bahías y dependerá de qué viento esté avanzando verá dónde se puede quedar. Eso, felizmente, lo conocemos todos los pescadores".

19. Tarda, pero llega

La electricidad

Victorio Bertullo M: “Cuando llegué [1963] había tres horas de luz, cuando se oscurecía, con un motor y un empleado municipal, el papá de Betty, Robin y Carlos Schulz. Era funcionario de la Municipalidad de Valparaíso. Después de eso, se apagaba la luz y se prendían los chonchones, velas y lámparas de parafina. Además, la gente tenía la costumbre, como no había televisión, de escuchar sólo radio; en la noche llegaba de Europa, Italia y España como que si fueran del continente. También, a las diez de la noche ya no andaba nadie en la calle”.

Elsa Rivadeneira A: “Llegó la civilización de un día para otro, de tener la luz a vela y después eléctrica, de todas maneras es mejor la de ahora. A veces, cuando no hay luz, uno lo encuentra raro y tan oscuro. La otra vez hubo un corto circuito y tenía visitas, la mesa lista para servir y se apagó la luz. Fue una baja de voltaje, se prendía muy poco y estuvo así hasta el día siguiente. ¡Justo cuando llegaron mis cuñados! Compramos un paquete de velas y las pusimos. Uno se encuentra raro sin luz eléctrica y ya se acostumbró. Antes era hasta cierta hora y después la apagaban, la daban hasta las 10 ó 12 de la noche y nada más. Ahora tenemos luz toda la noche y es una lindura”.

Victorio Bertullo M: “La planta eléctrica funciona con petróleo, hay tres motores y sale carísimo. En este momento los usuarios pagan muy cara la electricidad, hasta las familias más pequeñas no consumen menos de cinco a diez mil pesos de luz. Ahora debe haber más de doscientas casas, sin embargo, no cubren el treinta por ciento del consumo del petróleo y el Estado subvenciona a la Municipalidad para que pueda haber luz las veinticuatro horas. Eso lo logramos en 1993, en tiempos de Aylwin, a nombre de la Gobernación de Valparaíso, nos dieron un aporte especial o si no sólo habría luz unas seis horas. Eso traería un montón de problemas: tres horitas en la mañana, tres en la tarde y otras tres en la noche, no más. Los refrigeradores no servirían, con la deshielada no se mantienen las cosas, se echaría a perder la carne, el pescado y lo que uno quiera guardar. Sería retroceder 20 ó 30 años de desarrollo”.

La televisión

Wilson González C: “La televisión llegó en 1985, el Capitán de Puerto y, a la vez, Delegado Militar, era como el alcalde de esa época, Zúñiga era el apellido, hizo bastante por la isla. Nos reunimos unos pocos pobladores y hablamos con él, lanzó la idea y juntamos la mitad de la plata. Hicimos beneficios, partidos en el gimnasio y fiestas, todo se donaba y lo recaudado era para comprar la antena. Hasta que se logró. Pusimos la mitad del dinero y la otra mitad el gobierno. Con la televisión se acercó bastante la isla al continente, pero también se perdieron las tradiciones”.

Rosario Recabarren C: “Fue una novedad muy grande cuando llegó la televisión. Había un circuito cerrado en El Castillo, la población de La Pólvora, nada más. Ahí en El Castillo tenían una base del circuito y nosotros, a veces, íbamos a ver películas, porque no teníamos tele. Después llegó la Televisión Nacional, el cable y de ahí se descontroló la isla. Creo que fue por la tele, porque los cabros no toman en cuenta los estudios, se dedican a ver tele y aprenden tanta cosa”.

Victorio Bertullo M: “En 1985 llegué de vuelta del continente y me encontré con don Juan Vera, que era meteorólogo de Aeronáutica, venía de Puerto Aguirre, y se les había ocurrido hacer un circuito cerrado de televisión en varias casas. Todos aportaron una cuota, compraron los equipos, pusieron los cables y veían televisión, pero envasada. Todo se lo mandaban grabado de Santiago o de algún pueblo cercano. Él hizo lo mismo en La Pólvora, Doctor Johow y la Aeronáutica, 28 casas conectadas, tenían su televisor y veían películas. Cuando quería ver iba para allá, incluso Juanito me decía, ¡mañana vamos a dar tal, así que vaya! Iba a su casa o me invitaban de otra, era dos o tres veces a la semana, porque no podíamos ir todos los días. Un profesor de la escuela vecino mío me dijo, ¡Tío Tulo, por qué no creamos otro circuito! Abarcamos desde la calle Dresden hasta Lord Anson y los que quieran sumarse. Alcanzamos a inscribir como ocho o diez dispuestos a pagar \$30.000, que en esos años era mucha plata, con tal de tener televisión en la casa.

Aquí hubo un Subteniente, el primer oficial de la Armada designado Alcalde, nos llamó y nos pidió que esperáramos, nos avisó que viajaba a Santiago y que visitaría Televisión Nacional. Había asumido como Director un ex marino y le plantearía la posibilidad de ponernos una antena repetidora. Y le fue bien, dijo que iban a ver el asunto y que él

lo plantearía como Alcalde en la Gobernación de Valparaíso para ver si podían apoyar. También que la gente juntara \$300.000, que era la meta, y que ellos ponían la parte técnica y de mantención, así que se hizo. Vino el verano, la gente trabajó, mataron animales y qué no hicieron para juntar plata. Reunieron \$2.000.000, que era mucha plata. Así que cuando Televisión Nacional supo, inmediatamente planificaron traer la antena. Pasó todo ese año y el 8 de noviembre de 1986 comenzaron las transmisiones de TVN.

Al comienzo, la antena tenía baterías solares y cuando se cortaba la luz seguía transmitiendo, entonces nos cambiábamos al televisor blanco y negro. En ese tiempo cortaban la luz a las doce de la noche y las transmisiones terminaban a las doce o una de la mañana, entonces, para no quedar sin saber en qué terminó la película o el programa, había que tener las dos cosas preparadas: un televisor en blanco y negro con una batería, porque no había a colores con ese sistema, y apenas cortaban la luz hacíamos el cambio.

El 24 de octubre de 1997 tiraron la primera transmisión directa de Canal 13, era una antenita mucho más chiquitita y moderna. La consiguió un particular que siempre venía para acá, un cabro joven, Jaime, habló con la Municipalidad y pidió el patrocinio para ir al Canal 13. Como éstos han sido competencia, vieron la posibilidad y la pusieron, por eso tenemos dos canales abiertos”.

Flora De Rodt A: “Cuando recién llegó la televisión la gente casi no se veía en las calles. Todos se juntaban, uno encargaba una tele, al mes siguiente otro y el que no tenía se iba a una casa donde hubiera. Podía seleccionar una comedia o una película”.

Elsa Recabarren S: “La televisión instruye mucho a la persona, pero también se aprenden cosas que no se deben. Prefiero la radio, la inmoralidad no me gusta, hallo que hay muchas cosas que se ven en la tele y que los niños no deberían mirarlas. Hay mucha gente depresiva que anda haciendo tanta maldad y los niños al ver todo eso lo van aprendiendo. La tele le sirve de profesora”.

Guillermo Martínez R: “Las comunicaciones son interesantes, muy importantes, pero la televisión hasta por ahí, no más, preferiría que los niños jugaran más al aire libre. Lo dije en el sindicato, en una reunión con el Capitán de Puerto, le reclamaron porque había niños que andaban en los ‘cachuchos’, esos botecitos chicos. Salí en defensa de los niños, le dije al Capitán de Puerto que a mí me gustaría que los

niños siempre anduvieran en los 'cachuchos' pescando o en el campo, en vez de ver tele. Me encontró toda la razón, si los niños cuando ven tele andan disparando y haciendo cualquier lesera. En cambio, que salgan a pescar es algo súper sano y si dicen que les puede pasar algo, los papás deben ser responsables y entregarles un salvavidas, pero que los apoyen, si no los cabros buscan vicios”.

Daniel Paredes R: “Cuando llegó la tele los isleños nos pusimos más flojos todavía. Cuando llego de la pesca, me baño y veo las noticias, son importantes, me gusta informarme de los que pasa en el país o en el mundo, porque tampoco se trata de vivir como pajarito. La llegada de la televisión fue una atracción muy buena y, aunque hay gente que comenta que es mala para la isla, creo que hay que rescatar lo mejor”.

Rolando Mena S: “La tele se vino a ver para el tiempo de Pinochet y él no quería que hubiera en la isla. Incluso, nos dijo que iba a cambiar mucho la vida y justamente cambió, la gente perdió mucho la sociabilidad. Antes, nos juntábamos y hacíamos grandes fiestas para los 18 de septiembre y asados en la cancha. Todo eso se perdió con el asunto de la tele, ahora uno baja como a las tres de la tarde y no se ve a nadie, están metidos viendo las comedias. Los niños aprendieron otras cosas y se facilitó más la educación, porque también tiene algo bueno la tele. No todo es malo, a pesar que la tele de Chile es bastante mala, es muy degenerada, como los garabatos y todo eso. Antes no existía y era más oculto. Por lo menos, cambiamos en un 80 ó 90 por cierto de lo que éramos”.

Flora De Rodt A: “Lo que me gustaba de antes era la unidad, la gente era cooperadora y no existía ese separatismo que hay ahora. En cuanto llegó la televisión cambió todo. Ahora no se hace deporte, antes todos los días o los fines de semana se jugaba básquetbol, fútbol y distintos deportes e íbamos a mirar. La gente contenta y unida, no como ahora, que yo soy yo o tú eres tú. El individualismo, su persona y nada más. Valoro lo que pasó anteriormente, fue tan lindo y a mis hijos les cuento.

Juan se acuerda de algunas cosas, tiene veinticinco años, cuando íbamos al gimnasio a mirar deportes y también demostraciones de ballet en el gimnasio. Había unas niñitas que bailaban, son cosas bonitas que ya no se ven. Ahora le dices a una niñita hagamos esto o lo otro y se pone a llorar, son así. Esas son las cosas que hecho de menos, he intentado motivar a la gente para hacer algunas cosas y las respuestas son, ¡no puedo! o ¡van a dar la comedia! Por eso digo que la televisión varó todo, la gente es ella y solamente ella”.

El teléfono

Daniel Paredes R: "Pienso que lo que dio un vuelco más rápido en el desarrollo de la isla fue el teléfono. Antes había trámites que demoraban meses, esperábamos que la carta llegara al continente y las goletas se demoraban como una semana en ir y volver. Ahora no, uno llama por teléfono y al minuto tienes la respuesta, el problema solucionado. Eso fue muy bueno".

Rolando Mena S: "La isla ha avanzado 100 años de lo atrasada que estaba. Aylwin nos puso teléfono y cambió mucho la isla, fue un adelanto enorme. Creo que la isla recupero cien años perdidos. Cuando llegó la tele y el teléfono se entretuvo mucho más la gente y era otra vida.

Antes era pura telegrafía, había que poner telegramas. Después, se modernizó la radio estación y uno podía comunicarse por teléfono con sus familiares. Costaba 100 pesos el minuto y era por radio, pero en conexión con el teléfono de la casa de la persona que uno llamaba. En ese tiempo había un acuerdo con la empresa de teléfono y la Armada para poder hacer el servicio y, a veces, había que ir como a las 7 de la tarde en invierno, oscuro y lloviendo, y era pésima la atención. Además, había que tener harta paciencia, porque la gente hacía encargos y necesitaba el llamado, así que uno tenía que ir al otro día para hacer cola. Había que estar una hora antes para hacer número y así poder comunicarse con los familiares.

Aylwin puso teléfono y la cosa cambió. Fue una alegría tremenda, uno se podía comunicar con su familia a cada hora y a cada rato. Lo mejor fue que Aylwin no aceptó que la empresa cobrara por larga distancia y si lo hacían tenían que sacar su planta y llevársela. Les dijo que no había ricos y que toda la gente era pobre. Así que ahí se arregló la cosa y, como digo, ahí se adelantó bastante. Eso le agradecemos al Presidente don Patricio Aylwin".

Victorio Bertullo M: "Cuando soñábamos con tener teléfono la gente se reía. ¡Teléfono!, ¡de a dónde! Estábamos acostumbrados a hablar por radio, íbamos a la Municipalidad y de ahí llamábamos a ONEMI de Valparaíso y de ahí nos comunicaban al teléfono con el teléfono que necesitábamos, pero por radio. Uno tenía que estar diciendo ¡cambio! y el otro cuando terminaba tenía que decirle ¡cambio! y se hacían unas colas tremendas. Era una hora, de las doce a la una del día, no

más, que nos podía atender ONEMI. Cuando se hablaba de tener teléfono, nadie creía.

El teléfono salió en octubre de 1993. El primer teléfono público estuvo en la esquina del correo, una caseta con luz y todo. La filmé y hasta de noche. Se armaban unas tremendas filas de gente, las llamadas locales eran gratis y toda la Provincia de Valparaíso era local, entonces, no se pagaba. Eso sí, empezaron a controlarlo y cada persona no podía hablar más de tres minutos, si algunos que se pegaban media hora y 20 personas en espera. Era marcha blanca para que nos interesáramos en adquirir teléfono y después llegaron en ofertas a \$97.000, en tres cuotas de treinta y tantos mil. Ahí nos metimos todos, no lo pensé, para mí era un sacrificio pagar los treinta y tantos mil pesos, en ese tiempo, y mensual, pero era una ventaja grande poderse comunicar. Además que ya estaba decretado eso de la llamada local a Valparaíso y no era larga distancia”.

20. Lo que la tele se llevó

La Fiesta de la Primavera

Flora De Rodt A: “La vida en la isla antes era mucho mejor. En mis tiempos, en los setenta, se celebraba el Día de la Primavera, el Festival de la Langosta y se hacían competencias por sectores. Por ejemplo, La Pólvara preparaba un sketch, una obra de teatro o carros alegóricos. Salía muy lindo, cosas tan lindas que uno no se imaginaba que en la isla se podían haber hecho, no sé de dónde sacaban tanta creatividad. Los trajes que hacían eran preciosos, se conseguían de por aquí y por allá, y salía a la perfección, bonito, se disfrazaban y qué sé yo. Una vez hicieron un avión que traía unos pascuenses que bailaban sau sau. También un platillo volador, con luces, música y los tripulantes se bajaban con sus vestimentas. Era una cosa tan preciosa, no me explico de dónde sacaban tanta creatividad, cosa que ahora se ha perdido en la isla. Todas estas cosas se hacían en el gimnasio”.

Guillermo Martínez R: “Eran fiestas súper lindas y participaban tres sectores: Lord Anson, Larraín Alcalde y La Pólvara. Eso se hacía con trabajo de mucha gente y eran representaciones muy hermosas. Por ejemplo, en Larraín Alcalde hicimos la Nefertiti, los de Lord Anson a Neptuno, el rey del mar”.

Ximena Green V: “Estaba metido el Chato Manolo en esa época. Participaba en muchas cosas y eran actividades bonitas. Una vez salieron del lado del Pangal o del Palillo con el Neptuno y las balsas venían con luces, un lindo carro alegórico.

Conseguir cosas era difícil, los aviones no venían tan seguido, porque la pista era rústica, pasaba una semana y llovía, no podía haber vuelo, no como ahora que es asfaltada. Mi mamá qué no sacaba nada de la casa, para esa época ponía cubre camas, sábanas, cortinas y todo lo de nosotros. Desvestía un santo para vestir a otro, es la verdad. Por eso, quizás, tengo ese concepto de ayudar a la gente, porque mi mamá era así, y mucha gente más. Hablo por mi familia, por los míos, pero sé que hay mucha gente a la que le gustaba representar. Cuando jóvenes hicieron a Jesús Cristo, verdad Willy”.

Guillermo Martínez R: “Teníamos una persona muy ingeniosa, Julio Arancibia, el Ñato Julio, una vez hizo un platillo volador y sus luces,

de puros tambores. También construyó un avión, fue un trabajo de meses”.

Ximena Green V: “En Larraín Alcalde representamos la época de las fiestas con vals, de Strauss y salió fantástico. Incluso, salía el obispo. Venía el Lord tanto con una princesa y las faldas eran puras sábanas o cortinas, pero te emocionabas cuando veías entrar a gente. Me acuerdo de don José Camacho, que era súper gordito, y lo eligieron obispo en la representación. Mi mamá tenía un cubre cama de felpita morado oscuro y como él era gordo se veía como si fuera otra persona. Las mujeres con su vestimenta, los niños y toda la gente. Me acuerdo que mi hijo Pablo, que ya ahora tendría como 34 años, y mi sobrino Nino, en esa época tendrían unos 10 años y los pusimos de príncipes. Hicimos pelucas de algodón, de las que usan en la corte los Lord, y se veían realmente preciosos los chiquillos”.

Guillermo Martínez R: “En la pólvora también hacían cosas bonitas. Una vez representamos el Western Americano, fue súper lindo, todos con caballos tirándose al suelo y corrían los balazos. Era espectacular”.

Ximena Green V: “Bailaban súper lindo, bonito y las mujeres bailaban can-can. Todo súper bonito”.

Guillermo Martínez R: “Las representaciones se hacían con puntajes y había un jurado calificador. Una vez hicieron un cementerio, al frente y a cada tumba le colocaban tallas de la gente. A la María Eugenia le pusieron una garrafa”.

Ximena Green V: “Decía, ‘Que en paz descanse’ y le pusieron una garrafa. Las lápidas eran con tallas, despertarse en Larraín Alcalde era estar en un cementerio”.

Guillermo Martínez R: “Una vez empapelaron completa la ECA. En otra oportunidad se robaron las teteras de los botes, les tocó salir la pesca y nadie tenía una. No sé qué sector las habían sacado en la noche. Estaban todas colgando frente de la municipalidad, fue súper bonito. Muchos botes salieron con que no tenían tetera, se las habían robado, pero eran puras tallas. La gente se entretenía cualquier cantidad. En esa época se elegía a la Reina de la Primavera”.

Flora De Rodt A: “Se competía por la reina, se presentaba un participante que cantaba, decía una poesía o algo bonito, cosa que tuviera puntos para definir. Me acuerdo que mi amiga Juana se vistió

de sirena, era jovencita, tenía muy lindo cuerpo y era bonita, pelo largo y todo ondulado. Es la señora de *Bernardo López R* y mamá de la Susan. Era delgadita y bonita, la llevaron en una balsa tirada por un bote. Era la cosa más linda el traje que le hicieron, era ver una sirena de verdad. Llegaba al muelle y ahí iban juntos para otra parte. Después, en otro lado, se vestían de Robinson con Viernes y todas sus cosas”.

El Teatro

Guillermo Martínez R: “En el tiempo que estaba Arnaldo Vidal, que era de la Fuerza Aérea, se hacían veladas preciosas. Fue la primera persona de la FACH que estuvo acá y con José Miguel Báez, don Carlos Chaparro, don Mario Charpentier y mucha gente que le gustaba la comedia, organizaban todo. Hacían obras de teatro y se despoblaba la isla. En un salón grande, que era de la Sociedad de Socorros Mutuos, hacían las veladas, se juntaban varios isleños y era lindo. Estaba don Carlos Shultz, que fue el primer administrador de la planta eléctrica, papá de los de acá. Era muy entusiasta, le gustaba mucho la comedia y salía con don Mario Caballero”.

Ximena Green V: “Eran parranderos y les gustaba todo eso”.

Guillermo Martínez R: “Don Oxiel De Rodt, el papá de la Flora de Torres, también salía. Ese viejito era espectacular”.

Ximena Green V: “Él era un artista, la Floripondia hace los mismos gestos que su papá. Todos los libretos eran hechos acá, todos isleños. En esa época no había parlamentos, ni cosas especiales, sin bibliotecas ni nada, era todo rústico, no más”.

Guillermo Martínez R: “Una vez hicieron una presentación con don Carlos Chaparro y el papá de la Florita andaba robando de noche en la cocina. La tía Inés, que era la dueña de casa, gritaba ¡quién anda ahí!, porque pensaba que andaban robando, y le respondían, ¡nadie, es el gato!, y la gente se ‘cagaba’ de la risa. Después al Mario Charpentier le iban a sacar una muela y habían muerto un animal, entonces, le tenían puesto todo el bofe, la pana, el corazón y le sacaron todo el ‘tripal’. La idea era como que le salía por la boca, le querían sacar una muela y le sacaban todo. A los viejos no les faltaba, tenían hartos ingenios para hacer reír a la gente”.

Flora De Rodt A: "Salían con unas cosas terribles, pero daba una risa tan grande. Me acuerdo que mi papá salió de médico en un sketch, pusieron un el telón donde se veía una sombra, sacaron un corazón de cordero, y de las manos se vieron colgando dos cocos. A mi papi le encantaba el teatro, hizo cualquier presentación de obras en la escuela. Se vestía de Robinson, de gringo, y de lo que le pidieran. Con mi hermana salíamos, creo que podríamos haber estudiado teatro, los parlamentos los aprendíamos rápido, teníamos chispa y salíamos sin miedo. Ahora no hay un líder, una persona que sepa y que diga, ¡haremos esto o lo otro!, tal vez, ha existido, pero no se interesan. Hicimos La Pérgola de las Flores, salió muy linda, El Amor de un Pescador.

Recuerdo a la profesora Eloisa Peña, ella sabía, hacía teatro en la Universidad Católica de Valparaíso. Se vino porque le gustó la isla, su hija ejercía como matrona, era una familia de artistas. Hacía los contactos, reunía a las personas y nos daba los parlamentos de la obra. Ella influyó mucho en la isla, era muy talentosa, hacía los trajes y quedaban a la perfección. Decía, ¡te vas a poner éste y tú este otro!". En esa época yo tenía 27 años".

Guillermo Martínez R: "Hubo cosas preciosas, épocas marcadas con gente de ideas súper lindas y que hicieron funcionar acá. Lamentablemente, cuando se fueron se perdieron, ese es un problema. Siempre tiene que haber alguien de afuera que esté motivando, porque a nosotros nos falta perder el miedo para hacer las cosas. Aquí hay muchos talentos, pero están escondidos, en el Día de la Mujer participan muy bien ellas. Hay varias que le gusta cantar o recitar y ahí tienen oportunidad de hacerlo".

El Festival de la Langosta

Flora De Rodt A: "Se hacía el Festival de la Langosta, presentaban canciones y sketch. Al ganador obtenía una langosta de trofeo, era muy linda, la mandaban a hacer al continente y costaba carísimo. Era de bronce, sobre un pedestal y brillaba. Me acuerdo que se la ganó Guido Balbontín, cantó una canción de la isla que había escrito. En otra oportunidad el vencedor fue mi cuñado con 'Vino Griego', es una canción lírica, él tiene buena voz. La gente aplaudía y pedía su langosta. No era gaviota como en Viña. Al mejor sketch también le daban premio".

Victorio Bertullo M: “En 1977 comenzamos en la escuela con el primer Festival de la Canción, ‘El Cantar de la Langosta’, y fue a petición de un Capitán de Puerto designado en tiempos del gobierno militar. Era el jefe máximo de la isla y me dijo que en mayo, el mes del mar, organizáramos el ‘Cantar de la Langosta’, como en Viña empezaron de a poquito, aquí también podría terminar siendo así. Tenía dos marinos que tocaban guitarra, buenos artistas, yo tenía colegas también tocaban, y los acompañaba. Fui jurado uno de los cinco jurados, el ganador fue el ‘Pastilla’, Nils De Rodt, con la canción Con el viento a tu favor, de ‘Camilo Sesto’.

El 78 me fui y no se hizo, se postergó hasta el verano del 79 y ahí estuvo a cargo de la Delegación Militar. En 1980, cuando asume la Municipalidad, ellos lo organizaron y duró hasta 1985 porque dejaba pérdidas. Hace dos veranos con Gastón Arredondo intentamos revivirlo, no hubo caso, hicimos un pequeño festival de dos noches en la escuela, fue bonito, pero no cundió como pensábamos. El otro llegó a ser grande, vinieron Wildo y unos locutores famosos del continente. Estuve a punto de traer al Pollo Fuentes y al Pirulo Chávez, conseguí los pasajes en el Aquiles viejo de la Armada, pero tocó el conflicto con Argentina, no vino ni un barco y sonamos. Después, la Municipalidad trajo un piano, lo arrendaron en Santiago y lo trajeron para acá. Otra vez vino Pancho Puelma, fue bonito el festival, pero se terminó, como tantas cosas”.

No todo se ha perdido

Hugo Arredondo S: No se ha perdido todo. Cuando una persona cae en desgracia, está ‘jodida’ o se le vino la casa abajo, hay un grupo que se preocupa y el mismo pescador ayuda a levantarla. En ese sentido somos bastante solidarios, cuando pasa una desgracia y hay que ayudar, la persona está dispuesta. Siempre se están haciendo rifas para ir en ayuda de algún enfermo o de alguna familia, las hacen en los clubes o las Damas de Rosa, siempre hay gente preocupada. En otras partes, prácticamente, no se ve eso, pero una comunidad chica es más fácil hacerlo, también”.

Victorio Bertullo M: “Todavía se hacen cosas bonitas, como la regata de los botes a vela. En el mar se pueden hacer tantas cosas. En el Mes del Mar tiene actividades desde el uno hasta el 31 de mayo, lo organiza la Capitanía de Puerto, con premios y es tradición. Hacen campeonatos de tiro al blanco y de pesca en botes, quién saca el pez más grande, la mayor cantidad de piezas y el kilaje. Lo que les gusta mucho es la

maratón, el 22 de noviembre, día de la isla, se corre desde La Punta hasta aquí. A los competidores los llevan en bote y se vinieron, son 24 ó 25 kilómetros, con meta en la Municipalidad. Radio Soberanía FM transmite toda la carrera, se controla el tiempo, la idea es que se quiebren las marcas y que exista un récord. Los competidores llegan fresquitos aquí, como si no hubieran corrido nada, y son 25 kilómetros de bajadas y subidas, es que la topografía los acostumbra a ser buenos para correr.

También se participa en caza submarina, hay varios pescadores que saben bucear y buscan las mejores especies. En junio se celebra el Día del Árbol y más actividades organizadas por CONAF; en abril, el día del Carabinero; en marzo, el día de la FACH, porque Aeronáutica depende de ellos; en julio, la Batalla de la Concepción; el 20 de agosto, con Bernardo O'Higgins; en septiembre, Fiestas Patrias; en octubre 12, el descubrimiento de América; en noviembre, el 22 es el Día de la Isla; y en diciembre, Pascua y Año Nuevo. En enero y febrero, las actividades de verano. A los jóvenes se les ocurrió hacer 'limpieza a fondo', salen a recolectar basura, todo lo plástico, latas y cosas así, y mandan esa basura embalada al continente. Hartas actividades en la isla".

21. Cambio de Milenio en Selkirk

Otros adelantos tardíos

José González A: “No sabría decirle exactamente el año que llegó la luz a Selkirk, serán unos diez años que tenemos este motor. Antiguamente, no teníamos luz eléctrica, con pura velita y lámparas a gas. Este motorcito es gracias a la Gobernación Marítima de la isla de Robinson, un Capitán de Puerto dio dos de baja, porque habían cumplido su período, y los iban a botar al mar. Nos ofreció uno para Masafuera y se lo regalaron a la Municipalidad y ellos lo trajeron, nos ha servido hartito. Hace más de diez años que lo tenemos y nos cambió la vida al tiro, compramos lavadoras, —si antes las señoras lavaban a pura artesa—, centrífuga, videos y la vida cambió en un cien por ciento.

Otro adelanto bueno fue la iniciativa del Nino de cambiar el huinche. El huinche que teníamos era viejo. Llegábamos cansados de la mar, después de tirar veinte o cuarenta trampas, y teníamos que esperar a los compañeros para ayudarlo a dar vuelta la manilla y vararle el bote. Era todos los días y seguíamos hasta la noche en el huinche. Un día, el Nino nos dijo que se iba a conseguir todo para hacernos un huinche eléctrico y no le creímos. Después lo trajo y nos dijo que sacáramos el viejo. Lo fuimos a buscar y nos mirábamos, porque no creíamos que fuera a mover un bote, es que se veía tan re chico. Era una cajita con un motorcito y las embarcaciones pesan como una tonelada.

Maximiliano Recabarren G: “Cuando lo vinimos a probar lo traje armado, estaba más nervioso que la ‘cresta’, porque la caleta de acá no es plana y en partes tiene pendiente. Pensaba en la vergüenza si no funcionaba. Pusimos un bote que estaba bien arriba, amarramos el motor a un poste, lo echamos a andar y resulto todo bien. Lo tiró sin problemas, todos los viejos emocionados con la cuestión. Hicimos la base y lo colocamos detrás del otro huinche, por si llegaba a fallar o cualquier cosa, estaba el viejo. Vamos en la tercera temporada y ha tenido percances menores, algunas bujías. Se dan el lujo de varar de a una persona y los otros llegan y se van. Es súper ‘aliviante’, es efectivo ciento por ciento, creo que es un adelanto grande que se ha hecho por ser una caleta de pescadores. Esa es la historia del huinche, bastante buena, por lo demás. Más adelante pienso mejorarlo, porque lo construí con cosas que estaban dañadas, pero tengo talento, así que quedará mejor.

Lo que pasa es que hace nueve años me accidenté y me corté unos tendones de la mano derecha, la comunidad en general se pronunció, hicieron hartas actividades para reunir fondos para mí, y Masafuera aportó 44 langostas y me fui a operar. Al principio se pensaba que era un corte muy pequeño, y que la cosa era de un día para otro. En ese tiempo trabajaba en el aeropuerto, salía fácil ir a Santiago y volverme al otro día y allá tenía todo para una buena recuperación. Cuando llegué me di cuenta que era mayor la cosa y empezó el show; al final estuve 17 días y una semana hospitalizado.

Masafuera es parte de mi vida, porque cuando me accidenté era un cabro bien joven, no me conocía nadie, más que unos pocos isleños, y me dejó bien marcado. Tanta gente, como el Paín, el Mariachi y otros viejos que se han ido, cooperaron y eso que a mí ni siquiera me conocían. Me gusta Masafuera, porque si le pasa algo a cualquier persona siempre están dispuestos a ayudar y nunca se le ha retribuido o se le ha devuelto la mano al pueblo masafuerino. Entonces, todo el amor que siento por ellos es porque me tendieron la mano, por eso les hice este huinche”.

Manuel De Rodt C: “Llevamos como cinco años, quizás menos, con el huinche eléctrico. Antes, no era para nada muy agradable. Te diste cuenta cuando se echó a perder el motor y tuvimos que varar entre todos, era uno solo, pero antes había que varar once botes. Algunos quedábamos varados detrás del huinche y se pasaba con ‘patecas’, que estaban amarradas a las piedras grandes del estero, y así llegaban los botes arriba. Pero a ‘pulseque’, no más. Y no faltaba el que le hacía el quite.

Cuando el Nino trajo el huinche eléctrico se echó de menos el otro. Por lo menos yo, se perdió el compañerismo, a pesar que no éramos todos, pero siempre la mayoría estábamos ahí. Sabíamos quiénes éramos, así que cuando el tiempo estaba medio ‘julero’, de repente programábamos algo, y bajábamos temprano, poníamos el calderito adentro del huinche y cada uno sacaba sus cositas para tomar choquita. Aportábamos mantequilla, otro, mermelada; no faltaba el que traía su pedacito de carne y hasta medio día echando la talla. Eso se perdió con el famoso huinche eléctrico, así y todo éramos más unidos. Era otra vida, más tallas, comentábamos la labor de uno, cómo te había ido, más comunicación. Ahora no, llegas, pescas tu bolsón, varas el bote que viene y te vas para la casa. Antes los viejos estaban en la tarde o cuando el tiempo estaba medio malo, llegábamos de la pesca medios mojados y no faltaba quién hacía su fueguito.

Si no teníamos luz eléctrica, atrasados total, la luz apareció hartoo tiempo después. Todo eso ayudaba a que la vida fuera más acogedora, los viejos te contaban sus experiencias y era harta la diferencia de edades. La verdad es que la generación de los que estamos ahora, éramos jovencitos en ese tiempo, los viejos fallecieron y los de mi edad eran el Conchilla, el Cocholo y así, tres generaciones, más o menos, que había en ese tiempo. Esos viejos contaban tallas, así apareció la del 'Churraco', la de los gatos, y otras que inventaban, creo yo. Eran ingeniosos, les gustaba inventar historias, los sobrenombres y no les faltaba.

En esos años la vida en Selkirk era otra cosa. Y qué tenía que cambiar una cuestión eléctrica, ¡un motor! Cuando llegó la tele a Robinson desapareció la mitad de la comuna, si las mujeres se quedaron en la casa. Cuando se programaba el deporte, había que hacerlo por la tele: después de las 8, porque a esa hora terminan las comedias, y hasta las 11, de ahí en adelante la película. ¡Imagínate! Cuando pasaban programas buenos en la tele la gente no iba a jugar, no más. Acá no fue la televisión, sino algo como más estúpido todavía, porque que se conectó un motor eléctrico, si era sólo para ayudar a la parte física, pero la parte humana debería haber estado ahí mismo, la cordialidad, la conversación. Eso no debió perderse, jamás. Ahora cuesta encontrar un grupito de pescadores echando la talla. Sólo nos juntamos para una reunión, o 'cuando tocan la campana' y, mejor dicho, vamos obligados. Más se juntan en la casa del Rino o del Claudio, por ahí”.

El embrujo de Selkirk

José González A: “Decidí venirme, porque en Robinson hay más de sesenta botes, la pesca no es buena y se reparte mucho la langosta. Traes una, dos, tres, cinco o máximo diez y no es rentable, en combustibles se paga 25 litros en cada salida, no conviene y para todos es igual. Acá hay mucha más langosta, somos 8 botes, la isla es grande y se puede echar trampas, uno ahí y la otra al ladito. Acá no, se echa donde quiere y la levanta con siete, cinco, cuatro o nueve, de a cincuenta o sesenta langostas por jornada. Entonces es bueno. Eso me hizo venir, también la tranquilidad, no se toma tanto, allá se gana un peso y el que es un poquito tentado se la toma toda. Viven encalillados en los negocios.

Aquí, por el contrario, se acaba el vino o el cigarro y se acaba, no más. Las señoras se acostumbran, hay hartoo pescado, bacalao, carne de

vacuno, tengo como 12 y leche todos los días. Tenemos una huertita, cosechamos lechugas, tomates y porotos, no nos falta la verdura. A mi señora le gusta harto plantar y tiene dos huertos. Aquí he pasado toda mi vida, me gusta más esta isla que la otra, para trabajar y vivir. En la otra isla es poco lo que estamos y en invierno nos vamos al continente. En Robinson tenemos una casita linda, bonita y con todas las comodidades. Se la dejamos a mi hija y ella la cuida. En el continente tenemos una cabañita y no nos preocupamos de la lluvia de la isla y del barro. Y son más baratas las cosas en el continente y con poca plata uno compra lo que quiere. Es más barato que en la isla, con poquita plata invierna”.

Nils De Rodt: “Nací aquí. Mi mamá quedó gordita y no vino el buque Carlos Darwin, se atrasó. Nací de 7 meses y mi tía Elena Chamorro, abuelita del Toño, atendió a mi mamá en el parto. Por eso que me gusta esta isla, por eso que vengo a trabajar y me gusta estar con mi familia. Cuando estoy solo, a veces, me aburro. ¡Pero es bonito! Esta isla es bonita, tiene de todo, se puede caminar, harto pescado y langosta. En esta isla ninguna persona, nadie, se muere de hambre. ¡Jamás! Vas al Palo, tiras la lienza y pillas un pampanito, un jurel, una corvina o jerguillas, que están prácticamente botadas en la playa. Si alguien se queda sólo sobrevive lo más bien y es tranquilo, nadie molesta y haces lo que quieres. Todo lo que uno quiere hacer aquí es bueno. Estoy acostumbrado aquí y ni Dios lo quiera que no pueda venir más, sólo Dios lo sabrá.

Éste es un pueblo chico, pero unido. Si somos como 30 personas. Aquí no llama tanto la atención la tele, se sale a caminar y a la pesca. Vas de la pesca a la casa, de ahí tienes tiempo para pillarte un chivito y te lo comes; después puedes ir de paseo con tu señora a la playa. Es linda esa rutina. En la otra isla qué hace la gente, ver televisión. Claro que hacen deporte, pero también lo hacemos acá, jugamos fútbol. Esta isla no la cambio por la otra, ni por nada, ni Valparaíso ni Santiago ni nada. Esta isla es una maravilla. Por lo menos en langostas y pescado es mucho más abundante”.

Manuel Paredes K: “Conocí esta isla a mis 15 años, vine por 17 días, luego todos los años, desde los 19 hasta la fecha. Menos los 6 ó 7 años que trabajé en la pesca en la otra isla. La mayor parte de mi vida la pasé aquí, aquí perdí mi juventud. Nada de andar carreteando como los cabros de ahora. Empecé en eso de viejo. Venía por CONAF, ellos me mandaban, y no era por 45 días, como los guardaparques de ahora, sino 8 meses y 7 días, que fue lo máximo. Pasé invierno, verano, 4 y

3 meses, también. No había nadie, puras mujeres casadas y en el verano llegaban las niñas del colegio, no más. Pero yo lo pasé súper bien y no me quejo. Hice buenas amistades con la gente, que es muy buena.

Aquí aprendí a cocinar, a lavar y muchas cosas bonitas. Cosas malas y bonitas, a la vez, pero la mayoría eran bonitas. Hasta el día de hoy la gente se ayuda, por eso que me gusta venir y estar aquí, me gusta mucho más esta isla que la otra. Es que acá la gente es muy buena, cariñosa y muy buenas personas, distinto de Robinson: Juan Fernández ya no es Juan Fernández, no es Robinson Crusoe, pura inmundicia, copete, droga y cabros chicos tomando.

Esta isla es la más limpia del archipiélago y ojalá que la cuidemos, que no venga mucha gente a 'lesear' acá. Aquí es casi puro trabajo, si el pescador viene a la langosta es de todos los días y si puede salir, sale. Además, aquí no sabemos en qué día vivimos. Lo único que 'cachamos' es el Año Nuevo, porque nos abrazamos, llantos, 'leseras' y nos acordamos de las familias. Es el único momento en que nos acordamos de qué día es, sólo nos preocupamos de trabajar y trabajar”.

Reynaldo Rojas R: “Mucha gente que viene de pasada se puede llevar un concepto errado de los masafuerinos. Pero es una forma de hacer vida y una vida que tú prefieres. En mi caso, nadie me obliga a estar aquí, podría quedarme en Robinson con mi vieja y pasarlo 'la raja'. Con unas pocas monedas que gane es suficiente, pero este embrujo, esta vida sana..., cuando estoy en la isla soy desordenado, el medio me consume, me absorbe, me meto a los bares y soy bohemio. Me gusta andar con los copetes y me desordeno, para mí acá es mucho más saludable. Me encuentro conmigo mismo, o sea, me conozco realmente quien soy, que es lo importante y asumo por qué me gusta esto; a lo mejor tiene el complemento de soledad que también vive mi interior y que lo hace compatible: no me odia la isla y no la odio a ella.

Creo que soy un ser que no reniega de su existencia, del paisaje que tengo en frente. Me apasiona esto, me encaja bien, la isla me cae bien y creo que le caigo bien a la isla. Yo creo que ahí está la parte en que estos masafuerinos son lo que soy yo. Por eso nos gusta. A lo mejor somos gente a la que no nos gusta la burocracia, andar detrás de una oficina, nos gusta ser más independientes, que no te molesten, que no te controlen y que no te exijan cosas. La soledad es súper linda, miras desde otro ángulo las cosas”.

Canción isleña (autor desconocido)

Tu símbolo es el sol
que alumbra tu vivir
en este mar azul eterno
belleza sin igual
belleza resplandor
las verdes campiñas
que te dio el señor.

Juan Fernández es mi tierra querida
bella isla esmeralda
del mar los poetas te sueñan y nombran
y te cantan poemas de amor.

Hoy te cantan felices tus hijos
bella isla esmeralda del mar
tú siempre serás mágica y feliz
libre y sobre el mar

serás siempre soberana
tierra de coral
serás siempre soberana
tierra de coral.

ANEXO



Robinsonianos, colonos y endémicos. Procesos identitarios en la isla Robinson Crusoe¹.

Robinsonianos

Es común que los continentales pensemos en los habitantes de Juan Fernández como “verdaderos” o “modernos robinsones”. Mucha de la gente que visita el Archipiélago como turista, va motivada por la novela de Defoe, quien supuestamente se inspiró en la historia de Alexander Selkirk (abandonado en 1701 y recogido en 1704, viviendo en completa soledad por cuatro años y cuatro meses). Incluso encontramos esta asociación entre el personaje y los isleños en varias publicaciones y reportajes sobre el archipiélago.² La imagen del naufrago, su fortaleza para sobrevivir ante la adversidad más extrema, su capacidad para sacar adelante la industria humana y su autosuficiencia parecen haber conformado el imaginario de esta isla hasta el punto de convertirse en sentido común: la insularidad, lo que es propio de vivir en una isla, estaría caracterizada por la capacidad de bastarse a sí mismo para satisfacer todas las necesidades. Sin embargo, la insularidad está muy lejos de ser eso. El caso de Selkirk y de Robinson son excepciones que parecen no ser aplicables a las poblaciones isleñas.

La arqueología de las islas –que en un principio supuso el aislamiento cultural de las comunidades isleñas del pasado debido a su bajo desarrollo tecnológico– se está acercando a la conclusión de que el aislamiento absoluto ha ocurrido escasamente, puesto que la tendencia de los isleños ha sido la de establecer contactos con otras islas y continentes, a veces atravesando vastos trechos de mar abierto (Terrel et al. 1997).

¹ Este capítulo se basa en los resultados de la tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología y Título de Antropólogo por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, denominada: *Plástico Endémico. Identidad y Aislamiento en el Archipiélago Juan Fernández. Etnografía de las Islas Robinson Crusoe y Marinero Alejandro Selkirk* (2005), de Guillermo Brinck Pinsent.

² Como es el caso de la publicación *Mares de Leyenda* (1979, edición independiente con el auspicio de la Hermandad de la Costa, Santiago de Chile) de Maura Brescia que lo precisa en el capítulo XII “Refugio de Modernos Robinsones”.

La respuesta cultural al aislamiento geográfico se caracteriza por mantener el contacto con otros. De este modo, la insularidad se manifiesta como la lucha contra el aislamiento (Eriksen, 1991). En el caso de la población de Juan Fernández es claro el hecho de que los isleños no son autosuficientes. Aunque el isleño se ve obligado a desarrollar múltiples habilidades relacionadas con la necesidad de subsistir, ya que el abandono y la soledad han sido una constante en su historia (específicamente durante los meses de invierno cuando las goletas de las empresas no llevaban los suministros a la isla), es evidente la dependencia que, a través de toda su historia, ha mantenido con el continente: el Barón De Rodt trajo gente para establecer una hacienda y vender su producto al exterior, con lo que obtenía el dinero para comprar las manufacturas y alimentos que no se producían en la isla. Luego de su quiebra, los isleños se transformaron exclusivamente en pescadores de langosta, dejando la agricultura de lado. Esta especialización los hizo aún más dependientes del continente, puesto que cada vez producían menos alimentos por su cuenta. Al ser capturadores de langosta, actividad que es hasta el día de hoy la base de la economía isleña, dependen absolutamente de la demanda continental e internacional del producto, hecho que los ata a los vaivenes de la economía y la política mundial. Por otro lado, el desarrollo del turismo genera nuevos lazos de dependencia con las redes de comunicación y la economía global.

No obstante lo anterior, la identidad es un proceso en el cual los sujetos y las colectividades se identifican con ciertas características propuestas como propias de su cultura o forma de vida (y se diferencian de los rasgos de otras identidades). Características que son socialmente significativas y no necesariamente objetivas (Barth 1976). De este modo, bien podría la población de Juan Fernández apropiarse de la figura de Robinson Crusoe o Alejandro Selkirk para expresar su identidad. Aunque hay elementos de estos personajes que no se ajustan a la realidad isleña y aspectos de esa realidad que dichos personajes no pueden expresar, bastaría con que las particularidades asociadas a ellos fueran lo suficientemente reveladoras para la colectividad, de modo que se utilizaran para expresar y articular la identidad isleña. Después de todo, sí hay aspectos de la vida en Juan Fernández que se asemejan a la experiencia de estos náufragos. Sin embargo, los isleños no parecen estar especialmente interesados en expresar su especificidad cultural a partir de la figura de alguno de ellos. Aunque

la principal isla lleva el nombre de Robinson Crusoe³, y por ello sus habitantes sean designados (y autodesignados) como robinsonianos, y a pesar de que el personaje esté presente en los juegos de los niños, no parece formar parte central de la construcción de la propia identidad isleña.

Colonos

El isleño no se declara un náufrago, pero en cambio dice, henchido de orgullo, que es hijo o descendiente de colonos. Los isleños se enorgullecen de la obra de colonización que llevaron a cabo sus padres, abuelos o bisabuelos, y consideran un privilegio poder establecer una línea de descendencia directa con ellos. Esa es la identidad de la mayoría de los isleños, el ser colonos de Juan Fernández. Colonos que mantienen la soberanía del Estado chileno en medio del océano; situación de la que consideran que el Estado y todos los chilenos deberían estar agradecidos. Es una identidad que los dota de una imagen propia positiva y que les permite exigir beneficios, con derecho, a los gobiernos. Este discurso identitario se establece en una suerte de diálogo con el continente, en el cual los isleños son héroes nacionales que se han sacrificado a lo largo de una sufrida historia, para que los chilenos puedan decir que esas islas (de cuya belleza también son conscientes y orgullosos) son suyas. El continente, tanto el Estado como los ciudadanos de Chile, estaría en deuda con los isleños, lo que les permitiría exigir y obtener beneficios en retribución de su esfuerzo y no por mera caridad. Esto último es fundamental, ya que la caridad es una forma de dar que genera sino humillación, sí un menoscabo en la autopercepción de quien recibe la ayuda, porque no se espera de él que la devuelva. Un náufrago recibe este tipo de ayuda gratuita, en cambio un colono no, un colono recibe un don merecido, recibe una retribución que mantiene una relación recíproca entre las partes, lo que permite mantener una imagen positiva de sí mismo. De este modo, la identidad serviría no sólo para conformar un sentido de comunidad, sino que para mantener una imagen positiva de sí mismo dentro de la lucha contra el aislamiento que es la insularidad.

³ En el año 1966, mediante decreto supremo y bajo la iniciativa de la escritora uruguaya Blanca Luz Brum, se cambiaron los nombres de las islas del archipiélago. Con el objeto de fomentar el turismo mundial, Masatierra se llamó isla Robinson Crusoe y Masafuera isla Marinero Alejandro Selkirk. La isla Santa Clara mantuvo su nombre.

Este discurso identitario provee un argumento de peso (desde el momento en que es un argumento válido para el Estado) para conseguir beneficios importantes que han permitido el mejoramiento de la calidad de vida. Por ejemplo: subsidio de un 50% en la energía eléctrica, cobros reducidos en telefonía, subsidio en el transporte marítimo, apoyo para traslados de personas y de carga por parte de la Armada y la Fuerza Aérea de Chile, subsidios para los traslados médicos, etc.

Plástico/Endémico

Por otra parte, los beneficios y adelantos obtenidos durante las últimas dos décadas, han generado cambios importantes en el archipiélago. Es algo de lo que están perfectamente conscientes los isleños y lo manifiestan a lo largo de este libro. Los isleños han superado la pobreza en que se encontraban cuando no controlaban la producción de la langosta; la luz eléctrica les permitió tener más comodidades en sus casas; hoy se encuentran más conectados con el continente porque tienen televisión, teléfono e Internet. Los isleños celebran que la vida se hizo más fácil, pero lamentan la pérdida de muchas cosas: el deporte, el teatro, las actividades comunitarias, la sociabilidad. Esta pérdida de la autenticidad es un asunto de percepción. Estos cambios son percibidos más dramáticamente por los isleños que por los afuerinos, de modo que reaccionan ante ellos como si fueran un hecho indiscutible. En este contexto surge un discurso identitario, principalmente entre los jóvenes (hasta los 35 años), que se articula más en la oposición al extranjero que en la afirmación de la propia especificidad. Reconocemos este discurso no a través de una identificación directa, sino a través del nombre que se le da a los continentales: "los plásticos".⁴ En este discurso se aprecia algo que no estaba presente en las generaciones anteriores; esto es, la aceptación y la identificación con el estatus de Parque Nacional y Reserva Mundial de la Biosfera que tiene el archipiélago.

⁴ Para ver un análisis antropológico de la multiplicidad de significados y sentidos del término "plástico" ver: BRINCK, Guillermo (2004): "Plástico Endémico. Notas sobre identidad y aislamiento en el mundo globalizado a partir del caso del Archipiélago Juan Fernández". Ponencia presentada en el VI Congreso Internacional Rapa Nui y el Pacífico (Viña del Mar, Chile), organizado por la Universidad de Valparaíso y la Eastern Island Foundation y publicado en MORIN, F. J., STEVENSON, C. S., RAMÍREZ, J. M., LEE, G. y BARBACCI, Norma (eds.): *The Reñaca Papers. VI International Conference on Easter Island and the Pacific*. Easter Island Foundation (EIF). En prensa. Ver también la tesis de pre-grado del mismo autor.

Sin duda, la denominación “plástico”, que nos dan a los continentales, cobra sentido en el contexto natural (protegido) del archipiélago, en el cual el plástico es un elemento indeseado, foráneo, incompatible y amenazante. A través de esta denominación los isleños se identifican con su entorno, oponiéndose, en lo conceptual, de manera radical al afuerino. Aunque generalmente es en tono de broma, a veces, si se carga a la palabra con connotaciones abiertamente negativas, donde esta cobra su verdadero valor semántico. Algunos de estos jóvenes que bromean llamando “plástico” al afuerino, también bromean diciendo que ellos son “endémicos”, lo que se refiere a la principal y más distintiva característica del ecosistema del archipiélago: su alto grado de endemismo; es decir, de especies vegetales y animales únicas en el mundo. Así las cosas, en este discurso, los isleños serían (por autodenominación) “endémicos”: lo más selecto de la naturaleza, que debe ser protegido; y los continentales serían (por oposición) “plásticos”: todo lo falso, sintético, imitado, efímero y desechable de la civilización. Y se entiende que el endemismo del parque debe ser protegido de los desechos contaminantes del desarrollo. Habría una incompatibilidad, una contradicción vital, en la conceptualización de unos y otros en este discurso isleño.

Para los isleños que adscriben y utilizan este discurso, los continentales que realmente merecen ser llamados “plásticos” son los que llegan a la isla y, de diversas maneras, abusan o se aprovechan de la población. A los isleños les molesta profundamente la gente que llega de afuera y no se integra a la comunidad, tanto en términos sociales como económicos. En esta categoría entran todos los continentales que llegan a trabajar a la isla y se desempeñan mediocrementemente. Para los isleños entrevistados, toda persona que llegue a trabajar a la isla debe dar lo mejor de sí, porque se le paga una bonificación extra por trabajar en zona aislada, de modo que el desempeño mediocre es visto como una clara intención de “hacerse la América”, es decir, llenarse los bolsillos con el mínimo esfuerzo y a costa de los isleños. Dentro de esta categoría también están los continentales que compran terrenos, generalmente los mejor ubicados. Este es un tema muy sensible para los isleños ya que, al ser colonos, consideran que les corresponde tener los mejores terrenos de la isla, terrenos que son escasos debido al estatus de parque nacional y reserva mundial de la biosfera, lo accidentado de la geografía y la erosión que ha generado muchas zonas con peligros de derrumbe y aluvión. Sin embargo, Bienes Nacionales no ha desarrollado una normativa especial para la isla, por lo cual se subdividieron los terrenos de colonos y se comenzó a cobrar a los isleños por ocuparlos. Como muchas veces los isleños carecen del dinero para comprar

terrenos y como se resisten a pagar (porque consideran que estos terrenos les pertenecen por derecho propio), son los continentales los que acceden a estas tierras, donde instalan proyectos turísticos o residencias vacacionales. Esto causa la indignación de muchos isleños que consideran injusto que llegue una persona que tiene dinero y compre un terreno, cuando en el pasado nunca se habría interesado por ir o comprar un terreno en las condiciones en que se vivía. Si fueron sus abuelos los que colonizaron con todo el esfuerzo -sigue el argumento-, son ellos los que deberían poder acceder a los terrenos y no quienes tienen el poder económico. De modo que se estima como una situación injusta, una falta de valoración por parte del Estado de la labor de colonización del isleño y un aprovechamiento de esta situación por parte de los continentales que llegan a la isla cuando ya todo está hecho y la vida es fácil.

Este discurso plantea una asimilación del isleño a lo natural, a las relaciones comunitarias, cara a cara, que se opone a las relaciones deshumanizadas, impersonales y basadas en el interés individual de la ciudad. Esta identidad se opone a lo urbano y a la economía de mercado que regula las relaciones humanas, y se declara "endémica" confrontándose a esa forma de vida que considera artificial y sintética: que ha perdido el verdadero sentido de la vida.

Conclusión

Hemos analizado dos discursos identitarios de fuerte presencia en el archipiélago. No son los únicos ni definitivos. Forman parte de procesos históricos y no determinan el sentido de identidad de todos los habitantes del archipiélago. Ni siquiera operan de manera constante en quienes encuentran sentido en ellos, pero son discursos de fuerte presencia que articulan las relaciones entre unos y otros.

Es interesante constatar que en ambas posturas: la primera de las generaciones más antiguas, la segunda de las más nuevas, hay elementos en común. Aunque el discurso de los colonos no supone el de los plásticos, éste último se articula y se fundamenta en el primero. A pesar de que hay una relación de sucesión cronológica, éstos existen en forma paralela. Ambos son identidades que se construyen en relación con el exterior.

Por otra parte, aunque ambos discursos se articulan en relación al "otro", el tipo de correspondencia que se realiza con él es muy

diferente. En el primero se establece un acto de reciprocidad hacia el "otro", en el cual se reconoce una identidad común con el continental: la nacionalidad. En el segundo, se instaura una relación de oposición radical con el "otro", de negación de la alteridad como una forma válida y positiva de ser. La visión isleña es perfectamente comprensible y aceptable, sin embargo, también es interesante constatar que este es un hecho a escala global: en todas partes resurgen las identidades con una fuerza nueva y posiciones muchas veces rígidas y hasta fundamentalistas (Bengoa, 1996). La globalización de la economía y las comunicaciones ha homogenizado los patrones de consumo (material y simbólico), lo que cuestiona los referentes de unas identidades que se ven obligadas a rigidizar sus posturas. Cuando el distanciamiento entre la cultura y la identidad es tal que es más fácil decir lo que no se es que lo que se es, surgen identidades basadas más en la oposición y la estigmatización del otro que en la afirmación de una tradición propia. En este contexto, se ejerce una violencia tanto hacia la diferencia externa como a la interna: a todo el que se aleje del ideal de autenticidad que plantean estos discursos. Proponemos aquí que el discurso identitario expresado por muchos jóvenes de Juan Fernández puede ser visto perfectamente bajo esta lógica. La pérdida de sociabilidad que consideran que han sufrido y el proceso de urbanización que ha ido experimentando el archipiélago, pueden ser vistos por los mismos isleños como un alejamiento de lo que se considera la "auténtica" identidad isleña, por lo que la oposición con el continente se hace necesaria para, a través del contraste, resaltar como una realidad diferente y una identidad coherente, profundamente arraigada y con derechos sobre un "territorio" que está comenzando a ser "invadido" por afuerinos.

Resulta muy intrigante el hecho de que, cuando el aislamiento geográfico era mayor, el discurso identitario se orientaba a mantener un contacto estrecho y favorable; en cambio, en la actualidad, cuando el aislamiento geográfico y cultural se ha reducido considerablemente, el discurso identitario se orienta a rechazar un contacto que tiende a borrar las diferencias, a perder el sentido de identidad. De todo lo anterior podemos concluir que tanto la insularidad como la identidad son asuntos relativos, parte de un proceso económico, político y de construcción de la identidad. Si las islas nunca han estado realmente aisladas, menos lo pueden estar en la actualidad. La insularidad ha sido caracterizada como una lucha contra el aislamiento, pero el contacto que se busca tampoco puede ser absoluto. Los límites son fundamentales para el mantenimiento de la identidad (el poder diferenciarse de otros es tan importante como el desarrollo de una historia y una cultura propia), por lo que, ante la

hipertrofia del contacto cultural, la respuesta es el aislamiento identitario, el encierro sobre sí mismo, la imposibilidad de reconocer al "otro". De esta forma, el desarrollo que se presenta a todo grupo humano en la actualidad, sea en el continente o en las islas, es aprender a mantener esos límites, aprender a mantener el contacto con otros en una relación recíproca en que se reconozca la validez de la diferencia y se produzca un enriquecimiento mutuo. En definitiva, aprender a mantener un diálogo cultural.

Referencias bibliográficas

BARTH, Frederik (1976): *Los Grupos Étnicos y sus Fronteras. La Organización Social de las Diferencias Culturales*. México, F.C.E.

BENGOA, José (1996): *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura* Santiago de Chile, Ediciones SUR.

ERIKSEN, Thomas Hylland (1993): "Do Cultural Island Exist?", *Social Anthropology*, n° 1.

TERREL, John E., HUNT, Terry L. y GOSDEN, Chris (1997): "The Dimensions of Social Life in the Pacific. Human Diversity and the Myth of the Primitive Isolate", *Current Anthropology*, vol. 38, n° 2.



PORTADILLA 2



**CD Memorias Insulares: Relatos y Canciones del Archipiélago
Juan Fernández**

1. De Piratas y Tesoros (Elsa Recabarren S.)
2. Remando al Continente (Jorge Chamorro A.)
3. "Boga Pescador", Canción Isleña (Elsa Rivadeneira A.)
4. La Pesca de la Langosta (Wilson González C.)
5. Los Reos de la Isla Marinero Alejandro Selkirk (Orlando Rojas S.)
6. El Misterio del Sándalo (Bernardo López R.)
7. Tiempos Difíciles (Manuel De Rodt C. /Guillermo Martínez R.)
8. El Dulce de Alcayota (Orlando Rojas S.)
9. Sitiados por el Hambre (Rolando Mena S. /Orlando Salas P.)
10. "A Pata Pelá", Canción Isleña (Daniel Paredes R.)
11. De Robinson y Selkirk (Daniel Paredes R. /Guillermo Martínez R.)
12. Cazando Chivos (Elsa Rivadeneira A.)
13. La Llegada de CONAF (Wilson González C. /Oscar Chamorro M.)
14. La Abuelita del Tongo (Reynaldo Rojas R.)
15. La Medida de la Langosta (Orlando Salas P.)
16. En el Bote (Guillermo Martínez R.)
17. Golpe de Estado en Juan Fernández (Victorio Bertullo M.)
18. Naufragio en la Isla Robinson Crusoe (Luis Rivadeneira R.)
19. El Embrujo de Masafuera (Reynaldo Rojas R.)
20. Bonus Track: "A Pata Pelá" guitarramix (Daniel Paredes R/ Cristián Freund)

